

Restos - 201 - 92/2.

GARIBALDI

20 de Septiembre: Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento

25 años teniendo como norte la libertad

**"Infelici i popoli che aspettano il
loro benessere dallo straniero"**

José Garibaldi

**Publicación anual de la Asociación
Cultural Garibaldina de Montevideo**

Año 25 - Montevideo - 2010

En este número:

Carlos Novello

Garibaldi y los Mil

Gabriele D'Annunzio

La notte di Caprera

Marco Meriggi

Il seduttore e il cappellano

L'Italiano

Periódico mazziniano editado en Montevideo
1841/42

Cristina Montalbán

El curso internacional

Stefania Magliani

"Le verità si sentono, non si dimostrano":
l'Italia "disunita" davanti a Garibaldi

Giampaolo Colella

I Mille nel 150º anniversario

Luciana Caminiti

Diavolo o Messia? Garibaldi e il clero siciliano

Sergio Goretti

La Toscana in Camicia Rossa

PR. 053848

**ASOCIACIÓN CULTURAL
GARIBALDINA DE MONTEVIDEO**

GARIBALDI

Director Responsable: Carlos Novello
Florencio Sánchez 2724
Montevideo - Uruguay
C.E.: carlonovellomvd@gmail.com



Montevideo - 2010

Se autoriza la reproducción
total o parcial del material
contenido en esta publicación
citando su procedencia.

Composición, diagramación
e impresión:

eba - juan carlos gómez 1461,

tel. 2915 72 31

Montevideo - Uruguay

depósito legal N° 229.919/2008

Correctora de pruebas: **Prof. María Sagario**

Traductora y autora de las síntesis en español: **Martha Bonfiglio**

“L’assedio di Montevideo, quando meglio conosciuto ne’ suoi dettagli, non ultimo conterà per le belle difese sostenute da un popolo che combattè per l’indipendenza per coraggio, costanza e sacrifici d’ogni specie. Proverà il potere d’una nazione che non vuol piegare il ginocchio davanti alle prepotenze d’un tiranno; e qualunque ne sia la sorte, essa merita il plauso e l’ammirazione del mondo”.

Giuseppe Garibaldi
(dalle sue “Memorie”)



EDITORIAL

25 AÑOS TENIENDO COMO NORTE LA LIBERTAD

No es un hecho común en el Uruguay que una revista de historia como "GARIBALDI" se edite sin interrupción durante 25 años.

Sus temas centrales, además de difundir el pensamiento y la acción de quien le da su nombre, se enfocan hacia el Risorgimento italiano y el período de formación de estos países de América que, aunque pueda parecer un hecho curioso, se fueron formando al mismo tiempo que iba surgiendo Italia como país independiente y políticamente unido, renacido desde la profundidad de milenios de historia durante los cuales constituyó un fuerte impulso para el avance de la Humanidad en todos los campos de la vida.

Hay una parte de América rica de cultura que todavía nos es ajena a los propios americanos porque los países que invadieron y colonizaron estos territorios destruyendo obras materiales que estaban -y son vivos testigos, aun, sus ruinas- entre las mejores que se crearon en el mundo, e hicieron todo lo posible por destruir todo atisbo de sus antiguas culturas.

La tradición familiar de estos pueblos hundidos en la ignorancia impuesta por los dominadores, salvó lo que pudo enfrentándose a la planeada aniquilación material y moral.

De esos rescoldos va siendo hora de hacer surgir la nueva llama que vuelva a ponerlos en la avanzada de la cultura humana y en eso se está, aunque muy lentamente y corriendo con gran desventaja.

En Uruguay la herencia de sus primitivos pueblos indígenas es mínima porque los hermanos Rivera, cumpliendo con las exigencias de los latifundistas retrógrados de la época, prácticamente los aniquilaron y no en una guerra, sino por medio de una infame traición.

Estas poblaciones, junto a las de descendencia europea, fueron el sostén de Artigas en su lucha por la libertad, la independencia y la dignidad del pueblo Oriental, cualesquiera fueran sus orígenes, siempre con la idea firme de permanecer unidas a los demás pueblos americanos.

El techo de la Basílica de Santa María Maggiore de Roma se dice que fue recubierto con el primer oro que llegó a Europa desde América.

¿Cuánto sufrimiento y cuánta sangre de mártires americanos habrá costado?

Jesús habría estado, seguramente, al lado de los mártires y no de los que le dedicaron esos fastos.

Valen, sí, y mucho, como obras de arte, todas las que hizo construir la Iglesia Católica en las más diversas disciplinas, pero valdrían mucho más, desde el punto de vista moral, si se hubieran creado al influjo de una obra de piedad, de solidaridad y de humanismo.

La Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo celebra desde su creación, como conmemoración central, el 20 de Setiembre porque es el día de la Unidad de Italia desde 1870 y, por iniciativa de nuestra Asociación, en el Uruguay, desde 2004 es, por ley, el Día de la Libertad de Expresión del Pensamiento.

No celebramos la pérdida por parte del papado de los territorios del ex Estado Pontificio del cual el Papa era rey absoluto, sino la unidad de un país que tuvo méritos incontestables para exigir ser un Estado independiente e imponerlo por todos los medios, como un acto de defensa propia.

Pero la Institución papal, que perdonó hasta a Napoleón todas las afrentas que recibió de él, parece incapaz de comprender y justificar a Garibaldi, Mazzini y a tantos otros patriotas, el haber dedicado su vida a la creación del Estado al que los italianos tenían pleno e indiscutible derecho. La única excepción fue Juan XXIII, pero basándose en los Pactos de Letrán, que le restituyeron a la Iglesia Católica privilegios frente al Estado Italiano a los que no tenía ningún derecho.

Jamás se le negó al Vaticano y al Papa el ejercicio de su actividad espiritual, que les hubiera bastado de no haber sido tan materialistas. Aun antes de 1870.

El actual embajador de Italia en el Uruguay, el Dr. Guido Scalici, asistió-responiendo a nuestra habitual invitación-a nuestra celebración del 20 de Setiembre en la Casa de Garibaldi y, sorprendentemente, comenzó una alocución para tratar de convencernos de que esa era una fecha que no merecía ninguna celebración.

En Italia el 20 de Setiembre dejó de celebrarse como fiesta nacional desde la firma de los llamados Pactos Lateranenses entre Mussolini y la Iglesia Católica.

Actualmente, en Italia, comenzó a difundirse ampliamente la idea de que el año próximo se celebrará el 150 aniversario de la Unidad de Italia, que se habría logrado en 1861.

Quien conoce algo de historia y no pretende tergiversarla para apoyar una tesis tan peregrina, sabe que lo que se creó en 1861 fue el Reino de Italia, al unir los territorios y las poblaciones del hasta entonces Reino de Cerdeña con los territorios y las poblaciones del ex Reino de Nápoles (llamado en ese momento con el extraño nombre de "Reino de las Dos Sicilias").

Quien conoce algo de historia y no pretende tergiversarla, sabe que quien logró la conquista de este último reino fue Garibaldi, con sus lugartenientes y sus voluntarios, con la ayuda decisiva de su pueblo, que luchó denodadamente por su propia libertad.

Quien conoce algo de historia y no pretende tergiversarla, sabe que fue Garibaldi quien voluntariamente abdicó de la jefatura de ese reino para entregárselo a Víctor Manuel II, como se había comprometido a hacerlo, por su propia voluntad, al iniciar la lucha con sus Mil voluntarios, en 1860.

Pero cuando se creó, por obra de Garibaldi, el Reino de Italia, todavía estaba bajo la dominación extranjera todo el Véneto, Istria, el Trentino, Alto Adige y... Roma con lo que restaba del Estado Pontificio.

No se puede, por tanto, hablar de "unidad de Italia" en tales condiciones.

Quien define objetivamente y con total justeza la situación política italiana al formarse el reino que lleva su nombre es nada menos que el Presidente de la República Italiana, el Dr. Giorgio Napolitano.

Lo hizo, oportunamente, el 25 de Abril de este año, al hacer uso de la palabra en Milán durante la celebración de la Liberación de Italia del yugo nazi-fascista por parte de lo mejor de su pueblo, cuando expresó: "Sì, vedete amici, il 25 aprile è non solo Festa della Liberazione: è Festa della Riunificazione d'Italia. Dopo essere stata per 20 mesi tagliata in due, l'Italia si riunifica nella libertà e nell'indipendenza".

Continúa el Presidente Napolitano: "Si tratta in effetti di celebrare il 25 Aprile nel suo profondo significato nazionale; ed è così che si stabilisce un ponte ideale con il prossimo Centocinquantesenario della nascita dello Stato Unitario. "

Los 150 años del nacimiento del Estado Unitario en Italia.

Esta es la justa definición del Reino de Italia en 1861.

No es la Unidad de Italia, sino el nacimiento del primer Estado, en Italia, con vocación unitaria, con una meta de unidad como Estado que es una cosa muy diferente a la unidad, todavía no alcanzada entonces.

Ahora bien, ¿qué se pretende al tratar de cambiar a otra fecha que no sea el 20 de Setiembre la de la unificación italiana?

¿A quién beneficiaría esta nueva postura?

¿A los herederos de quienes mantuvieron prisioneros a Garibaldi y a Mazzini cuando el ejército del Reino de Italia entró en Roma el 20 de setiembre de 1870?

¿A la jerarquía de la Iglesia Católica?

No somos nosotros quienes debemos responder a estas interrogantes.

La palabra la tienen quienes sostienen esta aberración histórica.

GARIBALDI Y LOS MIL

Primera experiencia de un gobierno popular en Italia encabezado por Garibaldi

La ofrenda suprema en aras de la unidad y la libertad

Carlos Novello

En la historia, cuando uno se dispone a tratar un determinado periodo, siempre hay que mirar hacia atrás para ver qué fue lo que parió el hecho que nos ocupa.

Nada surge de la nada; todo es una concatenación de hechos que se interinfluencian en mayor o menor escala.

En rigor, habría que repasar toda la historia anterior de un país, de una región, de un continente, pero como ello, si bien sería posible, resultaría demasiado fatigante para un lector e impropio para quien se interese por determinados hechos concretos, lo más aconsejable y práctico es ir a los acontecimientos que precedieron inmediatamente el periodo a estudiar.

Antecedentes

La República Romana

La República Romana surgida a raíz de los acontecimientos de 1848 fue, sin dudas, en Italia, la primera experiencia de gobierno ejercido por el pueblo.

Durante la noche del 24 de noviembre del '48 el Papa, que al mismo tiempo era rey del Estado Pontificio, huyó de Roma disfrazado como lacayo del embajador de Baviera.

Se dirigió a Gaeta, ciudad en la que el rey de Nápoles se había establecido con su Corte, donde arribó a las 6 de la mañana del día siguiente.

Se presentó en la residencia del Nuncio donde se dio una situación curiosa: los sirvientes del Nuncio Apostólico al verlo llegar así vestido y anunciándose como el Papa, no creyeron que fuera el Sumo Pontífice y se negaron a permitirle la entrada al palacio.

Uno se imagina que quien lo fue a recibir, acercándose al coche que lo había transportado hasta allí, al oír que se anunciaba como el Papa, le habrá dicho: "Ah, ¿tú eres el Papa? Bien, yo soy Napoleón. Ahora, ¿qué quieres?"

Sólo se convencieron de que efectivamente se trataba de Pio IX, cuando salió del palacio el propio Nuncio y, al verlo, se arrodilló a sus pies.

El gobierno revolucionario de Roma llamó a elecciones en todo el Estado Pontificio para decidir la forma de gobierno que se daría el pueblo, a través de sus representantes libre y legítimamente electos.

La respuesta del Papa fue la declaración de que estas elecciones eran ilegales y amenazó con excomulgar a todos quienes votaran en ellas.

Las elecciones para esta Asamblea Constituyente se realizaron el 21 de enero de 1849.

El 8 de febrero, cuando se conmemoraba el tercer aniversario de la batalla de San Antonio en Salto (Uruguay), la Asamblea Constituyente celebró una de sus sesiones para debatir sobre la forma institucional que adoptaría la nueva República.

Garibaldi, que estaba fuertemente atacado por sus dolencias reumáticas, estaba siendo llevado hasta su banca en brazos por Bueno, que lo había acompañado desde Montevideo.

Mientras entraban, Garibaldi le recordó a su compañero Vecchi el aniversario de San Antonio y que él, en aquella ocasión, había debido cargar en brazos a muchos legionarios heridos durante aquella lucha, mientras que ahora era él quien debía ser transportado de esa forma para asistir, como diputado, a esa importante Asamblea.

Esta Constituyente declaró abolido el poder temporal del Papa en los Estados en los que lo había detentado hasta entonces, al tiempo que garantizaba el libre ejercicio de su jerarquía espiritual.

Declaró que el Estado romano pasaría a ser una democracia pura, asumiendo el nombre de República Romana.

Y esto, muy importante también: que sus ciudadanos pasarían a tener una nacionalidad común con los del resto de Italia.

La Asamblea nombró a Mazzini Primer Ministro de la nueva República.

El Poder Ejecutivo estuvo a cargo de un Triunvirato constituido por Armellini, Saffi y el propio Mazzini, que era su figura principal y el orientador político del gobierno.

Mazzini vivió en Roma muy pobremente, como había vivido en Suiza y en Londres pero tenía, en la práctica, un poder muy grande consentido por el resto del gobierno, dado que, si bien la Asamblea continuaba funcionando en sesión permanente, nunca estuvo en desacuerdo con sus propuestas.

Mazzini emanó decretos que transformaron de acuerdo con la resolución de la Asamblea el Estado Pontificio en una moderna república democrática poniendo fin al control clerical del gobierno.

Tuvo especial cuidado en el mantenimiento de la vida religiosa, ordenando el mantenimiento de todas las celebraciones y festividades sagradas, así como que los curas recibieran una paga por parte del gobierno, por cuanto "cumplían una función que la mayoría de los ciudadanos de la República recibía con aprecio".

Para comprender la religiosidad de Mazzini sugerimos leer en esta misma edición un artículo publicado en "L'Italiano" de Montevideo perteneciente a Giambattista Cúneo.

Mazzini era católico, pero era liberal y tenía el máximo respeto por la libertad de expresión del pensamiento.

Por tal motivo, no trató nunca de impedir que otro gran promotor de la República Romana como lo era Ciceruacchio, organizara libremente sus procesiones antirreligiosas, ni que grupos de ateos o de gente en general, manifestaran sus posiciones abiertamente contrarias a los clérigos y a las organizaciones católicas.

Es un hecho por lo menos curioso que la Iglesia Católica, que mantuvo-y mantiene-un odio feroz contra Garibaldi y contra el muy católico Mazzini, jamás expresara el mismo sentimiento hacia personajes como Napoleón Buonaparte, que atacó bastante más a la Institución papal de lo que lo pudieron haber hecho estos patriotas italianos con la única finalidad de tener una patria libre, unida y soberana.

La República Romana debió hacer frente al decisivo ataque de los franceses a cuyo frente estaba el "liberal" Napoleón III, primero "presidente" de Francia e inmediatamente "emperador", para no ser menos que su tío.

Debió enfrentarse con el poderoso pero no muy voluntarioso ejército del Reino de Nápoles, cuya tropa luchaban obligadas contra un enemigo con el que estaban más de acuerdo que con quienes las obligaban a pelear por una causa que no consideraban suya.

También estaba la amenaza latente de esa Austria expectante por intervenir-como tantas otras veces- y que no llegó a hacerlo sólo porque los franceses se lo impidieron.

Toda la reacción europea estaba en contra de esta república que era un muy mal ejemplo para los pueblos sujetos a sus tiranías y que, según ellos pensaban, les impedía hacer libre uso de la ayuda de la religión para afianzar el peso de su poder sobre los pueblos.

Si bien la fuerza creó siempre y crea aun "derechos", también es cierto que cuando el pueblo se hace conciente de sus propios derechos y lucha libremente por ellos surge una fuerza incontenible que podrá ser vencida ocasionalmente pero que, al final, se impone convirtiéndose en paradigma del avance social en todos sus aspectos.

Esa fue la función que cumplió la República Romana del '49, con lo que se convirtió en otro puntal en la historia de Italia y de Europa.

La guerra de 1859

En Italia la guerra del '59 es cronológica e históricamente antecesora ineludible de la incursión en Sicilia de los Mil de Garibaldi.

Es la comprobación fehaciente de la existencia de dos modelos en pugna para la conducción política de Italia y la imposibilidad o por lo menos la gran dificultad de desarrollar una acción conjunta entre ambos.

Camilo Benso, Conde de Cavour, es el político de la componenda, de la aceptación tácita y explícita de la condición dependiente de los Estados italianos, de la política

llevada a cabo de espaldas al pueblo en el que no cree, del que desconfía, del cual se sirve, en definitiva, a favor de una clase social minoritaria, opresora y beneficiaria de los sacrificios de los demás.

Este conde, que pareció actuar siempre como "el hombre de Francia" incrustado en el llamado Reino de Cerdeña, en el primer periodo, y luego en el Reino de Italia, vivió horrorizado por las luchas populares encabezadas por Mazzini y por Garibaldi.

Sufrió como una tortura la efímera existencia de la República Romana del '49.

Garibaldi y Mazzini fueron los representantes naturales del pueblo italiano y, por lo tanto, lo opuesto a todo lo que representaba Cavour.

Plombières fue uno de los actos más vergonzosos de la historia de Italia del siglo XIX.

Fue realizado a escondidas del pueblo, actuando Cavour como simple ejecutor de los intereses franceses en el gobierno del Reino de Cerdeña.

Fue éste un tratado celebrado no entre representantes de dos estados soberanos, sino entre el "emperador" de los franceses y un "yes-man" que ejecutaba su política en Italia.

Este encuentro en la localidad francesa de los Vosgos entre Napoleón III y Cavour se realizó en julio de 1858 en el máximo secreto. Napoleón no informó del mismo ni siquiera a su ministro de Relaciones Exteriores y Cavour, solamente al rey y al general La Marmora.

El tratado establecía que en la primavera siguiente Francia y Cerdeña provocarían una guerra contra Austria. Cerdeña invadiría el Ducado de Módena, respondiendo a una "solicitud de ayuda" por parte de los súbditos de ese ducado, debida a "la opresión que sufrían por parte del gobierno".

Esta invasión provocaría la intervención de Austria.

Luego de la victoria, las provincias italianas del Lombardo-Véneto pasarían a pertenecer al Reino de Cerdeña que, por su parte, cedería a Francia la provincia de Saboya y la ciudad de Niza.

En cuanto al resto de Italia, sin haber establecido nada en particular, quedó sobreentendido que el territorio italiano quedaría dividido en cuatro estados: el Reino de Cerdeña, el Granducado de Toscana, el Estado Pontificio y el Reino de Nápoles.

Como una especie de "yapa"-que los más veteranos recordarán y los más jóvenes averiguarán su significado-queda establecido que, una vez que Francia se hiciera con la provincia de Saboya y con Niza, le "regalaría" al reino sardo los pequeños ducados de Parma y Módena, gobernados por unos duques de la dinastía de los Absburgos y, quizás, les permitiría a los "sardos" apropiarse de la Romaña y de algunas provincias nórdorrientales del Estado papal.

Como vemos, Francia regalaba lo que no era de ella y, a cambio de algunos soldados que morirían en el frente de batalla-pero eso no tenía ninguna importancia-, se quedaba con territorios que no eran suyos, como Saboya y Niza. Un negocio redondo.

Después decidieron que, en lugar de utilizar el poco creíble artificio del pedido de ayuda por parte de los habitantes de Módena, era más fácil y menos comprometedor utilizar para provocar a Austria a Garibaldi y sus voluntarios.

Garibaldi aun sabiendo con quienes tenía que vérselas, como consideraba que ése sería un paso importante para el proceso de unificación de Italia y **desconociendo la existencia del vergonzoso tratado** (jamás le perdonó a Cavour el haber entregado a los franceses nada menos que Niza, su ciudad natal) comenzó a reclutar voluntarios para luchar limpiamente contra Austria y sus dependientes, con la finalidad de liberar a esa vasta zona de Italia y continuar con su proceso de unificación.

Luego de una entrevista entre Garibaldi y Cavour en la que éste le comunicó parte del acuerdo con el gobernante francés ocultándole, naturalmente, el precio que le había hecho pagar a Italia por la "ayuda" francesa, acordaron que Garibaldi reclutara voluntarios para provocar a Austria invadiendo los ducados de Parma y Módena.

Garibaldi que no ansiaba otra cosa que luchar para expulsar a Austria de Italia, se entusiasmo con el proyecto y comenzó a trabajar de inmediato en su concreción.

Fiel a su idea de que una guerra debía ser guiada por una persona que tuviera el mando supremo, como en efecto siempre sucedió en todas las épocas, Garibaldi propuso que ese jefe supremo fuera el rey Víctor Manuel II.

La idea fue rechazada por Cavour, pues pretendía ser él quien ejerciera ese comando por ser el Primer Ministro.

Eso abrió más la brecha existente entre Garibaldi y Cavour en cuanto a los métodos según los cuales se debía llevar adelante ese movimiento contra Austria.

Sin embargo, a pesar de la desconfianza que Cavour y el general La Marmora sentían por Garibaldi porque lo sabían defensor de los intereses populares-esos mismos intereses que ambos despreciaban e ignoraban-no repitieron el error cometido por Carlos Alberto de dejarlo de lado.

Las reglas que Napoleón III había impuesto a Cavour establecían que para esa guerra contra Austria, Francia aportaría 200000 soldados y Cerdeña 100000, pero como el sistema de reclutamiento sardo permitía a las clases más poderosas económicamente ser eximidas del servicio militar pagando una determinada suma de dinero, era muy difícil para el reino sardo llegar a esa suma de efectivos sin el aporte de voluntarios.

Otra de las imposiciones del gobernante francés era que no debía haber en las fuerzas sardas cuerpos irregulares (léase: voluntarios y, por lo tanto, garibaldinos).

Cavour sabía que si no eran convocados por Garibaldi, no había voluntarios; sabía que no podía utilizar fuerzas que no pertenecieran al ejército regular y, por otro lado, conocía el rechazo que sentían los generales sardos "de carrera" hacia Garibaldi a quien no deseaban tener que considerarlo como un colega (recordemos que Garibaldi fue designado general por el gobierno de Montevideo, por un hecho de armas llevado a cabo en nuestro país, la batalla de San Antonio, en Salto, en 1846).

A pesar de ello, para poder resolver esta difícil situación, Cavour invistió a Garibaldi con el grado de Mayor General del ejército sardo.

Garibaldi instruyó a las fuerzas bajo su mando que al comenzar las hostilidades de los piemonteses contra los austriacos, debían entrar a la lucha al grito de ¡"Viva Italia y Víctor Manuel! ¡Fuera los austriacos!"

Daba así la idea de que se combatía por la libertad de Italia unida y bajo el gobierno del rey.

Pero los representantes políticos y militares de este reino al que Garibaldi brindaba toda su fidelidad, inmediatamente comenzaron a dejar ver que luego de haberlo utilizado para atraer patriotas voluntarios-que para ellos eran sólo un número de efectivos-se disponían a reservar al "colega" recién llegado un papel menos que secundario.

Para Cavour y los generales del ejército sardo Garibaldi servía para engrosar al ejército real con "carne de cañón" conseguida fácilmente.

Para Garibaldi los voluntarios que se sumaban al ejército del reino eran lo que verdaderamente eran: patriotas que tomaban las armas para liberar a su país de la ocupación extranjera, para formar una Italia unida e independiente.

Durante los preparativos de la puesta en práctica de los pactos de Plombières Inglaterra, atendiendo a sus propios intereses en el Mediterráneo, trató de que Napoleón III dejara sin efecto dichos pactos (sólo Napoleón) y que el Reino de Cerdeña aceptara el desarme, que era lo que pretendía Austria.

Esta movida diplomática desconcertó a los franceses e indignó a los representantes del gobierno sardo, creando un estado de incertidumbre que aprovechó Austria para presentar a Francia un ultimátum amenazando con la guerra si en el plazo de tres días los sardos no habían aceptado desarmarse.

Cavour vio la posibilidad de entrar en guerra contra Austria, apoyado por Napoleón, sin necesidad de inventar una provocación, como estaba previsto en el pacto con los franceses.

Cavour rechazó el ultimátum y el 27 de abril de 1859 Austria declaró la guerra.

Francia declaró la guerra a Austria el 3 de mayo.

Garibaldi partió desde Turín el 25 de abril en dirección a Brusasco, una pequeña localidad de Piemonte.

Turín se encontraba a apenas unos 80 kilómetros de la frontera lombarda donde dominaban los austriacos y el ejército de Austria se movió rápidamente hacia la capital, encontrándose en pocos días a sólo 30 kilómetros de la misma.

El ejército francés, que debía reforzar al sardo, no llegaría a territorio italiano en menos de 15 días, lo que indica la preparación de los austriacos para esta guerra y la falta de previsión y de efectividad de los franceses.

Los sardos se encontraron solos y fueron movilizados todos los hombres disponibles.

Garibaldi recibió la orden de moverse hacia Casale para ponerse a las órdenes del Gral. Cialdini.

Garibaldi se encontró en Casale con las primeras tropas austriacas, pero éstas, curiosamente, no entraron en acción.

Cuando llegó el primer contingente de 100000 franceses que se unieron a las fuerzas piemontesas, Turín se consideró a salvo.

Las contradicciones de Cavour con el rey respecto al tratamiento que debía dársele a Garibaldi continuaron.

Victor Manuel, sabiendo que habría dificultades si Garibaldi hubiera permanecido bajo las órdenes de un general sardo -sin haberlo solicitado Garibaldi-lo liberó de esa dependencia-pero el Primer Ministro y, en ese momento, también Ministro de Guerra, sabotó las órdenes del rey, creando problemas a su acción militar.

Garibaldi tenía bajo sus órdenes a excelentes y probados oficiales como lo eran Bixio, Mélici, Cosenz, Tùr, que habían luchado junto a él en 1849.

Garibaldi se dirigió a Castelletto Ticino, allí pasó el Ticino y entró en Varese.

Aquí el recibimiento de los italianos fue imponente: la población se había organizado ella misma y había formado una guardia nacional para combatir a los austriacos, cuyas banderas arrancó de los mástiles sustituyéndolas por el tricolor italiano.

En Como las tropas al mando de Garibaldi tuvieron su primera victoria contra los austriacos lo cual significó un gran aliento para gran parte de sus voluntarios que tuvieron, con éxito, su primera prueba de fuego.

Se reforzaba el sentimiento de Patria y de italianidad: primer paso para la independencia.

"¡Viva Italia!" era la consigna con que los heridos italianos hospitalizados en Varese sustitúan los gritos de dolor mientras se les operaba sin anestesia, un producto ya en uso pero inexistente en el pequeño hospital local donde eran atendidos también los prisioneros austriacos, dando en Europa por primera vez un ejemplo de piedad humana y precisamente hacia aquellos que siempre habían hecho uso de extrema crueldad hacia los prisioneros italianos.

Se demostraba que no sólo se luchaba por la libertad de Italia sino, también, por una visión nueva de la vida.

Vinieron luego las batallas de Magenta y Solferino y nuevos territorios se unieron al Reino de Cerdeña.

Luego de haber cobrado por adelantado, llegado este momento, Napoleón III le explicó a su "enemigo" Francisco José que estaba molesto por haberse dado cuenta de que con la ayuda de sus tropas estaba abriéndole paso a la revolución.

El monarca austriaco estuvo totalmente de acuerdo con esta declaración clasista y, atendiendo también a que su situación militar no era la mejor, se avino a acordar la paz con el gobernante francés.

El 11 de julio de 1859 se reunieron en Villafranca y mediante una corta entrevista de una hora de duración establecieron las condiciones del armisticio.

Los italianos no existían. Los uruguayos recordemos la Convención Preliminar de Paz, de 1828, en la que se dio una situación similar.

Así concluyó la guerra de 1859 en Italia que dejó abiertas las posibilidades de que el pueblo italiano guiado por Garibaldi prosiguiera su lucha por la independencia y la libertad de su país.

La expedición de los Mil a Sicilia

Este nuevo Reino de Cerdeña, por el que Cavour hizo pagar a Italia con la cesión de Niza y Saboya a Francia, llegó a más que duplicar su territorio y su población.

Cavour llamó a elecciones en el reino ampliado.

Las provincias cedidas a Francia tuvieron su última oportunidad de enviar sus diputados al parlamento sardo, pues luego, mediante la realización de un plebiscito como estaba previsto-pasarían a ser posesiones francesas.

Niza envió sus dos representantes, uno de los cuales era Garibaldi.

A instancias de Garibaldi se produjo en el parlamento un debate sobre la cuestión de Niza, que había pertenecido desde 1388 a los dominios sabaudos.

Pero sus argumentaciones, aunque irrefutables, no tuvieron éxito, puesto que ya estaba todo preparado por Cavour y su gente para aceptar los términos del pacto de Plombières.

Tampoco logró que se pospusiera el plebiscito para tener tiempo de informar a la población y hacer propaganda en contra de la cesión.

Al fin, la Asamblea aprobó la realización del plebiscito, que habría de llevarse a cabo los días 15 y 16 de abril de 1860.

Un observador inglés que había ido a Niza a presenciar esta votación, declaró que, habiendo recorrido varios circuitos electorales no encontró en ellos ninguna boleta con la que se pudiera votar por el NO.

Para probar la seriedad de esta elección y la probidad de sus organizadores él, que obviamente no estaba inscripto, votó por el SÍ.

¿Por dónde continuar la unidad italiana?

Integrando el Reino de Nápoles, en el sur de Italia, que estaba en manos de los Borbones, se encontraba Sicilia con una situación política muy particular.

En su ambiente político actuaban mazzinianos, idealistas liberales, otros que siguiendo las orientaciones de Manín, trabajaban por la unión al Reino de Cerdeña y otros que apoyando la idea de la separación, pretendían la independencia del Reino de Nápoles o, por lo menos, una fuerte autonomía.

Pero en la Isla existía una situación social que urgía algún tipo de solución.

Los campesinos empobrecidos a grados extremos luchaban contra un anacrónico sistema feudal dominado por los nobles que resultaban incapaces de imaginar otro sistema diferente cediendo siquiera una mínima parte de sus privilegios.

También los obreros de Palermo y de Messina se encontraban en una situación misérrima a lo que se agregaba la acción de la "mafia" que acotaba aun más la posibilidad de vivir en un ámbito de cierta normalidad.

Este estado de cosas hacía de Sicilia la región de Italia que con más efervescencia buscaba un cambio inmediato.

Muerto el rey Fernando de Nápoles en mayo de 1859, asumió su hijo Francisco II.

La mano durísima que había usado contra el pueblo el llamado "rey-bomba" le pareció innecesaria a su descendiente que ascendió al trono con apenas 22 años de edad y que estaba muy influenciado por los acontecimientos ocurridos en el norte de Italia.

Se propuso llevar a cabo una política un poco más liberal que la de su padre.

Pero la liberalización sin resolver los problemas de fondo que afectaban a la inmensa mayoría de la población, no hizo otra cosa que fomentar los movimientos revolucionarios que fueron reprimidos salvajemente por la policía borbónica, seguramente sin siquiera consultar al nuevo rey.

Agostino Bertani en febrero de 1860 escribió a Garibaldi, que se encontraba en Caprera, sugiriéndole que se pusiera al frente de una expedición para ayudar a los insurrectos de Sicilia.

Garibaldi dudó.

Quería estar seguro de que la situación revolucionaria estuviera efectivamente "madura" como para intervenir con gente desde fuera.

La duda responsable

Demasiados habían sido los ejemplos habidos en Italia de jóvenes patriotas que movidos por sus sentimientos y creyendo que todos pensaban como ellos se habían sacrificado transformándose en mártires. Muchos de ellos fueron atacados por los mismos a quienes pretendían liberar.

El conocimiento de la población y de la situación política era imprescindible para no cometer un error similar.

Aunque el estado social fuera objetivamente de carácter revolucionario, si la llama no la encendía la propia población afectada era inútil intentar hacerlo desde afuera y lo más probable era que ese intento fuera de tiempo y realizado por gente proveniente de otros lugares retrasara el momento en que la situación revolucionaria produjera la acción correspondiente.

En América, casi cien años después de estos hechos, en Bolivia se comprobó nuevamente esta aserción sumándose, además, otras circunstancias que no se tuvieron en cuenta y que, dadas las características especiales del país donde se intentó llevar a cabo una acción revolucionaria "desde afuera", el intento tuvo resultados desastrosos.

Mientras Garibaldi estudiaba detenidamente la situación, Mazzini desde Londres emitió una proclama llamando a los sicilianos a la insurrección y envió a Rosolino Pilo a la Isla con la finalidad de provocarla.

Pero antes de que Pilo arribara a Sicilia, el 4 de abril el mazziniano Pascual Riso, con 17 compañeros, trató de iniciar una revuelta que fracasó totalmente.

El fracaso de esta revuelta y su violenta represión provocó en el norte de Italia entre los liberales una gran preocupación por la situación en aquella zona.

En Génova se formó un Comité Siciliano en el que se integraron Crispi (que posteriormente sería Primer Ministro en un gobierno italiano "de derecha"), Bixio, Bertani y Sirtori, un ex cura lombardo.

Ese Comité le pidió a Garibaldi que organizara y guiara una expedición para ayudar a los patriotas sicilianos.

Garibaldi, ya convencido de que la situación revolucionaria en la Isla era entonces lo suficientemente sólida como para recibir el apoyo del resto de los italianos, decidió acceder a la solicitud del Comité siciliano que, para él, ya estaba representando a ese pueblo resuelto a ganar por sus propias manos su libertad.

Para Garibaldi la situación siciliana era muy importante, pero era sólo parte de su proyecto de una Italia libre y unida-lo cual era prioritario-aun bajo la guía de Víctor Manuel II.

Pese a los diversos intentos de Cavour por impedir la intervención de Garibaldi en Sicilia éste, el 12 de abril, decidió partir hacia la Isla con 200 voluntarios que se le unieron en Génova.

Estableció su cuartel general en casa de un amigo, Augusto Vecchi, en la localidad de Quarto.

Vecchi, que había luchado junto a Garibaldi en el '49 en Roma pero que ahora era demasiado viejo para integrarse a la lucha armada, puso todo lo suyo a disposición de Garibaldi ayudando en todo lo que pudo.

La camisa roja

Aquellas túnicas rojas que los integrantes de la Legión Italiana de Montevideo debieron usar sólo porque era la única tela de la que disponían entonces-hubiera sido lo mismo si en lugar de roja la tela disponible hubiera sido azul o verde o de cualquiera otro color-pues no tenía acá y entonces el uso de ese color la connotación revolucionaria que sería notoria luego en Europa, se fueron transformando a través de las subsiguientes acciones de Garibaldi y sus voluntarios en un símbolo de lucha por la libertad.

La túnica roja se honró en las acciones heroicas y gloriosas en defensa de la República Romana en 1849.

Garibaldi y sus voluntarios la usaron en los hechos de 1859.

Ahora nuevamente él y sus voluntarios volvieron a usarla ya transformada en camisa.

Fue el uniforme que los distinguió y tras el cual se fue uniendo el pueblo italiano en lucha por su libertad.

En adelante, Garibaldi usaría la camisa roja en todas las circunstancias de su vida: en las campañas militares, en Caprera, en el Parlamento y cuando visitó Londres donde recibió la aclamación del pueblo trabajador y la admiración hasta de los estratos aristocráticos.

Sobre todo, de los femeninos.

La preparación en Quarto continúa

Al fin y al cabo la demora en la obtención de armas fue beneficiosa.

Quienes saboteaban la partida de los voluntarios no se imaginaban que los 200 iniciales eran 500 diez días después y en los primeros días de mayo ya eran más de mil.

Eran los Mil.

Sicilia tenía antecedentes importantes de luchas por la libertad. Es la tierra "dei Vespri".

Y Garibaldi lo recuerda en sus "Memorias".

Recordando, exclama: "Com'eran belli i tuoi Mille, Italia!".

Y continúa: "Peleando contra los esbirros emplumados y adornados con oro a quienes empujaban ante sí como si fueran un simple rebaño. ¡Hermosos! ¡Hermosos! y vestidos de diferentes maneras, como se encontraban en sus talleres cuando fueron llamados a cumplir con su deber. Eran hermosos los estudiantes con sus característicos trajes y sombreros, otros, con la vestimenta más modesta del albañil, del carpintero, del herrero."

En primer término: los Mil no eran solamente para Sicilia. Eran de y para Italia.

En segundo término: hoy diríamos "obreros y estudiantes unidos y adelante".

Eran el pueblo trabajador y el pueblo de la cultura, de la ciencia, de la técnica, que ahora viniendo de dos corrientes diferentes se unían con un mismo fin y auguraban lo que serían o deberían ser el hombre y la mujer italianos del futuro uniendo en una sola vertiente a todos quienes aportaban su trabajo y su conocimiento a la Patria libre y unida.

Garibaldi se lamenta, por otra parte, por no haber podido incluir en la definición de esta corriente popular a los campesinos porque en aquel momento vivían sólo pendientes de su sustento, sumergidos en la ignorancia y en la resignación a su estado económico y social lamentable por la acción conjunta de los propietarios de tierras avalados por la Iglesia, determinados a mantenerlos indefinidamente en su estado de servidumbre.

Reconoce con hidalguía a Bixio como el principal impulsor de la empresa de los Mil y recuerda a los sicilianos Crispi, Lamasa, Orsini, Calvino, Castiglia, Carini, los Orlando y otros, así como a los calabreses Stocco y Plutino, entre otros liberales de ese origen.

Los mil, dice Garibaldi, eran casi todos "Cazadores de los Alpes" (el cuerpo de ejército que comandó en las luchas del '59), los mismos que Cavour había abandonado algunos meses antes en Lombardía a merced de los austriacos.

Cuando Garibaldi recuerda la noche del 5 de mayo de 1860, dejemos que hable él para poder identificarnos con sus sentimientos:

"O notte del 5 maggio, rischiarata dal fuoco di mille luminari, con cui l'Onnipotente adornò lo spazio! l'Infinito!".

Bella tranquilla e solenne, di quella solennità che fa palpitare le anime generose che si lanciano all'emancipazione degli schiavi!

Tali erano i mille adunati e silenziosi sulle spiagge dell'orientale Liguria, raccolti in gruppi, cupi, penetrati dalla grande impresa, ma fieri d'esservi caduti in sorte, succedan pure i disagi e il martirio!

Bella, la notte del gran concetto! Tu romoreggiavi nella fibra di quei superbi con quell'armonia indefinita, sublime, con cui gli eletti sono beati contemplando, nello spazio sterminato, l'Infinito! Io l'ho sentita quell'armonia in tutte le notti che si somigliano alla notte di Quarto, di Reggio, di Palermo, del Voltorno. "

¿Qué es esto sino religión pura, sin intermediarios ni fabulación?

Los Mil en Marsala

En la mañana del 11 de mayo de 1860 los Mil desembarcan en Marsala

El gobierno napolitano, como todos los gobiernos interesados, conocía los planes para invadir Sicilia. Inclusive, sus estrategias militares consideraban como muy probable que el desembarco tuviera lugar en el pequeño puerto de Marsala.

El 6 había mandado un contingente de tropas a ocupar la ciudad con el encargo de desarmar a toda la ciudadanía.

Ese mismo día el comando de Palermo envió otro contingente a esa ciudad.

Pero el día 10, sorprendentemente, antes de que llegaran esos refuerzos, fueron retiradas todas las tropas de Marsala que, durante 24 horas, quedó indefensa.

En la mañana del 11 de mayo, sin ningún motivo aparente, dos navíos de guerra napolitanos que se encontraban en Marsala partieron intempestivamente hacia el sur.

¿Errores en los cálculos militares? ¿Información errónea de la inteligencia militar?

¿Otros motivos? No se sabe. Algunos católicos dicen que, una vez más, la Providencia ayudó a Garibaldi.

Los Mil desembarcaron en Marsala como si los hubieran estado esperando.

En las inmediaciones del puerto había dos naves de guerra inglesas que tenían, entre otras funciones, la de cuidar su delicioso vino dulce, tan apetecido por los ingleses. Algunas de las bodegas que producían este vino pertenecían a súbditos británicos. La casualidad quiso que Garibaldi ya hubiera conocido en Montevideo al capitán de una de ellas y se saludaron como viejos amigos.

Garibaldi dictador

A veces una palabra puede adquirir significados diversos en diversas circunstancias y por diversos motivos.

¿Garibaldi monárquico? No. Garibaldi republicano y demócrata convencido, simplemente había entendido que la única posibilidad de que Italia pudiera independizarse y transformarse en un Estado unificado era con Víctor Manuel a la cabeza de un reino italiano.

Porque la prioridad era la liberación y la unificación del país con cualquier sistema de gobierno que satisficiera la voluntad popular.

No se sabe si hubiera sido lo mismo con otro monarca, pero con Víctor Manuel sí.

Mazzini no comprendió o se negó a comprender ese hecho y fracasó repetidamente.

Cuando las tropas del Reino de Italia entraron en Roma el 20 de Septiembre de 1870, Mazzini aceptó de hecho esa circunstancia y quiso estar presente, pero no pudo: a él el gobierno italiano lo mantuvo preso en Gaeta y a Garibaldi, en Caprera.

¿Garibaldi dictador? Sí. Pero, ¿qué tipo de dictador?

Crispi, al entrar los garibaldinos en Marsala convocó al Consejo Comunal de la ciudad y le propuso que firmara una proclama que declaraba que en Sicilia había caducado el poder borbónico y por la cual invitaba a Garibaldi a asumir el título y las funciones de dictador.

Crispi sabía muy bien que el concepto de dictadura que tenía Garibaldi era el de la Roma republicana, que asumía el mando por un período determinado, mientras durara la guerra, para después entregarlo a las autoridades correspondientes.

No es que Garibaldi anhelara ese título para él, sino que consideraba que era el único modo de conducir eficientemente un conflicto armado.

En otras oportunidades había sugerido al propio Víctor Manuel, cuando estaba al frente de sus tropas que actuara en calidad de dictador.

Por otra parte, aunque no se use ese título, un comandante en jefe de tropas nacionales o internacionales actúa como tal. ¿Qué fue, durante la Segunda Guerra Mundial el general Eisenhower en Europa?

En la proclama que Crispi solicitó al Consejo de Marsala que firmara, proponía que éste invitara a Garibaldi a que asumiera la función de dictador en nombre de Víctor Manuel II, rey de Italia.

El Consejo adhirió a esta proclama; Garibaldi aceptó y fue nombrado dictador, con las condiciones antedichas.

Sus primeras órdenes como dictador de Sicilia fueron contra los saqueos a la población; adoptaba la misma actitud que se había adoptado en Roma durante la República de 1849. Sería seriamente reprimido aun el soldado que entrara en un huerto a robar fruta y de ahí en más.

En Marsala prohibió a sus hombres realizar cualquier requisición, salvo que ésta fuera efectuada contra los jesuitas, a quienes posteriormente habría expulsado de Sicilia como antes habían sido expulsados en Sudamérica por el gobierno colonial español.

Esto explica claramente la razón de lo que se dio en llamar "los hechos de Bronte", a cargo de Bixio, quien recibió el total apoyo de Garibaldi por las medidas allí aplicadas.

Salvo que se tratara de miembros de esta Orden que, por otra parte, eran rechazados por todos los liberales europeos por su actitud reaccionaria independientemente de la religión que decían profesar, Garibaldi señaló a sus voluntarios que no debían tratar a los curas católicos como a enemigos. Esta medida la adoptó, también, porque en Sicilia-

a diferencia de otras regiones de Italia-la mayoría de los curas era favorable a los revolucionarios y contrarios, por lo tanto, al régimen borbónico.

Un ejemplo claro de esto lo constituyó la unión a los Mil (que ya eran unos 1200, pues en Marsala se les unieron más de cien voluntarios) del padre Pantaleo, en Salemi, cuando se dirigían hacia Palermo, la capital siciliana.

Era el sucesor del padre Hugo Bassi que los había acompañado, dejando su vida en la lucha, durante la República Romana, según expresión de Garibaldi.

Las luchas continúan

No todo fue tan fácil para los garibaldinos como el desembarco y la entrada en Marsala.

En Calatafimi debieron librar una muy importante batalla que decidiría el futuro del avance de los revolucionarios hacia el resto de Italia.

Una victoria sobre los ejércitos borbónicos que superaban a los garibaldinos en la proporción de cinco a tres, en esta etapa de la lucha equivalía a elevar al máximo la moral de las tropas lo cual era imprescindible para poder seguir adelante con este proyecto.

Garibaldi planteó a los suyos que en Calatafimi debían hacer Italia o morir.

Y comenzaron a hacer Italia venciendo en Calatafimi. Era el 15 de mayo de 1860.

El próximo desafío era nada menos que Palermo y hacia allá se dirigieron.

La capital siciliana aparecía como una plaza verdaderamente inconquistable.

Prácticamente todas las tropas que el Reino de Nápoles tenía en la Isla se encontraban en Palermo.

En la madrugada del 27 de mayo los garibaldinos entraron en Palermo.

Garibaldi, así como recordó los días de las Vísperas al decidir dirigirse a Sicilia, ahora tenía presente que en Palermo había comenzado la insurrección europea de 1848, que tantas consecuencias tuviera en el continente.

El pueblo palermitano colaboró eficazmente con los revolucionarios construyendo, por propia iniciativa, barricadas en todos los lugares estratégicos de la ciudad.

Al mediodía, después de ocho horas de encarnizados combates, la mayor parte de la ciudad estaba en manos de los garibaldinos. Fueron abiertas las cárceles para liberar a todos los prisioneros del régimen.

Después de algunas treguas solicitadas por los napolitanos y concedidas por Garibaldi que las aprovechó para proveerse de cartuchos que los mismos revolucionarios fabricaban, el 6 de junio los 20000 soldados napolitanos se rindieron a los Mil y a los palermitanos que habían luchado de manera ejemplar demostrando la fuerza que proporciona la certeza de estar luchando por una causa justa y por la libertad.

Los napolitanos no fueron ineficientes militarmente por falta de capacidad o de coraje: era sólo que estaban más de acuerdo con sus "enemigos" que con sus mandantes y no tenían, por lo tanto, motivación alguna.

Vueltos los soldados de los Borbones a Nápoles, solamente quedaban en la Isla 5000 efectivos concentrados en Messina y en sus alrededores.

Mientras se desarrolló la lucha por Palermo Garibaldi estableció su cuartel general en el palacio del municipio y los jefes borbónicos se establecieron en el palacio real.

Dueño de la capital, Garibaldi, en otro acto en el que ponía en práctica su acostumbrada demostración de didáctica cívico-revolucionaria, se estableció con su cuartel general en el palacio real, para que el pueblo comprendiera que esas construcciones no estaban hechas para recibir a gente extraordinaria que fuera especial "por la gracia de Dios", sino a quienes hacen valer sus derechos como hombres y mujeres libres, que son parte de su pueblo y del pueblo del mundo. Esto lo repitió en muchas oportunidades, aunque dentro de magníficos edificios a menudo durmiera en el suelo, como lo hacían sus hombres.

El 12 de junio en esa sede real Garibaldi nombró al gabinete con el que gobernaría Sicilia durante su dictadura.

Crispi fue nombrado Secretario de Estado y Ministro del Interior; como Ministro de Relaciones Exteriores y de Comercio designó a un propietario de tierras: el Barón Pisani, quedando establecido un gobierno de tendencia conservadora.

Esto no es extraño puesto que miembros de todas las clases sociales colaboraron con los garibaldinos en Sicilia, uniéndose contra la monarquía borbónica.

La unidad de toda la Isla era fundamental para mantener una retaguardia segura y continuar con la liberación del resto de Italia.

Los problemas de clase se solucionarían más adelante.

Así y todo, emanó un decreto por el que se establecían las condiciones para una reforma agraria que sacara a los campesinos de su extrema pobreza, al tiempo que prohibió toda acción directa por parte de los campesinos para apropiarse por su cuenta de las tierras que necesitaban: éste debía ser un acto de gobierno que se realizaría con firmeza pero dentro del orden revolucionario, a fin de evitar cualquier salida de cauce de la situación, al tiempo que se hacía justicia.

Esta situación política en Sicilia alarmó sobremanera a Napoleón III y por lo tanto, aunque no necesitaba del soporte de alarmas ajenas, a Cavour y a su entorno que hicieron todo lo posible por anexionar Sicilia al Reino de Cerdeña para terminar con esta pesadilla.

Pero los planes de Garibaldi eran otros.

No, por cierto, adueñarse para sí de Sicilia bajo su dictadura, lo que hubiera sido muy fácil para él dado el apoyo popular con que contaba, sino continuar con la liberación y la unificación de Italia.

Vinieron después Milazzo y Messina, completando la conquista completa de la Isla.

Actuando siempre entre la insidia y la traición, Cavour continuó intrigando con desesperado ímpetu.

En una Carta dirigida a uno de su entorno criticaba a los napolitanos por la "cobarde rendición de la ciudad" con lo que, "dejando en libertad de acción a Garibaldi nos hace imposible impedir su desembarco en Nápoles".

Entró en tratativas directamente con el gobierno napolitano proponiéndole que el rey cediera Sicilia a Víctor Manuel, a cambio de asistencia militar para que lucharan contra Garibaldi.

Cavour no tuvo éxito con esta "movida diplomática".

Víctor Manuel, aparentemente secundándolo, escribió una carta oficial a Garibaldi ordenándole no pasar el estrecho de Messina. Pero cuarenta y nueve años después, fue hallada otra carta de Víctor Manuel a Garibaldi diciéndole que no tomara en cuenta la orden anterior de no pasar a Calabria.

Esto hace evidente cuál era el relacionamiento entre el rey y su primer ministro y entre el primer ministro y el rey, cada uno tratando de llevar adelante "su política", con ocultamientos y engaños mutuos.

Garibaldi no llegó a recibir esta segunda carta del rey que cuando fue hallada estaba aun cerrada y sellada.

Pero era evidente que no pensaba cumplir con la primera orden; recordemos que no formaba en el ejército oficial del reino, sino que comandaba voluntarios.

En la noche del 18 de agosto de 1860 Garibaldi, acompañado por 3360 hombres que Bixio había agrupado secretamente atravesó el estrecho no desde el Faro, desde donde todos esperaban que lo hiciera, sino desde Taormina.

Contaban para ello con dos buques: el "Torino", que estaba en muy buen estado, y el "Franklin" que, cuando llegó Garibaldi, estaba por irse a pique por la cantidad de agua que estaba haciendo.

El maquinista se negaba, con razón, a efectuar la travesía en esas condiciones.

Garibaldi tomó una decisión propia de la gente de mar, a quienes no amilanan estas dificultades sobre todo porque saben cómo resolverlas.

Ordenó a varios oficiales de a bordo que se zambulliesen debajo de la nave para ubicar el lugar de la falla.

Encontrada ésta, mandó recoger estiércol de animales herbívoros el que fue amasado con otros elementos formando una pasta que se colocó desde afuera con una pértiga. El propio mar empuja esta mezcla hacia adentro obturando la falla.

El maquinista, convencido por el resultado de esta operación, se dispuso a partir.

Al anochecer del día siguiente desembarcaron en Melito en la costa calabresa.

La primera etapa de esta epopeya, con éxito militar y una invalorable experiencia política, terminaba.

Para Garibaldi significaba la puesta en práctica de sus ideas en ambos terrenos, el militar y el político, confirmándose y confirmando que ello era posible.

La moral del pueblo italiano se elevó al máximo.

El temor y el terror de los acomodaticios con Cavour al frente eran igualmente elevados.

¿Cómo recuerda Garibaldi aquellos hechos? Recurramos una vez más a sus "Memorias":

"Giunti allo stretto, bisognava passarlo. Sicilia reintegrata nella grande famiglia italiana, era certo un bellissimo acquisto.

Ma che? Dovevamo noi, per compiacere alla diplomazia, lasciare incompleta, monca, la patria nostra? E le Calabrie, e Partenope, che ci aspettavano a braccia aperte? Ed il resto d'Italia, ancora servo dello straniero o del prete? Bisognava passarlo, a dispetto della vigilanza somma dei Borbonici e di chi per loro!"

En Calabria

La miseria y el abandono de Calabria en manos de los Borbones eran los mismos que en Sicilia.

Como en la Isla, no sólo los habitantes de las ciudades se unieron a los garibaldinos, sino también los campesinos, que vivían en condiciones deplorables.

La población calabresa se unió espontáneamente a la insurrección, al punto que, en Catanzaro, Garibaldi fue proclamado Dictador cuando todavía la ciudad estaba en manos de las tropas borbónicas.

A las rendiciones y al desbande de las tropas del Reino de Nápoles, se sumaba la unión de importantes grupos de voluntarios a la empresa liberadora.

La marcha hacia Nápoles sólo se veía retrasada por la falta de caballería.

El rey Francisco de Nápoles-Franceschiello se encontraba solo y desorientado.

Luego de perder Sicilia, como medida desesperada, concedió una constitución que no le sirvió, como esperaba, para ganarse el apoyo de los liberales.

Era demasiado tarde.

A las derrotas militares y la defección de sus tropas, se unía la traición hasta de sus ministros y de quienes habían sido su principal apoyo político y el terror del pueblo.

La última esperanza del rey se fundaba en la guarnición de la capital y en el posible apoyo de los campesinos del norte del reino, que estaban en mejores condiciones económicas y sociales que los de Calabria y Sicilia, a la vez que muy influenciados por la Iglesia Católica.

Esta esperanza del rey y de la corte no era muy firme por lo que decidieron trasladarse a Gaeta ante el avance incontenible de los garibaldinos.

Era el 5 de septiembre, el mismo día en que Garibaldi llegó a Salerno donde fue recibido y aclamado por más de 20000 personas que festejaron su arribo a una ciudad iluminada, en un ambiente festivo, en cuyas calles se bailó durante toda la noche.

Al día siguiente el alcalde de Nápoles y el comandante de la Guardia Nacional se dirigieron a Salerno para invitar a Garibaldi para que entrara en la capital del Reino.

Mientras lo esperaba, Garibaldi telegrafió avisando que llegaría a Nápoles apenas hubiesen arribado el alcalde y sus acompañantes a lo que el Ministro del Interior y de la Policía del Reino respondió con este otro telegrama:

"All'invittissimo Generale Garibaldi . Dittatore delle Due Sicilie. Liborio Romano, ministro dell'Interno e Polizia. Con la maggior impazienza Napoli attende il suo arrivo, per salutarla il Redentore d'Italia, e deporre nelle Sue mani i poteri dello Stato e i proprii destini. . . Mi attendo gli ulteriori ordini Suoi, e sono con illimitato rispetto di Lei. Dittatore invittissimo. Liborio Romano. "

Este servilismo irritante mostraba de cuerpo entero y mente al déspota que había ejercido su poder omnimodo aterrizando a la población del Reino.

Fue de los primeros que traicionó a aquel en nombre de quien había desplegado su furor antipopular. Ahora trataba de salvar la piel y lo que se pudiera salvar.

La casi totalidad de los 500000 napolitanos recibieron en triunfo a Garibaldi aquel 7 de septiembre de 1860.

Comenzaba a ejercer su dictadura popular sobre la mayor parte del Reino de Nápoles, pero todavía debería afrontar y vencer dificultades.

La dictadura sobre el Reino de Nápoles a favor del pueblo y en democracia

Garibaldi, a pesar de conocer perfectamente quién era este funcionario, terminó por incluir a Romano en su gabinete en el que nombró al mazziniano Bertani en el puesto clave de secretario general de la Dictadura, buscando lograr un amplio espectro de apoyo a esta gestión a término.

Como había hecho con Depretis en Sicilia, Garibaldi escribió a Víctor Manuel solicitándole que enviara a Giorgi Pallavicino para nombrarlo pro-dictador en Nápoles y así poder continuar su campaña en el Estado Pontificio.

Sin embargo, cuando Pallavicino llegó a Nápoles, no fue nombrado pro-dictador sino que, simplemente, lo incluyó en el gobierno dejándole a Bertani las manos libres para actuar según su criterio, que era coincidente con el de Garibaldi.

De acuerdo con Bertani, Garibaldi emanó algunos decretos por medio de los cuales se anunciaba una reforma agraria, se otorgaban subsidios a los desocupados, se fijaban precios máximos para los productos básicos del consumo familiar, continuando en la línea ya comenzada y aplicada en Sicilia.

Estas medidas alarmaron y exasperaron a Cavour y al conservadurismo, que las consideraron como los primeros pasos hacia el socialismo y una afrenta a la sociedad.

Un diario los definió como "un desafío a la sociedad, una negación de los principios morales sobre los cuales ésta se asienta"; una "exasperación de la soberanía popular, del absoluto derecho al trabajo, del desprecio hacia toda distinción social".

La única manera que veía el cavourismo y todo el sector conservador de librarse de Garibaldi, de su dictadura democrática y, sobre todo, de sus medidas "disolventes" en el aspecto social y económico era la inmediata anexión de Sicilia y de los territorios ya conquistados por Garibaldi y el pueblo al reino sardo, aunque la tarea de liberación no estuviera todavía terminada.

Por cierto, los mazzinianos se oponían a esta apresurada anexión.

Garibaldi siempre había sostenido que la anexión de Sicilia al reino sardo no se debía realizar mientras no fuera liberado todo el territorio continental, refiriéndose al Reino de Nápoles y al Estado Pontificio.

Los mazzinianos iban más allá: sostenían que la anexión de todos los territorios se debía postergar hasta tanto no fuera liberado no sólo el Estado Pontificio, sino también Venecia y sus territorios aun en poder austríaco.

Eso hubiera significado una verdadera guerra de liberación con la activa participación del pueblo, anulando toda posibilidad de componendas a las que era tan adicto el gobierno de Cavour.

Cavour jugaba con la idea de que un plebiscito y un plebiscito ya, como planteaba, era el medio más democrático para lograr la anexión, que era lo único que le importaba.

Los mazzinianos proponían postergar el plebiscito hasta que se hubieran realizado sendas asambleas constituyentes en Palermo y en Nápoles.

Era claro que si en un plebiscito se proponía la elección entre el régimen borbónico o el de Turín, la elección era indiscutible; se elegiría esta última opción.

Pero el verdadero planteo democrático era el de las asambleas constituyentes, dentro de las cuales habría tendencias políticas y discusión libre sobre los destinos de los territorios liberados.

El Volturmo

Se estaba discutiendo sobre quién se quedaría con la piel cuando todavía no se había cazado al oso.

El grueso de las tropas napolitanas estaban establecidas al sur de Capua a lo largo de la línea del Volturmo.

Garibaldi sabía que faltaba todavía resolver el mayor empeño militar de la campaña.

Había establecido su cuartel general en el enorme palacio real de Caserta, donde no ocupaba más que una pequeña habitación suficiente para habitarla mientras iba conformando la estrategia más adecuada para enfrentar un poder militar que, si bien ya no contaba con los territorios que debían sostenerlo, era muy fuerte y peligroso.

Garibaldi pasaba la mayor parte de las jornadas observando y registrando las posiciones enemigas que se extendían por un frente de más de 30 kilómetros.

Unos 50000 hombres leales al régimen conformaban esta última defensa de un Estado que ya estaba perdido pero que ellos defendían con determinación.

Las fuerzas con las que contaba Garibaldi eran apenas la mitad de las borbónicas y estaban constituidas por lo que quedaba de los voluntarios de los Mil a los que se agregaban las tropas que habían aportado Bertani y Médici, de voluntarios calabreses y de otros que se habían enrolado en Nápoles.

No nos detendremos en la descripción de esta batalla que ya es harto conocida y porque, además, tratamos de evitar el relato de hechos bélicos.

Resaltamos, sin embargo, que ésta fue la primera batalla en la que Garibaldi comandó un gran ejército y dio prueba una vez más de su capacidad como militar.

El 2 de octubre de 1860 se rindieron las tropas borbónicas ante el empuje del pueblo guiado por Garibaldi durante esta épica batalla.

Garibaldi con todo el poder en sus manos realiza el magno gesto

Con los todavía fuertes restos del ejército borbónico que contaba con más de 500000 hombres concentrados en Capua y Gaeta, Garibaldi no estaba en condiciones, luego del esfuerzo del Volturno, de hacerle frente con sus poco más de 40000 voluntarios.

Hubiera sido necesario prepararse adecuadamente para dar la batalla final, lo cual requeriría tiempo y la voluntad de todos concentrada en ese objetivo.

Pero en lugar de eso comenzaron a aflorar las diferentes concepciones políticas que, desconociendo la importancia de la tarea principal para terminar definitivamente el desarrollo completo de la lucha iniciada en Marsala, comenzaron a presionar a Garibaldi.

Unos para tratar de imponer, en aras de un ideal, soluciones inadecuadas para el momento que se estaba viviendo; otros, más enemigos de Garibaldi y de los garibaldinos que del régimen borbónico, tratando de eliminar a éstos de la escena para solamente agregar más territorios a la monarquía de Turín sin cambiar en esencia nada y preservando la posesión de Roma para el papado.

Poco les preocupaba la contradicción que entrañaba la ocupación por parte del ejército real de importantes provincias del Estado Pontificio, anexándose Umbria y Las Marcas.

Asambleas constituyentes o plebiscitos.

Plebiscitos y asambleas constituyentes.

Este tironeo entre los que apoyaban a Garibaldi y los que verdaderamente lo único que querían era quitárselo de encima lo antes posible, plantearon de hecho una situación insostenible.

Esto era, en el fondo, lo que querían los cavourianos y, quizás sin quererlo, ayudaron a crear los mazzinianos tratando de lograr avances a ultranza, sin el menor sentido político y aun contradiciendo la idea de Garibaldi que había luchado hasta entonces y continuaría haciéndolo, aplicando lealmente porque estaba convencido de su justeza política a pesar de su irrenunciable republicanismo-la consigna de Italia libre y unida, con Victor Manuel II al frente.

El propio Garibaldi en sus Memorias expresa que "En otros tiempos se habría podido convocar a una constituyente, en aquella época era imposible y no se habría obtenido otra cosa que una pérdida de tiempo y un desarrollo ridículo de la cuestión. Entonces estaban de moda las anexiones por medio de los plebiscitos. Los pueblos engañados por los grupos de presión esperaban todo de parte del Gobierno reparador".

Estaba claro. Para llevar a cabo las Asambleas Constituyentes, con efectiva participación popular, aunque más no fuera como "controladores", requería una politización que bajo el régimen feudal en el que habían vivido hasta entonces no existía. Por lo tanto, para el común de un pueblo con un altísimo nivel de analfabetización y bajísimo nivel de conocimientos-sólo con los necesarios para extraer de la tierra los medios de subsistencia-que tornaba casi real aquella frase con la que se quería hacer escarnio desde las clases "cultas" cuando ponían en boca de los campesinos sumidos por ellas mismas en la necesidad y el atraso haciéndoles reclamar: ¡Llueve, gobierno ladrón! El simple cambio de gobierno le daba la esperanza de poder lograr una mejoría en su situación.

El plebiscito era una forma rápida y fácil de lograr ese cambio.

Cambio que no llegó. Que tampoco llegó luego de la unidad italiana el 20 de septiembre de 1870, a pesar de los reclamos de Garibaldi y de sus críticas a aquellos gobiernos antipopulares a los cuales preocupaban más la opinión y el beneplácito de las potencias extranjeras que el bienestar de su propio pueblo.

Con la visión infantilista y de mentalidad colonial (no colonialista del tipo inglés o francés, que era lo contrario), se lanzaron a la conquista de territorios inútiles para "prestigiarse" en el concierto europeo, esto es: en la asamblea internacional de usurpadores y rapiñeros.

El sur, que necesitaba un gran trabajo de educación popular, que necesitaba inversiones productivas, que necesitaba entrar en la revolución industrial y en el avance social, fue sistemáticamente olvidado por los "emprendedores" de mente servil hacia todo lo extranjero.

Esa población que alimentó contra su voluntad y sin tener conciencia de ello el gran negocio de la emigración, fue la que mantuvo siempre en alto, en sus países de adopción, los ideales garibaldinos y el orgullo de ser italianos.

Cuando a principios del siglo pasado algunos pudieron esperar que por fin el gobierno que parecía reivindicar los valores nacionales se ocuparía de llevar hacia la equiparación económica, cultural y social a las poblaciones meridionales, se encontraron con que ese gobierno pensó en el Sur como tierra de castigo para aquellos que querían avances sociales pero en democracia.

Fueron tierras de confinamiento y continuaron siendo tierras de atraso.

Este largo razonamiento tiene que ver con las ideas de Garibaldi, por eso lo incluimos.

Volviendo otra vez a sus Memorias, recuerda que "con la victoria de Caserta Vecchia, el 2 de octubre de 1860, se cierra el glorioso periodo de nuestras batallas en la campaña del '60".

Continúa: "El ejército italiano del norte, (el del reino, C. N.) que Farini y compañía habían enviado para combatir contra nosotros, personificación de la revolución (aquí Garibaldi alude a una carta en tal sentido dirigida por Farini a Napoleón III, emperador de los franceses, lo cual confirma la actitud de lacayos de un poder extranjero que

adoptaban permanentemente los cavourianos) nos encontró como hermanos y a este ejército le tocó la tarea de liquidar las fuerzas borbónicas en las Dos Sicilias. "

Con su grandeza de espíritu habitual, reconoce lo que es mérito propio, pero reconoce también, sin ambages, todo lo que es mérito ajeno.

Él ya pensaba en su retiro pero continúa diciendo: "Para dejar en condiciones regulares a mis heroicos compañeros de armas, solicité que fueran incorporados al ejército nacional y fue una injusticia no acceder a mi pedido. Se quería gozar del fruto de la conquista, pero dejando fuera a los conquistadores. "

Eso fue exactamente lo que hicieron cuando el 20 de septiembre de 1870, al completarse la unidad de Italia con la entrada en Roma del ejército (ya del Reino de Italia gracias a Garibaldi), éste y Mazzini estaban presos por el gobierno de ese reino.

Con la mente de un gran estadista para quien los intereses de la Nación están por encima de los intereses personales y de parte, con la generosidad de un grande de corazón y de acción, Garibaldi constatando que una vez más lo habían utilizado para aprovecharse de su sacrificio y del sacrificio de sus voluntarios, que constituían lo mejor del pueblo italiano, en beneficio de una dinastía y de una clase social ligada en estado de dependencia a intereses ajenos a los del pueblo, termina la descripción de este período con esta lacónica frase: "Habiendo comprendido esto, depuse en manos de Víctor Manuel la Dictadura que me había sido conferida por el pueblo proclamándolo rey de Italia. A él recomendé a mis valerosos hermanos de armas, siendo ésta la única parte sensible de mi abandono pues ya estaba deseando retomar mi soledad. "

La dictadura **que le había sido conferida por el pueblo** la depuso en manos del monarca que era el único capaz, en su opinión, de lograr la unificación italiana y **lo proclamó rey de Italia.**

A pesar de las afrentas que había tenido que sufrir por parte de quienes rodeaban al monarca sabauda y, en cierto modo, por parte de él mismo, este republicano de alma proclamó dando cabal cumplimiento a su compromiso-el Reino de Italia en la persona de Víctor Manuel II.

El que, gracias a él era Rey de Italia intentó pagar.

Lo nombró general del ejército y se ofreció crear para él el grado de "mariscal de campo".

Ofreció una propiedad agrícola para su hijo Menotti.

Ofreció el grado de "ayudante de campo del rey" para su otro hijo Ricciotti.

Ofreció una dote para Teresita, la hija de Garibaldi para cuando se casara.

Ofreció para Garibaldi un castillo y un vapor (esto, en 1860, un lujo que sólo se podían dar los más ricos y poderosos).

Víctor Manuel no había entendido nada.

Garibaldi rechazó todos estos ofrecimientos y volvió solamente con una bolsa de semillas a su Caprera.

En Italia, en la mente de muchos llena de viejos y renovados odios hacia Garibaldi por haber dedicado toda su vida al pueblo italiano y al pueblo del mundo, se mueven

estos rencores buscando permanentemente denostar su figura, ignorar sus hechos que son incontestables.

La Iglesia Católica y quienes siguen su línea política jamás le perdonarán a Garibaldi que haya proclamado "Roma o muerte".

Él murió cuando tenía que morir, de muerte natural, (fue indudablemente un protegido por la Providencia) y Roma se integró al seno de la Italia unida como su capital natural.

Esas mentes oscuras nos quieren hacer creer ahora que la proclamación y, por lo tanto, la creación del Reino de Italia en 1861 que, como vimos, fue total y absolutamente obra de Garibaldi habría que celebrarlo como el "día de la unidad de Italia" que fue, revisionismos interesados aparte, el 20 de septiembre de 1870.

¿De qué unidad se puede hablar cuando en 1861 todavía Venecia y su territorio, Trento y, principalmente Roma y sus adyacencias estaban en manos de ocupantes extranjeros?

A la Iglesia Católica le resulta imposible, hasta ahora-salvo el reconocimiento explícito de Juan XXIII, precisamente cuando el Primer Ministro de Italia lo fue a saludar al cumplirse el primer centenario de la creación del Reino de Italia-aceptar que Garibaldi, que jamás atacó a la religión y sin tener en cuenta que sus propias creencias tienen tanto de religioso, pero de una religión sin intermediarios y sin beneficiarios, haya hecho todo lo que estuvo a su alcance para-junto con el pueblo italiano-darle y darse una Nación.

Nos referimos a la Iglesia Católica o, si queremos, al Vaticano, porque sólo por su influencia se puede intentar torcer tanto la historia.

Italia unida se inició dándole a esta religión todas las garantías imaginables para que siguiera funcionando como lo había hecho hasta entonces en el plano espiritual.

¿Es que habrá perdido tanto en el plano económico? Lo que está a la vista lo desmiente.

En este mismo número publicamos una página de Giambattista Cúneo, el patriota italiano que regó por estas tierras en el siglo XIX el pensamiento mazziniano, en su carácter de periodista, que señala las diferencias existentes entre los planteamientos de Jesús y la actividad de la Iglesia, aferrada a los bienes materiales.

Mazzini y Cúneo-afortunadamente-no corrieron la misma suerte que Savonarola o Giordano Bruno, por pretender enderezar a la Iglesia por dentro, porque todos ellos eran verdaderamente cristianos. No tienen un círculo de granito en medio de la Piazza della Signoria de Florencia o un monumento en Campo dei fiori de Roma, que indican los lugares donde fueron convertidos piadosamente en antorchas vivientes para "salvarles el alma" y salvar los intereses sagrados de la Santa Madre Iglesia.

Resumiendo: en 1861 se creó el Reino de Italia, gracias a Garibaldi, y deberíamos celebrarlo por el único motivo de que fue un gran paso hacia la unificación de Italia.

En 2010 celebramos los 150 años de la partida desde Quarto, en las cercanías de

Génova hacia Marsala en la Sicilia ya en movimiento antiborbónico y celebramos el gobierno de Garibaldi volcado a los intereses del pueblo en lo que fuera el Reino de Nápoles, que terminó ofreciendo a Victor Manuel, por primera vez, como Rey de Italia. De una Italia aun en formación.

Celebramos, en fin, la gloriosa campaña de los Mil y el primer gobierno popular que ha tenido Italia en su historia.

La efímera República Romana del '49 fue la que abrió la senda por la que había que transitar cuando fuera posible.

Esa posibilidad debía depender solamente de los italianos. Ya lo hizo notar Garibaldi en la discusión de la Constituyente de 1849 cuando señaló a quienes buscaban ejemplos ajenos para aplicar a esa Constitución, que los italianos no debían buscar ejemplos más que en su propia historia, en la cual, precisamente, se habían inspirado quienes crearon otras constituciones y otros sistemas en el extranjero.

Aquella Constitución que estaba naciendo cuando la República Romana estaba muriendo acosada por la intervención extranjera era-y los actores lo sabían-un documento que habría justificado todos los sacrificios sufridos y un jalón en la historia moderna de Italia. Era por lo que habían luchado y por lo que habría que seguir luchando.

La continuación lógica de esta accidentada historia de la democracia italiana fue el gobierno del ex Reino de Nápoles encabezado por Garibaldi.

Hay un nexo directo entre 1848/49 y 1860/61.

El proceso unitario de Italia tuvo en esta última etapa, con Garibaldi al frente, un gran cambio cuantitativo y cualitativo; se aumentaba el territorio italiano y se creaba el reino-que Garibaldi consideraba circunstancial, en última instancia-y que ya no era el eufemístico Reino de Cerdeña sino el Reino de Italia- **que debería continuar ese proceso hasta culminarlo.**

Ello se hará realidad el 20 de septiembre de 1870 ya con los territorios del nordeste del país incorporados y con Roma capital.

Ésta es la historia.

La historia verdadera, basada en hechos y en documentos fidedignos, sin fabulaciones.

Porque la historia, esa tozuda, puede coincidir o no con nuestros deseos, pero siempre recorre su propio camino.

Lo que sí se puede cambiar, es lo que aun no es historia; esto es, desde ahora hacia adelante.



Gral. Gerolamo Bixio

LETTERA DI GIUSEPPE GARIBALDI ALL'AMICO B. CARANTI*

E' quasi certo che partiranno queste sera per
 il Messico - in gent' cura in conto, conraggiando
 sull'apoggio nostro - Bisogna muover la Nazione -
 liberi e schiavi - - Io non consiglio il motto
 della Secchia - ma credetti dover cominciare ora
 stacciamci combattendo oppressori - Io sono airan-
 agorato da uomini ben noti all'Italia - e convergo
 suda l'onore Italiano non sarà lode - - Ma, o
 oggi, non si tratta del solo onore - bensì di raso-
 - odare la membra sparse della famiglia Italiana po-
 portarle poi - compatti - contro i primi protenti -
 il grado di guerra sarà Vittorio Emanuele e l'Italini-
 re assumo la responsabilità dell'impresa - e non
 ho dubito - scrivere al Re, in veduta - perche naturalmente
 mi avrebbe vietato di fare -
 Rilevate tutti i nostri amici - che si ajutino a dare al
 popolo Italiano la sublime scossa che cui è capace
 certamente - e che deve emanciparlo - sono li tocchi
 al porco nostro sperduto - ma guante - e chi giurasse
 nella Nazione si muova verso i fratelli oppressi -
 questi marceranno e combatteranno per noi domani -
 Oio, uomini, armi - l'Italia tutta possiede - e bastano
 Potevate notare di noi - Un saluto ai Sallavini
 per la vita -

G. Garibaldi

Como 5 Maggio 1860

* Museo del Risorgimento - Milano

LETTERA DI GIUSEPPE GARIBALDI ALL'AMICO B. CARANTI*

E' quasi certo che partiamo questa sera per il Mezzogiorno. In quel caso io conto ragione sull'appoggio vostro. Bisogna muover la nazione, liberi e schiavi. Io non consiglierai il moto della Sicilia, ma credetti di dover concorrere ove Italiani combattono oppressori. Io sono accompagnato da uomini ben noti all'Italia e comunque vada l'onore Italiano non sarà leso. Ma oggi non si tratta del solo onore, bensì di riannodare le maglie sparse della famiglia italiana per portarla poi compatta contro i più potenti nemici. Il grido di guerra sarà: *Vittorio Emanuele e l'Italia*. Io assumo la responsabilità dell'impresa e non ho voluto scrivere al Re né vederlo perché naturalmente mi avrebbe vietato di fare. Vedete tutti i nostri amici che ci aiutino a dare al popolo italiano la sublime scossa di cui è capace certamente e che deve emanciparlo. Non si tocchi al prodi nostro esercito, ma quanto v'è di generoso nella nazione si mova verso i fratelli oppressi. Questi marceranno e combatteranno per noi. Domando oro, uomini, armi. L'Italia tutto possiede e bastante. Presto avrete notizie di noi. Un saluto ai Pallavicino.

Vostro per la vita.

G. Garibaldi
Genova, 5 maggio 1860.

* *Transcripción*



Mapa de Italia - 1861

LA NOTTE DI CAPRERA

Gabriele D'Annunzio

I

Donato il regno al sopraggiunto re,
il Dittatore silenziosamente
sul far dell'alba con suoi pochi sen viene
alla marina dove la nave attende.
Ei si ricorda nell'alba di novembre:
quando salpò da Quarto era la sera,
sera di maggio con ridere di stelle.
Non vede ei stelle ma l'alta accesa gesta
dietro di sé nella stagion sì breve.
Ei seco porta un sacco di semente.
Quella è la nave che all'acque di Sardegna
già navigò dal Faro in gran segreto
per il soccorso, innanzi ch'ei prendesse
Reggio ed i monti, innanzi che Soveria
fosse gli resa, quando le nuove schiere
precipitò nella Calabria estrema
e duce fu alle armi, alle carene
fu calafato, fu mastro d'ascia, artiere
d'ogni arte, pronto ei sempre alla diversa
necessità con volto sorridente.
Donato il regno al sopraggiunto re,
ora sen torna al sasso di Caprera
il Dittatore. Fece quel che potè.
E seco porta un sacco di semente.

LA NOCHE DE CAPRERA

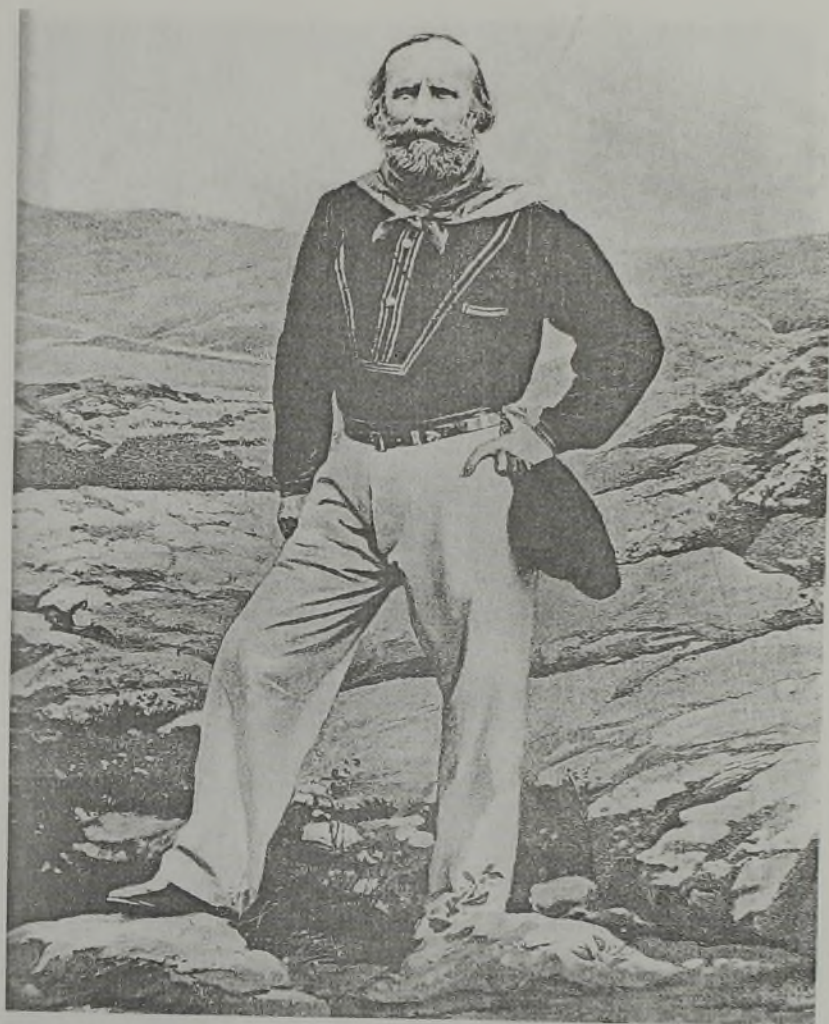
Gabriel D'Annunzio

Ofrecido el reino al nuevo rey
el Dictador silenciosamente
al despuntar del alba,junto a sus pocos acompañantes
llega hasta el mar donde la nave espera.
En el alba de noviembre,recuerda:
cuando zarpó desde Quarto era de noche,
noche de mayo,con sonrisas de estrellas.
Él no ve estrellas,sino la gesta alta y encendida
detrás de sí,en la etapa tan breve.
Lleva consigo una bolsa con semillas.
Aquella es la nave que hacia las aguas de Cerdeña
ya navegó desde el Faro en gran secreto
para el socorro,antes de que él tomara
Reggio y los montes,antes de que Soveria
se le rindiese,cuando los nuevos escuadrones
precipitó en la Calabria extrema
y fue jefe militar,calafateador
en las carenas,fue maestro carpintero de ribera,
artesano de todas las artes
pronto siempre ante cualquier necesidad
con el rostro sonriente.
Ofrecido el reino al nuevo rey
se vuelve ahora a la pedregosa Caprera
el Dictador. Hizo lo que pudo.
Y lleva consigo una bolsa con semillas.

Traducción libre: C.N.



Gauche de Montevideo (S.XIX) Adolphe D'Hastrel



Garibaldi en Caprera

IL SEDUTTORE E IL CAPPELLANO

Elaborazioni della guerra e del genere lungo la strada dei Mille

Marco Meriggi

Non appena conclusa, l'impresa dei Mille dette luogo alla fioritura di un ricco filone memorialistico. Ma il genere della rievocazione garibaldina continuò a produrre frutti per vari decenni, stemperandosi via via in opere nelle quali le pretese letterarie tendevano a spingere le scritture al confine tra la cronaca e il romanzo. Ciò non ne annulla il valore di fonte, ma induce a considerarle tenendo conto di questa caratteristica: offrono una versione dei fatti, ma anche e soprattutto il rispecchiamento dell'immaginario dei rispettivi autori, così come esso si venne modulando e rimodulando nel corso del tempo¹.

E' il caso di quella che è probabilmente la più famosa tra le narrazioni che tematizzano l'impresa garibaldina in chiave di epopea: *Da Quarto al Volturno. Noterelle di uno dei Mille*. L'autore, il ligure Giuseppe Cesare Abba, non aveva ancora compiuto i ventidue anni quando si imbarcò da Quarto nel maggio 1860. Durante i mesi (maggio-novembre 1860) che lo videro come partecipe dell'avventura in camicia rossa Abba, allora studente, prese l'abitudine di tenere un diario. Ma i suoi appunti, redatti a caldo, videro per la prima volta la luce quasi vent'anni dopo, nel 1880, quando l'autore, divenuto nel frattempo professore di italiano (e poi preside) in un istituto tecnico, li sottopose a un intenso *maquillage* letterario. La prima edizione della *Noterelle* arrestava la narrazione al 21 giugno 1860. Ma ne uscirono negli anni seguenti altre due, più lunghe, l'ultima delle quali (quella che è divenuta poi canonica) porta il racconto fino al 9 novembre di quell'anno.

Anche i combattenti di parte borbonica scrissero rievocazioni della guerra combattuta nel Mezzogiorno in occasione dell'unificazione nazionale. Tra di esse spiccano le memorie scritte dal cappellano militare siciliano Giuseppe Buttà, il cui racconto muove dalla sommossa palermitana del convento della Gancia, di poco anteriore allo sbarco dei Mille in Sicilia, e segue passo passo la ritirata dell'esercito di Francesco II fino all'ultima vana resistenza dell'autunno 1860 nella roccaforte di Gaeta. Il volume, nel quale allo sguardo del testimone oculare si alterna spesso quello dello storico e del polemista, venne pubblicato anch'esso a notevole distanza temporale dagli eventi. Uscì per la prima volta nel 1882, con quel titolo *Un viaggio da Boccadifalco a Gaeta* che ha poi conservato fino ad oggi.

La materia dei due scritti talora coincide, invitando a una comparazione, che cercherò di condurre articolandola per nuclei tematici.

Abba e Buttà non parlano solo di sé, dei propri ideali, dei fatti d'arme. Raccontano anche – in pagine spesso vibranti – degli spettatori del conflitto in cui sono coinvolti su fronti opposti; mettono in scena una popolazione civile – uomini e donne – e il suo rapporto con il mondo “a parte” dei combattenti. Ma chi sono, questi ultimi?

1. Eh, signorino...

“Eh, signorino” – Abba se lo sente ripetere da quasi tutti i suoi interlocutori (per lo più gente semplice e illetterata, ma in qualche caso anche figure di un livello sociale comparabile al suo), ogni volta che cerca, durante i mesi della campagna di Sicilia, di stabilire una qualche forma di contatto con una popolazione che, con suo sconcerto, alle iniziali entusiastiche manifestazioni di adesione ha presto cominciato ad alternare atteggiamenti di cupo ed ostile mutismo nei confronti dei Mille.

Gli uomini al comando di Garibaldi – tra i quali, pure, non manca una componente di veterani di mezza età – si materializzano dunque nel racconto del ligure in primo luogo come un gruppo giovanile (molti sono, come lui, poco più che adolescenti), di estrazione sociale medio-borghese, se non addirittura altolocata; ragazzi di buona famiglia, ai quali gli umili debbono un naturale rispetto, malgrado la loro giovane età. E scoprirli così “signorini” è una sorpresa tutto sommato confortante per chi – complice l’interessata propaganda dell’avversario – se li era immaginati di tutt’altra fibra:

“Avevano detto che eravate mostri feroci; che bevevate il sangue dei bambini, che scannavate i vecchi... Invece siete gentili”².

Senz’altro diversa, sotto il profilo anagrafico, la tipologia dei combattenti legittimisti, molti dei quali sono militari di carriera o professionisti delle armi e che nel racconto di Abba (dove, se non sbaglio, una sola volta si coglie un cenno alla giovane età di un caduto “napoletano”, evidentemente un militare di leva), si presentano per lo più nella veste di uomini maturi, spesso di padri di famiglia³.

Giovani, dunque, contro adulti; signorini doppiamente ribelli: contro l’ordine costituito e contro le gerarchie anagrafiche; il che può significare, per estensione, contro l’istituto familiare e le sue discipline intonate all’obbedienza e ad una castigata costumatezza. A parlare è ora Buttà, che per tutto il corso della sua narrazione non si stanca di rimpiangere il “paterno” governo dell’ “un dì, felicissimo Reame delle Due Sicilie”⁴, riconoscendo in questo la matrice gerarchica di un composto ordine sociale devastato dalla calamità della conquista:

“Pigliavano roba, mogli, figlie che menavano via con pochi scrupoli. Così facendo, e di ogni cosa sacra sparando, dicevano effetto di libertà e rigenerazione dei popoli”⁵.

Ma se per il cappellano legittimista la gioventù, prima ancora di qualificarsi in chiave politica – attraverso la sua scomposta e iconoclastica rapacità – rappresenta

una turbativa dell'ordine sociale, per il cronista dei Mille essa costituisce invece il naturale campo di coltura e fioritura di un ideale. Nello scenario della guerra siciliana esso assume la forma dell'amor di patria, ma in linea più generale corrisponde ad un latitudinario sentimento di libertà; l'ambigua libertà dei romantici, nella quale il tema dell'emancipazione dall'oppressione si mescola spesso a quello della prorompente affermazione del sé, costi quel che costi⁶. In tal senso, nelle sue pagine l'impresa corale alla quale prende parte coincide anche con un percorso iniziatico del tutto personale, durante il quale l'io narrante muove alla ricerca della propria individualità, temperandola alla prova delle sconvolgenti esperienze della guerra.

Si parte- dicevo – giovani e, naturalmente, belli: per l'occasione perfino il cinquantatreenne Garibaldi lo diventa, trasfigurandosi magicamente nell'immaginazione di chi ne attende ansiosamente la comparsa:

"Dopo i Bandiera, Corradino, Manfredi, biondi tutti e belli e di gentile aspetto, lui. Ed ora ecco qui Garibaldi, bello e biondo anch'esso"⁷.

"E la donna: - E Garibaldi dov'è? E' giovane, è bello, com'è vestito?"⁸

E della propria gioventù e prestantza, magici talismani per imprese straordinarie, si va fieri:

"La storia della sua giovinezza l'ha in fronte: forse più di cacce e corse su l'Alpe non ebbe altri spassi"⁹.

"Fra noi vi sono dei lombardi che sembrano semidei"¹⁰.

Si parte giovani, e si parte in gruppo; gruppo di maschi – amici -, all'insegna di un sentimento che in età romantica mostra spesso un "forte benché celato sottofondo erotico"¹¹, che in qualche passo delle *Noterelle* prende volentieri le forme dell'omofilia, se non dell'omoerotismo:

"Uno di loro, giovanissimo, con un par d'occhi d'azzurro marino e due mani rosee di fanciulla"¹².

"Gli si legge in faccia una castità di fanciulla, non gli esce mai una parola volgare"¹³.

"Non è l'Eurialo di Virgilio, non quell'altro dell'Ariosto; è un non so che di moderno, nemmeno; è una gentilezza dell'avvenire. Si vorrebbe essere una donna, e amarlo e non amata morire per lui"¹⁴.

"Ma vi sono delle testine bionde di settentrionali che paiono fanciulle. Mi fermi vicino a un morto che avrà avuto sedici anni, e parlando per lui e per me, gli dissi delle cose che se le sapessi scrivere sarebbero un capolavoro"¹⁵.

Si parte giovani e belli, dunque, ma, come ci suggerisce quest'ultima citazione, giovani e belli si incontra la morte. Cediamo momentaneamente, su questo punto, la parola a Buttà, per poi tornare ad Abba.

Il cappellano afferma, in vari luoghi del suo scritto, di avere visto spesso messo a dura prova, in quei mesi, l'equanimità dei suoi sentimenti cristiani. Avrebbero dovuto suggerirgli pietà per tutti. Ma s'è accorto che non tutte le morti in guerra hanno lo

stesso significato e lo stesso valore. C'è una differenza tra quella cui vanno incontro deliberatamente quei giovani "scostumati ed ateï" che hanno invaso la Sicilia e i "bravi e religiosi" padri di famiglia che in uniforme borbonica hanno dovuto fronteggiarli :

"Il principio movente di costoro (gli scostumati ed ateï, per quanto talvolta valorosi) è diverso da quello del buon soldato ; essi sacrificano la loro vita per la rinomanza e per la gloria moderna, sperando di far passare i loro nomi alla posterità, dopo di essere stati glorificati dai contemporanei. Invece il buon soldato muore ignorato e nel silenzio. Si batte e si fa uccidere per dovere, e non esiste dovere senza Dio, e senza una santissima religione rivelata dallo stesso Dio"¹⁶.

La ricerca della gloria, attraverso la bella morte ; cosa da "signorini" – avrebbero probabilmente detto i tanti contadini incontrati da Abba lungo la strada ; " signorini", giovanotti romantici freschi di risonanze scolastiche e capaci di trasfigurarla e estetizzarla al punto di farne il più incandescente dei banchi di prova della loro avventura di formazione.

Abba :

"Mi si strinse il cuore (..) I nostri morti (..) Gli ho quasi tutti dinnanzi agli occhi, come erano due giorni or sono, baldi, confidenti, allegri"¹⁷.

"Tanto tra mezz'ora saremo tutti morti"¹⁸.

"La voluttà di morire per tutti noi"¹⁹.

"Mi colse un malinconico desiderio d'essere bell'e morto"²⁰.

" Un momento che mi si strinse più il core (..) mi pregai d'esser chiuso in quel feretro abbracciato col morto"²¹.

E, ancora, in quello che ai fini del ragionamento che sto svolgendo è forse il passo più denso di significati:

"Ora come si devono sentire uomini quelli che hanno fatto tanto, e si mettono a giacere per un po' di riposo ! ma chi sa dove sono andate le anime dei nostri morti ? (...) Vero è che sul campo la morte non par nemmeno morte !"²².

Se porta onore, fama e rinomanza, la morte dunque non è nemmeno morte. E il sacrificio per la patria fa sentire uomini; uomini ed eroi.

Ma la melanconia, che affiora talvolta in questi passi, non è la vena prediletta del cronista dei Mille. Ha appena trascritto il suo "desiderio d'essere bell'e morto", che repentinamente passa ad altro : " Poi mi invase una gioia fanciullesca e soave"²³. E' un altro dei petali del fiore romantico della gioventù ; il vigore creativo che ha presto il sopravvento sullo scoramento. I giovani sono depositari della virtù dell'incostanza, che guarisce rapidamente le ferite dello spirito e preserva dall'avvilimento degli orrori che il destino dispensa generosamente lungo la strada.

2. Patrioti o invasori ?

E' vero : il nazionalismo ottocentesco formalizza frequentemente un'idea di patria come comunità di discendenza ed elegge metaforicamente a simbolo dell'onore della

nazione quello delle sue donne inermi e caste (madri, spose, sorelle, figlie) minacciate dalla contaminazione sessuale dello straniero²⁴; guarda all'indietro, alla "natura" più che alla storia.

Ma va notato che l'impresa dei Mille – momento apicale del risorgimento nazionale – non si configurò , per forza di cose, solo come la virile risposta a un affronto "straniero"; fu, piuttosto, prosaicamente, essa stessa una conquista e un'invasione, malgrado una parte delle popolazioni del Mezzogiorno l'apprezzassero alla stregua di una liberazione (liberazione da un governo dispotico che nell'elaborazione simbolica diventava "straniero" in quanto illiberale).

Nella sensibilità delle camicie rosse (ma, direi, in quella romantico-nazionalista, in generale), con i motivi organicistico-patriottici, conviveva inoltre , come già abbiamo potuto vedere, una vena spiccatamente individualistica. Non sempre i due piani coincidevano, anche se, quando parlavano di libertà, i garibaldini alludevano certamente all'uno e all'altro. Ma il fatto è che nel corso dell'impresa siciliana la loro nazione (o la loro libertà) non venne affabulata in chiave di restaurazione di un ordine anteriore turbato dalla violenza straniera (il discorso poteva adattarsi alle parti d'Italia soggette all'Austria , più difficilmente a stati indipendenti, come il regno delle Due Sicilie); la presentarono, piuttosto, come creazione di un ordine nuovo (ed emancipatorio) di cui essi si percepivano come eroici artefici; guardavano in avanti, decisamente alla storia .

Del resto – se il problema fosse stato semplicemente quello della nazionalità -, la dinastia borbonica nel Mezzogiorno poteva ormai essere considerata almeno altrettanto nazionale di quanto non venisse dipinta dalla retorica risorgimentale quella sabauda. E per di più tra i Mille (o, meglio, tra coloro che si unirono alla spedizione nei mesi successivi a quello dello sbarco in Sicilia) figurava anche una buona quantità di "stranieri". Proviamo a vedere le cose dal punto di vista dei legittimisti. Buttà, che equipara la spedizione degli uomini in camicia rossa a un'invasione straniera *tout court* :

"Garibaldi (...) comprò armi, arruolò francesi, inglesi, alemanni, ungheresi, polacchi, americani, infine africani: un'armata cosmopolita e destinata alla redenzione dell'Italia dallo straniero! E lo straniero erano i Borboni, che avevano cacciati gli stranieri dal Regno di Napoli, e il Papa, l'unica ed invidiabile gloria che resta all'Italia dopo il naufragio dell'Impero Romano"²⁵.

D'accordo, il cappellano calcava parecchio le tinte : in realtà i Mille erano in stragrande maggioranza italiani. Va detto, però, che all'interno del loro nucleo originario i sudditi delle Due Sicilie assommavano a poche decine. I tre quarti del contingente era formato, infatti, da lombardi, piemontesi, liguri. E poi – va osservato - Buttà trascurava di ricordare al lettore che anche l'esercito delle Due Sicilie presentava un profilo cosmopolita, visto che le sue truppe migliori erano formate da soldati di professione provenienti da alcune aree della Germania e della Svizzera : quei "bavaresi" che spesso affiorano nelle pieghe del racconto di Abba.

E' proprio quest'ultimo, però, a lasciare spesso intuire quanto incerto e oscillante dovesse rivelarsi per i garibaldini il confine tra l'esaltante missione di "liberazione" e il più prosaico e tutt'altro che gratificante compito di "occupazione". La prima faceva parte degli auspici e dei sogni, il secondo si impose, dopo le prime settimane, come avvilente tema della realtà. Per molti siciliani (così come più tardi per una parte della popolazione dell'Italia meridionale) i Mille erano stranieri, proprio come diceva Buttà Abba:

"Questo popolo che ci ha fatta la luminara la notte del 25 maggio, quando eravamo pochi e con poche speranze, adesso non ci riconosce più. Ma che cosa abbiamo fatto? Non lo dicono e non si può indovinarlo"²⁶

E, tuttavia, nella percezione dell'autore, a legittimare la "banda giovanile" di cui faceva parte ad eseguire la conquista, a dispetto delle eventuali ritrosie e delle crescenti diffidenze della popolazione locale, era il messaggio di libertà di cui essa era latrice. E' un tema, quest'ultimo, che si coglie bene seguendo uno dei fili rossi della narrazione di Abba: quello che indugia sul rapporto tra i Mille e la galassia femminile, quasi un terreno di conquista parallela a quella militare del territorio, e come questa soggetta al gioco incrociato degli entusiasmi e dei disinganni.

3. Monacelle

Le donne nella guerra sono facilmente prede. Lo raccontano sia Buttà sia Abba, ciascuno a modo suo.

Il cappellano le dipinge come le vittime designate dell'"orda" di pervertiti e profanatori che è calata in una terra altrimenti cristianamente allineata al canone della castità e della morigeratezza sessuale; una terra tutta famiglia, obbedienza, pudore. Ecco come narra la riconquista borbonica del villaggio di Parco, preso e poi lasciato dagli uomini in camicia rossa il giorno precedente:

"Le povere monache (...) il monastero (...) una scena desolante (...). La maggior parte di quelle donne, riparatesi nel monastero, erano ammalate, e quasi svenute (...) Però le derelitte monache stavano sempre in gran paura, perchè la sera precedente si era tentato dalle bande, di scalare le alte mura del monastero"²⁷.

E a Piana dei Greci, due giorni più tardi:

"Ecco sulla soglia mostrarsi una fanciulla diciottenne, scarmigliata, spaventata, abbattuta: piega le ginocchia a terra e dice: uccidetemi se ne avete il cuore. Io non ho fatto male ad alcuno, non sono fuggita con gli altri, perchè carità mi strinse di non abbandonare la povera vecchia di mia nonna ammalata"²⁸.

Non sappiamo esattamente cosa abbiano fatto il giorno prima i ragazzi di Garibaldi, in questo villaggio in cui si parla greco e dove tanto la loro nazione quanto la dinastia del cappellano svaniscono alla stregua di entità lontane e astratte. Certamente hanno fatto paura, ma può darsi che non si siano limitati a questo, se vogliamo credere a Buttà: "estorsioni di denaro e di averi, ruberie, incendi, stupri"²⁹. Sappiamo però che andandosene hanno lasciato ai legittimisti una polpetta avvelenata. Forse non l'hanno agita

materialmente; ma la violenza l'hanno trasformata in terrore, facendo leva sullo strumento sottile della propaganda (con le medesime modalità, del resto, che i legittimisti adoperano sistematicamente ai loro danni). Ecco comparire la "povera vecchia", insieme alla nipote apparentemente la sola abitante rimasta in uno spettrale villaggio abbandonato

"La vecchia : ' E' vero, eccellenza, che verranno i turchi per ammazzarci tutti ? (..) Me l'ha detto una vicina, che l'ha inteso dai soldati vestiti di rosso che son passati di qui' "30.

Spostiamoci a qualche settimana più avanti, quando la partita tra i due schieramenti si presenta ormai largamente propizia ai "soldati vestiti di rosso" e il loro capo , da Palermo, ha emanato una nuova legislazione che contempla, tra l'altro, l'introduzione nell'isola della libertà di stampa. Per Buttà, prima ancora che uno scacco politico e militare, quella che si profila minacciosamente è la disgregazione dell'intero ordine morale della società :

"Quei libri, che stillavano veleno nei cuori, sofismi nei pensieri, voluttà ne'sensi, che emancipavano da'genitori i figliuoli imberbi, la moglie dal marito (..) sfacciatamente si chiamavano rigeneratori (..) e si chiamava tiranno, nemico dell'intelligenza il governo borbonico, perché li aveva proibiti"31.

L'ultimo sguardo rivolto all'isola dal cappellano ci restituisce l'immagine – consueta, del resto, nelle fantasie di segno reazionario – di una "rivoluzione" che coincide tout court con la profanazione del sacro, culminando in un'apoteosi orgiastica

"Ed in mezzo a quel baccano, si vedeano pure *generose*, preti e frati, dimentichi della loro dignità, con coccarde tricolori con pistole e crocifissi, e tutti gridavano: Siamo fratelli, viva la libertà, viva Garibaldi!"32

Prostitute e religiosi abbracciati sotto lo stendardo tricolore : una cattiva fama, quella dei giovanotti in camicia rossa ; e non solo a causa della loro fissazione per una 'libertà' che per la brava gente costumata significa licenziosità, ma anche per la loro colpevole cedevolezza a quella "volute ne' sensi" che li solletica a raddoppiare la conquista militare con quella erotica. Lo dice Buttà – suggerivo- ma Abba a suo modo lo conferma : la ricerca del sé inseguita dall'eroe romantico, la vittoria dell'individuo sulla famiglia, passano per la gratificazione offerta dalla conquista delle donne.

Nel suo primo incontro concreto con la componente femminile di un Paese dove "lampeggiano gli occhi delle donne uscenti dai templi come Dee, colle vesti bianche, i manti neri fluttuanti delle trecce per le spalle, sui fianchi superbi", e dove le "giovinette" sono così belle che "paiono fatte di sogni"33, il garibaldino di Cairo Montenotte, preceduto dalla stessa "cattiva stampa" che "i soldati vestiti di rosso", come abbiamo visto, riservano agli avversari, patisce un'amara delusione. Viene infatti percepito esattamente come Buttà descrive lui e i suoi compagni d'avventura. Ha ricevuto la "fortuna di un polizino d'alloggio". Ma

"Quando mi presentai, la vecchierella che doveva essere mia ospite tremava

come una foglia di pioppo.

‘ Signorino, tengo una picciotta ! – Ebbene? Ho madre e sorelle anch’io” (...) Stavo per gettarmi sul giaciglio quando intesi un cinguettio sommesso. Corsi alla porta, curioso di vedere la giovinetta. Era una fanciulla sbocciata appena. -In quella camera io non ci dormo più! – disse risoluta a sua madre. Allora pigliai lo schioppo e la sacca, e me ne venni via senza dir nulla”³⁴.

Madri e sorelle, l’archetipo della debolezza e della fragilità, sistematicamente esposte alla possibile violenza del nemico : Abba , a differenza di quel che mostra di credere Buttà, pensa anche a loro e conferma spesso nel suo scritto la vitalità di quel motivo parentale e familistico³⁵ che contribuisce a bardare l’idea ottocentesca di nazione dei suoi tratti più squisitamente organicistici. Ma il garibaldino non è soltanto il difensore dell’onore della nazione, così inteso. C’è poco da fare: è anche conquistatore; ovvero seduttore. E, dopo questo primo ‘fiasco’, il soggiorno palermitano riserverà, a lui e ad i suoi amici³⁶, anche qualche gratificazione degna di essere narrata.

Abbiamo visto come per Buttà l’onore della sua nazione si materializzi in un particolare luogo simbolico : il monastero, con le sue alte mura minacciate di violazione dalla banda di ‘teppisti’ calata dal continente , il monastero, custode di una castità di cui gli ‘atei’ in camicia rossa sembrano farsi beffe ; il monastero dove durante una lunga pausa dei combattimenti il giovanotto ligure riesce infine a intrufolarsi con successo. Abba a Palermo:

“Tre fanciulle vestite di bianco e bellissime ci guardavano mute. Ci arrestammo ammirando.

-Chi siete?

-Italiani. E voi?

-Monacelle

-Oh poverette!

-Viva Santa Rosalia!

-Viva l’Italia!

Ed esse a gridare:- Viva l’Italia! – con quelle voci soavi da salmo, e ad augurarci vittoria”³⁷

Lo stesso giorno, qualche ora dopo :

“(…) Ci consolammo subito, capitando a fare la scorta a certe suore di un monastero che andava in fiamme (...) Camminando in fila, si serravano a noi colla persona, ci investivano di un non so che casto profumo, rimettendosi in noi confidenti (...) Una di esse, giovanissima e bella, guardandomi con due occhi imbambolati, mi diede un reliquiario di filigrana, con entro un ossicino di santa Rosalia, raccomandandomi di portarlo sul petto, che mi avrebbe scampato da morte. Non ebbi cuore di ridere a tanta certezza di farmi del bene, e mi posi addosso il reliquiario”³⁸.

Tre giorni più tardi:

“Sono andato al monastero, e ho potuto ottenere che quella monaca del reliquiario venisse all'inferriata del parlatorio. Quando mi vide si fece come se fosse stata d'alabastro, e le si fosse accesa dentro una fiamma. Ringraziò santa Rosalia, esclamando. Io osai accostare la mano all'inferriata; le nostre dita si toccarono; essa chinò gli occhi e rimanemmo muti”³⁹.

Due settimane dopo, alla vigilia della partenza di Abba da Palermo :

“Ci sono andato ogni giorno dalla monacella divina, chiusa in quella tomba della Pietà ; ed essa sempre con la sua melodia di voce : - Quando ritornerete? (...)

Oggi non le dissi addio, eppure c'era andato apposta. Povera suor ***** ! Dov'è avermi indovinato negli occhi la partenza, perché mi guardava in modo che io mi sentii nelle braccia la rabbia di agguantar le sbarre all'inferriata e a squassi schiantarle, per dire a quell'anima ; - Vieni via da coteste tenebre e vivi! - Essa avvicinò la faccia alla grata; io baciai, bacciammo quel ferro caldo e bevvi l'alito suo.

E me ne venni fantasticando una camicia rossa e dei veli bianchi, nel polverio di una marcia, al gran sole, e l'ignoto: ed essa intanto è là dentro, dove domani e dopo e poi m'aspetterà”⁴⁰.

Sedotta e abbandonata. Il “signorino” in camicia rossa racconta della sua conquista rivestendosi dei panni migliori che il codice cavalleresco gli mette a disposizione ; immagina di offrire la sua libertà virile a quella debole monacella, che crede fanaticamente a santa Rosalia (e dunque – detto per inciso - a tutto il mondo che il garibaldino si ripromette di mandare a rotoli); e culla la fantasia di riscattarla e di infondere “vita” a un'esistenza altrimenti condannata alle tenebre della vita di clausura. Non di meno, quella che ci presenta è – in tutta evidenza – una storia a rapporti di forza drasticamente asimmetrici ; una storia che alla seduzione intreccia la soggezione. La stessa soggezione che, nella luce assai più cruda e prosaica dell'autunno campano, gli suggerirà un registro narrativo assai lontano da questo, a tratti compiaciuto, che anima il racconto della sua ambivalente avventura siciliana.

Caserta, fine settembre :

“Pazienza noi, ma qui in Caserta c'è della gente che patisce innocente! Sono donne, spose e figlie di ufficiali borbonici chiusi in Capua. Forse non si vide mai, in guerra, una cosa più tragica di questa. Di sera molte di queste donne, bisognose di pane, tendono la mano ai nostri, ... e, bisogna dirlo, non tutti son tanto gentili e cavallereschi da dare e voltar le spalle. L'indomani poi ve ne saranno di quelli che non avendo rispettato la sventura, andranno agli avamposti, e forse s'incontreranno a combattere con quei mariti, con quei padri. Così con la fame e col resto si aggiunge terzo il sangue”⁴¹.

‘Bisogna dirlo..’ – A scrivere è Abba, non Buttà.

4. Travestimenti

Ma l'uno e l'altro, il seduttore e il cappellano, così diversi su alcuni piani, mostrano



piena sintonia nella convinzione che - prede più o meno consenzienti o vittime che siano - le donne sono lo specchio di una umanità minore. E' su questa base che ciascuno di loro, in ragione del rispettivo registro ideologico e sentimentale, struttura poi il proprio modello alternativo di virilità ; quello eroico e quello, per così dire, paterno.

Abba: le donne, per quanto "bellissime" e qualche volta "fatte di sogni", sono creature deboli -

"Ma tutta quella gente, signore e signorine, ci furono attorno, ci prendevano le mani, ci pregavano di star lì a proteggerle; alcune piangevano per noi"⁴²-, credule - "Una signora mi domandava, ma di fede, se avessi mai visto l'angelo che coll'ali para le schioppettate a Garibaldi⁴³ -, inguaribilmente vanesie - " (...) tutti in processione a Castellammare, per buttar giù le muraglie chi con pali di ferro ciclopici, e chi con un martellino a polverizzare un pezzetto di calcinaccio, come le signore della più fine nobiltà⁴⁴ -, ignorare : " (...) Queste donzelle brune, che ignorano la vita fuori dell'isola e il mondo che egli è venuto a rivelare"⁴⁵.

Buttà : " I re sono come le donne quando si mettono sulle vie delle concessioni: essi si rovinano per un sentimento di paura, come le donne si prendono per un sentimento di compiacenza e di curiosità, retaggio fatale ereditato dalla bella virago madre del genere umano"⁴⁶.

Eppure la turbativa della guerra , il "più terribile dei flagelli sociali"⁴⁷, finisce per produrre un effetto che suscita stupore tanto nell'ardente giovanotto quanto nel disincantato e amaro religioso al servizio dei Borboni. Scopriranno, infatti, che le donne possono essere anch'esse soggetto titolare di quella violenza che, variamente giustificata, il codice tutto maschile dell'onore vorrebbe riservata agli uomini. Abba lo annota pieno di turbamento già in Sicilia, quando a cadere preda di quella che gli pare una malefica alterazione della femminilità sono combattenti della parte avversa :

" Le donne si torcevano le braccia furenti ; e intorno a sette od otto morti, rigonfi e bruciacchiati, molte fanciulle danzavano come forsennate a cerchio, tenendosi per le mani e cantando. Quei morti erano soldati"⁴⁸.

Un teatro macabro, che sconcerta a tal punto da suggerire, di fronte all'epifania di uno sciame di "furie", un imprevedibile slancio di solidarietà maschile nei confronti del nemico :

"Ci ponemmo di corsa verso un urlo di donne- - Al sorcio! Al sorcio! Gridavano, - sorcio è! - Non arrivammo in tempo. Dieci o dodici furie avevano già fatto a pezzi il povero birro (...) Egli si era alfine rischiato d'uscire vestito da donna; ma esse lo avevano riconosciuto, colto, ridotto che non si può descrivere"⁴⁹.

Vestirsi da donna , rinunciare ai segni esteriori della propria virilità; evidentemente il massimo dell'umiliazione che un soldato possa autoinfliggersi. Qui, come in qualche altro luogo delle *Noterelle* , emerge una vena di *pietas* che abbraccia, al di là delle temporanee divisioni di cui si auspica un superamento, l'intera comunità dei combattenti

(maschi) schierati sui due fronti; tutti fratelli, in fondo, tutti compartecipi di quello che – se le cose andranno bene – sarà domani l'unitario corpo maschile della nazione, il saldo presidio del suo onore:

“I napoletani morti, che pietà a vederli!”⁵⁰

“Se ne vadano, e che si possa rivederci amici!”⁵¹

Vestirsi da donna. Ma può accadere anche il contrario: che le donne si vestano da uomo, facendosi esse stesse combattenti⁵², e sfidando gli uomini sul terreno che essi vorrebbero per sé in esclusiva. All'inizio Abba la prende con ilarità. Gli sembra quasi uno scherzo: non sono, dunque, le donne, tutte “monacelle”?

“Fra i siciliani che ingrossarono le nostre compagnie man mano che venimmo per l'isola, furono scoperte parecchie giovinette. Indossavano la camicia rossa, nessuno sapeva nulla fuorché i loro dami. Tirate fuori con ogni rispetto, saranno rimandate alle loro case”⁵³.

Ma di lì a qualche settimana compare tra i garibaldini una donna che invece mandare a casa non si può. Eccola, sorta di demoniaco antiritratto delle monacelle vestite di bianco che in Sicilia piacevano tanto al garibaldino:

“Una carrozza da Santa Maria, una donna dentro, viso di fuoco, capelli di fuoco, gesti di fuoco, è un angelo, è una Furia, che cos'è? Parla con un colonnello ungherese, si mette le mani alle tempie, deve dire cose orrende (...) Ohimè! Perché non è italiana? Si chiama miss White, è moglie del Mario (...), forse la più bella testa che possa essere spezzata oggi da una misera palla di soldato ignorante”⁵⁴.

Perché non è italiana?

Il fatto è che nel mezzogiorno continentale quella muta diffidenza che, mescolata ad estemporanei entusiasmi, ad incredulità, a speranze, ha fatto da coro al cammino siciliano dei Mille, si è non di rado convertita in odio dichiarato. E, durante le ultime vampate della guerra, non solo a “dire” – come Jessie White dai capelli di fuoco –, ma ad agire in prima persona cose “orrende” ed esecrande saranno donne sì italiane, ma schierate sul fronte opposto a quello dei garibaldini:

“Le donne di quelle case urlavano dalle finestre come Furie: - Viva lo Re, e morte...-, si sa, a noi. Dice che si udivano fin da mezzo il monte, e che le loro grida facevano più senso che l'avanzarsi dei battaglioni”⁵⁵.

Ma non è finita:

“Sbigottiti dalle grida selvagge, dalla furia delle donne cagne scatenate, più che dalla moltitudine degli armati che innumerevole si avventava. Poveri cavalieri! Il giorno appresso il tenente Candiani li trovò morti, nudi, oltraggiati sulla via”⁵⁶.

E' interessante, in conclusione, osservare che se nel “liberatore” Abba l'irruzione femminile nel centro simbolico del potere e dell'identità maschile desta lo smarrimento che abbiamo ora documentato, paradossalmente il reazionario Buttà pare a trovarsi meno a disagio di fronte al “travestimento”, purché esso si svolga a

certe condizioni.

Viste con gli occhi di un legittimista, anche le donne possono diventare eroi, sfidare il pericolo, salire sulle batterie e irridere beffardamente i colpi di cannone che esplodono loro intorno ; o galvanizzare con la loro grazia fiera i soldati destinati al macello, eccitandone l'entusiasmo e le urla frenetiche⁵⁷. Ma bisogna che siano regine, creature superiori al mondo dei comuni mortali, parti biologiche di quella forza della regalità che a lui pare garantire al mondo un governo incomparabilmente più equo e cristiano di quello derivato da quelle insulse parole – “libertà”, “patria” – di cui i “barbari” in camicia rossa si riempiono la bocca ; regine come la diciottenne Maria Sofia di Baviera, sposa dell'ultimo re delle Due Sicilie, che , in virtù della sua coraggiosa partecipazione alla difesa di Gaeta , divenne per qualche tempo il simbolo prediletto dell'orgoglio legittimista, quasi una nuova Giovanna d'Arco.

“Fumava in pubblico, cavalcava, tirava di scherma”⁵⁸, ed “appariva in mezzo al fuoco dei nostri cannoni e allo scoppio delle bombe nemiche, come il genio del Bene, come l'Angelo consolatore”; “Oh! Donna veramente ammirabile (...) Tu eri la meraviglia del tuo sesso”⁵⁹. Durante l'assedio “vestita di un costume calabrese di foggia maschile”, venne ribattezzata “regina-soldato” e divenne “un mito tra gli stessi militari piemontesi”. Ma sotto quel costume indossava panni regali; a differenza della borghese Jessie, che, più che un angelo, con le sue tinte rosso fuoco ad Abba sembrava, semmai, una Furia.

Note

- 1 Un'ottima messa a punto critica sul tema è ora offerta da E. Cecchinato – M. Isnenghi, *La nazione volontaria*, in *Il Risorgimento (Storia d'Italia, Annali 22)*, a cura di A.M. Banti e P. Ginsborg, Torino, Einaudi, 2007, pp. 697-720.
- 2 G. Abba, *Da Quarto al Volturno (Noterelle d'uno dei Mille)*, in *Scrittori garibaldini*, a cura di G. Trombatore, tomo I, Torino, Einaudi, 1979, pp. 41-180, qui p.102 (31 maggio).
- 3 Il volontariato giovanile, tuttavia, fu un fenomeno che si dette anche sul fronte legittimista, se non altro al tempo dell'assedio di Gaeta, qualche mese più tardi. In quella occasione diversi quindicenni o sedicenni scapparono dal collegio militare di Napoli per prendere parte alla difesa della roccaforte. Cfr. P. Calà Ulloa, *Lettres napolitaines*, Rome, 1863, p. 7.
- 4 G. Buttà, *Un viaggio da Boccadifalco a Gaeta*, Napoli, 1964, p. 1.
- 5 Ivi, p. 325. Ma cfr. anche p.52, dove i garibaldini sono paragonati a un'orda di barbari.
- 6 Pregnanti osservazioni in proposito in P. Ginsborg, *Romanticismo e Risorgimento: l'io, l'amore e la nazione*, in *Il Risorgimento*, a cura di A.M. Banti e P. Ginsborg, cit., pp. 5-67.
- 7 G. C. Abba, *Da Quarto*, cit., p.119 (17 giugno).
- 8 Ivi, p.102 (31 maggio).
- 9 Ivi, p.122 (22 giugno).
- 10 Ivi, p.130 (7 luglio).
- 11 F. Moretti, *Il romanzo di formazione*, Milano, Garzanti, 1986, p.236. Ma cfr., specificamente intorno all'omoerotismo tra i Mille, anche le osservazioni di A. M. Banti, *La nazione del Risorgimento*, Torino, Einaudi, 2000, pp. 196-198.
- 12 G. C. Abba, *Da Quarto*, cit., p.96 (25 maggio).
- 13 Ivi, p.134 (14 luglio).

- 14 Ivi, p.117 (19 giugno)
- 15 Ivi, p.165 (2 ottobre).
- 16 G.Buttà, *Un viaggio* , cit., p.112.
- 17 G. C. Abba, *Da Quarto* ,cit., p. 75 (16 maggio).
- 18 Ivi, p.101 (31 maggio).
- 19 Ivi., p.72 (16 maggio).
- 20 Ivi, p.97 (31 maggio).
- 21 Ivi, p. 112 (11 giugno).
- 22 Ivi, p.163 (1 ottobre).
- 23 Ivi,p.97 (31 maggio).
- 24 Cfr. in proposito lo studio fondamentale di A. M. Banti, *L'onore della nazione. Identità sessuali e violenza nel nazionalismo europeo dal XVIII secolo alla Grande Guerra*, Torino, Einaudi, 2005. Ma anche: Id, *L'onore* , cit. e I.Porciani, *Famiglia e nazione nel lungo Ottocento*, in *Famiglia e nazione nel lungo Ottocento italiano. Modelli, strategie, reti di relazioni*, a cura di I. Porciani, Roma, Viella, 2006,pp. 15-53.
- 25 G.Buttà, *Un viaggio* , cit., p. 55. Ma cfr anche p. 129.
- 26 G. C. Abba, *Da Quarto* , cit.,p.121 (21 giugno).
- 27 G. Buttà, *Un viaggio* , cit.,p.18 (23 maggio).
- 28 Ivi, p.20.
- 29 Ivi, p.56.
- 30 Ivi, p.20.
- 31 Ivi,p.95.
- 32 Ivi, p.143.
- 33 G.Abba, *da Quarto* , cit., pp. 136 e 153.
- 34 Ivi ,pp.92-93 (25 maggio).
- 35 Ivi, pp. 76, 113, 114, 121, 154.
- 36 Ivi, p.114.
- 37 Ivi, p.100 (31 maggio). Sul tema dei garibaldini e delle monacelle cfr. ora , con indicazioni anche su altre fonti memorialistiche in cui la questione si ripropone, il saggio di L. Riall, *Eroi maschili, virilità e forme della guerra* , In *Il Risorgimento* , a cura di A. M. Banti e P. Ginsborg, cit. pp. 253-258, in particolare pp.278-279. Questo bel saggio è uscito dopo che avevo appena finito di scrivere il mio e dunque non ne ho potuto tenere conto al momento della stesura.
- 38 Ivi, p.103 (31 maggio).
- 39 Ivi, p.109 (3 giugno).
- 40 Ivi, p.117 (27 giugno).
- 41 Ivi,p.159 (28 settembre).
- 42 Ivi, p.102 (31 maggio).
- 43 Ivi, p.131 (10 luglio).
- 44 Ivi, p.118 (17 giugno).
- 45 Ivi.,p.119 (17 giugno).
- 46 G.Buttà, *Un viaggio* , cit., p.59.. Ma cfr. un altro passo significativo a p. 116.
- 47 Ivi, p.370.
- 48 G. C.Abba, *Da Quarto* , cit., p.79 (18 maggio).
- 49 Ivi ,p.103 (31 maggio).
- 50 Ivi,p.74 (16 maggio).
- 51 Ivi, p.110 (9 giugno).
- 52 Sul tema, L.Guidi, *Patriottismo femminile e travestimenti sulla scena risorgimentale*, in *Travestimenti e metamorfosi. Percorsi dell'identità di genere tra epoche e culture* , a cura di L. Guidi e A. Lamarra, Napoli, 2003,pp. 59-84.

- 53 G. C. Abba, *Da Quarto*, cit., p. 136 (22 luglio).
 54 *Ivi*, p. 161 (1 ottobre).
 55 *Ivi*, p. 166 (4 ottobre).
 56 *Ivi*, p. 174 (20 ottobre). Riferisce degli stessi episodi anche Buttà, *Un viaggio*, cit., p. 251 e p. 300, raccontando delle stragi di garibaldini causate da donne armate di fucili, scuri, spiedi, pietre.
 57 P. Calà-Ulloa, *Lettres*, cit., pp. 10-12.
 58 Cfr. L. Guidi, voce *Maria Sofia Borbone*, in corso di stampa in *Dizionario Biografico degli Italiani*, Roma, Istituto dell'Enciclopedia italiana.
 59 Cfr. Buttà, cit., pp. 408 ss.

EL SEDUCTOR Y EL CAPELLÁN

Estudios sobre la guerra y el género a través del camino de los Mil

Marco Meriggi

Apenas concluida, la empresa de los Mil dio lugar al desarrollo de una rica corriente testimonial. Pero el género de la evocación garibaldina continuó produciendo frutos por varios decenios, diluyéndose, poco a poco en obras en las cuales las pretensiones literarias tendían a llevarlas a la frontera entre la crónica y la novela. Esto no anula el valor de fuente de esos trabajos, pero induce a considerarlos teniendo en cuenta esta característica: ofrecen una versión de los hechos, pero también y sobre todo la expresión del imaginario de los respectivos autores, así como se vino estructurando o reestructurando en el curso del tiempo.

Es el caso de aquella que es probablemente la más famosa entre las narraciones que exponen la empresa garibaldina en clave de epopeya: *Da Quarto al Volturno. Noterelle di uno dei Mille*. El autor, Giuseppe Cesare Abba, oriundo de Liguria, se embarcó desde Quarto en mayo de 1860, con veintiún años. Durante los meses (mayo-noviembre 1860) en que participó de la aventura en camisa roja, Abba, entonces estudiante, escribió un diario. Pero sus apuntes, redactados en caliente, vieron por primera vez la luz casi veinte años después, en 1880, cuando el autor, convertido en el transcurso de ese tiempo en profesor de italiano (y luego director) en un instituto técnico, los somete a un intenso maquillaje literario.

También los combatientes de parte borbónica escribieron evocaciones de la guerra librada en el Sur en ocasión de la unificación nacional. Entre ellas destacan las memorias escritas por el capellán militar siciliano Giuseppe Buttà, cuyo relato se inicia con la insurrección palermitana del convento de la Gancia, un poco anterior al desembarco de los Mil en Sicilia y sigue paso a paso la retirada del ejército de Francesco II hasta la última vana resistencia del otoño de 1860 en la fortaleza de

con la del historiador y del polemista, fue publicada también a notable distancia temporal de los hechos. Salió por primera vez en 1882 con el título *Un viaggio da Boccadifalco a Gaeta*.

Abba y Buttà no hablan sólo de sí, de los propios ideales, de los hechos de armas. Cuentan también -en páginas a menudo vibrantes- de los espectadores del conflicto en el cual están involucrados en frentes opuestos; ponen en escena una población civil -hombres y mujeres- y su relación con el mundo "aparte" de los combatientes.

Realizada la exposición precedente y considerando que la materia de los dos escritos en cierto modo coincide, Marco Meriggi hace una comparación de los mismos articulada por núcleos temáticos donde analiza la tipología de los combatientes, la calidad de patriotas o invasores de los Mil, la situación de la mujer en el marco de esta guerra y su intervención directa en el conflicto.

En cuanto a la tipología de los combatientes:

Los hombres al comando de Garibaldi, entre los cuales no falta una componente de veteranos de mediana edad, se materializan en el relato de Abba en primer lugar como un grupo juvenil, de extracción social medio-burguesa si no directamente alta; jóvenes de buena familia, a quienes los humildes deben un natural respeto, no obstante su poca edad. Y descubrirlos así "señoritos" es una sorpresa agradable para quien se los había imaginado de una fibra totalmente distinta, como consecuencia de la interesada propaganda del adversario.

"Habían dicho que ustedes eran monstruos feroces; que bebían la sangre de los niños, degollaban a los viejos... En cambio, sois gentiles."

Sin duda diversa la tipología de los combatientes legitimistas, muchos de los cuales son militares de carrera o profesionales de las armas que en el relato de Abba se presentan en general con la apariencia de hombres maduros, a menudo de padres de familia.

Jóvenes, entonces, contra adultos; señoritos doblemente rebeldes: contra el orden constituido y contra las jerarquías establecidas, lo que puede significar, por extensión, contra el instituto familiar y sus disciplinas armónicas con la obediencia y una correcta educación.

Según Buttà: "Tomaban por la fuerza pertenencias, mujeres, hijas que se llevaban con pocos escrúpulos. Así actuando y toda cosa sacra calumniando, decían efecto de libertad y renacimiento de los pueblos."

Si para el capellán legitimista la juventud representa un disturbio del orden social, para el cronista de los Mil constituye en cambio el natural campo de cultura y floración de un ideal.

De acuerdo al relato de Abba parten jóvenes, en grupo de hombres-amigos, dominados por un sentimiento que en edad romántica muestra frecuentemente un "fuerte, si bien escondido trasfondo erótico". Parten jóvenes y bellos, pero jóvenes y bellos encuentran la muerte.

Sobre este punto el capellán Buttà afirma reiteradamente haber visto a menudo puesta a dura prueba, en aquellos meses, la ecuanimidad de sus sentimientos cristianos. Hubieran debido sugerirle piedad para todos. Pero se ha dado cuenta que no todas las muertes en guerra tienen el mismo significado y el mismo valor. Hay una diferencia entre aquella a la que van al encuentro deliberadamente aquellos jóvenes "maleducados y ateos" que han invadido la Sicilia y los "bravos y religiosos" padres de familia que en uniforme borbónico han debido enfrentarlos. "El principio movilizador de los maleducados y ateos es distinto al del buen soldado; aquellos sacrifican su vida por la celebridad y la gloria moderna, esperando pasar sus nombres a la posteridad, después de haber sido glorificados por los contemporáneos. En cambio, el buen soldado muere ignorado y en silencio. Combate y se hace matar por deber y no existe deber sin Dios y sin una santísima religión revelada desde el mismo Dios."

Analizando lo expresado por Abba respecto a la muerte en el campo de batalla, Meriggi concluye que para el cronista de los Mil, si la muerte trae honor, fama y celebridad, entonces no es absolutamente muerte. Y el sacrificio por la patria hace sentir hombres; hombres y héroes.

Ahora bien, ¿qué son los Mil? ¿Patriotas o invasores? La empresa de los Mil - momento culminante del resurgimiento nacional - no se configuró sólo como la respuesta a una afrenta "extranjera"; fue, más bien, prosaicamente, ella misma una conquista y una invasión, no obstante que una parte de la población del Sur la percibiera como una liberación (liberación de un gobierno despótico que en la elaboración simbólica deviene "extranjero" en cuanto contrario a los principios liberales).

Los garibaldinos, en el curso de la empresa siciliana, no plantearon su nación (o su libertad) como restauración de un orden anterior alterado por la violencia extranjera, la presentaron más bien como creación de un orden nuevo (y emancipador) del cual ellos se percibían como heroicos artífices; miraban adelante, decididamente a la historia.

Buttà, por su parte, equipara la expedición de los hombres en camisa roja a una invasión extranjera diciendo: "Garibaldi compró armas, enroló franceses, ingleses, alemanes, húngaros, polacos, americanos, finalmente africanos; una armada cosmopolita destinada a la redención de Italia del extranjero! Y el extranjero eran los Borbones, que habían expulsado a los extranjeros del Reino de Nápoles y el Papa, la única y envidiable gloria que queda a Italia después del naufragio del Imperio Romano." Pero Buttà exagera bastante: en realidad los Mil eran en su inmensa mayoría italianos. Además no dice que también el ejército de las Dos Sicilias presentaba un perfil cosmopolita, dado que sus mejores tropas estaban formadas por soldados profesionales provenientes de algunas áreas de Alemania y Suiza.

Abba deja intuir cuán incierto y oscilante debería revelarse para los garibaldinos el límite entre la glorificante misión de "liberación" y el más prosaico y para nada

gratificante trabajo de "ocupación". La primera formaba parte de los presagios y de los sueños, el segundo se impuso, luego de las primeras semanas, como despreciable tema de la realidad. Para muchos sicilianos (así como más tarde para una parte de la población de Italia meridional) los Mil eran extranjeros, tal como afirmaba Buttà. Luego de las iniciales entusiastas manifestaciones de adhesión, la población siciliana comenzó rápidamente a alternar actitudes de profundo y hostil mutismo respecto a los Mil.

¿Y cuál era la situación de las mujeres en esta guerra? Tanto para Buttà como para Abba, las mujeres en la guerra son fáciles presas. El capellán las pinta como las víctimas de la "horda" de pervertidos y profanadores que ha caído en una tierra ajustada cristianamente al canon de la castidad y de la moderación sexual; una tierra toda familia, obediencia, pudor.

Abba, a diferencia de aquello que muestra creer Buttà, piensa también en las madres e hijas, arquetipo de la debilidad y de la fragilidad, sistemáticamente expuestas a la posible violencia del enemigo. Pero el garibaldino no es solamente el defensor del honor de la nación. En su narración se detiene en la relación de los Mil con el mundo femenino, casi un terreno de conquista paralela a la militar del territorio, y como ésta, sujeta al juego entrecruzado de los entusiasmos y los desengaños. Es, por tanto, también un conquistador, un seductor. Y como tal relata el romántico vínculo que mantiene con una religiosa en las últimas semanas previas a su partida de Palermo.

Pero existe otro comportamiento de las mujeres en el marco de esta guerra, que hace que tanto Abba como Buttà se vean absolutamente sorprendidos: la participación directa en el conflicto. Se destacan especialmente dos mujeres; Jessie White en las filas garibaldinas y María Sofía de Baviera, esposa del último rey de las Dos Sicilias, en las borbónicas.

La reacción de los autores al respecto es diversa. La irrupción femenina en el centro simbólico del poder y de la identidad masculina despierta en Abba un sentimiento de turbación, de desconcierto. Paradójicamente el reaccionario Buttà parece encontrarse menos a disgusto frente a la misma, siempre que se desarrolle en ciertas condiciones. Es necesario que sean reinas, partes biológicas de la fuerza de la realeza, hecho que para el capellán garantiza al mundo un gobierno incomparablemente más ecuanime y cristiano que el derivado de aquellas insulsas palabras -"libertad", "patria"- de las cuales los "bárbaros" en camisa roja se llenan la boca.

L' ITALIANO

Un cuor gentile
Può l' Italia obliar'—
NICOLINI.

MONTEVIDEO.
STAMPERIA DEL NACIONAL.

1841.

L'ITALIANO

UNA PUBLICACIÓN PATRIÓTICA ITALIANA, DIRIGIDA POR GIAMBATTISTA CÚNEO, DIFUSORA DE LAS IDEAS MAZZINIANAS, QUE SE EDITÓ EN MONTEVIDEO ENTRE 1841 Y 1842

Un sábado de abril de 1841 – Garibaldi aun no había llegado a Montevideo procedente de Río Grande del Sur, en el vecino Brasil – vio la luz en nuestra ciudad el primer número del periódico "L'ITALIANO".

Posteriormente los hechos nos demostrarán que la periodicidad estaría sujeta a las posibilidades.

Lo dirigía Giambattista Cúneo, presumiblemente quien, según la tradición, inició en las ideas de la "Joven Italia, organización orientada por Giuseppe Mazzini, en Taganrog, al marino Giuseppe Garibaldi que había llegado a ese puerto ruso trabajando en su profesión.

Al respecto, en sus "Memorias", Garibaldi escribe: "In un viaggio a Taganrog, m'incontrai con un giovane ligure, che primo mi diede alcune notizie dell'andamento delle cose nostre."

Reproducimos la apertura del primer número de esta hoja, firmada por "Los Editores", pero debida, sin duda, a la pluma de Cúneo y, a continuación, un interesantísimo artículo, firmado por el mismo Director con sus iniciales, donde explica brillantemente la posición de la organización "política y religiosa", orientada por Mazzini, con el fin de desenmascarar a quienes, simulando defender la religión católica, no hacían más que defender intereses económicos de la dirigencia de la Iglesia romana organizada.

L'ITALIANO

...un cuor gentile
Può l'Italia obliar?

Nicolini

Dio e Umanità ecco i due
termini dell'avvenire
Mazzini

Con questo titolo una Società d'Italiani si propone pubblicare nei sabati d'ogni settimana un giornale, collo scopo di mantener vivo, e fomentar sempre più tra i nostri compatriotti, che vanno ogni giorno aumentando di numero in questi paesi, quello spirito di nazionalità, ed amore alle repubblicane istituzioni, di cui l'Italia abbisogna per costituirsi in uno stato solo, libero, e indipendente.

Lo spirito di nazionalità proposto come uno dei fini all'Italiano, non sarà quello greto e meschino che fondandosi sulla teoria del **diritto** consacra l'odio contro lo straniero come principio necessario di conservazione; che anzi caldi amatori della causa dell'Umanità ci studieremo con ogni sforzo elevarlo affratellandolo armonicamente colle altre individualità nazionali, dandogli per base il **dovere**.

Avranno perciò luogo nelle nostre pagine gli argomenti di religione e di morale, come quelle che, dovendo essere une ed uguali per tutto, insegnano agli uomini che, siccome una è l'origine da cui derivano, ed eguali i diritti e doveri, che ciascheduno ha rimpetto dell'altro, una deve pur essere la missione a cui furono creati: missione di giustizia e d'amore reciproco.

La storia patria, la letteratura, le tendenze e i bisogni d'Italia, e i tentativi generosi onde porvi riparo, tutto verrà successivamente trattato nella serie degli scritti, che dovranno vedere la luce come parti essenziali di quel tutto che si tratta di coordinare.

Noi ci lusinghiamo che la nostra impresa verrà ben accolta da tutti e dagli Italiani particolarmente.

Qual d'essi avrà a sdegno una voce che gli parli di volta in volta di Patria, e tenti di esaltare in lui un sentimento ingenerato nell'uomo: l'amore al luogo natale ed alla libertà?

Lontani dalla Patria noi viviamo in una terra straniera che ci è luogo d'onorato e libero ospizio, qui sciolti dai mille ostacoli e in salvo dalle persecuzioni con cui opprimono i tiranni nelle nostre contrade, perché noi che siamo figli d'una medesima madre non ci stenderemo una mano fraterna nell'esiglio, per animarci a vicenda a sopportarne le amarezze, ed a sperare concordi il gran giorno in cui la Patria farà un appello a tutti i suoi figli?

A stringere tutti gli Italiani in questo patto d'amore tende la nostra opera.

Coloro che non rinnegano questo nome ascoltino la nostra parola e c'aprono i lor cuori! E troveranno nei nostri un amore di fratelli!

A quanti si sentono capaci di sovvenire cogli scritti la nostra intrapresa, noi chiediamo in nome della Patria comune di porgerci aiuto.

Ci sarà sempre grato pubblicare nelle nostre pagine cose che possano essere di giovamento agli uomini e d'onore all'Italia nostra.

Il Giornale sarà distribuito **gratis**.

Montevideo Aprile 1841

GLI EDITORI

DELLA RELIGIONE E DEL PAPA

ORIGINALE DELL'ARTICOLO DI G. B. CUNEO PUBBLICATO A MONTEVIDEO SUL N° 2 DEL PERIODICO "L'ITALIANO", DEL 1841

Il progetto della politica riunione d'Italia in un solo governo avente Roma per Capitale, viene a suscitare naturalmente una quistione intorno alla Chiesa.

Quistione davanti alla quale alcuni amatori sinceri della Libertà e della Patria s'arrestano indecisi, che altri pochi, i quali confondono principii e abusi, vorrebbero sciogliere colla spada; quistione infine da cui prendono argomento preti, imbecilli, aristocratici, regii impiegati e spie, per denigrare i generosi proponimenti degli uomini liberi e ad insinuare negli animi buoni ma semplici delle moltitudini una funesta prevenzione contro dei medesimi, rappresentandoli turbolenti, avidi di rapine e di vendette e nemici implacabili della religione.

Giova pertanto a togliere ogni dubbio agli uni, a persuadere a meglio gli altri, ed a smascherare il falso zelo degli ipocriti e dei venduti, esporre candidamente le dottrine professate in questa materia dalla Giovine Italia, unica associazione liberale che rappresenti in oggi veramente il voto della nazione.

Gesù Cristo, venuto al mondo per rigenerarlo rivelandogli la verità, è morto in difesa della medesima per mano dei despotti, affine di lasciare l'esempio ai suoi seguaci del come la morte debba anteporsi alla viltà, di rinnegarla davanti alla prepotenza, fondò la sua sublime religione su quelle sante parole:

AMATEVI L'UN L'ALTRO SICCOME FRATELLI, PERCHÉ TUTTI, IO E VOI, LO SIAMO DINANZI A DIO CHE È NOSTRO PADRE.

Parole ripiene di sapienza tutta divina, che i superbi derisero, ma che fruttarono coi secoli i più rilevanti benefici all'Umanità.

La forza, unica legge, regnava allora in tutta la sua deformità quando la prima volta furono udite suonar quelle parole in un angolo della misteriosa Palestina.

Le quali non andò guari rapidamente, si propagarono per ogni dove mercè gli indefessi apostoli che, fedeli al mandato del loro divino maestro, si sparsero ad annunziare dovunque la BUONA NOVELLA.

Il mondo era composto di schiavi e di pochi padroni che li consideravano con poca differenza eguali ai bruti.

La dottrina di Cristo predicando che tutti gli uomini avevano una medesima origine e che tutti erano fratelli, insegnava che tutti erano EGUALI, che nessuno poteva arrogarsi alcun diritto sull'altro, non potervi per conseguenza essere padroni; tutti dovere essere LIBERI.

UGUAGLIANZA, LIBERTÀ, due termini che non possono sussistere l'uno senza dell'altro, dacché non può esservi vera EGUAGLIANZA se non tra quelli che ponno far libero uso dei loro diritti, e non LIBERTÀ se non tra quelli che hanno parità di diritti.

Le moltitudini illuminate da questa nuova luce del Vangelo ed acquistata coscienza e dei diritti e della dignità loro si legano (d'onde RELIGIONE dal Latino LIGARE) in una santa congiura che teneva a rivendicare e gli uni e l'altra, per così lungo tempo manomessi.

Gli apostoli in virtù del sublime ministero che esercitavano erano venerati dalle moltitudini, come coloro che Dio aveva loro mandato per ammaestrarli nella sua santa parola ed erano da esse considerati come i naturali loro capi e difensori.

E costanti difatti alla loro missione, i primi Capi dei Cristiani nelle accanite persecuzioni di cui i nuovi credenti erano divenuto scopo, mostrarono una energia e una costanza maravigliosa nel sostenere le loro dottrine nel difendere i loro proseliti contro la forza brutale dei despoti.

Quei santi confessori e quei martiri di cui la storia ci tramanda tanto onorata ricordanza, sono quelli che con maggiore zelo e coraggio s'adoperarono nell'ammaestrare i popoli nella parola di Dio.

Per questa via di sacrifici, di patimenti e di carità fraterna, i primi Capi della Chiesa s'acquistarono l'amore e la venerazione cieca dei popoli.

Chi mai l'aveva meritato più d'essi?

Così per un giusto e lodevole scambio di gratitudine e d'affetto, che quelli loro retribuivano, i Papi vennero a costituire, in mezzo al regno della forza, una vera potenza morale, che ne impose sovente ai gran re della terra.

Per lungo tempo dipoi seguendo i Papi l'esempio dei loro predecessori, continuarono ad essere venerati ed amati; e la loro potenza sempre più consolidandosi divenne un tribunale terribile ai prepotenti e un consolante ricovero al debole oppresso.

Felice l'Umanità, ben avventurata la Religione se i vicari di Cristo, non dipartendosi mai dai santi dettami del loro divino istitutore, avessero posto ogni lor cura nel santamente adempirla!

Ma per grave sciagura dell'una e dell'altra i Papi, distolto finalmente l'animo dalla mansuetudine, dall'amore dei poveri, fattisi ribelli alla legge del Vangelo, cominciarono a insuperbirsi di quella potenza che aveva avuto fondamento nell'umiltà e, briachi di lussuria e di fasto, divennero ancor essi tiranni; così che brutta e svisata restò ai popoli la religione e l'Umanità ne patì affanni e sventure senza numero.

Alla suprema autorità spirituale che i popoli consenzienti gli avevano per gratitudine

concesso, ei vollero aggiungere il potere temporale, il dominio terreno, pretendendo coonestare le innovazioni sacrileghe coi doni che il re Pippino di Francia ed altri ladri conquistatori avevano lor fatto delle terre che essi colla violenza, le rapine e le stragi avevano tolto ai nostri pacifici antenati.

E tanto oltre procedè l'impudente avidità dei Papi in questa materia, che giunsero perfino a chiamare PATRIMONIO DI S. PIETRO quel ladro mercato d'usurpazione e d'assassinii, come se Cristo gli avesse tracciato tutt'altro che un cammino di mortificazione e d'umile vita!

Per cupidigia di ricchezze e per vanità d'onori mondani, i Papi fattisi principi della terra, altrettanto spregevoli ed odiosi si resero all'Umanità quanto in prima erano stati in onoranza ed in pregio.

Da questo fatale traviamiento dei Papi ebbero origine tutte quelle funeste scissioni che lacerarono il seno della Chiesa e che sparsero l'anarchia là dove pochi e semplici precetti avevano già avuto potenza di fondare l'Unità Cattolica.

Cristo aveva lasciato ai suoi successori un precetto di povertà nella sua vita, che fu misera e travagliata, e il Papa, a spese dei poveri, che stentano nell'affanno per levarsi la fame, ha per dimora una reggia, mantiene una corte popolata di grandi oziosi che ingrassano coi sudori dei poveri e passeggia per le strade di Roma in una carrozza che costa 40 mila scudi; Cristo ingiunse ai suoi apostoli d'ammaestrare le genti nella Libertà e nell'Uguaglianza, che è la parola di Dio, e il Papa, profanando il mandato di Cristo, fa predicare da suoi frati la sottomissione e la tirannide.

Cristo ha detto "ciocché sarà fatto al povero lo terrò per fatto a me stesso" e il Papa, in prova dell'amore che ha per Cristo, decreta dall'altezza del suo trono e ceppi e catene ai poveri che gli domandano giustizia e pane, a lui, che guazza nell'abbondanza e nelle delizie di questo mondo!

A contrasto poi dello spettacolo di lusso che, con grande scandalo dei buoni, offre dovunque l'alta gerarchia ecclesiastica, si vede il basso numerosissimo Clero languire in una estrema miseria, dal che ne deriva dispregio ai ministri del culto e indifferenza quindi pei dogmi sacrali, perché le moltitudini avvezze a dar corpo alle idee, vedono nel prete simboleggiata la religione.

La Giovine Italia, associazione politica e religiosa, a far cessare adunque lo scandalo che la corte di Roma, perduta oramai ogni ombra di pudore, va dando da così lungo tempo al mondo, s'è proposta ridurre la religione alla prima purità, restituirla alla primitiva missione, rinvigorirla facendola venerata ed amata, dove oggi è sprezzata o assalita, di porla tutrice auspicce e sanzione del progresso sociale e dell'umana felicità.

Di fondarla ove essa non è, di sostituirla reale, potente, all'anarchia che regna mercé il Papa, distenderla a tutti i popoli che ne sono disgiunti.

Di emanciparla e di costituirla dove ora non è che arbitrio e aristocrazia.

Di porla in armonia colla società politica e civile, di togliere al Papa l'autorità suprema per ristabilirla sulla congregazione di tutti i credenti, di riabilitare il parroco,

oggi ridotto a condizione di servo, e di servo sprezzato e povero, di richiamare in vigore il principio della capacità e della virtù, di restituire al popolo il dritto di conferire le dignità ecclesiastiche (Mazzini).

Trattasi adunque non di distruggere la Religione, ma di ricominciare di là ove i Papi traviarono da' suoi precetti; trattasi di continuare l'opera istituita da Gesù Cristo e che i Papi adulterarono.

Questa riforma che si intende introdurre nella religione tale quale ce l'ha trasmessa la corte di Roma, trae seco per una conseguenza necessaria, l'esclusione del Papa dal dominio temporale.

Questo violento passaggio dallo stato d'anarchia e di corruzione a quello dell'ordine e della morale evangelica, costerà pur troppo e lagrime e sangue alla nazione!

Ma quando mai si sanarono le gravi infermità senza estremi rimedi e senza lunghi dolori?

La corte di Roma è tal piaga velenosa nel cuore dell'Italia, che a sanarla è necessario adoperarvi il fuoco purificatore.

Il grande Machiavelli, investigando le cause che produssero la rovina della comune Patria, egli ne attribuisce la colpa principale ai Pontefici.

Ah! la storia dei Papi rigurgita di tante infamie e di tante iniquità che straziarono il seno della misera Italia, che essa ben mostra come con usura pagasse loro col pianto e col sangue i benefici che avevanle fatto i vescovi di Roma!

L'esposizione rapida ma sincera e, speriamo, chiara del come noi intendiamo la religione cristiana, dei benefici che riconosciamo da essa, della riforma proposta, varrà certamente a far ricredere coloro che avessero potuto supporre negli uomini della Giovine Italia intenzioni diverse; a far persuasi certi furibondi ragionatori, che senza la religione l'Umanità ch'essi protestano d'amare pur tanto, gemerebbe ancora nella feroce schiavitù da cui la redense e che avrà, infine, messo in luce le basse calunnie dei vili, inetti ad intendere come la carriera degli uomini liberi sia tracciata sulle orme di Gesù Cristo.

G. B. C.

Nota: Ho fatto una trascrizione fedele dell'originale, modificando soltanto la posizione di alcune delle virgole usate, per farne più chiara la lettura (C. N.)

DE LA RELIGIÓN Y DEL PAPA

DE UNO DE LOS NÚMEROS DEL PERIÓDICO "L'ITALIANO", PUBLICADO EN 1841/42 EN MONTEVIDEO, BAJO LA DIRECCIÓN DE GIAMBATTISTA CÚNEO

El proyecto de la unión política de Italia bajo un único gobierno, teniendo a Roma como capital, viene a suscitar, naturalmente, un litigio en torno a la Iglesia.

Litigio ante el cual algunos sinceros amantes de la libertad y de la Patria se detienen indecisos y que otros pocos, que confunden principios con abusos, pretenden solucionar con la espada.; litigio, en fin, que toman como argumento los curas, los imbeciles, los aristócratas, los funcionarios del reino y los espías, para denigrar las generosas propuestas de los hombres libres y para insinuar, en los ánimos buenos pero simples de las multitudes una funesta prevención contra los mismos, representándolos como turbulentos, ávidos de rapiñas y de venganza, así como enemigos implacables de la religión.

Es necesario entonces, exponer claramente las doctrinas profesadas en esta materia por la Joven Italia, única asociación liberal que hoy en día representa verdaderamente la voluntad de la Nación, para desvanecer las dudas que puedan tener algunos, para persuadir mejor a otros, así como para desenmascarar el falso celo de los hipócritas y de los vendidos.

Jesucristo, que vino al mundo para regenerarlo revelándole la verdad, murió en defensa de esa verdad, a manos de los déspotas, con el fin de dejar como ejemplo a sus secuaces de cómo la muerte debe anteponerse al miedo, que se debe renegar de la vida ante la prepotencia.

Así fundó su sublime religión sobre aquellas santas palabras: Amáos los unos a los otros como hermanos, porque todos, yo y vosotros, somos hermanos ante Dios, que es nuestro Padre.

Palabras llenas de sabiduría divina que los soberbios escarnecieron, pero que produjeron a través de los siglos los más grandes beneficios a la Humanidad.

La fuerza, como única ley, reinaba entonces con toda su deformidad, cuando se oyeron por primera vez aquellas palabras en un rincón de la misteriosa Palestina. Aquellas palabras que al principio no se conocieron rápidamente, pero que luego se propagaron por todos los lugares gracias a los incansables apóstoles quienes, fieles al mandato de su divino Maestro fueron a expandir la Buena Nueva por todas las regiones del mundo.

El mundo entonces, estaba compuesto por esclavos y por pocos patrones, que consideraban a la gente poco menos que como animales.

La doctrina de Cristo, predicando que todos los hombres tenían un mismo origen y que todos eran hermanos, enseñaba que todos eran iguales, que nadie podía arrogarse ningún derecho sobre los demás y que, consecuentemente, nadie podía ser dueño de otra persona, que todos debían ser libres.

Igualdad y libertad, dos términos que no pueden subsistir uno sin el otro, ya que no puede haber verdadera igualdad sino entre aquellos que pueden usar libremente de sus derechos y no hay libertad, sino entre quienes existe paridad de derechos.

Las multitudes iluminadas por esta nueva luz del Evangelio y habiendo adquirido conciencia de sus derechos y de su dignidad, se ligaron en una santa conjura (de allí proviene la palabra religión, del latín *ligare*) que tendía a reivindicar esos derechos y esa dignidad, violados durante un tiempo tan prolongado.

Los apóstoles, en virtud del sublime ministerio que ejercían, eran venerados por las multitudes como aquellos a quienes Dios les había enviado para enseñarles su santa palabra y eran considerados como sus naturales guías y defensores.

Y, en efecto, constantes en su misión, los primeros conductores de los Cristianos, durante las encarnizadas persecuciones que debieron sufrir los nuevos creyentes, mostraron una energía y una constancia maravillosa en el sostenimiento de su doctrina y en la defensa de sus prosélitos contra la fuerza brutal de los déspotas.

Aquellos santos confesores y aquellos mártires de quienes la historia nos lega tantos honrados recuerdos, fueron los que con mayor celo y coraje actuaron para hacer conocer a los pueblos la palabra de Dios.

Por este camino de sacrificios, de sufrimientos y de caridad fraterna, los primeros jefes de la Iglesia se conquistaron el amor y la veneración ciega de los pueblos: ¿quién más que ellos lo habría merecido?

Así, por un justo y loable intercambio de gratitud y de afecto que aquellos retribuían a la gente, los Papas vinieron a constituir, en medio del reino de la fuerza, una verdadera potencia moral, que a menudo se pudo imponer a los más grandes reyes de la Tierra.

Por un largo período, los Papas, habían seguido el ejemplo de sus predecesores, por lo cual, continuaron siendo venerados y amados.

Su potencia, cada vez más consolidada, se transformó en un tribunal terrible para los prepotentes y un consolador refugio para los débiles oprimidos.

La Humanidad hubiera sido feliz y bienaventurada la Religión, si los vicarios de Cristo, no apartándose jamás de los santos dictámenes de su divino Maestro, hubieran puesto toda su dedicación en cumplirlos!

Pero, para gran desgracia de la Humanidad y de la Iglesia, los Papas, habiendo alejado de sí el ánimo de la mansedumbre, del amor por los pobres, se hicieron rebeldes a la ley del Evangelio.

Comenzaron a ensoberbecerse por la potencia de que se sintieron dueños, olvidándose de que esa potencia había tenido su origen en la humildad practicada hasta entonces y así, ebrios de lujuria y de fasto, se transformaron también ellos en tiranos.

De tal modo, la Religión resultó mala y desvirtuada para los pueblos y la Humanidad sufrió por ello un sinnúmero de afanes y de desventuras.

A la suprema autoridad espiritual de los Papas, que los pueblos habían aceptado voluntariamente como expresión de agradecimiento, ellos quisieron agregar el poder temporal, el dominio terrenal, pretendiendo excusar sus innovaciones sacrílegas con las donaciones que el rey Pipino de Francia y otros ladrones conquistadores como él, les habían hecho de territorios que ellos, por medio de las violencias, las rapiñas y los genocidios, habían quitado a nuestros pacíficos antepasados.

Y tanto fueron más allá de lo imaginable los Papas con su impúdica avidez, que llegaron hasta a llamar Patrimonio de San Pedro a aquel mercado delictivo de usurpaciones y de asesinatos, como si Cristo les hubiese trazado un camino que fuera absolutamente lo contrario del indicado, que era de mortificaciones y de humildad!

Por esa avidez de riquezas y por la vanidad de disfrutar de los honores mundanos, los Papas, una vez que se transformaron en príncipes de la Tierra, se hicieron, como los otros príncipes, despreciables y odiosos a la Humanidad. Tanto, como al principio habían sido merecedores de reconocimiento y de aprecio.

En esta fatal desviación de los Papas del camino correcto tuvieron origen todas las funestas divisiones que laceraron a la Iglesia en su seno y que expandieron la anarquía allí donde pocos y simples preceptos habían tenido la fuerza de fundar la Unidad Católica.

Cristo había dejado a sus sucesores un ejemplo de pobreza material con su vida, que fue mísera y dificultosa.

El Papa, a expensas de los pobres, que sufren en el afán diario de intentar quitarse el hambre, vive en un lujoso palacio real, mantiene una corte poblada de grandes ociosos, que engordan con el sudor de los pobres y pasea por las calles de Roma en una carroza que cuesta cuarenta mil escudos.

Cristo indujo a sus apóstoles a enseñar a la gente la libertad y la igualdad, que es la palabra de Dios y el Papa, profanando el mandato de Cristo, hace predicar a sus representantes la sumisión y la tiranía.

Cristo dijo: "Lo que se les haga a los pobres, lo consideraré como hecho a mí mismo" y el Papa, como prueba del amor que siente por Cristo, decreta desde la altura de su trono, cepos y cadenas para los pobres que le piden justicia y pan. A él, que nada en la abundancia y en las delicias de este mundo!

En contraste,pues,con el espectáculo de lujo que para escándalo de los buenos ofrece por todas partes la alta jerarquía eclesiástica,se ve al numerosísimo bajo clero languidecer en una miseria extrema.

De la comprobación de esta brutal diferencia en el seno de la propia Iglesia,surge en la gente un cierto desprecio por los ministros del culto y,por lo tanto,indiferencia por los dogmas sagrados,puesto que el pueblo,acostumbrado a dar cuerpo material a las ideas,ve a la Religión simbolizada en el cura que sufre esta discriminación y deja,por lo tanto,de creer en ella.

La Joven Italia,asociación política y religiosa,se ha propuesto volver la Religión a su pureza inicial,terminando con el escándalo que la corte de Roma,ya perdida toda sombra de pudor,va mostrando al mundo desde hace tanto tiempo. Se propone restituir la Religión a su primitiva misión,vigorizándola y haciéndola venerada y amada donde ahora es despreciada y tratada como enemiga; se propone ponerla como tutora auspiciante del progreso social y de la felicidad humana.

Se propone refundarla sobre bases que hoy en día ya no tiene y volverla verdadera y poderosa,en sustitución de la anarquía que ahora es,por obra de los Papas,y volver a acercarla a todos los pueblos que se separaron de ella.

Se propone emanciparla y reconstruirla en lo que ahora no es más que arbitrariedad y aristocracia.

Ponerla en armonía con la sociedad política y civil; quitarle al Papa la autoridad suprema,para restablecerla en las congregaciones de todos los creyentes;restablecer el párroco,hoy reducido a una condición de siervo,despreciado y pobre; volver a poner en vigor el principio de la capacidad y de la virtud y restituir al pueblo el derecho de conferir las autoridades eclesiásticas.(esta es la idea de Mazzini).

Se trata,pues,no de destruir la Religión,sino de recomenzar desde allí donde los Papas se desviaron de sus preceptos fundamentales.

Se trata de continuar la obra que instituyó Jesucristo y que los Papas adulteraron.

Esta reforma que se pretende introducir en la Religión que ha llegado hasta nosotros a través de la corte de Roma,trae consigo una consecuencia necesaria: la exclusión del Papa del dominio terrenal.

Este violento pasaje del estado de anarquía y de corrupción al del orden y la moral evangélica,costará,desgraciadamente,lágrimas y sangre a la Nación.

Pero,¿cuándo se sanaron las graves enfermedades sin remedios extremos y sin prolongados dolores?

La corte de Roma es una tal llaga venenosa en el corazón de Italia que,para sanarla será necesario el fuego purificador.

El gran Machiavelli investigando las causas que produjeron la ruina de la Patria común,atribuye la culpa principal a los Pontífices.

¡Ah! La historia de los Papas regurgita todas las infamias y todas las iniquidades que destrozaron el seno de la mísera Italia. Esa historia muestra bien como,con

usura, Italia pagó con llanto el beneficio que le habían reportado los Obispos de Roma!

La exposición rápida y sincera -y esperemos que clara- de cómo nosotros entendemos la Religión Cristiana, de los beneficios que reconocemos que ella aportó, de la reforma propuesta, servirá, por cierto, para aclarar la opinión de aquellos que pudieron haber supuesto en los hombres de la Joven Italia intenciones diversas; servirá para persuadir a ciertos furibundos razonadores que, sin la Religión, la Humanidad que ellos declaran amar tanto, gemiría aun en la feroz esclavitud de la cual aquella la sustrajo y esperamos que habrá mostrado las bajas calumnias de los viles que son ineptos para entender que el camino de los hombres libres está trazado sobre las huellas de Jesucristo.

G. B. C.

Traducción: Carlos Novello



Véleros en combate

EL CORSO INTERNACIONAL

Cristina Montalbán

Introducción

En esta breve introducción creemos necesario asentar el enfoque con que decidimos la presentación de este estudio sobre “El corso”. Quienes estamos acostumbrados al tratamiento del tema focalizado en el Río de la Plata, encontramos bastante dificultoso trabajar fuentes bibliográficas o documentales que lo expusieran en forma general, y menos sencillo aún, el plantearlo con la vastedad que implicaría la exposición por cronología, banderas o incluso por la fama de muchos de sus protagonistas.

De acuerdo a tales dilemas, y en procura de organizar la exposición, nos pareció adecuado comenzar por exponer definiciones –principiando por el término y continuando por la actividad- en base a las cuales pautamos puntos de contacto que nos sirvieron para aunar criterios o marcar diferencias con la piratería, que frecuentemente suele imaginarse muy cercana al corso (e incluso para algunos la misma cosa).

A partir de estas premisas básicas el desarrollo transcurre por la justificación de la actividad, los documentos que regularizaban el corso, las naves que eran utilizadas para realizarlo, los beneficios económicos que implicaba y por último las alternativas que llevaron a su final.

Si bien nos hemos esforzado por dar un tratamiento panorámico no podemos escapar a la influencia especial del corso hispánico, origen y ejemplo en los lineamientos seguidos por los movimientos corsarios americanos, así como tampoco pudimos evitar – en algunos pasajes- el apelar a situaciones regionales a modo de ejemplo.

Esperamos que esta sinopsis resulte un producto claro, concreto y que aporte una visión que evidencie el arma formidable que el corso representó desde el medioevo para quienes apelaron a su uso, como se mantuvo y regularizó para seguir constituyendo un eficaz medio de guerra que aún en el Siglo XX muchas naciones se negaban a abolir.

Definiciones de corso

La palabra corso deriva del latín “*cursus*”, (“*carrera*”) y el Diccionario de la Lengua Española lo define en forma muy concreta: como la “*Campaña que hacen por el mar los buques mercantes con patente de su gobierno para perseguir a los piratas o a las embarcaciones enemigas*”¹.

Otros estudiosos reelaboraron la acepción desde el punto de vista de la jurisprudencia, poniendo énfasis en ciertos aspectos, o potenciando alguna de sus cualidades, lo cual dio como resultado una serie de definiciones que estipulan y precisan las características del corso.

De acuerdo a lo expuesto podemos manejar varias ideas en paralelo, con ligeras variantes, que catalogan al corso como:

- a-*“la guerra naval o marítima que hacen algunos particulares autorizados con patente de su gobierno para perseguir a los enemigos de la Corona”*²
- b-*“la guerra hecha por los buques particulares armados por éstos en guerra y autorizados por su gobierno”*³
- c-*“la empresa naval de un particular contra los enemigos de su Estado, realizada con el permiso y bajo la autoridad de la potencia beligerante, con el exclusivo objeto de causar pérdidas al comercio enemigo y entorpecer al neutral que se relacione con dichos enemigos”*⁴
- d-*“la piratería con patente y practicada sólo en estado de guerra contra los buques de país enemigo, navegando el corsario bajo bandera del propio”*⁵
- e-*“la actividad bélica que un armador particular realiza contra los buques enemigos de su Estado y con un fin lucrativo, autorizado para ello por su propio gobierno mediante una ‘patente de corso’”*⁶
- f-*“la actividad naval efectuada por los particulares en tiempo de guerra o de represalias, con la autorización y supervisión de su Estado, en contra de los enemigos del mismo, en la que deben sujetarse a un régimen jurídico específico para su desempeño.”*⁷

Para los ingleses el corso se definía por el término “privateer”, “un buque armado, por un dueño privado, autorizado por el gobierno para atacar buques enemigos”.⁸

Los norteamericanos precisaron más acabadamente dicho término, explicitando que aludía a “una nave de propiedad privada, armada y tripulada a expensa de sus dueños para el propósito de capturar mercantes enemigos en tiempo de guerra.”⁹

El análisis de tales definiciones presenta concordancias en cuanto a que el corso era una actividad:

- usada en tiempos de guerra para combatir específicamente al enemigo (y como freno del comercio ilícito- contrabando)
- ejercida según normativas y regulaciones generales (que encuadran legalmente la acción y regulan su desempeño)
- mayoritariamente realizada por naves particulares (en cuanto a los períodos y al número volcado al servicio)
- habilitada según documentación (Carta Patente o Carta de Marca para los ingleses)
- con un fin lucrativo (la práctica del corso siempre produjo beneficios económicos, llegándose a constatar un fuerte componente de lucro como el

caso de las Compañías Marítimas, Sociedades y Consorcios integradas por inversores)

Algo más que una delgada línea entre piratas y corsarios

Observamos que una de las definiciones acredita que el corsario se consideraba “*un pirata con patente*”, criterio que era compartido por otros autores para quienes la piratería representaba el fundamento y origen de la actividad corsaria.

La investigación nos ha permitido comprobar que parte de la bibliografía hace hincapié en que corso y piratería estaban separados en la práctica por una delgada línea, (sobre todo tomando en cuenta las primeras campañas que fueron realizadas en el Siglo XVI por los marinos ingleses isabelinos), aunque en la teoría los argumentos o condiciones nos muestran claramente la diferencia entre ambas figuras.

Dicha distinción comienza desde la terminología que - tanto en español como en inglés- se refería al pirata- pirate, identificándolo con el “*ladrón que anda robando por el mar*” y hay quienes los catalogaban como “*saqueadores sin fe y sin ley*”

De ahí en más tenemos que la piratería:

- representaba una acción indiscriminada, donde se atacaba a los buques de cualquier nación
- se ejercía sin autorización ni supervisión del Estado
- la acción no estaba sujeta a un régimen jurídico específico
- no respondía a la defensa de una bandera sino procurando el beneficio económico propio.

Para los piratas no había amigos ni aliados, constituyendo un peligro para todos los buques que se cruzaran en su camino.

La actividad de los piratas tuvo sus bases de operaciones y refugio especialmente en las islas donde tenían asegurada el agua potable, madera para leña, lugares para reparar los navíos, constituyendo además puntos estratégicos de vigilancia. Las preferidas resultaron aquellas que estaban mal protegidas recordándose entre las más famosas La Tortuga al NW de La Española o la de Providencia frente a Portobelo.¹⁰

Estos piratas, bucaneros o filibusteros- muchos de los cuales se proclamaban corsarios- se dedicaban al asalto indiscriminado de naves cargadas de valiosas mercaderías, oro y plata, y varios han permanecido en la memoria colectiva universal rodeados de una aureola mezcla de admiración y temor en su rol de aventureros e inspiradores de leyendas.¹¹

Estudiadas las rutas marítimas más frecuentadas, escondidos en proximidad de algún estrecho, si era posible favorecidos por las brumas, se imponían en crueles abordajes de los que muchas veces no escapaban más que unos pocos, abandonados en botes sin víveres ni agua.

La violencia en el mar se volvió endémica y constituyó un flagelo para los intereses económicos de las naciones europeas.

Entre los capitanes de estos temidos navíos se contaron algunos marinos ingleses- a quienes la reina Isabel oficialmente no apoyaba- que se convirtieron con sus asaltos al imperio español, en un azote cuya meta era la de provocar su derrota definitiva.¹²

Algunos autores denominaron a esta práctica como “*piratería de Estado*” en la que incluso se dio participación a capitales privados para el saqueo – en su ruta transatlántica- de navíos españoles que transportaban metales preciosos.

La experiencia marinera de los “*perros del mar*”, apelativo con que se les conoció, dio a la Armada Británica la coherencia y fuerza necesarias para derrotar en su momento a la Armada española, reputada como “*Invencible*”. A pesar de la resistencia con que fueron juzgados en oportunidades, queda fuera de discusión la capacidad que pusieron de manifiesto como marinos, así como el arrojo y valentía con que cumplieron su misión.

Justificación de la actividad corsaria

- El curso como acto de justicia

El curso implicaba desplegar una actividad por la que se preservaban intereses y personas del insulto del enemigo de turno.

Por el curso se daba seguridad al reino y sus vasallos, protegiéndose el libre tránsito de las rutas, asegurando el comercio marítimo, la vinculación y traslado de bienes y personas. Estos objetivos tenían como medios la habilitación y armamento de buques cuyas órdenes eran las de capturar y matar.

Estaba claro que el curso no encajaba en la moral católica de la época que prohibía la guerra y la violencia. Este problema se planteó sobre todo en España donde – en base al peso de la religión- varios monarcas dejaron de habilitar corsarios con lo cual el reino quedaba en clara desventaja con otras potencias que no manejaban los mismos preceptos.

En procura de solucionar el problema y hallar el enfoque adecuado, varios teólogos juristas españoles¹³ expusieron profundos razonamientos para justificar que la guerra debía verse como un medio justo de aplicar el derecho, de hacer triunfar lo justo y castigar lo injusto.

Asimismo la única “*causa justa*” para hacer la guerra era en respuesta a la “*injuria recibida*” y se consideraba lícito hacer todo lo necesario para la defensa del bien público, para recuperar las cosas perdidas y sus intereses o para resarcirse con los bienes del enemigo de los gastos de la guerra y de todos los daños causados por él “*injustamente*”.

En resumen, de acuerdo a lo explicitado la acción corsaria tenía su origen en:

- un daño causado,
- la negativa de atender las reclamaciones y de no repararlo,
- que no existiera para el perjudicado otro modo de resarcirse.

Tales condiciones daban razón a las represalias, tomando bienes de los súbditos

del Reino o Estado “*provocador*” para compensar las pérdidas de quienes sufrieron el agravio.

Este concepto se pautó en forma concisa en la doctrina elaborada por Francisco de Vitoria, donde se indicaba que “*Si los enemigos se niegan a restituir los bienes injustamente tomados y el perjudicado no pudiera recobrarlos buenamente de otro modo, puede tomar satisfacción donde pueda, bien sea entre los culpables o bien entre los inocentes*”¹⁴

Por otro lado se señalaba que era responsabilidad y obligación del rey el estudiar las causas de la guerra y la justicia de la misma.

En el Siglo XIII, Alfonso el Sabio en la Segunda de sus Siete Partidas dedicada a “*la Guerra por la Mar*” estipulaba que la guerra marítima se hacía de dos maneras: “*La primera es flota de galeras y de naves armadas con poder de gente... La segunda es armada de algunas galeras de leños corrientes y de naves armadas en corso ...*” definiéndose el uso de embarcaciones corsarias como una forma reconocida y legal de hacer la guerra en el mar.¹⁵

Ordenanzas posteriores especificaban contra quien se emitía la patente, es decir la autorización para atacar y cuáles eran los enemigos de turno sobre los que se debía dirigir la acción, proceder que obedecía a las alternativas que las alianzas y oposiciones volvían muy cambiante en la política de aquellos siglos.

- El corso como combate al contrabando

Otra justificación para el uso del corso era el combate al comercio ilícito. Varias de las ordenanzas con que los monarcas españoles enmarcaban las acciones estaban orientadas al intento de limpiar las rutas comerciales, afectando sobre todo a los británicos, y dificultándoles el ejercer el contrabando.¹⁶

Esta práctica ilícita – que afectaba especialmente a la corona española – se había incrementado en base a su situación que hacía cada vez más difícil el abastecimiento de sus colonias, unido al crecimiento de las economías y producción de las potencias rivales.

En procura de poner un freno que las gestiones diplomáticas no encontraban, y que las guerras y alianzas alentaban, se determinó la instrumentación de medidas que apuntaron a preservar las costas y rutas marítimas.

Franceses, ingleses, holandeses, fueron combatidos con los denominados “*corsarios Reales*”- naves pertenecientes a la Armada española,¹⁷ colaborando con ellas los corsarios particulares, cuya efectividad fue reconocida por las mismas ordenanzas.

- El corso con el principal justificativo de empresa lucrativa

El corso tuvo también una justificación desde el punto de vista exclusivo de sus beneficios económicos. En el Siglo XVII se organizaron las “*Compañías Marítimas*”¹⁸, que respondían al concepto de “corso y mercancias”. Se trataba de empresas comerciales, conformadas por inversores, dedicadas a la exploración, transporte, conquista y explotación en las áreas coloniales. Las mismas contaron, por

supuesto, con el apoyo total de los estados bajo cuya bandera actuaban, adjudicándoseles privilegios (monopolios, exoneración de impuestos y autoridad para atacar y defenderse de los buques enemigos, contando con beneficios especiales sobre el régimen de repartición de las presas). En el caso particular de España dichas Compañías servirían para contrarrestar el poderío inglés, mejorar las defensas americanas, e incluso cumplir servicio de patrulla con una o más embarcaciones de carga y algunas menores para combatir con mayor efectividad el flagelo del contrabando.

En la línea del corso practicado con objetivos de lucro podemos anotar el que se llevó a cabo desde Estados Unidos – sustentado en las sociedades comerciales o consorcios- en apoyo a las causas revolucionarias americanas (en especial las rioplatenses). Podemos también anotar adjuntas a esta circunstancia otro tipo de justificaciones para dicha actividad corsaria que podrían resumirse en:

- la identidad de los ideales de libertad e independencia que se encendían en el continente americano,
- en que luego de finalizada su propia contienda se contaba con un potencial corsario inactivo,
- el que se vio favorecido por la acumulación de capitales
- por la carencia de vínculos con las normas preestablecidas en la actividad marítima y finalmente,
- en una actitud generada en base a que los estadounidenses nunca habían apreciado a los españoles.¹⁹

Los documentos que regularizaban el corso

Los corsarios que proliferaron desde mediados del Siglo XVI mostraron su máximo desarrollo en el siglo XVII, pero las reglas que regían su acción eran bastante confusas, e incluso no estaba bien definido quien podía obrar como tal, por lo cual se decidió regularizar la práctica y dotarla de normas, antes que correr el riesgo de que dejaran en mala posición la bandera del país que representaban.

El primer requisito para “legalizar” la acción de los corsarios de cualquier nación era el que estuvieran habilitados por la patente (“*conditio sine qua non*”)

Según los especialistas en el tema el caso de España fue muy particular ya que no hubo muchos piratas, pudiendo considerarse a la mayoría como auténticos corsarios, legitimados con patente de corso otorgada por el monarca de turno.

Así lo asentaba el Diccionario de la Real Academia que definía a un corsario como “*el que mandaba una embarcación armada en corso con patente de su gobierno*”.

Otra definición lo señalaba como “*todo aquel que se armaba en el mar con la autorización del príncipe....*”²⁰

De acuerdo a los juristas la patente era una especie de “orden o licencia”, “autorización oficial”, o simplemente “autorización”, producto de las “contratas” o contrato firmado entre el Rey (autorizante del corso) y el armador, Capitán y tripulación.

Las patentes de corso eran otorgadas, selladas y firmadas específicamente por el Rey²¹ y los agraciados con el permiso- licencia estaban sujetos a que su habilitación era:

- a- particular o personal,
- b- temporal
- c- dependiente de las estipulaciones de:
 - las Ordenanzas vigentes,
 - los Tratados
- d- onerosa (por la fianza o garantía – en depósito metálico o con un bien- que aseguraba la conducta y observancia de las ordenanzas y tratados en vigor)²²

Según el trabajo del Dr. Carlos Maynard, las primeras reglas aparecieron en Pisa en 1298 y Génova, en 1316.²³

Convencidos de que el corso debía obedecer a un régimen jurídico- naval las autoridades de cada nación procuraron dotarlo de una regulación que como dijimos, nació en la adjudicación de la carta patente autorizante, continuando por las contratas a las que el armador, Capitán y tripulantes debían ajustarse y por último el depósito de una fianza en efectivo- verificado por una persona solvente y reconocida- antes de iniciarse la expedición o campaña.

Con posterioridad se irían agregando disposiciones para dar lineamientos a quienes lo practicaban pero más importante aún, para que su legalidad no pudiera ser cuestionada.

En Inglaterra por ejemplo un Acta del Parlamento de 1414 determinó la obligación de someter a juicio las presas que se capturaban, para que se decidiera por medio del derecho si su captura había sido o no procedente.

En España la regulación se practicó por medio de leyes y de las ordenanzas²⁴ que además tenían como fin la promoción de la actividad, dispensando la protección, auxilio para el armamento y habilitación de quienes se aplicasen a hacer el corso.

En la documentación se asentaba además la concesión del valor de las presas, las recompensas pecuniarias y aún reconocimientos de honor para quienes se destacaran en tales acciones.²⁵

Los tripulantes corsarios gozaban del “*fuero de marina*” que les permitía el uso de armas y otros privilegios de la Armada mientras estuvieran en ese servicio de corso.

Entre dichos beneficios estaba previsto también el socorro para los heridos, así como la seguridad de una pensión de viudedad que se otorgaba a las esposas legítimas en caso de que el involucrado en la práctica, muriera en actividad.

Se aconsejaba también la brevedad para los juicios verbales y los procesos para declaración de las presas, para que la dilación no embarazara la continuación de la campaña de corso.

El tópico de las presas resultaba especialmente conflictivo por lo que se trató de precisar los detalles de la captura en procura de que no se pudieran argumentar dudas que llevaran a que fueran declaradas “malas” y rechazadas por los Tribunales.

De acuerdo a ello se determinó:

- que pertenecerían a la nación con que el rey estuviera en guerra
- la distancia a la que podían tomarse
- cuales eran los Tribunales idóneos para juzgarlas
- como obrar respecto a la calidad de las cargas que transportasen

Los problemas que derivaban de imprecisiones, o puntos oscuros que podían ser objeto de interpretaciones tendenciosas, llevaron a que se ajustara una legislación con términos estrictos, donde se disponían obligaciones y derechos a los que debían atenerse todos los involucrados.

Es así que la documentación fue ampliándose y adaptándose en sus conceptos, derivando las obligaciones modernas de legislaciones del Siglo XIX en que el corsario debía hacerse a la mar llevando:

- a- la Instrucción General de Corso- o Reglamentación General de Corso (que regulaba la conducta de todos y cada uno de quienes participaban en el crucero de corso)
- b- la Patente de Navegación (Individualizaba al buque y determinaba su nacionalidad. Era el documento del Gobierno o Jefe de Estado que habilitaba oficialmente al buque al uso de su bandera y a actuar como su representante en los mares del mundo)
- c- la Patente de Corso o Carta de Marca (Designaba al corsario y le autorizaba el ataque a la navegación enemiga y el derecho de hacer presas. Este documento certificaba la autorización concedida por el Gobierno o Jefe de Estado para capturar y confiscar naves enemigas respetando las especificaciones previstas en la Instrucción General de Corso.)
- d- la Patente de Oficial de Presa o Patente de Presa (Atendía la seguridad de las naves apresadas y su conducción a puerto. Dicha documentación era extendida a favor de Oficiales de la nave encargados de conducir la presa a puertos amigos)

En la práctica todo el aparato orquestado para que el corso cumpliera las reglas estipuladas: Instrucciones, captura, Tribunales de presas, sentencias, etc. muchas veces no se cumplían, o como bien expresaba Hautefeuille se ejecutaban “*en su letra*” y se violaban “*en su espíritu*”.

A pesar de las irregularidades que acompañaron su uso, la validez del recurso era incuestionable. En tal sentido el catedrático francés Henry Bonfils determinó que “...los distintos abusos y excesos no destruyen el principio, (el corso) sigue siendo un modo legítimo y regular de hacer la guerra en el mar, pues ... (los corsarios) son agentes del poder superior del Estado, depositarios momentáneos de una fracción de su poderío.”²⁶

Naves armadas en corso

En las primeras épocas la práctica del corso estuvo a cargo exclusivamente de naves pertenecientes a particulares. Luego de la caída del imperio romano los estados europeos carecían de fuerzas armadas organizadas en forma permanente, lo que llevó a que en caso de guerra se acudiera a huestes- conocidas en tierra por mercenarios y en el mar por corsarios- quienes eran convocados a luchar bajo una bandera, por el tiempo de duración del conflicto.

En dicho período lo usual era adaptar las naves mercantes medievales, agregando castillos a proa y popa y ampliando las cofas de los vigías para dar espacio a los arqueros, con lo cual se convertían en un medio militar eficaz.

Vuelta la paz, se les retiraban las mencionadas construcciones, regresando al tráfico de mercaderías para el cual habían sido diseñadas.

Al ser incorporada a bordo la artillería -en base al peso y número de piezas- resultó que no todas las estructuras de los buques mercantes resultaban aptas para el combate.

Alrededor del 1400 nacieron los buques de guerra y la profesión naval, apareciendo entonces los marinos dedicados al combate en las naves de la corona, del estado o de la Torre, (denominación esta última que daban los ingleses a los buques del rey).

La diferencia de un barco capitaneado por un marino perteneciente a la Armada era que su buque era identificado como "*Real*" para diferenciarlo de los corsarios con capitán particular que no se había formado en su oficio en la Armada, aunque en los procedimientos utilizados no hubiera prácticamente ninguna diferencia.

Con las naves del estado o del rey, dedicadas en forma exclusiva a mantener los intereses de éste, tanto en la paz como en la guerra, los corsarios particulares vieron limitada la polifuncionalidad que ejercían singularmente en la guerra por mar. A partir de entonces el papel que les correspondió fue sólo como colaboradores o auxiliares de aquellas naves de la nación o del soberano en las tareas policiales o bélicas, tales como la vigilancia, la persecución de la piratería, el contrabando y el ataque al comercio fluvial y marítimo del enemigo.

La situación cambió con los viajes colombinos. La expansión del mundo conocido llevó a que los imperios prestaran una atención prioritaria al dominio del mar, como forma de proteger los intereses lejanos expuestos a las apetencias de las demás potencias, en especial de aquellas que las bulas papales no habían tomado en cuenta en el reparto de los nuevos territorios ingresados a la geografía.

Esos viajes de exploración (en los que varios investigadores ven una expresión de régimen corsario, ya que el rey otorgaba a aquellos navegantes cartas patentes, contratas para cumplir, en pos de un objetivo naval que además del descubrimiento de nuevas tierras conllevaba la conquista para la corona) hicieron que se intensificara la guerra en el mar, evidenciando algunas diferencias sustanciales a favor de los corsarios particulares como por ejemplo la efectividad en base al número de naves volcadas al

servicio, como así también las ventajas de que su armamento y alistamiento no significaban costos para el erario de la Corona.

En los umbrales del 1500- las grandes empresas marítimas y navales por parte de franceses, holandeses, británicos o españoles utilizaron esas "*flotas de guerra paramilitares*", no permanentes, numerosas, y que cubrían los servicios que la armada estaba incapacitada de cumplir en forma eficaz.

Hacia fines del Siglo XVI las coronas hispánica e inglesa dirimieron sus conflictos con el apoyo de los corsarios que representaban las ambiciones de los respectivos monarcas. Los españoles incrementaron su profesionalidad en la práctica alcanzando su máximo desarrollo en el Siglo XVII.

Como se mencionó anteriormente, en este siglo se evidenció una nueva faceta en el corso con la creación de las denominadas "*Compañías Marítimas*", integradas por naves mercantes de gran porte, armadas y tripuladas adecuadamente para enfrentar a corsarios o buques enemigos.

De acuerdo a lo expuesto, recordamos asimismo que los Estados Unidos tuvieron una destacadísima actuación en la práctica corsaria. Esta nueva potencia marítima contaba ya en 1812 con una importante fuerza naval, revistando bajo su bandera más de 500 privateers, al comando de expertos capitanes.

La actividad corsaria se vio favorecida por los famosos astilleros de la ciudad de Baltimore, donde se había desarrollado el tipo ideal de buque corsario, los "*Baltimore Clipper*", naves rápidas y livianas, aparejadas como bergantín o goleta, diseñadas para obtener buenas velocidades, con un desplazamiento de entre 100 y 500 toneladas.

Nueva Orleans participó asimismo de la actividad corsaria, teniendo base allí los corsarios que apoyaron la causa venezolana y mexicana, aunque aparentemente el número era menor al igual que el tonelaje de los buques, comparándolos con los puestos en servicio desde Baltimore.

Lo importante a señalar es que la acción corsaria desplegada desde este origen alcanzó un desarrollo muy importante y realmente eficaz en su cometido.

Como siglos atrás las naves armadas en corso constituyeron una formidable ofensiva táctica pues al vulnerar la actividad comercial e intereses enemigos, así como su comunicación y el dominio de su espacio marítimo, alcanzaron el objetivo básico de neutralizar las fuerzas navales enemigas que hubieron de empeñarse en la defensa del tráfico.

Los beneficios economicos

La guerra de corso resultó desde sus inicios un negocio rentable para todos, y en principio uno muy bueno para la Real Hacienda. Debe considerarse que una flota suponía una importantísima inversión que implicaba desde la existencia de arsenales- con sus astilleros y diques secos- sumando el costo de las construcciones, armas, provisiones, sueldos y mantenimiento. Por lo tanto era muy significativo el que pudiera

contarse con una flota que no implicaba gastos, y que además de enfrentar al enemigo, cortaba sus comunicaciones, destruía su comercio y el transporte de valores, sumando a estos beneficios el porcentaje que correspondía al Rey por la presa y su carga. Es de hacer notar que en oportunidades llegó a otorgarse todo el valor de la presa, aunque posteriormente se tomó la práctica de documentar cual era el porcentaje de la comisión del Rey.

Las primeras estipulaciones sobre las presas realizadas por los corsarios acordaban que el Rey o la Corona recibía el "*quinto real*", y en el caso de que se tratara de corsarios reales, se debían aplicar otras dos partes: una por el navío y otra por el aprovisionamiento.²⁷

Si el corsario era particular, apartado el quinto correspondiente, se repartía lo restante del quinto entre la tripulación.

Este acuerdo presentó luego nuevas variantes y entre otras determinaciones se adjudicó el "*quinto real*" a los Generales de galeones y flotas, agregándose algunas estipulaciones como que se entregaran al rey los bienes robados o que se hallaren a bordo de las presas, al igual que la artillería, que a los denunciadores de rescate se les diera cuarta parte de lo denunciado, que nadie contratase o rescatase en las Indias con corsarios.

La venta de la carga requería de un control especial. La Quinta Partida, por ejemplo, definía como se debía obrar con los cargamentos que hubieran sido tomados por los buques corsarios: si las mercaderías iban o venían de tierra de cristianos, lo que hubiera sido tomado debía ser devuelto, pero si lo que transportaban los mercaderes tenía como destino tierra de enemigos, las cosas no debían ser devueltas y serían consideradas de quien las tomase.²⁸

Era imprescindible para poder realizar las ventas de presa y carga que los corsarios portaran la patente.

Con este requisito cumplido, las embarcaciones o bienes de bandera enemiga tomadas por el corsario y la documentación de las mismas, debían ser presentadas ante los Tribunales competentes del estado autorizante para que, previa su declaración como "buena presa", se procediera a su venta y posterior liquidación de los beneficios.

Tales trámites estaban a cargo del Oficial de Presa, nombrado como tal en la Patente (por lo general se entregaban varias Patentes de Presa al mismo buque, porque se debía prever que el corsario podía realizar varios apresamientos).

Si la presa –según el Tribunal– había sido capturada irregularmente, se devolvía al propietario, al cual incluso podía indemnizarse por las pérdidas que reclamase.

Igual procedimiento se verificaba respecto a los cargamentos, aunque en ambos casos sería imposible encontrar un sistema racional de reglas que merezcan quedar a salvo de controversias.

A pesar de las fallas en el ejercicio y usuales reclamaciones con el fin de anular la apropiación de los bienes, hacia fines del Siglo XVII y comienzos del XVIII las acciones

corsarias continuaban siendo de uso generalizado representando un medio invalorable para hostilizar a los enemigos, a la par que un negocio ventajoso.

Un ejemplo de lo antedicho es el resultado de la contienda entre Inglaterra y Francia – que finalizó en 1697 con la Paz de Ryswick- donde los corsarios franceses tuvieron un resultado tan lucrativo (capturando más de 4.200 naves inglesas) que se formaron asociaciones de capitalistas para armar corsarios.

El mismo procedimiento fue el observado en Estados Unidos- y en especial varias de sus ciudades costeras- que desde 1812 presentaban la actitud más entusiasta por la modalidad del corso, constituyendo un centro de finanzas, organización, reclutamiento y equipamiento.

En este caso el corso estuvo marcado con el carácter de empresa, donde los mismos capitanes eran a menudo los principales inversores, o formaban parte de las Sociedades o Consorcios.

Proceso y alternativas que llevaron a la abolición del corso

Desde el comienzo de su aplicación la eficiencia del corso provocó lamentos y llevó a tratados y convenios, arreglos- por lo menos aparentes- en procura de poner fin a los calamitosos efectos resultantes de dicha acción.

Suecia y Holanda celebraron un Tratado en 1675 donde se asentaba que en caso de guerra entre ambas signatarias no se armarían buques en corso, propuesta que se reiteró en los Tratados firmados entre Rusia y Turquía en 1767 y entre Prusia y Estados Unidos en 1785.

Es de hacer notar que hubo diferencia entre los pactos convenidos en los primeros tiempos de la práctica corsaria y aquellos pleitos de la época moderna (claramente influenciados por el derecho internacional, y sustentados por la sumatoria de la ingerencia diplomática, las argumentaciones jurídicas y el peso de los intereses políticos y económicos).

Ejemplo claro en este sentido fueron las protestas planteadas ante el gobierno de Estados Unidos por España y Portugal, por los perjuicios del corso artiguista armados por capitales de sus Consorcios, alistados y zarpados desde sus puertos, capitaneados y tripulados por americanos.

La presión de la potencia hispánica llevó a profundas discusiones parlamentarias a nivel europeo focalizando su discurso en impedir la consideración de los derechos de sus colonias y neutralizar la guerra de corso con el argumento de las flagrantes violaciones a la neutralidad por parte de los estadounidenses.

El Congreso de Aix La Chapelle, les permitió un foro de debate internacional donde los españoles trataron de reivindicar sus derechos sobre las colonias, mientras Portugal esgrimía sus protestas en base al no reconocimiento del Gobierno artiguista, solicitando que todos los buques armados que navegaran bajo dicha bandera y con sus Patentes, fueran declarados piratas.

Ese posicionamiento de ambas potencias influyó en enmiendas legislativas y endurecimiento de las penas y multas aplicadas al armamento de corsarios en puertos de la Unión, complementándose estas disposiciones en relación con el reclutamiento de tripulaciones y los actos en el mar, llegándose a disponer la pena de muerte por su ejercicio.²⁹

El largo y polémico proceso internacional que enfrentó a ambas potencias con Estados Unidos por el armamento de los corsarios artiguistas si bien complicó la gestión sin que se dejara de practicar el corso- dejó en claro los manejos diplomáticos de dichas naciones ibéricas, expuestos en los más altos círculos y presentado con el marco de la legislación más afinada.

La presión evidenciada y las influencias en las cúpulas europeas puso en claro que el tema del corso –evaluado en su verdadera trascendencia- sería dirimido por las naciones más poderosas y que las pautas obedecerían en forma creciente a intereses, obligaciones o relaciones políticas.

Estos criterios quedaron de manifiesto por ejemplo en las actitudes de las potencias europeas involucradas en la Guerra Grande. Al inicio del conflicto las flotas británica y francesa, aliadas del gobierno montevideano, practicaron y ampararon los procedimientos corsarios contra los puertos y el cabotaje argentino.

Las exitosas operaciones corsarias a cargo de Fourmantin, Cardasi o Garibaldi, autorizadas con patentes otorgadas por Rivera desde 1839, se practicaron en la bahía de Montevideo y se extendieron por las vías fluviales, involucrando a Corrientes, donde una escuadrilla operó en corso, aplicando el Decreto de Presas dictado por esa provincia a fines de 1844³⁰.

Sin embargo hacia fines de noviembre de 1846, cuando Francia e Inglaterra se encontraban empeñadas en las tratativas de paz con el Gobierno de la Confederación, el Comandante Militar de Carmelo, Cnel. Francisco Seguí fue impuesto por el Jefe de una de las cañoneras francesas de la prohibición de que todo buque con bandera oriental *"corra en estos ríos a tomar embarcaciones, aunque sean enemigos ..."*, agregando que se le había dado la orden formal de *"capturar ó echar á pique toda clase de embarcaciones armadas en corso"*³¹.

Otro procedimiento en el mismo sentido se constató a mediados de 1848, cuando la Estación Naval Británica no le permitió a Garibaldi realizar las operaciones de corso fluvial que se aprestaba a cumplir en la ex *"Maipú"* (tomada a la Armada de Brown).

Lo expuesto nos lleva a la conclusión de que el corso había sufrido un cambio, distorsionando las bases de la acción corsaria que lo caracterizaba como *"un derecho de guerra"* o de *"represalia"*. El corso estaba entonces determinado por otras realidades y fines³², e incluso el derecho aludido no era aplicado por quienes estaban directamente involucrados en la contienda, sino por los *"aliados"* que tenían el peso político y por supuesto mayores intereses económicos en juego.

Esta actitud se reiteró en 1854 cuando Inglaterra y Francia, que usufructuaban de la libre navegación de las vías fluviales de la región-Paraná, Uruguay y Paraguay- asentaron en numerosas declaraciones su posición de no admitir el corso en estas aguas.

La posición de ambas naciones europeas encontró- dos años más tarde- un ámbito internacional donde impulsaron la eliminación de la práctica del corso.

El 16 de abril de 1856, una vez terminada la Guerra de Crimea y firmada la paz en el Congreso de París, los representantes de los gobiernos de Francia, Inglaterra, Rusia, Turquía, Prusia, Austria y Cerdeña, acordaron una Declaración que constituyó el inicio de la abolición total del corso como práctica lícita en la guerra marítima.

La declaración constaba de 4 principios fundamentales:

- 1- el corso estaba y permanecería abolido
- 2- el pabellón neutral cubría la mercancía del enemigo- a excepción del contrabando de guerra
- 3- las mercancías neutrales- salvo el contrabando de guerra- no estaban expuestas a captura bajo pabellón enemigo
- 4- todo bloqueo para ser eficaz debía ser mantenido por una fuerza suficiente para impedir el acceso del enemigo a la costa.

La declaración fue comunicada- para que adhieran a la misma- a todos los estados que no habían asistido al Congreso de París, registrándose la negativa a lo requerido por parte de España, Estados Unidos y México.

Los tres estados coincidieron en su discrepancia referente con el punto 1 de la Declaración, no admitiendo que el corso estuviera y quedase abolido.

Estados Unidos por su parte, expuso el criterio de que el corso era necesario para aquellos países que no tenían una marina fuerte, agregando que no se contaba con la inmunidad de bienes privados en el mar.

Según la determinación tomada, el corso continuó en vigencia para Estados Unidos, demostrando su eficiencia en la guerra de Secesión, que enfrentó los estados del Sur y del Norte.

En cuanto al gobierno de México, dispuso el estudio del asunto por una comisión que presentó un alegato similar al de Estados Unidos. El mismo planteaba que el corso era necesario para aquellas naciones que no contaran con importantes armamentos permanentes a sueldo, en el momento de enfrentarse con otras más poderosas.

Agregaba que si bien representaba una gran responsabilidad para el país que entregaba las patentes- por los abusos que estas fuerzas llegaban a cometer- no dejaba de ser un medio al que acudir, pues de lo contrario quedarían desarmados en momentos de peligro inminente.

De esta manera quedaba a cada nación, en ejercicio de su soberanía, calificar si se encontraba en una situación que ameritara el adoptarlo.³³

Los argumentaciones esgrimidas por Estados Unidos y México tienen puntos de contacto con la posición del catedrático francés Henry Bonfils, quien discrepando de

la posición de su país en cuanto a la abolición del Corso, recomendaba que lo necesario en realidad era organizar y votar su reglamentación internacional, dado que estaba convencido *“que el corso reaparecerá en el porvenir, pues es una de las condiciones de la lucha por la vida entre los pueblos de fuerza desigual.”*³⁴

En resumen, según los juristas, la Declaración de París obligó solamente a los estados signatarios y adherentes y sólo entre ellos.

En las guerras dirimidas hacia fines del Siglo XIX:

1864- librada entre Austria, Dinamarca y Prusia- no se emplearon corsarios

1866-dirimida entre Austria, Italia y Prusia- no se emplearon corsarios

En las siguientes:

1870- que enfrentó a Francia y Prusia- 1879- entre Chile, Perú y Bolivia y la de 1897-entre España y Cuba, se utilizó la práctica corsaria, en algunos casos en forma encubierta y en otros como España, Perú y Bolivia, en forma totalmente indisimulada.

1898- la contienda entre Estados Unidos y España motivó la expresa declaración de los norteamericanos de que no recurrirían al corso.

En 1907- en la VII Convención de La Haya- del 18 de octubre, relativa a la transformación de los buques mercantes en buques de guerra, se concedió a los estados la posibilidad de asignar a sus mercantes una serie de tareas con fines bélicos, pero cumpliendo con ciertas condiciones:

- a- estar colocados bajo la autoridad directa, la inspección y la responsabilidad de la potencia cuyo pabellón ostentasen,
- b- llevar signos exteriores distintivos de los buques de guerra
- c- estar a las órdenes de un comandante instituido por la autoridad estatal competente y que figurase en la lista de los oficiales de la marina de guerra. La tripulación debería estar sujeta asimismo a disciplina militar.
- d- una vez operada la transformación, debían ser incluidos a la mayor brevedad, en la lista de la marina de guerra.

Durante la I Guerra Mundial (1914-1918) se dio el caso de corsarios- que algunos especialistas en el tema consideran más cercanos al concepto de mercantes artillados- que desplegaron tareas de auxiliares en las rutas de navegación.

Varios investigadores presentan a la *“Gran Guerra”* como el final de la práctica del corso en base a la incorporación de los cruceros auxiliares de la marina mercante y en el papel que tomaron tácticamente los submarinos, que en ésta y la 2ª Guerra, estarían encargados del combate del tráfico mercante.³⁵

De acuerdo a lo que se ha venido desarrollando los planteos indican que:

- Para algunos estudiosos la guerra del corso terminó con los buques de vela, obedeció a los avances tecnológicos en la construcción naval y a las condiciones determinadas por ellos.
- Para otros el final fue marcado por declaraciones o convenios diplomáticos- a los que no todos se sumaban o que podían ser vulnerados por las necesidades bélicas.

A nuestro juicio una combinación de ambas condicionantes provocó readaptaciones en el corso, que no desapareció, ni tuvo un final tan abrupto como pueda marcarlo una Declaración o un Congreso.

Es evidente que en el transcurso de centurias el corso se desarrolló en escenarios y realidades completamente diferentes que abarcaron desde las naves y tripulaciones, al tratamiento jurídico, relaciones internacionales o intereses, contraponiéndose, a esas alternativas cambiantes, la efectividad invariable que puso de manifiesto hasta la última de sus campañas.

Sus fundamentos constituyeron indudablemente un formidable sistema de lucha, reconocido y utilizado mundialmente, a pesar de que en este Siglo XXI, la práctica corsaria parezca cada vez menos viable y sólo quede el nutrido y contundente recuerdo de sus gestas preservado en las páginas memoriosas de la Historia.

Notas

- 1 Diccionario de la Real Academia española. Debemos agregar que en francés y alemán el concepto corso (curse- - Kurse) siguen la etimología latina que marca al concepto español, diferenciándose de la síntesis ("privateer") del idioma británico.
- 2 Eseriche, Joaquín, Lozano, Antonio- "Diccionario razonado de Legislación y jurisprudencia mexicanas." Ed. Ballezá y Cia. México 1905 Cit. en Cruz. Oscar. Cruz, Oscar. "El Régimen Jurídico del corso marítimo: el mundo indiano y el México del Siglo XIX", Universidad Autónoma de México, México. 1997. Pág. 119
- 3 Sierra, Justo. "Lecciones del Derecho Marítimo Internacional" Imp. I. Cumplido. México 1854. Pág. 81 Cit. En Cruz, Oscar. Ob. Cit. Pág. 119
- 4 Azcárraga y Bustamante, José. "El Corso Marítimo". Madrid. 1959. Pág. 27. Cit. en Cruz, Oscar. Ob. Cit. Pág. 119
- 5 Masaveu, Jaime, « La Piratería y el corso. Un estudio de orientación penal". Criminilla. Año XXIX México. 1963. Pág. 295 Cit. en Cruz, Oscar. Ob. Cit. Págs. 119- 120
- 6 Sobarzo Loaiza, Alejandro. "Régimen Jurídico de alta mar". Ed. Porrúa. México. 1970. Pág. 136 Cit. en Cruz, Oscar, Ob. Cit. Pág. 120
- 7 Cruz, Oscar, "Notas sobre el Corso y la patente de corso: concepto y naturaleza jurídica". Revista de Derecho Privado. México. Instituto de Investigaciones Jurídicas. UNM. 1995. Cit. En Cruz, Oscar. Ob. Cit. Pág. 121
- 8 Diccionario de Oxford
- 9 Diccionario Webster
- 10 En los primeros años del Siglo XVI los corsarios- y piratas. ingleses, franceses y holandeses se enseñorearon en el Atlántico, el Caribe y el Pacífico. Sus andanzas trascendieron bajo nuevas denominaciones como "filibusteros" (palabra posiblemente derivada del inglés freebooter, merodeador, o del holandés, "vlieboote" nombre que en el siglo XVI identificaba a sus buques rápidos) y "bucaneros" (del francés boucanier, por ahumar a bordo carne de cerdos salvajes de las Antillas para alimentarse), términos ambos para encubrir o no utilizar el de piratas, pero que tenían como objetivo invariable el asolar las posesiones y las flotas de galeones, (en especial las españolas).
- 11 Entre 1580 y 1660 se registró en el Río de la Plata la presencia de corsarios y piratas. En particular recordamos el tema en relación con el naufragio de John Drake, quien sufrió el siniestro luego de haberse separado de la fuerza de Edward Fenton, atraído -como muchos- por las riquezas que se decía habían en Buenos Aires. A salvo especialmente por las dificultades que presentaba la navegación hacia su puerto, ingleses y franceses especialmente, merodearon en la zona de Maldonado y Colonia

con suerte diversa, llegando incluso a instalar una base en tierra como fue el caso de Esteban Moreau.

- 12 No pueden dejarse de lado algunos episodios históricos en los que el uso del corso obedeció a estratagemas de lucha y coyunturas políticas que apuntaban a lo que fue definido como "una guerra limitada". Un caso típico fue el corso habilitado en 1585 por Isabel contra Felipe II en que el objetivo de la soberana apuntó a debilitar la base financiera del imperio español por la interrupción de transporte de metales preciosos americanos. En esta instancia Inglaterra no demostraba como finalidad pretensiones imperiales transatlánticas sino la propia defensa del trono y país, intentando limitar las ambiciones españolas a los Países Bajos y Francia, reduciendo la capacidad de aplicar la fuerza del ejército de Flandes contra Inglaterra. De esta manera Isabel autorizó la concesión de patentes de corso a quienes pudieran probar que habían sufrido pérdidas o daños en consecuencia de la orden de Felipe II de apresarse los navíos ingleses que se hallaran en puertos españoles, embargar sus cargas y encarcelar sus tripulaciones. Los damnificados fueron autorizados a armar barcos en corso para realizar campañas individuales de saqueo que se extendieron al Caribe y continuaron su actuación por casi dos décadas.
- 13 Entre los cuales se destaca Francisco de Vitoria, considerado como el padre del derecho internacional, quien elaboró en el siglo XVI una doctrina apoyada en el derecho de la guerra o Francisco Suárez, su continuador.
- 14 Vitoria, Francisco de. Cit. en Cruz, Oscar, "El Régimen Jurídico del Corso Marítimo", Pág. 78
- 15 Segunda Partida- Guerra por la Mar -Título XXIV. Ley I
- 16 En 1752 se otorgó una patente de corso al Jefe de la escuadra Pedro Mesía de la Cerda- con el objetivo de eliminar a los corsarios holandeses que hacían estragos en el tráfico comercial en el Caribe. La misma patente le autorizaba la captura de naves francesas o inglesas que encontrara practicando contrabando.
- 17 En tiempos de paz los corsarios españoles eran identificados bajo la denominación de Guardacostas.
- 18 En España funcionó la "Real Compañía Guipuzcoana" que fue absorbida por la "Real Compañía de Filipinas", en Londres se creó la "Compañía de las Indias Occidentales", en Francia la "Compañía de las Islas de América", en Ámsterdam la "Compañía Holandesa de las Indias Occidentales" y en Dinamarca la "Compañía de las Indias Orientales". Las actividades de dichas Compañías dejaron enclaves como Martinica, Dominicana, Saint Thomas, Miquelón, Guadalupe, Surinam y Guayana, Guinea y Angola o Nueva York.
- 19 Un buen número de naves, tripulaciones y poderosos comerciantes (entre ellos los que conformaban el "Consorcio Americano")- con vínculos políticos afines a la actividad- resultaron fundamentales para el fomento del corso rioplatense, integrándose inicialmente al servicio de las Provincias Unidas en su demanda de independencia contra España, posteriormente usaron doble patente o revistaron definitivamente bajo bandera de Don José Artigas, apresando naves tanto españolas como portuguesas.
- 21 Con posterioridad- si bien se mantuvo el que la patente debía estar firmada por el Rey- las autoridades que podían otorgarlas- fueron variando de acuerdo a las estipulaciones:
-en el Siglo XVII- se solicitaban ante el Virrey, Capitán General, Gobernador o Corregidor, y las otorgaba el Consejo de Guerra
-en el siglo XVIII el Secretario de Marina daba cuenta al Rey y las entregaba el Intendente, pasando luego la misión a los Presidentes de las Audiencias, Almirantes Generales o Secretarios del Despacho de Marina del Rey. En las Indias los habilitados para el trámite eran los virreyes, capitanes Generales, Gobernadores, Intendentes (que sustituyeron a los Gobernadores) y ya en el Siglo XIX el Comandante Militar de Marina (o ante quien ejerciera sus funciones).
En resumen la patente debía ser refrendada por la autoridad máxima y quienes tenían competencia para otorgarlas a los armadores eran las jerarquías políticas o del ramo de Marina. Este fue uno de los argumentos que se cuestionó respecto al Corso artiguista ya que sus patentes eran enviadas firmadas- pero con los datos en blanco- y por intermedio de un representante diplomático que las distribuía en

- su país.
- 22 Una Orden Real de 1750 ponía especial énfasis en que las Patentes de Corso fueran otorgadas a "personas acreditadas, juiciosas, y de suficientes fianzas que aseguren le harán con la buena fe que se previene en las ordenanzas, reglas y disposiciones establecidas" (Según Comunicación dirigida al Marqués de la Ensenada por Joaquín Moreno Mendoza. Cit. En Cruz, Oscar. "El Régimen Jurídico del Corso Marítimo. Pág. 144)
 - 23 Maynard, Carlos. "La utilización del instituto del Armamento en Corso por parte de Artigas a la luz del Derecho Internacional", Manuscrito original . Pág.8. Archivo CEHIS
 - 24 Rodríguez y Arguindeguy (en "El Corso Rioplatense" -Págs. 49-50) citan un impreso localizado por ellos en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires que en su Libro II, Título XIII trata acerca de "los corsarios y piratas, aplicación de las presas y trato con los extranjeros". El documento según explican contiene 13 leyes sobre la materia, habiendo sido dictada la 1era de ellas en noviembre de 1590 por Felipe II. España dictó Ordenanzas sobre corso en 1621 (primera en la que se estipulaba la condición del uso de patente), 1674, 1702, 1716, 1718, 1734, 1739, 1751, 1754 (Proyecto), 1762, 1778, 1779, 1794, 1796 y 1801. Algunas de las mismas fueron dictadas especialmente para las Indias, mientras que otras estuvieron vigentes tanto en la Península como en América por varios años. Las Ordenanzas de Corso de 1801 se utilizaron en el ámbito de Río de la Plata desde 1810, sirviendo como modelo a la reglamentación que reguló a los corsarios americanos que se armaron en las luchas de emancipación y aún continuó utilizándose en los conflictos bélicos que se desarrollaron en la región posteriormente.
 - 25 Podemos comprobar históricamente como destacados corsarios llegaron a disfrutar de la consideración general, del favor de los monarcas, y de los almirantazgos respectivos, porque su acción favorecía una política general del estado. Podemos recordar a modo de ejemplo algunos de los más representativos: Williams Hawkins (hermano mayor de John), alcalde y armador de Plymouth, cuyos barcos con patente de corso de Condé y Guillermo de Orange asolaron las costas de Vizcaya y Flandes, su pariente Francis Drake, a quien la reina Isabel hizo el honor de armarle caballero sobre la cubierta del Golden Hind, Cavendish, Oxeham, Lord Howard, el conde de Essex, Fribisher, Sir Francis Knollys, pariente de la reina, Edgard Winter, lord Henry Seymour, Henry Morgan nombrado Embajador en Jamaica, Jacobo Mahn, Jean Bart, Oliver van Noort, Claude de Forbin, Renato Duguay Trouin, Claude de Forbin o Abraham Duquesne. Estos personajes, reconocidos en la historia, tuvieron gran influencia en base a las campañas que cumplieron con sus fuerzas navales, que llegaron a integrar más de una treintena de buques con los que lograban- además del botín, la fama y el poder.
 - 26 Bonfils, Henry, "Manuel de Droit International Public. Droit des Gens". T. II. Pág. 946
 - 27 Las armas y pertrechos podían ser provistas por los almacenes y arsenales de marina, las que se entregaban luego de depositarse una fianza en metálico que era devuelta cuando -finalizada la campaña- se retomaban dichos materiales. En caso de naufragio o de que resultara apresado el buque, la fianza se devolvía igualmente al armador, que se consideraba que en estos casos no era responsable por la pérdida.
 - 28 Quinta Partida. Título IX. De los Navios y del precio dellos. Ley XIII
 - 29 Es preciso asentar como el peso de intereses económicos, políticos o ideológicos especialmente en Baltimore y en Savannah, llevaron a que esta legislación no se aplicara en la práctica, haciéndose extensivo al apoyo al corso por parte de miembros de la justicia, lo cual se patentizó en lo atinente a los pleitos por las presas.
 - 30 La escuadrilla fue integrada con presas tomadas por Cardasi en la Bajada del Paraná y embarcaciones requisadas en Corrientes. Se aplicó contra los buques de bandera de Buenos Aires o de las provincias que obedecían a Rosas. La efectividad se evidencia con el logro del apresamiento de más de 70 embarcaciones mercantes
 - 31 Comunicación de fecha 23 de noviembre de 1846 del jefe de la cañonera francesa L'Chimer al Comandante Militar de Carmelo, Cnel. Francisco Seguí. Cit. en Martínez Montero, Homero, "Armada Nacional. Estudio Histórico Biográfico. Pág. 144

- 32 Un conflicto tan dilatado, en una región geográfica que constituía la puerta de ingreso y salida de un continente rico y necesitado de manufacturas de países industrializados, causaba serios perjuicios al desarrollo del comercio y en base a ello se alentaron las gestiones tendientes a acabarlo y normalizar la situación.
- 33 La posición española se mantuvo hasta enero de 1908 en que finalmente adhirió totalmente a la Declaración en la II Conferencia Internacional de la Paz. México mantuvo su decisión de no adherir a la Declaratoria hasta febrero de 1909.
- 34 Bonfils, Henry, "Manuel de Droit International Public. Droit des Gens". París. 1914. T. II. Pág. 946
- 35 Quizás Alemania haya sido quien demostró el uso más prolongado y efectivo de la práctica del corso. Hacia fines de Siglo XIX creó una fuerza –"Seewehr- cuyos buques tenían como fin la persecución de los naves de guerra enemigas, y durante la Gran Guerra algunos mercantes alemanes como el "Seedler" del conde Félix von Luckner, practicaron el corso- El buque citado llegó a hundir cien mil toneladas de embarcaciones aliadas..
En la Segunda Guerra recordamos al Panzerschiff "Graf Spee" comandado por el Capitán Hans Langsdorff, que en su navegación de 4 meses, hundió 9 mercantes ingleses respetando en las operaciones el reglamento de que fueran buques enemigos, el control documental y las estipulaciones respecto a las cargas transportadas. La pérdida de más de cincuenta mil toneladas. llevó a los británicos a su exhaustivo rastreo y al combate que determinó el conocido final en aguas del Río de la Plata.

Bibliografía

- Cruz, Oscar. "El Régimen Jurídico del corso marítimo: el mundo indiano y el México del Siglo XIX". Universidad Autónoma de México, México. 1997
- Rodríguez, Horacio- Arguindeguy, Pablo- "El Corso Rioplatense" Ed. Instituto Browniano. Buenos Aires. 1996
- Beraza, Agustín. "Los Corsarios de Artigas". Ed. Centro de Estudios Históricos Navales y Marítimos. Montevideo. 1978
- Maynard, Carlos: "La utilización del Instituto del armamento en corso por parte de Artigas a la luz del Derecho Internacional".- Manuscrito. Archivo CEHIS.- Pub. "La Guerra del Corso de Artigas". CEHIS. Academia de Historia Marítima y Fluvial. Ed. Tradinco. Montevideo, 2006
- Bradley, Peter- "Navegantes Británicos"-Colec. MAPFRE-Madrid- 1992
- Griffin, Charles. "Privaterring from Baltimore during the sapanish american wars of Independence". Maryland Historical Magazine. Vol. XXXV- March. 1940. N°1
- Callejo, Jesús. "Un Oficio español. Pirata y Corsario".Historia de Iberia Vieja. Revista de Historia de España. N° 34. Ed. América Ibérica.. 2005
- De Gandía, E. "Historia de los piratas en el Río de la Plata". Lib. y Ed. Cervantes. Buenos Aires. 1936
- Bonfils, Henry, "Manuel de Droit International Public. Droit des Gens". París. 1914.
- Martínez Montero, Homero. "Armada Nacional. Estudio Histórico Biográfico. Ed. Club Naval. Imp. Rosgal .Montevideo.1977



*Vista general de Montevideo tomada del cementerio nuevo
D'Hastrel.
Archivo de la Ciudad de Montevideo*



LE VERITÀ SI SENTONO, NON SI DIMOSTRANO: L'ITALIA "DISUNITA" D'AVANTI A GARIBALDI

Stefania Magliani

La mente umana, quando è mediocre, non sopporta di misurarsi con i grandi, e invece di impegnarsi per uscire dalla sua mediocrità, passa il tempo a trovare difetti o "peccati" a chi sente inarrivabile. Giuseppe Garibaldi sembra essere una delle vittime più illustri di questa "legge"; lo è stato in vita, lo è stato nel tempo, e ancora oggi troviamo denigratori di Garibaldi che si affannano a ridimensionarne il mito invece di mostrarci, più legittimamente, il valore delle loro posizioni.

In questa ottica vogliamo riproporre una vicenda, quasi dimenticata, che ha come ingredienti: la pensione di Garibaldi, il manifesto della Lega della Democrazia, un denigratore e il suo omicidio.

Garibaldi con Mentana aveva sperimentato il "tradimento" dei mazziniani e del Governo, e preferì prendere le distanze da entrambi. Non fece mistero della sua posizione, anzi, la dimostrò ampiamente con la sua pesante assenza alla presa di Roma, e la ricordò ai mazziniani con una lucida e ferma lettera a Sara Nathan, alla quale scriveva il 28 marzo 1872: "E' dunque morto con rimorsi il vostro angelo? Me ne duole, perché ad onta del male che lui e peggio i suoi amici hanno fatto non a me ma alla causa che abbiamo servito insieme, o creduto di servire, io, tollerante per natura, non odiavo Mazzini ... Ditemi però Signora: perché Mazzini ha sempre biasimato l'opera mia da Milano nel '48, sino in Francia nel '71? ... Non voglio entrare nei dettagli di tutte le contrarietà da lui e dai suoi amici ancor più ricevute ... del '67 Signora, ove per colpa sua e dei suoi, mi disertarono tremila giovani, forse i migliori ... col pretesto di andare a far barricate che non fecero e proclamare la Repubblica che non proclamarono ... Tutto ciò sarà stato motivo di rimorsi a Mazzini ed io non vi ho colpa, e se non divento pazzo io spero di morir senza rimorsi".¹

Nel tempo crebbe la sua amarezza, e fu "assente per l'infermità, presente col cuore";² continuò ad essere protagonista con la parola e con gli scritti, in difesa di quella democrazia per la quale aveva sempre combattuto, ma che sembrava sempre più lontana. Il ritiro di Caprera tra problemi di salute e difficoltà economiche sembrava però un

affronto alla grandezza dell'uomo e dell'eroe. Nel 1874 apparvero numerosi articoli che raccontavano le precarie condizioni del grande italiano. Garibaldi, la cui dignità non vacillava, scrisse all'amico Timoteo Riboli perché facesse pubblicare la sua posizione: "Io giammai fui povero perché seppi conformarmi alla mia condizione".³ Certo, doveva ammettere, se la sua famiglia avesse seguito il suo esempio, e se molti non si fossero approfittati della sua generosità, "la mia povertà non sarebbe decantata oggi". Fu, probabilmente, tale pubblicità che fece riflettere il Governo, allora presieduto da Marco Minghetti, sull'opportunità di soccorrere Garibaldi, per dimostrare almeno un minimo di gratitudine a chi tanto aveva dato per l'Unità nazionale, ma ancor di più, ritengo, per non esporsi a critiche, anche internazionali, sulla condotta tenuta verso un padre della patria. E non va escluso che il Governo intendesse, con tale gesto, saldare un debito, per non avere più "pendenze" politiche.

Un progetto di legge "per una pensione al generale Garibaldi" fu presentata nella tornata del 1° dicembre 1874 da ben 120 deputati, primo firmatario Pasquale Stanislao Mancini.⁴ Si trattava di un unico articolo che recitava: "Sarà iscritta sul Gran Libro del debito pubblico dello Stato una rendita di lire 100.000 annue a favore del generale Giuseppe Garibaldi, come attestato di riconoscenza della nazione italiana al glorioso concorso da lui prestato alla grande opera della sua unità ed indipendenza. Questa rendita sarà goduta dal generale Giuseppe Garibaldi in assegno vitalizio durante la sua vita. Avrà egli inoltre illimitata facoltà di trasmettere per sua disposizione testamentaria il capitale di una metà della rendita stessa in annue lire 50.000. La rendita semestrale che non fosse reclamata nel quinquennio, sarà in di lui favore capitalizzata". Prese subito la parola il presidente del Consiglio dichiarando che il Governo si associava al progetto di legge, tanto più, volle sottolineare, che era già nelle intenzioni dell'Esecutivo proporre uno simile.

Nella stessa seduta venne presentato anche un altro disegno di legge sullo stesso oggetto, presentato autonomamente dall'onorevole Biagio Caranti; il deputato piemontese sedeva sui banchi della Destra ma era stato membro della Società nazionale, aveva preso parte all'impresa dei Mille ed era stato segretario di Pallavicino a Napoli nel 1860.⁵ Aveva quindi avuto una lunga frequentazione con Garibaldi, che ne aveva una ottima opinione, e con la famiglia Pallavicino che ne aveva la massima fiducia. Il progetto Caranti prevedeva una pensione annua di 20.000 lire, probabilmente perché, ignaro dell'altra proposta, il deputato temeva che una cifra più alta avrebbe incontrato troppe opposizioni. Di particolare interesse sono le motivazioni che Caranti porta a sostegno della sua richiesta: "La notizia corsa testè in Paese e confermata poscia da asserzioni indiscutibili, che un illustre cittadino, benemerito della patria unita per opere che escono dalla cerchia dei fatti ordinari, era costretto ad accogliere il soccorso di stranieri, per trarre innanzi un'esistenza, ormai per gl'incomodi dell'età, e per doglie acquistate sui campi gloriosi, bisognevole di conforto, ha giustamente commosso ogni ordine di cittadini".⁶ E subito dopo aggiungeva: "Non già che s'ignori che il Governo

del Re, interprete dei sentimenti di tutti, ed a niuno secondo nel professare riconoscente ammirazione pel leggendario condottiero dei Mille, ha tratto tratto cercato di porgergli aiuto in quella guisa che meno potesse offendere la sua delicata suscettività...". Era quindi provata la povertà in cui versava Garibaldi, ma riteneva ingiusto che fossero Comuni, Province, Società operaie, singoli cittadini, e persino il re a sostenere il generale con somme che richiamaivano più l'elemosina che un doveroso tributo. Caranti sosteneva che così come il Parlamento aveva "concesso un assegno a ciascuno dei Mille", allo stesso modo un contributo più cospicuo spettava al loro comandante. L'articolo unico prevedeva: "L'annuo assegno concesso a ciascuno dei Mille colla legge del 22 gennai 1865 è pel condottiero di essi Giuseppe Garibaldi elevato a lire ventimila".⁷ Il deputato dichiarò subito dopo, visto che la differenza tra i due progetti riguardava essenzialmente l'importo, di non avere difficoltà ad accogliere l'altra proposta.

I due progetti furono affrontati nella tornata del 2 dicembre. Per il primo progetto prese la parola l'onorevole Mancini che esprime subito la sua soddisfazione per la preliminare adesione del Governo e per l'intervento di Biagio Caranti, auspicando che il progetto, già sottoscritto da 120 deputati, potesse avere un consenso generale al di sopra delle divisioni politiche. Il suo intervento riassunse tutte le sfumature del dibattito che andavano dalla volontà di dare un concreto riconoscimento ad un padre della patria fino all'esigenza di non apparire ingrati davanti alla comunità internazionale: "Stanno scolpiti nel cuore e nella coscienza di ogni onesto italiano la parte meravigliosa ed eroica presa da Giuseppe Garibaldi al risorgimento d'Italia, coi servizi da lui resi alla grande opera della sua indipendenza ed unità; lo spettacolo sublime, che da quattordici anni egli offre alla sua patria ed al mondo di una vita di abnegazione, e di volontaria povertà, dopo aver avuto a sua disposizione i tesori di due regni, ed in fine il dovere sacrosanto che ha l'Italia verso se stessa e la propria dignità di nazione, di compiere assolutamente un atto, degno di chi lo fa e di chi ne è l'oggetto, per respingere da sé fin l'apparenza odiosa di esser madre immemore ed ingrata di tanto figlio, e di lasciare alle nazioni straniere il compito di accorrere con generosa gara a dimostrare il loro simpatico culto a così eccelso grado di virtù, ed a pagare il debito d'onore del popolo italiano. Queste verità si sentono, non si dimostrano".⁸ La Camera deliberò all'unanimità che il progetto fosse votato; Caranti ritirò il suo progetto con le parole: "Sono lieto di poter fare completa adesione alle considerazioni testé svolte dall'onorevole Mancini".⁹ Il progetto di legge definitivo fu portato alla Camera il 19 dicembre successivo. La legge rimaneva uguale nella sostanza della proposta; erano caduti i riferimenti alla ereditarietà di una parte della somma assegnata e alla capitalizzazione in caso di non riscossione. L'articolo unico recitava: "In attestato di riconoscenza della nazione italiana al glorioso concorso prestato dal generale Garibaldi alla grande opera della sua unità e indipendenza, è autorizzato il Governo del Re ad inscrivere sul Gran Libro del debito pubblico dello Stato una rendita di lire 50 mila

annue del consolidato 5 per cento, con decorrenza dal 1° gennaio 1875, in favore di Giuseppe Garibaldi; ed è inoltre assegnata al medesimo un'annua pensione vitalizia di altre lire 50 mila con la stessa decorrenza".¹⁰ L'articolo fu messo ai voti ed ebbe l'approvazione all'unanimità; a fine seduta, però, lo scrutinio segreto sul progetto di legge ebbe, su 232 presenti e votanti, 207 voti favorevoli e 25 contrari. Era già un segnale: il concorde e palese sentimento di ammirazione e riconoscenza verso Garibaldi, aveva oscuri oppositori, il cui valore e la cui pericolosità erano già evidenti nell'anonimato.

Il progetto di legge fu subito trasmesso dal presidente della Camera Biancheri al Senato dove fu presentato il 20 dicembre e rinviato agli Uffici.¹¹ Il progetto andò in discussione il 14 maggio 1875; una discussione breve, poiché nessuno prese la parola. Il silenzio del Senato poteva essere il segno di una adesione scontata, ma anche un modo per non esporsi.¹² Il voto segreto si ebbe nella tornata del 21 maggio: votanti 91, favorevoli 76, contrari 15.¹³ Il testo, nella stesura approvata dalla Camera divenne la legge "concernente un dono nazionale al generale Garibaldi", n. 2520, del 27 maggio 1875.

Garibaldi, comunque, non apprezzò l'iniziativa, e la rifiutò sdegnosamente. Non voleva accettare denaro da chi non si occupava della miseria che opprimeva ancora tanti italiani; e non intendeva cedere alle lusinghe di "cotesto governo, la di cui missione è di impoverire il paese per corromperlo, si cerchi dei complici altrove".¹⁴ Accettare una pensione sarebbe stato come accettare quel Governo che lo aveva tanto deluso, e probabilmente non gli piacque neppure che la legge avesse le caratteristiche di "dono" piuttosto che di legittimo assegno.

Le vicende nazionali cambiarono rapidamente, le prime elezioni del 1876 portarono la Sinistra al potere e Agostino Depretis inaugurò il suo primo Governo il 25 marzo. Garibaldi sperò in un cambiamento e la Sinistra sperò di sfruttare il suo nome. Sacerdote ci racconta che Giovanni Nicotera, divenuto ministro dell'Interno, si recò da Garibaldi spiegandogli che se non avesse accettato l'attribuzione per legge delle 100.000 lire annue, queste sarebbero andate alla marchesa Raimondi, ufficialmente ancora sua moglie. Era veramente un bel ricatto, al quale si aggiungevano i rovesci economici dei figli: il 9 aprile 1876 scrisse a Depretis che accettava la rendita e la pensione: "Dopo che Vittorio Emanuele ha dato nuova e solenne riconferma della sua fede allo Statuto costituzionale, mutando i suoi consigli in ossequio al voto del Parlamento, ed attestando la sua fiducia in voi ed in altri miei amici pel Governo dello Stato, debbono cessare le mie ripugnanze all'accettazione del dono, che a me fu fatto con spontanea generosità della Nazione e del Re, e che mi porrà in grado di condurre in pro di Roma alla spesa dei lavori del Tevere".¹⁵ E concludeva la lettera con la speranza di un dono più grande: "Che l'Italia ben governata proceda ognora migliorando nelle condizioni di moralità, di libertà e di pubblico bene". Lo stesso giorno, consapevole che la notizia si sarebbe subito diffusa, ma anche per tranquillizzare i tanti amici che lo avevano fino a quel momento sostenuto economicamente, scrisse anche a Dobelli, direttore del

giornale *La Capitale*: "Avendo io accettato dal Governo il dono nazionale votato dal Parlamento, invio un cenno di gratitudine a tutti coloro che mi beneficiarono con sussidi spontanei, tanto i Municipii, come le popolazioni, e singoli amici italiani e stranieri. Tale ricordo di cotesta generosa benevolenza io lego ai miei figli, e vi prego di dargli pubblicità nel pregiato vostro giornale".¹⁶ Sono comunicati dai quali non emerge alcuna soddisfazione, tanto da far ritenere vero quanto riporta Sacerdote, ovvero che abbia detto subito dopo "Anche questa m'hanno fatto fare!".¹⁷

Ma se il gesto gli sembrò allora legittimo, confidando nel "buon governo" della sinistra insediata da appena due settimane, dovette ricredersi rapidamente; dopo poco più di un anno scriveva: "Gli uomini che governano Italia hanno una qualità trascendente, l'ostinazione nel male".¹⁸ Ed anche in seguito non risparmiò critiche, ma era uomo abituato a risolvere problemi, non a piangerci sopra, e continuò la sua lotta politica per il trionfo della democrazia.

Intanto il 31 maggio 1877 fu promulgata la legge n. 3853 "concernente la dotazione alla corona" che ammontava a ben 14.250.000 lire annue. Con la stessa legge alcune proprietà della Corona, situate a Cremona, Bologna, Firenze, Napoli e Palermo, passavano al demanio dello Stato, entrava invece nella dotazione reale la parte del convento di Sant'Andrea al Quirinale; inoltre il Governo si faceva carico delle pensioni del personale in servizio presso le cessate sedi della Corte. Come spiegava Luigi Pianciani alla Camera,¹⁹ la legge aggiungeva due milioni di lire l'anno alla dotazione della Corona e, contemporaneamente, trasferiva in conto dello Stato l'onere delle pensioni che gravavano sulla lista civile; per giustificare la decisione del Governo aggiungeva: "Lo ha fatto perché ha trovato il corrispettivo in una nota di beni che appartengono alla Lista civile e che vengono accordati all'erario". Ricordiamo questa legge, approvata dalla Sinistra, almeno nel breve periodo onerosa per le casse dello Stato, perché, come vedremo, fu poi utilizzata in relazione alla pensione per Garibaldi, come se fossero sullo stesso piano, per affermare l'ingratitude di quest'ultimo.

Garibaldi, come abbiamo sottolineato, deluso dalle ultime speranze riposte nell'avvento della Sinistra, cercò di dare concretezza al progetto di una Lega della democrazia, ai cui ideali si era sempre ispirato, e verso i quali in passato anche la Corona era stata preziosa alleata. La Lega della democrazia nacque il 21 aprile 1879; l'obiettivo finale era la "democrazia repubblicana e parlamentare";²⁰ i primi passi da compiere: la revisione dello Statuto, il suffragio universale per una reale rappresentanza parlamentare, l'abolizione del giuramento. Più dettagliatamente il programma esposto nel congresso del 21 aprile, oltre ai punti appena ricordati, si esplicitava: "Nel volere sopprime le guarentigie, tolto il culto ufficiale, e indivisa la sovranità dello Stato; rimaneggiato il sistema tributario a ciò che paghi solamente e progressivamente chi ha; rotta la centralizzazione e avviato un sistema di verace discentramento; armata la nazione per essere in grado di liberare le provincie irredente; arati e bonificati i due quinti del territorio italiano incolto e paludoso, fecondandolo con i 115 milioni dei

beni ecclesiastici invenduti: utilizzati a pro dei poveri i 1500 milioni delle Opere pie, in gran parte goduti dagli amministratori, dai frati, e dalle oblate; guarita, con tutti i rimedi che ispira l'affetto e suggerisce la scienza, la gran piaga della miseria; proporzionata l'autorità del potere legislativo e dell'esecutivo".²¹ Il programma era di grande denuncia e poneva le basi per una sostanziale trasformazione dello Stato. Il manifesto, indirizzato "Agli Italiani" fu pubblicato pochi giorni dopo, il 26 aprile, in esso erano riportati anche i nomi del comitato promotore, tra i quali spiccavano Bertani, Cavallotti, Imbriani, Lemmi, Saffi e tanti altri. Il documento si chiudeva in pieno stile garibaldino, alieno dal "politichese" e diretto al punto: "E poiché la *Lega della Democrazia* si assume di circoscrivere il proprio lavoro entro i termini del diritto e con mezzi pacifici, avverta chi governa l'Italia che, ove tal diritto sia contestato o impedito, o in qualsivoglia modo manomesso, la responsabilità al cospetto della nazione e della storia sarà tutta sua, se per la tutela o per la riconquista di quel diritto, la *Lega della Democrazia*, con la coscienza della legittima difesa, si appiglierà ad altri mezzi di quelli che si è prefissi".²² Era un linguaggio usato spesso da Garibaldi per dimostrare la sua determinazione. Non pensava certamente ad una rivoluzione; era, come scrive Sacerdote "l'uomo della realtà e delle possibilità", consapevole che gli italiani non potevano essere aiutati con un bagno di sangue; la sua aspirazione, come scrive ancora il biografo era una "repubblica per evoluzione, non per rivoluzione".²³ E ne aveva date infinite prove anche quando la sua spada faceva più paura della sua parola. La Lega si ampliò rapidamente coagulando le più diverse istanze. "Nella bandiera della Lega della Democrazia sta scritto appunto, come desiderate, Libertà e Giustizia. E queste parole come riassumono tutto il suo programma, così soddisfano pure a tutt'i vostri legittimi desideri". Così si rivolgeva ad un gruppo di donne il 2 agosto del 1879, pensando alla loro emancipazione e convinto che la democrazia non potesse esistere fino a che "una metà del genere umano sarà schiava all'altra metà".²⁴

Malgrado le sue condizioni di salute era pur sempre Garibaldi, e la sua determinazione, il suo carisma, il suo programma non potevano essere sottovalutati, soprattutto dalla parte del Paese più conservatrice, e di ciò possiamo supporre che il padre della patria si compiacesse. Il 2 maggio scriveva: "Sono lieto delle adesioni che vengono da ogni parte alla *Lega della Democrazia*. L'ardente opposizione dei giornali moderati dimostra la sua forma e la sua importanza".²⁵

Il progetto della Lega della democrazia era sicuramente un fatto rilevante nella politica del Paese che stentava a fare un salto di qualità rispetto alle nostalgie risorgimentali e all'inadeguatezza di fronte a obiettivi di innovazione e sviluppo. E' vero quanto scrive Giovanni Spadolini che i "repubblicani alla Garibaldi formano una razza a sé",²⁶ tra socialismo, pacifismo, anticlericalismo e reminiscenze dell'antica dittatura popolare, ma la Lega riuscì a coagulare tante forze disperse, compresi numerosi orfani mazziniani, e a gettare le basi per un progetto, sul quale ha investito anche la Repubblica italiana, non ancora compiuto.

Alla "ardente opposizione", che comunque sottoscriveva e sosteneva le proprie affermazioni, si unì anche la delazione dei pavidì anonimi.

Poco dopo la pubblicazione del Manifesto della Lega della democrazia uscì un opuscolo intitolato *Garibaldi l'ingrato. Compilazione funebre* per FE., GIO., GL., che nel corso del 1879 ebbe ben tre edizioni; la prima edizione fu pubblicata a Roma da Ermanno Loescher, le due successive furono stampate a Firenze da G. Giachetti. L'autore si manteneva anonimo dietro una sigla, che per altro era l'inizio del nome Giovanni Gino Ferenzona. Poco si sa di quest'uomo: nato il primo giugno del 1849, condannato per truffa dal tribunale di Padova, il suo vero nome era Giovanni Antonio Dal Molin, e sembra che avesse poi assunto quello di un custode del carcere dove era stato recluso. Quando scrisse l'opuscolo viveva a Livorno ed era corrispondente della *Gazzetta d'Italia* e del *Corriere delle Marche*.²⁷ Sposato con Olga Borghini, di origini nobili, ebbe almeno due figli; l'ultimo, nato a Firenze il 24 settembre 1879, Raoul Dal Molin Ferenzona, che riassume sia il nome che lo pseudonimo del padre, dopo averne seguito le orme, scrivendo poesie e almeno una novella,²⁸ è divenuto un noto illustratore e pittore del Novecento.²⁹

Ferenzona, prima di concentrare le sue energie contro Garibaldi, aveva pubblicato tre lavori. Nel 1874, con il suo vero nome, Giovanni Antonio Dal Molin, aveva dato alle stampe un opuscolo di 36 pagine, che già nel titolo denuncia il suo carattere turbato, *Amore e suicidio: pensieri*,³⁰ con lo stesso nome, nel 1876, pubblicò poi una commedia dal titolo *Amore e seduzione*.³¹ Sotto lo pseudonimo Giovanni Gino Ferenzona uscì invece un volumetto su *La donna*,³² che giunse, anch'esso, nel 1879 alla terza edizione.

Garibaldi l'ingrato era il primo lavoro con pretese di analisi politica. L'autore dedicava il primo capitolo al Manifesto di Garibaldi, e così lo descriveva: "L'eroe dei due mondi, il giorno ventisei di aprile dell'anno milleottocentosettantanove, circa sedici mesi dopo la morte del Padre della Patria nel nome del quale Giuseppe Garibaldi poté divenire illustre e farsi una fortuna combattendo per l'indipendenza e unità d'Italia, pubblicava un manifesto agli italiani, col quale minaccia i Reali di Savoia, i ministri responsabili e i due rami del Parlamento, ed eccita alla ribellione i sudditi del Regno d'Italia".³³ Poco dopo aggiungeva: "Giuseppe Garibaldi si mette a capo di un'affamata minoranza, gran maestra d'intrighi e di utopie, arrogante perché impotente; e pubblica un manifesto che avrebbe condotto alle Assise chi lo dettava e pubblicava se, chi lo firmava, non rispondesse al nome di *Garibaldi l'Ingrato*, sacro ed inviolabile, per volontà delle sinistre e silenzio della destra".³⁴ Ferenzona pubblica poi integralmente il testo del documento, con poche e non significative variazioni, commentandolo per ben 11 pagine. Il punto su cui insiste l'autore, e che lo porta spesso fuori le righe, è la convinzione che "i clienti, ond'è patrono Garibaldi", che erano una minoranza, volevano con la forza divenire maggioranza; questo, continuava nel suo assunto, avrebbe portato ad una guerra civile perché, ed era ancora la sua opinione, la maggioranza risponderebbe

e: "con la coscienza della legittima difesa, ci appiglieremo ad un sol mezzo: impugneremo il fucile o ... la frusta".³⁵ Si tratta evidentemente di frasi dettate da un astio incontrollato, al punto di considerare i democratici come poche bestie da fermare con la frusta.

L'accusa di ingratitudine era dettata dal fatto che Garibaldi avrebbe voluto destituire il Re a cui tutto doveva; se il generale poteva scrivere sulla bandiera "Italia e Vittorio Emanuele, quindi, per conseguenza logica: Italia e Umberto",³⁶ come poteva considerarlo un nemico da combattere? Il Re "onorava di visite" e "accoglieva in sua reggia con leali dimostrazioni di sincero e verace affetto" l'uomo che lo tradiva; questo sosteneva il Ferenzona che poi si lasciava andare in commenti del tipo: "Chi al padrone di casa stringe la mano per poi rubargli la casa possi chiamare uomo di carattere? L'ospite che bacia, per ingannarlo, il padrone di casa ... Si può chiamare uomo di carattere chi abbraccia l'amico per (vìe meglio) tradirlo, per cospirare contro la sua sicurezza personale, contro la sua proprietà privata, contro la pace della moglie e l'avvenire del figlio?".³⁷ E riteneva Garibaldi anche disonesto poiché aveva, con i suoi mandati di deputato, giurato fedeltà al Re, dimenticando del tutto che il mandato era elettivo e che la Corona non lo ebbe mai tra i suoi senatori.

L'elemento sul quale sembra più irritarsi il libellista, e che considera il principale segno di ingratitudine è il fatto che, a suo avviso, Garibaldi e la sua famiglia si siano arricchiti grazie alla generosità del sovrano: "A noi duole di veder Garibaldi firmare, di suo pugno, la patente di asino in fatto di diritto costituzionale. L'ingrato che rinfaccia al Re la lista civile, mentr'egli gode di una pensione più pingue e grossa che non sia quella goduta da S. M., non capisce, perché non istudiò, l'arte di governare".³⁸ E basterebbe quest'ultimo passo a far comprendere quanto l'autore fosse in malafede; abbiamo visto, infatti, come si svolse l'iter per l'assegnazione di una pensione a Garibaldi, quali fossero effettivamente le sue condizioni economiche, e quale fosse la distanza tra la sua pensione e l'appannaggio della Corona. Ma è un argomento sul quale Ferenzona continuò ad insistere e che fu anche al centro di un successivo e più lungo lavoro sul quale torneremo tra breve.

Le reazioni all'opuscolo che accusa Garibaldi di ingratitudine, di mancanza di carattere e di onestà politica, di slealtà, di ignoranza, di voler rovesciare il Governo e di fomentare una guerra civile, furono enormi; disappunto fu espresso anche da alcuni giornali moderati e cattolici. La vicenda stava comunque sviluppando un vivace contrasto tanto che un opuscolo di difesa, di 16 pagine, intitolato *Garibaldi padre della Patria. Risposta all'opuscolo GARIBALDI L'INGRATO*, uscì anch'esso anonimo, con la sola indicazione per X*** Deputato al Parlamento Nazionale.³⁹ Anche in questo caso troviamo alcuni eccessi, a partire dal paragone con il Tersite di Omero, il denigratore di Achille: "La figura ributtante del ciarlatore incorreggibile ti danza la sua ridda macabra nel cervello e lo vedi rotolarsi nel fango".⁴⁰ Poi l'autore dichiara il suo sdegno, il "grosso alla gola" per le offese rivolte all'eroe: "Volendo giudicare

Garibaldi come uomo politico, ei lo attacca ferocemente nella sua vita privata; gli fa i conti in tasca come a figliolo scapestrato, lo minaccia con una perifrasi, lo vilipende colla satira".⁴¹ L'autore si meraviglia che a parlare sia un italiano in quanto fino a quel momento, egli ritiene, accenti così violenti li avevano usati soltanto gli "imperialisti" francesi. In realtà insulti scritti in interi opuscoli non erano nuovi contro il Generale. C'è da dire che, Ferenzona incluso, non negavano il valore del generale, il loro timore non era per la spada ma per il pensiero che poteva diffondere e diffondeva: i principi democratici, la propensione verso la repubblica, quel socialismo umanitario che lo animava e, soprattutto, la sua libertà di coscienza e la sua incorruttibilità e, anche, le battaglie che si potevano ancora combattere nel suo nome.

Già nel 1862, qualcuno lo ricorderà, Pier Carlo Boggio aveva pubblicato *Garibaldi o la legge? Appello al popolo italiano*.⁴² C'è da dire che il deputato, nato a Torino il 3 febbraio 1827 e morto nella battaglia di Lissa il 20 luglio 1866, era noto per essere un vivace polemista e per avere un carattere irrequieto,⁴³ ma certo i suoi toni facevano concorrenza a quelli del Ferenzona. Boggio non nega il merito delle grandi imprese garibaldine dall'America Latina alla spedizione dei Mille, ma esordisce scrivendo: "Anche l'ammirazione per gli Eroi ha i suoi confini".⁴⁴ Lo attacca poi per le sue posizioni politiche e per le sue esternazioni pubbliche, accusandolo addirittura di aver prima messo in pericolo l'unità nazionale e di agire poi contro la sua sopravvivenza: "Garibaldi non è un eroe, è un uomo che la passione acceca e fuorvia ...".⁴⁵ Boggio, che scriveva alla fine di maggio, si riferiva in particolare alla "spedizione del Tirolo", all'episodio di Sarnico e alle reazioni di Garibaldi per essere stato fermato e per l'arresto dei suoi compagni: "Vorremmo burlarci ora di coloro cui sbucciano [sic] nel cervello sogni siffatti, se per mala ventura non toccasse alla Patria il farne le spese ...".⁴⁶ E ritiene che per l'azione che aveva cercato di preparare contro l'Austria: "debb'essere sotto influsso di qualche strana allucinazione in questi giorni".⁴⁷ La conclusione è tra minacce e "buonuscita"; ricordava a Garibaldi che qualunque sua azione contro la nazione gli sarebbe stata imputata anche dall'opinione pubblica e gli consigliava di ritirarsi per sempre a Caprera, contentandosi della fama conquistata in passato.

Finiti i tempi degli scontri aperti, anche se non sempre leali, nel 1879 accusatori e difensori rimanevano anonimi. L'autore di *Garibaldi padre della Patria* chiamava in difesa del Nizzardo Pietro Ellero, deputato di Pordenone, senatore dal 1889, autore di numerosi scritti, noto per il suo equilibrio.⁴⁸ Ellero nei suoi *Scritti politici* del 1876, aveva infatti steso una biografia di Garibaldi nella quale ne riconosceva gli alti meriti: "Un uomo, che tutte le genti ci invidiano, in parte sublime realtà, in parte creazione sublime del pensiero popolare ... dal campo insanguinato sospira e preconizza la pace universale: non ad altro votato, che al bene d'Italia".⁴⁹

Ferenzona, forse anche eccitato dalle molteplici reazioni al suo primo lavoro, riprese la penna per un più lungo e articolato lavoro, che ne annunciava anche di successivi, dal titolo *Garibaldi politico*,⁵⁰ pubblicato anche questo a Firenze dall'editore Giachetti.

L'autore comincia il suo lavoro con un *Preludio* nel quale spiega il mestiere dello storico e quello del letterato, convinto che si sarebbe detto di lui quanto fu detto a commento delle *Lezioni di letteratura* di Settembrini: "La severità de' giudizi vi è sempre accompagnata con la più squisita cortesia, con una calma perfetta di esposizione. Si sente in mezzo alle più crudeli conclusioni l'uomo ben educato, quella cert'aria d'imparzialità e di spassionatezza, congiunta al rispetto, che ti concilia anche gli avversari ... onesti".⁵¹ L'elogio di se stesso continua anche nelle pagine successive: "L'autore di questi opuscoli e di quelli che pubblicherà, benché amico di potentissime persone, non è altro che un topo di biblioteche; uno studioso in tutta l'estensione e significato della parola".⁵² L'autocelebrazione nasce dal grande rumore che aveva suscitato il suo primo libello ma anche, ritengo, da una maggiore esaltazione che appare evidente in tutto lo scritto. Dobbiamo poi dargli ragione quando ricorda il "nostro ormai famoso opuscolo *Garibaldi l'ingrato* che ebbe la fortuna di vedere in pochi giorni la terza edizione, già esaurita".⁵³ Allora come ora il gossip, il tentativo di distruggere persone famose fa sempre notizia; possiamo quindi credere che l'opuscolo andasse a ruba a mano a mano che il passa parola ne propagava i contenuti, e che fosse acquistato da amici e nemici: la gogna attira sempre sia i pietosi che i poveri di spirito!

Il secondo capitolo di *Garibaldi politico*, dal titolo *Polemica*, risponde infatti alle voci che si erano levate sul precedente lavoro. E' convinto che il mito di Garibaldi sia legato al fatto che tante notizie erano state costruite intorno all'eroe ma nessuno conosceva la verità: "La maschera cade quando la persona è conosciuta".⁵⁴ In pieno spirito revisionista *ante litteram* nega che Garibaldi avesse conquistato il regno delle Due Sicilie, portando a motivazione del suo assunto l'intento di Cavour e della Corona, come se Garibaldi o altri lo avessero mai negato o come se quell'unione ne sminuisse l'opera. Ferenzona poi tornava sul punto che gli stava più a cuore, ovvero l'ingratitudine del generale che, a suo avviso, aveva guadagnato milioni di lire dalle imprese che, per altro, aveva condotto all'ombra della Corona: "Rammentiamo agl'italiani che la famiglia Garibaldi prima del 1849 apparteneva alla classe dei diseredati dalla fortuna, e che oggi scherza e folleggia coi milioni".⁵⁵ Era una affermazione che poteva essere smentita da chiunque avesse visitato Caprera, ma addirittura insinua che già dal 1849, quando si chiedeva un riconoscimento per l'eroe di Porta San Pancrazio in realtà si stesse parlando di soldi.

Ferenzona tentava poi di rispondere all'anonimo autore di *Garibaldi padre della Patria*: "Cotesti saccentelli si trincerano dietro Pietro Ellero" per dimostrare che la monarchia è più tollerata che desiderata, ma, secondo il suo parere: "Qualunque forma di governo ch'ebbe l'Italia o una parte dell'Italia, l'essenza intrinseca di quella forma accennava alla monarchia. Non è la fisionomia esteriore che caratterizza la forma di un governo".⁵⁶ E con questo liquidava tutta la storia dalla antica Repubblica di Roma, passando per i Comuni fino ai più recenti movimenti repubblicani.

Si nasconde poi dietro un suo "volontario e nobile e disinteressato difensore" riprendendo il tema dei grandi guadagni del Generale mescolandovi anche, e portandole a prova della sua "ingordigia", le richieste pubbliche di denaro che Garibaldi avanzava per fondazione di giornali, sostegno ad imprese o a reduci. Si ritorna poi sul paragone con la "lista civile", dei quasi quindici milioni di lire assegnati alla corona, molto spesso ricordati dal Generale, per dire che di fatto corrispondono ad appena "cinquantacinque centesimi" all'anno versati da ogni suddito, considerati ventisette milioni di abitanti. C'è da chiedersi quindi, anche in questo senso, quale sarebbe lo scandalo, e quale sarebbe il peso sui cittadini, delle 100.000 lire assegnate a Garibaldi.

Ferenzona, con l'unico obiettivo di screditare Garibaldi, dedica un intero capitolo allo "stato di servizio parlamentare", andando ad esaminare tutte le elezioni, i voti ottenuti, i ballottaggi, le opzioni, per dimostrare che non ebbe consenso popolare e che non conosceva le regole parlamentari. Per dimostrare lo scarso consenso si servi anche dell'astensionismo, come se esso non fosse determinato dal poco attaccamento alle istituzioni, e non certo da una avversione a Garibaldi. Senza entrare nel merito, il senso del suo ragionamento si palesa nell'ultimo capoverso: "Tutto cotesto è, per mo' di dire, lo stato di servizio parlamentare di quel fortunato, del quale si potrebbe dire con l'amico Beppe: *Libera larva di plebeo tiranno:/ Tutto sfa, nulla fa, tutto disprezza:/ Sonnambulo ha il cervello e la scrittura:/ Sofista pregno d'infeconda asprezza.*"⁵⁷ Non è certo una conclusione degna della pretesa imparzialità, pacatezza, e rigore storico che l'autore ribadisce quasi ad ogni pagina. Sempre nella fissazione di celare i nomi, anche quando sono facilmente riconoscibili, le parole di "Beppe" sono i versi di Giuseppe Giusti, contenuti nella poesia *L'arruffa popoli*,⁵⁸ utilizzati per definire una personalità senza spessore, violenta e istigatrice, contraria alla libertà e alla giustizia.

Nel capitolo più lungo, da pagina 48 a pagina 113, intitolato *Garibaldi legislatore*, critica poi tutti gli interventi in Parlamento. In questo caso entra in un argomento spinoso, dibattuto fino ai giorni nostri; non manca una bibliografia sull'azione parlamentare di Garibaldi, della quale basterà ricordare i 2 volumi pubblicati nel 1982, in occasione del centenario della morte,⁵⁹ e non mancano neppure critiche sulla scarsa incisività del suo operato. La discussione può anche risultare oziosa poiché sono fin troppi gli elementi che andrebbero considerati. La sporadica presenza in Aula di numerosi deputati, anche prestigiosi, è un elemento ricorrente di tutta la storia del Parlamento. Per quanto concerne le assenze di Garibaldi sarebbe anche superfluo giustificarle, rispetto all'impegno militare e politico che non occorre certo ricordare ulteriormente. Il fallimento poi di alcuni suoi progetti di legge non ne determina necessariamente l'infondatezza, quanto la divergenza tra l'eroe e gli orientamenti del Parlamento, che determinarono poi anche le prese di posizione tanto contestate da Ferenzona, e non solo.

Non si poteva certo pensare che Garibaldi non contestasse la cessione di Nizza, la sua città natale, all'indomani dell'Unità. Ma Ferenzona usa l'episodio per accusare il

Generale di mettere a repentaglio i risultati raggiunti per miopia ed egoismo, e lo critica pesantemente per le parole con le quali diede le sue dimissioni da deputato di Nizza, offensive per il re e per le leggi. E' curioso che in questo passaggio lo chiami "lo sfortunato amante della leggiadra Manuela";⁶⁰ Dimostra di aver vagliato ogni attimo della vita dell'uomo che rappresentava la sua ossessione, ma, come al solito, utilizza a suo piacimento le notizie raccolte. Garibaldi ricorda nelle sue memorie di aver conosciuto la bella e giovane Manuela in casa Gonçalves, ma già promessa sposa al figlio del presidente Bento: "Io adoravo il bello ideale in quell'angelica creatura e nulla avea di profano l'amor mio".⁶¹ Ferenzona cercava di screditare l'onore del Generale e di mettere in dubbio il fascino che aveva su migliaia di donne: non voleva lasciare pietra su pietra; anche quando si trovava costretto a riconoscergli dei meriti in alcune imprese, si affrettava a precisare che le aveva poi tutte tradite.

La difesa dell'esercito meridionale alla Camera, nella seduta del 18 aprile 1861, viene interpretata come un modo per "patrocinare gli interessi suoi e quelli de' suoi clienti parassiti più o meno egregi".⁶² Si tratta della nota seduta in cui Garibaldi ebbe l'aperto scontro con Cavour e il vivo contrasto con il generale Fanti. Il Generale non poteva accettare che i suoi consigli sull'organizzazione del sistema di difesa del Paese fossero completamente disattesi: "Il mio desiderio sarebbe questo: che l'onorevole conte, valendosi della potente sua influenza, promuovesse la legge sull'armamento nazionale da me proposta, e volesse avere la bontà anche di far ritornare quegli elementi dell'esercito meridionale, che sussistono ancora, là sul terreno ove potrebbero essere utili all'Italia, soffocando le reazioni che minacciano ogni giorno".⁶³

Non mancano le critiche per il tentativo di Aspromonte, per il quale dice che non importa se era appoggiato dal Governo o da parte del Parlamento; la spedizione era contro il re, era un tentativo di guerra civile, come lo era la Lega della democrazia. Passava quindi alle minacce: "Esiste una gran parte d'uomini (e sono generalmente quelli che hanno più potenza e ricchezza) i quali, più che l'amore delle idee politiche astratte, sentono il bisogno di attendere ai loro negozi, di godere la sicurezza delle persone e delle cose, di conseguire insomma tutti quei beni per cui lo Stato fu costituito. Ebbene, non si creda che questo elemento conservativo possa, senza pericolo della libertà essere impaurito, sdegnato, irritato".⁶⁴ Finalmente Ferenzona dichiarava la sua posizione: lo Stato doveva essere al servizio dei ricchi e dei potenti, pronti ad annientare chiunque avesse messo a rischio la loro posizione; non c'è da stupirsi che odiasse tanto Garibaldi.

Tra le successive pubblicazioni che annunciava ve ne era una su *Mentana*: "Amici potentissimi ci consegnarono documenti di non comune valore, col mezzo dei quali noi potremo sederci, giudici inappellabili".⁶⁵ La teoria era semplice: la spedizione fu un grave errore politico, non portò ad alcun risultato, determinò più forti attriti con la Chiesa, con la Francia, "l'esercito scomposto, il deficit aumentato e, più di tutto, il paese umiliato".⁶⁶ E andando avanti lo accusa di non avere alcuna istruzione e di

volersi atteggiare ad "enciclopedico", ed arriva anche a negargli ogni conoscenza sul mare e sulle navi, per arrivare nuovamente alla ripetuta questione della pensione che, a suo dire, doveva tappargli la bocca per sempre.

Ferenzona non risparmia neanche il progetto per la sistemazione del Tevere,⁶⁷ sul quale, non potendo entrare nel merito, afferma che si tratta di opera non sua: "Possediamo una lettera in cui ci scrivono che quel disegno fu abbozzato da un noto ingegnere",⁶⁸ Ancora una volta travisa e distorce informazioni; il progetto fu ideato e sviluppato da Garibaldi che, nei suoi discorsi e nei suoi scritti riferisce più volte apertamente del contributo di tecnici, tra i quali spiccava quello dell'amico e compagno d'armi Quirico Filopanti.

Come sempre accade, quando uno sconsiderato blatera altri se ne servono per sostenere le loro posizioni contro quelli presi di mira. Nel già citato articolo del 1932, Ferruccio Ferrari riprende la *Civiltà cattolica* per dire che anche la rivista, non certo garibaldina, aveva condannato l'opera di Ferenzona per aver suscitato un vespaio che non conveniva suscitare. In realtà l'articolo apparso il 4 ottobre 1879,⁶⁹ non firmato per tradizione, si scaglia contro Ferenzona, contro i liberali e contro Garibaldi. Come Saturno la rivoluzione divorò i suoi figli, i liberali avevano divorato i Governi preunitari, i democratici avevano divorato i liberali e questi ultimi tentavano: "di prendere una rivincita, aiutando altri a divorare il partito suo divoratore".⁷⁰ Detto questo, l'articolo sosteneva che era inutile e dannoso scrivere quello che tutti già sapevano, perché dava spunto per una difesa alla quale molti avrebbero potuto credere. Secondo l'articolista Garibaldi era già annientato, soprattutto dopo l'accettazione della pensione, che continua ad essere il *leit motiv* dell'opposizione: "Dopo la prosa molto pedestre anzi lololenta del suo epistolario, coronata dalla comica accettazione dei due milioni di dono nazionale, tutta la poesia che circondava il nome di questo eroe artefatto, si è dissipata quale nebbia al sole. Il così detto prestigio del suo nome non è più altro che un cencio logoro nelle mani del radicalismo, che di un uomo qualunque ha bisogno per farsene bandiera".⁷¹ Anche in questo caso siamo di fronte ad un linguaggio eccessivo, indegno di un avversario, irrispettoso verso qualunque persona, falso sull'entità della somma, immorale perché pensioni e appannaggi li prendevano in molti, a prescindere dai meriti.

La vicenda di Ferenzona, che tanto odio aveva scatenato, finì nel sangue, a Livorno, la sera del 19 aprile 1880. L'omicidio è descritto dalla Nazione del 21 aprile 1880, che chiama però la vittima Giovan Battista, segno del travaglio del nome oltre che dell'uomo: "Ferito ieri sera [19 aprile], alle ore 8, presso la piazza Cavour, rincorse per alquanto tratto il feritore, e traversata la piazza stessa, andò a cadere a metà della via Michon. Pare che venisse dalle vicinanze del Politeama. Ordinariamente, le altre sere, era in quell'ora al caffè della Vittoria in Piazza d'arme. E' singolare come stasera girasse in una via così solinga, come è quella degli Scali San Cosimo, quando il Politeama è chiuso. Il pugnale che lo ha ferito è stato trovato per terra; ha la lama

lunga 20 centimetri. La ferita dell'infelice è giudicata assai grave; è una ferita alla parte destra del petto, molto profonda, a quanto dicesi". Il fatto fece molto scalpore in città; Ferenzona era già stato aggredito più volte, la polizia lo teneva sotto sorveglianza, e lui stesso si era recato più volte in Questura per chiedere di essere scortato fino a casa. L'articolo si conclude con la notizia, giunta al giornale con un telegramma, che l'aggredito era morto la mattina del 20 aprile. Il 22 aprile *La Nazione*, ritornava sull'argomento, riferendo del lungo articolo apparso su *La Gazzetta Livornese*, che: "nella sostanza è così acerbo contro l'assassinato, che non crediamo doverne riprodurre alcun brano. Ci limitiamo a ricavarne soltanto questo: che il Ferenzona ebbe fin dal primo suo apparire in Livorno parecchi attriti, fu percosso, assalito e varie volte minacciato e schernito; che l'autorità lo aveva più volte esortato ad andarsene da Livorno ed aveva organizzato un servizio di vigilanza per tutelare la sicurezza personale di lui". *La Nazione* prendeva poi le distanze da chi giustificava l'omicidio con il fatto che la vittima se lo fosse cercato, e auspicava che il movente non fosse riconducibile a "odio di parte e passione politica". E' comunque interessante notare che l'antipatia di alcuni livornesi per Ferenzona, per le sue posizioni politiche, per il suo modo di agire, era precedente alla comparsa degli opuscoli contro Garibaldi e che questi contribuirono soltanto ad esasperarli. Nei giorni successivi i giornali riferiscono delle approfondite indagini di polizia, di numerosi interrogatori e dei primi arresti.⁷² La vicenda, tenuto conto dei risvolti politici che ebbe, e del rischio di compromettere l'ordine pubblico, fu posta all'attenzione del Ministero dell'Interno⁷³ che inviò a Livorno, per seguire le indagini, Carlo Astengo.⁷⁴ Astengo era allora Ispettore di prima classe, e pochi mesi dopo fu incaricato di guidare provvisoriamente la divisione del personale di Pubblica sicurezza.⁷⁵ *La Nazione* del 26 aprile riporta la notizia che: "sono stati tradotti in carcere vari repubblicani, fra i quali il cronista del giornale *"Il Democratico"*".

Ferruccio Ferrari, nel suo più volte ricordato articolo, afferma che le indagini si rivolsero verso i sostenitori di Garibaldi; i sospetti appartenevano alla "Lega democratica", alla "Fratellanza artigiana" e alla "Massoneria"; i nomi degli arrestati che riporta sono: "Ubaldo Sgallini Carboni di Raffaello, d'anni 19, vice segretario della Lega Democratica e corrispondente dell'Opinione Nazionale; Egidio Peona, fu Gerardo, cappellaio d'anni 31; Gualberto Valenti di Emilio, negoziante di anni 23 e Bibbolino Giuseppe di Felice, d'anni 29, possidente".⁷⁶ Carboni era ritenuto l'esecutore materiale, e probabilmente è il cronista al quale si riferiva *La Nazione*. Il processo si tenne a Lucca, furono messi in evidenza il carattere e i torbidi trascorsi di Ferenzona, ma nessun testimone si presentò a carico degli imputati, che furono tutti assolti. A difendere gli imputati vi erano avvocati di primissimo piano; *La Nazione* dell'8 dicembre 1880 ricorda: "Replicarono al Pubblico Ministero gli avvocati Cassuto, Pucci, Filippi e per ultimo il professor Carrara". Ferrari scrive: "Difendevano gli imputati i più illustri giureconsulti del Foro toscano; il celebre senatore Francesco Carrara, l'avv. Angelo

Palamidessi, l'avv. Dario Cassuto, l'avv. Achille Pucci e l'avv. Pardonì".⁷⁷ Per comprendere l'importanza attribuita al processo basterà ricordare la personalità di Francesco Carrara,⁷⁸ uno dei più grandi penalisti dell'Ottocento, autore di importanti scritti giuridici e criminologici, particolarmente attivo proprio a Lucca; senatore dal 1876, nel 1880 aveva già 75 anni ed era quasi cieco, ma il suo prestigio era ancora intatto; tra gli altri si fece assistere dal giovane Dario Cassuto, uno dei suoi migliori allievi.

Ancora Ferrari racconta che il verdetto fu ascoltato in silenzio ma fuori del tribunale, e tra Lucca e Livorno, una folla immensa si radunò per applaudire i rilasciati, sventolare fazzoletti, gridare evviva, lanciare fiori e non mancò neppure la banda musicale. *La Nazione* del 9 dicembre 1880, così ricorda la giornata del 7 precedente nella quale fu pronunciato il verdetto di assoluzione e furono rilasciati i sospetti: "I quattro livornesi processati per l'omicidio Ferenzona, ed assolti dalle Assise di Lucca, dopo essere stati condotti alla stazione dai parenti e da molti concittadini, seguiti dalla folla plaudente, partirono per Livorno, ove una folla immensa li aspettò alla stazione di San Marco, e li applaudì vivamente. A San Giuliano erano stati accolti colla banda: a Pisa ebbero applausi e festosissima accoglienza. Il treno avvicinandosi alla stazione di San Marco, dovette procedere con lentissimo movimento, giacché la stazione stessa era stata invasa dalla folla che vi si riversava da tutte le parti. I giovani assolti tentarono, unitamente ai loro difensori, di sottrarsi a quella calorosa dimostrazione, entrando in due carrozze, ma tutto fu vano. Essi furono accompagnati alle rispettive case dalla moltitudine che li acclamava. Sul loro passaggio parecchie finestre s'illuminarono. Nella folla si notavano cittadini di tutti gli ordini".

Ferrari ricorda che sul processo mancava ancora l'ultima parola, che ancora negli anni Trenta si discuteva sul perché non fossero stati scoperti i colpevoli, ma difendeva i toscani e Garibaldi. D'altra parte Ferruccio Ferrari era fiorentino, nato il 22 febbraio del 1866, aveva seguito Peppino Garibaldi in Francia nel 1914 e volle che nel suo annuncio funebre fosse scritto "mazziniano fervente". Fu bibliotecario e apprezzato bibliografo, autore di numerosi lavori fondati su ricerche d'archivio e su edizioni rare.⁷⁹ Di lui in un breve scritto di ricordo anonimo si dice: "spese la parola e l'opera sua per l'ideale che era tutta la sua fede; perché la terza Italia fosse quale Mazzini aveva auspicato; pronta a difendere la causa di tutti i popoli oppressi ... pronto a giocare tutto per tutto, a sacrificare anche la propria carriera pur di non piegarsi a una vessazione ... Ed è morto povero. Povero sì, ma ricco nel cuore: ricco di dirittura e di bontà".⁸⁰ Morì a Milano il 14 novembre 1938. Dalla sua breve biografia ben si comprende perché decise di dedicare un articolo alla vicenda; l'amore per Garibaldi e per la verità, la sua scelta di povertà per non cedere alle lusinghe del regime nel quale viveva, l'ansia di libertà e l'avversione per gli inquisitori, la passione di storico lo portarono a riscoprire una vicenda che poteva ancora essere di insegnamento.

L'articolo di Ferruccio Ferrari su Garibaldi si chiude con i versi "*O d'Aspromonte ribelle splendido, / o di Mentana superbo vindice ...*"⁸¹ Si tratta della nota *Ode a*

Giuseppe Garibaldi di Giosuè Carducci, scritta il 3 novembre 1880, e che pochi versi più avanti recita "Oggi l'Italia t'adora"; opera che il bibliografo conosceva e apprezzava particolarmente. Ferenzona non fece in tempo a vederla, ma certo poté consolare il vecchio eroe. Ma neanche Carducci diceva il vero se stiamo alle tante offese e umiliazioni subite dal generale negli opuscoli, sui giornali e anche in Parlamento. Sta di fatto che quando Garibaldi seppe dell'uccisione di Ferenzona, il 20 aprile, il giorno stesso della morte, si rivolse all'amico Giuseppe Bandi, a Livorno, con le parole: "Intestate una sottoscrizione per gli orfani dell'autore del Garibaldi Ingrato, firmando cento lire per me. Generale Garibaldi".⁸²

La complicata vicenda era iniziata con il voto del Parlamento per una pensione all'eroe dei Due Mondi, un atto dovuto, ma anche un modo per saldare un debito d'onore, ed era proseguita con la delusione di Garibaldi per l'attività di Governo della Sinistra, che lo aveva portato a fondare la Lega della democrazia. L'odio dei faziosi, per altro anonimo, si era scatenato sulla stampa dando origine ad una campagna di veleni, finita addirittura con un omicidio. L'esito del processo con la piena assoluzione di tutti gli imputati e il giubilo della folla, che plaudiva, di fatto, la violenza e l'assassinio, erano una ulteriore prova della degenerazione del conflitto politico e denunciavano un clima di instabilità. Rimaneva al di sopra delle parti il solo Garibaldi, "tollerante per natura", come egli stesso si definiva, che con la sua generosità verso la famiglia dell'ucciso, dimostrava ancora una volta di tener fede all'insegnamento saintsimoniano, che così riassume: "l'amore del simile, il senso generoso della mutua benevolenza, le leggi immutabili del diritto e della giustizia".

Note

- 1 *Lettere e proclami di Giuseppe Garibaldi*, a cura di Renato Zangheri, Milano, Universale economica, 1954, pp. 115-116.
- 2 Così iniziava una lettera all'amico Benedetto Cairoli del 14 giugno 1875, in Ivi, p. 124.
- 3 Si veda in proposito GUSTAVO SACERDOTE, *La vita di Giuseppe Garibaldi. Secondo i risultati delle più recenti indagini storiche, con numerosi documenti inediti, con oltre 1300 illustrazioni e sei tavole colorate fuori testo*, Milano, Rizzoli, 1933, p. 940.
- 4 ATTI PARLAMENTARI, *Camera dei Deputati, Discussioni*, tornata del 1 dicembre 1874, pp. 43-45.
- 5 ALBERTO MALATESTA, *Ministri, deputati, senatori dal 1848 al 1922*, vol. I, Milano, E.B.B.I., 1940, p. 206.
- 6 ATTI PARLAMENTARI, *Camera dei Deputati, Discussioni*, tornata del 1 dicembre 1874, p. 44.
- 7 Ivi, p. 45.
- 8 Ivi, p. 48.
- 9 *Ibidem*.
- 10 Ivi, p. 448.
- 11 ATTI PARLAMENTARI, *Senato del Regno, Discussioni*, vol. I, tornata del 20 dicembre 1874, p. 49.
- 12 Ivi, vol. II, pp. 1750-1751.
- 13 Ivi, vol. III, p. 1831.
- 14 G. SACERDOTE, *op. cit.*, p. 940.
- 15 *Scritti e discorsi politici*, a cura della Reale Commissione, vol. III (1868-1882), Bologna, L. Cappelli Editore, 1937, p. 233.

- 16 Ivi, pp. 233-234.
- 17 G. SACERDOTE, *op. cit.* p. 940.
- 18 *Lettere e proclami cit.*, lettera da Caprera del 29 agosto 1877, p. 125.
- 19 ATTI PARLAMENTARI, *Camera dei deputati, Discussioni*, tornata del 14 maggio 1877, pp. 3364-3365.
- 20 *Scritti e discorsi politici cit.* p. 287.
- 21 Ivi, pp. 286-287.
- 22 Ivi, p. 289.
- 23 G. SACERDOTE, *op. cit.* p. 938.
- 24 *Scritti e discorsi politici cit.*, p. 294.
- 25 Ivi, p. 290.
- 26 GIOVANNI SPADOLINI, *I repubblicani dopo l'Unità. Seconda edizione aumentata con nuovi saggi sulla democrazia nell'età del post-risorgimento*, Firenze, Le Monnier, 1963, p. 24.
- 27 FERRUCCIO FERRARI, *Due rari opuscoli diffamatori contro Garibaldi e la tragica morte del loro autore*, in *La cultura moderna*, Roma, agosto 1932, pp. 481-484, p. 484.
- 28 RAOUL DAL MOLIN FERENZONA, *Mio figlio. Novella*, Palermo, Tip. Fratelli Marsala, 1900.
- 29 Si veda INES MILLESIMI, *Ferenzona Dal Molin Raoul*, in *La pittura in Italia. Il Novecento*, vol. II, a cura di Carlo Pirovano, Milano, Mondadori Electa, 1992, pp. 882-883.
- 30 Padova, Longo.
- 31 Milano, Barbini.
- 32 I repertori bibliografici sull'Ottocento citano soltanto una terza edizione pubblicata a Modena per i tipi di Toschi e C., del 1879.
- 33 GIO(VANNI) GI(NO) FE(RENZONA), *Garibaldi l'ingrato. Compilazione funebre*, III ed., Firenze, G. B. Giachetti editore, 1879, p. 5.
- 34 Ivi, p. 6.
- 35 Ivi, p. 8.
- 36 Ivi, p. 9.
- 37 Ivi, p. 10.
- 38 Ivi, p. 17.
- 39 Piacenza, Vincenzo Porta editore, 1879; nell'ultima pagina è riportata la data *Roma, Luglio 1879*.
- 40 Ivi, p. 3.
- 41 Ivi, p. 4.
- 42 Torino, Tipografia scolastica di Sebastiano Franco e figli.
- 43 Si veda A. MALATESTA, *op. cit.*, p. 124.
- 44 P. C. BOGGIO, *op. cit.*, p. 3.
- 45 Ivi, p. 5. I puntini di sospensione sono nel testo.
- 46 Ivi, p. 20. I puntini di sospensione sono nel testo.
- 47 Ivi, p. 29.
- 48 Su Pietro Ellero, nato austriaco a Cordenons (Pordenone) l'8 ottobre 1833, morto quasi centenario a Roma il 31 gennaio 1933, si veda GABRIELLA D'AGOSTINI, *Ellero Pietro*, in *Il Consiglio di Stato nella storia d'Italia. Le biografie dei magistrati (1861-1948)*, a cura di Guido Melis, tomo I, Milano, Giuffrè, 2006, pp. 526-535.
- 49 *Garibaldi padre della Patria cit.*, p. 7.
- 50 *Garibaldi politico. Compilazione per la storia per FE ... GIO ... GI ..., autore di "Garibaldi l'ingrato"*, Firenze G. B. Giachetti, 1879. L'autore doveva ritenere di aver conquistato tanta popolarità dalla sua prima opera contro Garibaldi che la volle ricordare anche nel titolo del nuovo lavoro.
- 51 Ivi, p. 10. Il corsivo e i puntini di sospensione sono nel testo.
- 52 Ivi, p. 28.
- 53 Ivi, p. 26.

- 54 Ivi, p. 11.
- 55 Ivi, p. 21.
- 56 Ivi, p. 25.
- 57 Ivi, p. 43.
- 58 Si veda *Versi editi ed inediti di Giuseppe Giusti. Edizione completa con l'aggiunta delle poesie apocriefe e biografia dell'autore*, Bastia, 1856, p. 359.
- 59 *Garibaldi in Parlamento*, 2 voll., Roma, Camera dei Deputati, 1982.
- 60 *Garibaldi politico* cit., p. 56.
- 61 *Le memorie di Garibaldi nella redazione definitiva del 1872*, a cura della Reale commissione, Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi, vol. II, Bologna, L. Cappelli, 1932, p. 59.
- 62 *Garibaldi politico* cit., p. 66.
- 63 GIUSEPPE GARIBALDI, *Scritti e discorsi politici e militari*, vol. I, a cura della Reale commissione, Edizione nazionale degli scritti di Giuseppe Garibaldi, vol. IV, Bologna, L. Cappelli, 1934, p. 375.
- 64 *Garibaldi politico* cit., p. 79.
- 65 Ivi, p. 80.
- 66 Ivi, p. 83.
- 67 Sull'argomento si veda GIUSEPPE GARIBALDI, *Il progetto di deviazione del Tevere e di bonificazione dell'Agro Romano (scritti e discorsi del 1875-1876)*, a cura di Agostino Grattarola, Roma, ENDAS, 1982.
- 68 *Garibaldi politico* cit., p. 92.
- 69 *Garibaldi politico. Compilazione per la storia per Fe... Gio... Gi... autore di Garibaldi l'ingrato. Firenze G. B. Giachetti editore, in La Civiltà cattolica*, anno trigesimo, serie X, vol. XII, quaderno 703, 4 ottobre 1879, pp. 78-82.
- 70 Ivi, p. 78.
- 71 Ivi, p. 79.
- 72 *La Nazione*, 23 aprile 1880.
- 73 Era allora Ministro dell'Interno, nel Gabinetto Cairoli, Agostino Depretis.
- 74 *La Nazione*, 25 aprile 1880.
- 75 Carlo Astengo entrò giovanissimo nell'amministrazione, dove fece una brillante carriera che lo portò ad essere prefetto di Siracusa e di Caserta e, dal 1886, Consigliere di Stato. Chi scrive ne ha tracciato una biografia in STEFANIA MAGLIANI, *Accentramento e decentramento nei regolamenti di polizia urbana. Perugia 1859-1869*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, 2001. Si veda anche GUIDO MELIS, *Astengo Carlo*, in *Il Consiglio di Stato nella storia d'Italia* cit., pp. 467-471.
- 76 F. FERRARI, *op. cit.*, p. 483.
- 77 Ivi, p. 484.
- 78 Sul personaggio si veda ALDO MAZZACANE, *Carrara Francesco*, in *Dizionario Biografico degli Italiani*, vol. XX, Roma, Istituto della Enciclopedia Italiana, 1977, pp. 664-670.
- 79 Tra le sue opere possiamo ricordare *Favole e Novelle inedite di Lorenzo Pignotti*, con prefazione e bibliografia, Bologna, Romagnoli, 1888; *Bibliografia Boccaccesca. Contributo*, Firenze, Carnesecchi, 1888; *Le prime Logge di Liberi Muratori a Livorno e le persecuzioni del Clero e della Polizia: spogliature d'archivio con documenti inediti*, Livorno, 1911. Sull'opera di Ferruccio Ferrari ho rintracciato un interessante opuscolo dal titolo *Pubblicazioni ed altri titoli di Ferruccio Ferrari, Distributore nelle RR. Biblioteche*, Roma, Tipografia di M. Lovesio, 1893, Edizione fuori commercio e destinata ad uso amministrativo, che riporta le pubblicazioni di Ferrari e lettere di elogio. L'opuscolo mi è stato cortesemente fornito in copia dalla Biblioteca Museo Archivio di Casa Carducci, che ringrazio anche pubblicamente, e contiene l'annotazione manoscritta: "All'Onorevole Prof. Giosuè Carducci Senatore del Regno. Omaggio di Ferruccio Ferrari".
- 80 *In memoria di Ferruccio Ferrari*, si tratta di quattro pagine di ricordo, datate 22 febbraio 1939, anonime, non pubblicate, ma destinate ad un uso privato. La copia che ho rintracciato in antiquariato

è indirizzata al prof. Gerolamo Lazzeri, un altro personaggio quasi sconosciuto, recentemente svelato dal lavoro di ANNALISA FERRARI, *Il mio nome dimenticato. Vita di Gerolamo Lazzeri*, Villafranca in Lunigiana, Giuseppe Chiappini Editore, 2005, definito dalla polizia fascista "anarchico, socialista, diffidato politico" (ivi, p. 200).

81 F. FERRARI, *op. cit.*, p. 484.

82 *La Nazione*, 29 aprile 1880.

LAS VERDADES SE SIENTEN, NO SE DEMUESTRAN: ITALIA "DESUNIDA" ANTE GARIBALDI

Stefania Magliani

La mente humana, cuando es mediocre, no soporta el medirse con los grandes, y en lugar de esforzarse para salir de su mediocridad, pasa el tiempo encontrando defectos o "pecados" a quien siente inalcanzable. Giuseppe Garibaldi parece ser una de las víctimas más ilustres de esta "ley"; lo ha sido en vida, lo ha sido en el tiempo, y todavía hoy encontramos difamadores de Garibaldi que se afanan en redimensionar en este sentido el mito en lugar de mostrarnos, más legítimamente, el valor de sus posiciones.

En esta óptica queremos replantear una serie de hechos, casi olvidados, que tienen como ingredientes la pensión de Garibaldi, el manifiesto de la Liga de la Democracia, un difamador y su homicidio.

-Pensión de Garibaldi- Sesión de la Cámara de Diputados de 2 diciembre 1874- Diputado Pasquale Stanislao Mancini: "Están esculpidas en el corazón y en la conciencia de todo honesto italiano el papel maravilloso y heroico tomado por Giuseppe Garibaldi en el resurgimiento de Italia, con los servicios desempeñados por él a la gran obra de su independencia y unidad, el espectáculo sublime que desde hace catorce años él ofrece a su patria y al mundo, de una vida de abnegación y de voluntaria pobreza, después de haber tenido a su disposición los tesoros de dos reinos, y en fin, el deber sacrosanto que tiene Italia respecto a sí misma y la propia dignidad de nación, de cumplir absolutamente un acto, digno de quien lo hace y de quien es el objeto, para alejar de sí hasta la apariencia odiosa de ser madre olvidada e ingrata de tantos hijos, y de dejar a las naciones extranjeras el deber de acudir con generosa competencia a demostrar su simpático culto a tal excelso grado de virtud, y a pagar la deuda de honor del pueblo italiano. Estas verdades se sienten, no se demuestran".

Esta intervención resumió todos los matices del debate que iban desde la voluntad de dar un concreto reconocimiento a un padre de la patria hasta la exigencia de no aparecer ingratos delante de la comunidad internacional.

El artículo único del proyecto de ley expresaba: "En testimonio de reconocimiento de la nación italiana al glorioso concurso prestado por el General Garibaldi a la gran obra de su unidad e independencia, se autoriza al Gobierno del Rey a inscribir sobre el Gran Libro de la Deuda Pública del Estado, una renta de 50 mil liras anuales del consolidado 5 por ciento, con vigencia al 1º de enero de 1875 a favor de Giuseppe Garibaldi; y además se le asigna al mismo una pensión anual y vitalicia de otras 50 mil liras con la misma vigencia". El artículo fue votado y tuvo aprobación unánime. Al final de la sesión, sin embargo, el escrutinio secreto sobre el proyecto de ley tuvo, sobre 232 presentes y votantes, 207 votos favorables y 25 contrarios. Era ya una señal: el acordado y manifiesto sentimiento de admiración y reconocimiento hacia Garibaldi, tenía oscuros opositores, cuyo valor y peligrosidad eran ya evidentes en el anonimato.

El proyecto de ley, transmitido al Senado, fue aprobado por éste por 76 votos favorables y 15 contrarios en escrutinio secreto. El texto aprobado se transforma en ley Nº 2520, del 27 de mayo de 1875 "concerniente a una donación nacional al General Garibaldi".

Garibaldi no apreció la iniciativa y la rechazó desdeñosamente. No quería aceptar dinero de quien no se ocupaba de la miseria que oprimía aún a tantos italianos, y no aceptaba ceder a las adulaciones de "este gobierno, cuya misión es empobrecer al pueblo para corromperlo, se busque cómplices en otro lugar". Aceptar una pensión hubiera sido como aceptar aquel gobierno que lo había desilusionado tanto, y probablemente no le gustó en absoluto que la ley tuviese las características de "donación" antes que de legítima retribución.

Los acontecimientos nacionales cambiaron rápidamente, las primeras elecciones de 1876 llevaron la Izquierda al poder. Garibaldi tuvo esperanzas de un cambio y la Izquierda confió en aprovechar su nombre. El Ministro del Interior, Giovanni Nicotera visitó a Garibaldi explicándole que de no aceptar la atribución por ley de las 100.000 liras anuales, éstas irían a la Marquesa Raimondi, oficialmente aún su esposa. Era realmente una extorsión, a la cual se agregaban los reveses económicos de los hijos. El 9 de abril de 1876 escribió a Agostino Depretis que aceptaba la renta y la pensión: "Después que Vittorio Emanuele ha dado nueva y solemne confirmación de su fe en el Estado constitucional cambiando su postura en obediencia al voto del Parlamento, y testimoniando su confianza en Ud. y en otros de mis amigos para el Gobierno del Estado, debe cesar mi repulsión a la aceptación de la donación, que me fue hecha con espontánea generosidad por la Nación y el Rey y que me pondrá en grado de llevar adelante en pro de Roma los pagos de los trabajos del Tevere. Y concluía la carta con la esperanza de un regalo más grande: "Que Italia bien

gobernada proceda siempre mejorando en las condiciones de moralidad, de libertad y de público bien". Pero si el gesto le pareció entonces legítimo, confiando en el "buen gobierno" de la Izquierda instalado desde hacía apenas dos semanas, debió retractarse rápidamente. Después de poco más de un año escribía: "Los hombres que gobiernan Italia tienen una cualidad trascendente: la obstinación en el mal". Y seguidamente no ahorró críticas, pero era hombre habituado a resolver problemas, no a llorar sobre ellos, y continuó su lucha política por el triunfo de la democracia.

-El Manifiesto de La Liga de la Democracia- Garibaldi, desilusionado de las últimas esperanzas puestas en la llegada de la Izquierda, buscó dar concreción al proyecto de una Liga de la Democracia, en cuyos ideales se había siempre inspirado, y hacia los cuales en el pasado también la Corona había sido preciosa aliada. La Liga de la Democracia nació el 21 de abril de 1879; el objetivo final era la "democracia republicana y parlamentaria", los primeros pasos a cumplir: la revisión del Estado, el sufragio universal para una real representación parlamentaria, la abolición del juramento. El programa era de gran denuncia y sentaba las bases para una sustancial transformación del Estado. El manifiesto, dirigido "A los Italianos" fue publicado el 26 de abril. El documento se cerraba en pleno estilo garibaldino: "Dado que la Liga de la Democracia asume circunscribir su trabajo dentro de los términos del derecho y con medios pacíficos, advierte a quien gobierna Italia que, en caso de que tal derecho sea negado o impedido, o en cualquier modo disminuido, la responsabilidad ante la nación y la historia será toda suya, si para la tutela o para la reconquista de aquel derecho, la Liga de la Democracia, con conciencia de la legítima defensa, acudiera a otros medios diferentes a aquellos que se han prefijado". Era un lenguaje frecuentemente usado por Garibaldi para demostrar su determinación. No pensaba ciertamente en una revolución; era, como escribe Sacerdote, "el hombre de la realidad y de la posibilidad". Su aspiración, como escribe el biógrafo citado, era una "república por evolución, no por revolución".

"En la bandera de la Liga de la Democracia está escrito propiamente, como aspiraciones, Libertad y Justicia. Y estas palabras, como sintetizan todo su programa, satisfacen realmente todos nuestros legítimos deseos". Así se dirigía a un grupo de mujeres el 2 de agosto de 1879, pensando en su emancipación y convencido que la democracia no podría existir mientras que "una mitad del género humano sea esclava de la otra mitad".

La Liga logró reunir muchas fuerzas dispersas, comprendidos numerosos huérfanos mazzinianos, y sentar las bases para un proyecto, sobre el cual ha invertido la República Italiana, aún no cumplido.

-Un difamador- Poco después de la publicación del Manifiesto de la Liga de la Democracia, salió un opúsculo titulado *Garibaldi el ingrato- Compilación Fúnebre por FE.GIO.GI*, que en el curso de 1879 tuvo tres ediciones: la primera fue publicada

en Roma y las siguientes en Florencia. El autor se mantenía anónimo detrás de una sigla que era el inicio del nombre Giovanni Gino Ferenzona. Poco se sabe de este hombre, nacido el 1º de junio de 1849, condenado por estafa por el Tribunal de Padua, su verdadero nombre era Giovanni Antonio Dal Molin, y parece que hubiese asumido luego aquél de un custodia de la cárcel donde había estado recluso.

Garibaldi el ingrato era el primer trabajo con pretensiones políticas de Ferenzona. El autor dedicaba el primer capítulo al Manifiesto de Garibaldi y así lo describía: "El héroe de los dos mundos, el día veintiséis de abril del año mil ochocientos setenta y nueve, aproximadamente dieciséis meses después de la muerte del Padre de la Patria, en el nombre del cual Giuseppe Garibaldi pudo ser ilustre y hacerse una fortuna combatiendo por la independencia y unidad de Italia, publicaba un manifiesto a los italianos, con el cual amenaza a los Reyes de Savoia, a los ministros responsables y a las dos ramas del Parlamento, e incita a la rebelión a los súbditos del Reino de Italia".

El elemento sobre el cual parece irritarse más el libelista y que considera el principal signo de ingratitud es el hecho que, a su entender, Garibaldi y su familia se hayan enriquecido gracias a la generosidad del soberano: "Nos duele ver a Garibaldi firmar de su puño, la patente de asno en derecho constitucional. El ingrato que recrimina al Rey la lista civil, mientras él goza de una pensión más pingüe y grande que la gozada por S.M., no entiende, porque no estudió, el arte de gobernar". Bastaría esto último para hacer comprender la mala fe del autor.

Las reacciones al opúsculo que acusa a Garibaldi de ingratitud, de falta de carácter y de honestidad política, de deslealtad, de ignorancia, de querer hacer caer el Gobierno y de fomentar una guerra civil, fueron enormes.

Ferenzona, tal vez incitado por las múltiples reacciones a su primer trabajo, retomó la pluma para un más largo y articulado trabajo, que anunciaba otros sucesivos, titulado *Garibaldi político*. El autor comienza con un Preludio donde se elogia a sí mismo. El segundo capítulo, *Polémica*, responde a las voces que se habían levantado sobre el precedente trabajo. Está convencido que el mito de Garibaldi está ligado al hecho que muchas noticias habían sido construidas en torno al héroe pero nadie conocía la verdad: "La máscara cae cuando la persona se conoce". Con el único objetivo de desacreditar a Garibaldi, Ferenzona dedica un capítulo entero al "estado de servicio parlamentario", yendo a examinar todas las elecciones, votos obtenidos, los balotajes, las opciones, para demostrar que no tuvo consenso popular y que no conocía las reglas parlamentarias.

-El homicidio- El caso de Ferenzona, que tanto odio había desencadenado, terminó en sangre, en Livorno, la tarde del 19 de abril de 1880. El homicidio se produce en las proximidades de la plaza de Cavour, con un puñal de 20 centímetros de hoja, que le ocasionó una profunda herida en la parte derecha del pecho.

El 26 de abril La Nazione reporta que fueron llevados a la cárcel varios

republicanos. Los sospechosos pertenecían a la "Liga Democrática", a la "Fraternidad artesana" y a la "Masonería". El proceso se cumplió en Lucca, pero no se presentaron testigos, por lo que los imputados fueron absueltos. En la defensa de los imputados actuaron abogados de primerísimo nivel.

El veredicto fue escuchado en silencio, pero fuera del Tribunal, y entre Lucca y Livorno, una multitud inmensa se reunió para aplaudir a los liberados, agitar pañuelos, vivir, lanzar flores y no faltó tampoco la banda musical.

Sobre el proceso faltaba todavía la última palabra, que aún en los años treinta se discutía sobre el porqué no habían sido descubiertos los culpables.

Cuando Garibaldi supo del homicidio de Ferenzone, el 20 de abril, el día mismo de la muerte, se dirigió a su amigo Giuseppe Bandi, en Livorno, con las palabras: "Encabece una recolección de fondos para los huérfanos del autor del *Garibaldi ingrato*, firmando cien liras por mí. General Garibaldi".

El complicado proceso se había iniciado con el voto del Parlamento para una pensión al héroe de los Dos Mundos, un acto debido, pero también un modo de saldar una deuda de honor, y era seguido con la desilusión de Garibaldi por la actividad de Gobierno de la Izquierda, que lo había llevado a fundar la Liga de la Democracia. El odio de los facciosos, por otra parte anónimo, se había desencadenado en la prensa, dando origen a una campaña de venenos, terminada nada menos que con un homicidio. La conclusión del proceso con la plena absolución de todos los imputados y el júbilo de la multitud que aplaudía, de hecho, la violencia y el asesinato, eran una ulterior prueba de la degeneración del conflicto político y denunciaban un clima de inestabilidad. Quedaba por encima de las partes sólo Garibaldi, "tolerante por naturaleza", como él mismo se definía, que con su generosidad hacia la familia del muerto, demostraba una vez más tener fe en la enseñanza saintsimoniana, que así resumía: "El amor al prójimo, el sentido generoso de la mutua benevolencia, las leyes inmutables del derecho y de la justicia".



La batalla de Calatafimi - Sicilia

I MILLE NEL 150° ANNIVERSARIO

Giampaolo Colella

Il 7 Maggio 1860 Cavour telegrafava al capitano Alessandro D'Aste, comandante della pirofregata sarda "Governolo" alla fonda nel porto di Palermo, per informarlo che "... *Avantieri notte partirono illegalmente da Genova i due piroscafi "Piemonte" e "Lombardo" della Società Rubattino e C., avendo a bordo il Gen. Garibaldi ed un numero di individui intenzionati, a quanto credesi, di recarsi in Sicilia. (...) Ella dovrà rimanere estranea a tutto quanto può riferirsi allo scopo del loro sbarco, né prendervi la menoma ingerenza*" ⁽¹⁾.

Iniziava così quella che è passata alla storia come "la spedizione dei Mille" di cui quest'anno ricorre il 150° anniversario. Poiché fiumi d'inchiostro sono stati scritti, pro e contro lo storico evento, che è alla base della nascita dello stato italiano, è assai difficile poter dire qualcosa di nuovo o di meno banale.

Ritengo quindi, in questa circostanza, più che soffermarmi sui fatti d'arme, sulle grandi trame politico-diplomatiche che portarono alla formazione del regno d'Italia, esaminare con un rinnovato interesse critico taluni momenti drammatici vissuti dall'artefice dell'impresa, Giuseppe Garibaldi, combattuto da opposti sentimenti, coinvolto da intrighi orditi da personaggi ambiziosi e spregiudicati, pronti a sfruttare a proprio favore, sia la sua vittoria, sia la sua sconfitta. Vittoria e sconfitta che, alla fine della sua impresa troveremo egualmente presenti, come presenti lo sono sempre le esaltazioni e le offese perché questo è il destino dei grandi.

Il generale rivoluzionario aveva di fronte un Conte di Cavour dal quale tutto lo divideva: casato, cultura, carattere, ideali politici. Con re Vittorio Emanuele, nonostante nascita e fede politica li separassero, si intendevano meglio per la semplicità dei gusti e per una certa vocazione alla cospirazione. Con Mazzini aveva in comune l'ideale repubblicano, ma diversi erano il carattere, la cultura e la visione pratica delle cose. Accanto a questi grandi protagonisti del Risorgimento si mossero altri personaggi che la Storia definisce minori, ma che a volte furono assai incisivi e pertanto meritano maggiore attenzione in alcuni casi, per lo meno, maggior rispetto: mi riferisco in particolare a Francesco II di Borbone, il re tradito da tutti.

Un'atmosfera drammaticamente surreale avvolge quindi la spedizione dei Mille: sublimi passioni e una fede esaltata a volte, si intrecciano con invidie, intrighi,

meschinità e menzogne che rendono appassionante, ma spesso difficile, seguire e interpretare gli eventi.

Anche la genesi della spedizione è oggetto di controversie. Sappiamo con certezza che gli organizzatori più diretti furono i siciliani Francesco Crispi, Rosolino Pilo e Antonio Corrao. Ma alcuni autori ritengono che la prima idea l'ebbe Giuseppe Mazzini. Effettivamente nel 1854 Mazzini incontrò Garibaldi a Londra e gli propose di guidare un moto insurrezionale in Sicilia, ma ne ebbe un rifiuto⁽²⁾. Garibaldi e Mazzini non erano fatti certamente per andare d'accordo; durante la difesa della Repubblica Romana del 1849 la loro diversità di vedute si era messa in evidenza. Garibaldi aveva sconfitto due volte le truppe accorse in difesa del Papa, sia quelle francesi sotto Roma, sia quelle napoletane a Velletri e in entrambi i casi volle inseguirle per sbaragliarle e dare a quelle vittorie un peso determinante. Ma venne sempre fermato da Mazzini per motivi idealistici che a lui, poco incline ad astratte speculazioni, riuscivano incomprensibili. A cinque anni di distanza da quei fatti, una valutazione militare e politica della situazione della Sicilia gli diceva che i tempi non erano maturi; e non sbagliava.

Ma negli ultimi mesi del 1859 quella situazione era mutata: c'era stata la II Guerra d'Indipendenza finita con l'improvviso armistizio di Villafranca che aveva permesso l'annessione della Lombardia ma non quella del Veneto. La Toscana, Parma e Modena si erano sollevate e avevano cacciato i duchi, e la Romagna si era affrancata dallo Stato della Chiesa. Per questi motivi la Sicilia era in fermento e ora un moto insurrezionale poteva avere qualche possibilità di successo. Era appunto il lavoro che segretamente tessavano Crispi e i suoi amici mazziniani; essi, in un primo tempo, non ne fecero parola a Garibaldi nel timore che questi ne parlasse a Vittorio Emanuele. Timore giustificato perché il Re, amante della cospirazione, come ho detto, e propenso a svolgere una sua azione politica indipendente e parallela a quella del Governo, con le sue eventuali iniziative, avrebbe potuto mettere in allarme le cancellerie straniere e compromettere così l'esito dell'insurrezione⁽³⁾.

Nel mese di settembre del 1859 i profughi siciliani pregarono Garibaldi di guidare una rivolta nel Sud, ma la risposta fu nuovamente negativa: i tempi non gli sembravano ancora maturi. Poi, il 24 febbraio 1860, Rosolino Pilo annunciò a Garibaldi la sua intenzione di partire per la Sicilia per fomentare la sommossa. Questa volta la risposta ebbe un altro tono: Garibaldi riteneva ancora il momento scelto poco propizio, tuttavia dava istruzioni per procurarsi le armi e tenersi pronti, e indicava chiaramente a Rosolino Pilo l'indirizzo politico da dare all'iniziativa: “*In caso d'azione, sovvenitevi che il programma è: Italia e Vittorio Emanuele*”⁽⁴⁾.

Il 4 aprile scoppiava a Palermo la rivolta e si propagava in più punti nelle province⁽⁵⁾. All'annuncio, Garibaldi si diresse a Genova per trasferirsi in seguito nel vicino villaggio di Quarto e si insediò a Villa Spinola, una proprietà dell'amico Augusto Vecchj, per dirigere i preparativi della spedizione. Ma le notizie sull'esito della rivolta popolare

giungevano sul continente con estremo ritardo perché i rivoltosi non potevano disporre del telegrafo. Via mare, in oltre un mese, pervennero solo rari messaggi dai contenuti contrastanti; poi, il 26 aprile, Nicola Fabrizi trasmetteva da Malta un dispaccio in codice che così messo in chiaro: " *Completo insuccesso nella città di Palermo e nelle province. Molti profughi raccolti dalle navi inglesi giunti a Malta: non muovetevi*". Era dunque la fine del sogno. Ma il giorno dopo un nuovo messaggio cifrato chiariva: " *L'insurrezione, vinta nella città di Palermo, si sostiene nelle province. Notizie raccolte da profughi giunti a Malta su navi inglesi.*" Come spiegare i due messaggi? Testimoni e studiosi ci offrono interpretazioni diverse. Secondo una prima ipotesi il dispaccio, fu mal decrittato, quindi la seconda versione sarebbe soltanto la sua correzione. La seconda ipotesi ritiene che non vi fu alcun errore di decrittazione: il secondo testo pertanto sarebbe un "falso" realizzato ad arte da Francesco Crispi per indurre Garibaldi all'azione⁽⁶⁾. Sta di fatto che a quell'annuncio l'Eroe di Montevideo - come all'epoca era ancora chiamato Garibaldi - dette l'ordine di affrettare i preparativi e il 5 maggio la spedizione si imbarcò da Quarto, per salpare all'alba del giorno 6.

Ma prima di partire scrisse alcune lettere a taluni amici ed una a re Vittorio Emanuele. In questa, che porta la data del 2 maggio, dopo aver affermato: " *Io non ho consigliato il moto insurrezionale dei miei fratelli di Sicilia; ma dal momento che si sono sollevati a nome dell'Unità d'Italia, di cui Vostra Maestà è la personificazione, (...) non ho esitato di mettermi alla testa della spedizione.*" Riprendeva la frase programmatica già enunciata nella lettera a Rosolino Pilo " *Il nostro grido di guerra sarà sempre: "Viva l'Unità d'Italia! Viva Vittorio Emanuele suo primo e bravo soldato!" Se riusciamo sarò superbo di ornare la corona di Vostra Maestà di questo nuovo e brillantissimo gioiello. Io non ho partecipato al mio progetto a Vostra Maestà temendo infatti che per la reverenza che le professo non riuscisse a persuadermi d'abbandonarlo*"⁽⁷⁾. Le lettere scritte agli amici contengono, sia pure con parole diverse, alcune frasi scritte anche al Re; cito solo quella indirizzata lo stesso giorno 5 maggio a B. Caranti, nella quale ripete: " *E' quasi certo che partiamo questa sera per il Mezzogiorno (...) Io non consigliai il moto della Sicilia ma credetti dover concorrere ove italiani combattono oppressori (...) Il nostro grido di battaglia sarà Vittorio Emanuele e l'Italia. Io assumo la responsabilità dell'impresa e non ho voluto scrivere al Re né vederlo perché naturalmente mi avrebbe vietato di fare*"⁽⁸⁾.

Che Garibaldi non avesse informato Vittorio Emanuele dei suoi propositi è in parte falso; qualche mese prima della partenza, quando si era ancora in una fase di programmazione di massima, aveva chiesto addirittura, oltre alle armi necessarie, il concorso di un reggimento di truppe regolari. La richiesta venne naturalmente respinta: passi per le armi, ma soldati dell'esercito Sardo, sia pure in borghese, avrebbero compromesso gravemente il governo del re⁽⁹⁾. Garibaldi quando afferma di non aver informato il re si riferisce solo alla data della partenza, ma allo stesso tempo ci tiene a

chiarire due cose. Destinazione: la Sicilia e non lo Stato della Chiesa. Il programma politico: l'Unità d'Italia sotto lo stendardo dei Savoia.

A queste dichiarazioni programmatiche Cavour ci credette poco e rimase scettico fino all'ultimo. Ma cosa temeva il primo ministro? Temeva che dietro Garibaldi, vi fosse sempre l'ombra di Mazzini e dei repubblicani, pronti a creare una repubblica del sud. V'era il timore che un Garibaldi lasciato a se stesso, giunto a Napoli, non si fermasse sul fiume Volturno, ma addirittura superasse il confine del Garigliano e penetrasse nello Stato Pontificio per conquistare Roma. In entrambi i casi le potenze straniere avrebbero potuto prendere dei provvedimenti: la Francia, ove fortissimo era il partito clericale, per l'aggressione al Papa, e un po' tutte le altre (Inghilterra compresa) perché a quei tempi, "repubblica" era sinonimo di rivoluzione e sovversione. Lo avevano dimostrato i moti del 1820 e del 1848, due scintille scoccate l'una in Spagna e l'altra in Francia e dalle quali una fiammata rivoluzionaria si era estesa poi in buona parte dell'Europa.

Altro punto controverso è il numero e la composizione dei volontari. Secondo una lista compilata dal Ministero della Guerra e pubblicata nella Gazzetta Ufficiale nel 1878, a Marsala sarebbero sbarcati in 1086. In quanto alla provenienza la maggioranza (circa tre quarti) erano settentrionali con prevalenza di lombardi mentre una cinquantina erano i siciliani. Più interessante, ma più arduo desumere la componente sociale: una metà erano professionisti (avvocati, notai, medici, farmacisti, ingegneri, ecc) l'altra metà era composta da commercianti e artigiani. Gli operai si contavano con le dita di una mano e lo stesso vale per i contadini, ma questo non deve meravigliare perché solo alla fine del secolo il seme della rivoluzione, piantato dalla borghesia, avrebbe fatto germogliare la pianta dei movimenti proletari. In nota il lettore paziente troverà altri dati e considerazioni che forse lo interesseranno ⁽¹⁰⁾.

Dopo la partenza da Quarto la spedizione, il giorno 7, fece sosta a Talamone per rifornirsi di armi e munizioni e per sbarcare una sessantina di uomini che, sotto la guida di Callimaco Zambianchi avrebbero dovuto svolgere azioni di disturbo lungo la frontiera dello Stato Pontificio per ingannare i borbonici. Non fu quello un episodio determinante per la spedizione dei Mille, ma ritengo doveroso ricordare Zambianchi in questa Rivista in quanto, emigrato in Uruguay nel 1843, si unì a Garibaldi e partecipò bene nella Legione Italiana alla difesa di Montevideo. Poi alla notizia dell'insurrezione di Milano del 1848, si imbarcò con altri sulla nave *Speranza* e seguì Garibaldi nella campagna della I Guerra d'Indipendenza del 1848 e poi a Roma nel 1849 ⁽¹¹⁾.

Cavour, a scongiurare le eventuali proteste della Francia per aver lasciato partire i rivoluzionari da Quarto, dette ordini all'ammiraglio Carlo Pellion conte di Persano di tener d'occhio le navi di Garibaldi, ma di non intercettarle fintanto naviganti in acque internazionali, invece dava istruzioni tassative alle autorità Sarde affinché, qualora il generale fosse sbarcato nell'isola, venisse arrestato. Ma il Conte sapeva che Garibaldi non avrebbe mai messo piede nell'isola ove non aveva nulla da fare.

Garibaldi eluse la sorveglianza del Persano (o questi manovrò per non incontrarlo) e l'11 maggio sbarcò a Marsala. Sono note le polemiche su questo sbarco, tanto discusso, per via della presenza di due navi inglesi in quel porto che si sarebbero interposte tra le navi borboniche, che sopraggiungevano in quel momento, e i garibaldini che già prendevano terra. In realtà le navi britanniche erano alla fonda, cioè ferme, perché caricavano casse di vino Marsala prodotto dalle fabbriche inglesi Ingham e Woodhouse. Furono invece le navi napoletane che manovrarono, ma assai maldestramente, come maldestro fu il loro tardivo cannoneggiamento che fece un solo ferito tra i garibaldini. Questi correvano astutamente lungo i depositi del vino sui quali sventolava la bandiera della regina Vittoria ed i napoletani non se la sentirono di aggiustare il tiro sui garibaldini con il rischio di fare una strage di bottiglie di vino pregiato e creare un incidente diplomatico con sua maestà britannica.

All'annuncio dello sbarco, Spagna, Austria, Russia e Prussia protestarono presso il Governo Sardo per il debole, se non complice, atteggiamento nei confronti dei garibaldini. La Francia si limitò a esprimere preoccupazione, mentre l'ambasciatore Costantino Nigra da Parigi rassicurava Cavour che: *"L'Imperatore ha dato istruzioni alla stampa di non dire troppo male di Garibaldi"* ⁽¹²⁾. Cavour inoltre, in data 18 maggio, correva ai ripari e faceva inserire nella Gazzetta Ufficiale di Torino una nota ufficiale nella quale smentiva ogni complicità del Governo del Re con l'iniziativa di Garibaldi che, anzi, si era cercato di prevenire. Che allo scopo di impedirla era stato dato ordine alla flotta di intercettare le navi, manovra non riuscita, come non era riuscita neppure alla squadra napoletana, inviata in Sicilia per impedire lo sbarco dei rivoluzionari. E concludeva affermando che il Governo conosceva i propri doveri per quanto concerne il mantenimento della sicurezza.

A questo punto apro una parentesi: molti studiosi, specialmente recenti, considerano "inspiegabile" il fatto che Garibaldi abbia eluso le navi napoletane tanto a Marsala quanto al momento del passaggio dello stretto di Messina, avendo di fronte quella che molti consideravano la terza potenza navale del mondo, e che abbia sbaragliato un esercito assai superiore per numero e addestramento alle sue schiere raccogliuticce. Lasciamo stare per ora l'esercito che sappiamo essere stato già battuto da Garibaldi a Velletri e che aveva la sua unica forza nei mercenari svizzeri. Occupiamoci della Marina: è vero che essa era grande per numero di navi e per tonnellaggio totale, ma questi dati statistici non bastano a promuoverla al rango di terza potenza mondiale. Non si era mai misurata in una battaglia navale; Francesco II, allorché protestò per l'aggressione subita, si vantò che la sua dinastia non aveva mai dichiarato guerra a nessuno, senz'altro un motivo di legittimo vanto in un mondo lacerato da guerre e rivoluzioni. Ma è pur vero che la sua Marina aveva un solo precedente: nel 1828, falliti i negoziati con il Bey di Tripoli per porre fine alle scorrerie dei pirati che ancora infestavano il Mediterraneo, Francesco I incaricò alla flotta napoletana di compiere un'azione di forza sotto le coste libiche in prossimità dei cavi barbareschi. La

dimostrazione napoletana mirava, se non proprio a distruggere i pirati, almeno ad intimorirli. Ma, appena iniziata l'azione, scoppiò una tempesta e la flotta decise di ritirarsi in acque più sicure e poi rientrò a Napoli. I più alti esponenti della Marina vennero messi sotto inchiesta e alcuni di loro destituiti; da quel giorno i legni napoletani non presero più alcuna iniziativa ⁽¹³⁾. La verità è quindi un'altra: ai grandi numeri statistici non corrispondeva un'altrettanta grande capacità militare.

Garibaldi, giunto a Salemi il 14 maggio, con un decreto dichiarava di assumere la "*Dittatura in nome di Vittorio Emanuele, Re d'Italia*". La "dittatura" di Garibaldi era quella dell'antica Roma, allorché, nei momenti di pericolo, tutto il potere militare e civile veniva concentrato nelle mani di una sola persona, poteri che si rimettevano poi al Senato una volta che il pericolo fosse cessato. Ma riaffermava anche in terra siciliana il programma unitario nel nome dei Savoia. Tuttavia, Cavour continuava ancora a non fidarsi. Il 15 maggio, a Calatafimi, avvenne il primo scontro con le truppe borboniche del Generale Landi. Dal punto di vista militare, si tratta di una piccola battaglia, ma dall'effetto psicologico dirompente. E infatti da quel momento si moltiplicheranno le schiere di "picciotti", le "bande", come venivano chiamate in gergo, che si univano ai Mille per combattere contro i Borboni che i siciliani, tenacemente afferrati ai loro sentimenti secessionisti, chiamavano con disprezzo "i napoletani". Provenivano quasi tutti dalle campagne e questa fu la grande novità della spedizione, raramente messa in risalto dagli studiosi. Per la prima volta, nelle guerre dell'Italia, si vide, oltre agli studenti ed ai borghesi, una chiara partecipazione di contadini alla lotta per la libertà; il proletariato, come classe sociale, cominciò a prendere coscienza di sé in Sicilia. Al passaggio dello stretto i Mille saranno già 10.000 siciliani più altri 6000 volontari provenienti da più regioni del continente. E sia ben chiaro che all'epoca i "picciotti" non avevano il significato odierno, né le bande al servizio di potenti, sia nobili, sia borghesi, avevano le caratteristiche tipiche della mafia come la si conoscerà alla fine del XIX secolo.

Quindi, tra il 27 e il 30 maggio, Garibaldi attaccava ed occupava Palermo. A chi afferma che non si trattò di vera lotta ricordo che negli scontri rimasero feriti Benedetto Cairoli, Stefano Canzio (che sposerà l'anno dopo la figlia di Garibaldi, Teresita) e Nino Bixio, mentre Lajos Tukory, il comandante dei volontari ungheresi, vi trovò la morte. Tutti garibaldini di spicco, in particolare Benedetto Cairoli che sarà, anni dopo, Presidente del Consiglio dal 1879 al 1881.

A Palermo cominciarono i veri problemi per Garibaldi. Cavour cercava di tenere sotto controllo la situazione: gli inviavano dispacci sugli avvenimenti il Console sardo Gaetano Rocca e, quale suo agente fidato, il capitano Alessandro Amerio D'Aste già citato. Ma poi venne mandato a fare la spola tra Napoli e Palermo lo stesso comandante della flotta, l'ammiraglio Carlo Persano. Ma Cavour fece ancora di più: inviò subito nell'isola Giuseppe La Farina, siciliano di provata fiducia per il modo come aveva gestito le annessioni della Toscana e dell'Emilia. L'incarico affidatogli era perentorio:

far proclamare immediatamente l'annessione della Sicilia al Piemonte. Ma La Farina non era l'uomo più indicato da affiancare a Garibaldi perché un profondo solco, inspiegabilmente sfuggito a Cavour, li divideva. La Farina era stato un deciso sostenitore della cessione di Nizza alla Francia: Garibaldi, lui nizzardo, che vi si era opposto in tutti i modi, per non divenire - come ebbe a dire - "straniero in patria", non glielo perdonò mai. Poi La Farina ci mise dell'altro: appena sbarcato il 7 giugno, si dedicò a criticare tutto l'operato politico di Crispi. Questi, ex mazziniano, principale organizzatore della spedizione, godeva della piena fiducia di Garibaldi. La Farina non cessava di metterlo in cattiva luce e spediva regolarmente dispacci a Cavour insinuando il sospetto che a Palermo si stesse tramando per proclamare la repubblica. Nel contempo non mancava di insistere presso il Generale affinché, senza promuovere alcun plebiscito, ma avvalendosi delle sue prerogative di Dittatore, decretasse subito l'annessione al Piemonte. Garibaldi fu irremovibile: il primo obiettivo doveva essere la completa liberazione del regno delle Due Sicilie dai Borboni, poi si poteva pensare al referendum per l'unione del Meridione al nuovo Regno d'Italia. Garibaldi ragionava da militare: la guerra è guerra, ha le sue priorità e le questioni politico-amministrative vanno risolte in seguito. La Farina pregò, minacciò, intrigò poi, il 7 luglio, il Dittatore lo espulse dalla Sicilia: caricato di peso sulla "*Maria Adelaide*", la stessa nave del Persano dalla quale era sbarcato un mese prima. Cavour ritenne il trattamento riservato al suo emissario come un affronto personale e sembra che abbia inveito contro il capo dei Mille definendolo "*un selvaggio*"⁽¹⁴⁾. A questo punto il Conte, sempre più diffidente nei confronti di Garibaldi, il 14 luglio, telegrafava all'ammiraglio Persano: "*....conviene impedire ad ogni costo che Garibaldi passi sul continente da un lato, e dall'altro (bisogna) promuovere un moto a Napoli*". Garibaldi andava fermato. Fermato sì, ma non troppo. Questo fu l'ambiguo gioco costante di Cavour nei confronti del generale. Il Primo Ministro del Re intendeva solo mantenersi in un'ambigua posizione d'attesa che gli permettesse di sfruttare l'esito di quella spedizione, qualunque esso fosse: il successo di Garibaldi o la sua sconfitta.

Intanto i tempi incalzavano: il 20 luglio Garibaldi otteneva una sanguinosa ma importantissima vittoria a Milazzo che gli spianava la strada per Messina da dove avrebbe preparato il passaggio dello stretto per portarsi nel continente. La situazione cambiava e con essa i rischi, non tanto per Garibaldi, ma piuttosto per Cavour.

E' il momento di gettare uno sguardo ora su un carteggio, in massima parte pubblico ma in parte anche segreto: quello tra Vittorio Emanuele e Garibaldi. Ne viene fuori, per l'appassionato di storia, e spero anche per il lettore, un interessantissimo "gioco delle parti" fra il Re, il Ministro e il Generale, fatto di passioni, di inganni, di astuzie: mi limiterò all'essenziale.

Il 26 luglio sulla nave dell'ammiraglio Persano saliva il conte Giulio Litta Modignani, ufficiale d'ordinanza del Re, latore di due lettere: l'una di Sua Maestà per Garibaldi, l'altra di Cavour per l'Ammiraglio.

Nella lettera al Persano il Cavour scriveva: *"S.M. ha creduto dover aderire alle istanze che da ogni parte gli vennero fatte invitando il generale Garibaldi a non passare sul continente."* Cavour quindi lascia intendere all'Ammiraglio che fu lui a suggerire la lettera del Re a Garibaldi, poi ripete le sue raccomandazioni già impartite: *"E' importante che i R.R. legni (le navi sarde) si tengano lontani dai luoghi dove si combatte. Più la crisi si avvicina, maggiore è la necessità di circospezione"*. Quindi aggiunge *"Fece e farà ottimamente conservando col Generale Dittatore ottime relazioni. La consiglio però a non confidare senza riserve in lui (...) è sincero nel suo affetto pel Re, ma lo ama a modo suo. Vuole unificare l'Italia e ciò sta bene: ma temo che intenda adoperare mezzi assai pericolosi"*. La lettera contiene una sintesi efficace del pensiero del Primo Ministro, ma vediamo ora quale era il tenore della lettera che Vittorio Emanuele inviava al Generale e che il Litta gli consegnò a Milazzo. *"Caro Generale, Lei sa che allorquando Ella partì per la spedizione di Sicilia non ebbe la mia approvazione. Ora mi risolvo a darle un suggerimento nei gravi momenti attuali, conoscendo la sincerità dei suoi sentimenti verso di me. Per cessare la guerra tra italiani e italiani io La consiglio a rinunciare di passare con la sua valorosa truppa sul continente napoletano (.....) Generale, ponderi il mio consiglio, e vedrà che è utile all'Italia, verso la quale Ella può accrescere i suoi meriti, mostrando all'Europa che, come sa vincere, così sa fare buon uso della vittoria"* (15). Molti studiosi ritengono che fu Cavour a suggerire al Re quella lettera destinata ad essere resa pubblica allo scopo di dimostrare l'estraneità del Governo e della Corona alla spedizione. Ciò era vero solo in parte perché c'era dell'altro.

Nel 1909 il colonnello Domenico Guerrini, nello svolgere alcune ricerche nel fondo archivistico del conte Giulio Litta Modignani, rinveniva, accanto a una copia della lettera che Vittorio Emanuele aveva indirizzato a Garibaldi, un appunto scritto su carta non intestata, il cui testo (grammatica e sintassi sono un po' traballanti) recita integralmente come segue: *"Ora dopo avere scritto da Re, V. E. (leggi: "Vittorio Emanuele") Le suggerisce di risponderle presso a poco in questo senso che so già essere il Suo. (grossa riga separatoria) Dire che il Generale è pieno di devozione e riverenza pel Re, che vorrebbe potere seguire i suoi consigli ma che i suoi doveri verso l'Italia non li (sic) permettono di impegnarsi a non soccorrere i Napoletani quando questi facessero appello al suo braccio per liberarli da un Governo nel quale gli uomini leali ed i buoni Italiani non possono avere fiducia. Non potere dunque aderire ai desiderj del Re volendosi riservare piena la sua libertà d'azione. (e in basso) Al Dittatore Generale Garibaldi"*

Si tratta di un pro-memoria senza firma nel quale gli esperti hanno riconosciuto la calligrafia del Re. Il Litta doveva usarlo per esporre a Garibaldi il pensiero del Re e la risposta che egli stesso suggeriva di dare. Il biglietto non era destinato al Generale: poteva essergli dato in visione, ma non consegnato. Infatti non fu trovato neppure in copia tra le carte di Garibaldi. Venne pubblicato dal Guerrini sulla rivista storica *"Il*

Risorgimento Italiano, fascicolo 1°, 1909 in un articolo dal titolo *“La missione del conte Giulio Litta Modiniani in Sicilia (1860)”*. E' la chiara prova di quella politica parallela che il Re faceva spesso in contrasto con il suo Governo. In altre parole meno protocollari Vittorio Emanuele faceva sapere all'amico Garibaldi che la lettera “ufficiale”, gli era stata suggerita da Cavour, che aveva dovuto firmarla per la ragion di stato, ma che l'uomo Vittorio Emanuele, non la condivideva. Quindi, da una parte lasciava libero l'amico di procedere secondo i propri piani, e dall'altra lo pregava di salvare le apparenze, scrivendo una bella lettera al Re con la quale si assumeva tutte le responsabilità della propria iniziativa, lettera destinata anche questa a fare il giro delle cancellerie dei paesi che contavano. Un'intesa da cospiratori, da rivoluzionari. E infatti il 27 del mese Garibaldi scriveva: *“La M.V. sa il profondo rispetto e la devozione che ho per Lei, ma lo stato attuale dell'Italia non mi permette di obbedirle come vorrei (....) Permettetemi dunque questa volta, Sire, di disobbedirvi. Allorché avrò adempiuto il mio compito e liberate le popolazioni dal giogo detestato, deporrò la mia spada ai vostri piedi e vi obbedirò per il resto della mia vita.”*

Qualche studioso ha dubitato dell'autenticità della nota segreta di Vittorio Emanuele, ma alcuni documenti coevi, fuggano ogni dubbio. Il 22 luglio, quindi un giorno prima della data della lettera (e del foglietto) del Re, il ministro dell'Interno Luigi Carlo Farini, affidava allo stesso Litta, una lettera indirizzata ad Agostino Depretis, Prodittatore della Sicilia, cioè il vice di Garibaldi, nella quale, accennando alla lettera del Re per il Generale, aggiungeva: *“Il Conte (Litta) vi darà confidenziale lettura di un foglio annesso a quella (lettera)”* ⁽¹⁶⁾. Inoltre il deputato Luigi Rava rinveniva nell'Archivio del ministro Luigi Carlo Farini una nota di Garibaldi a Vittorio Emanuele datata da Messina il 30 luglio, nella quale, tra l'altro, così si esprimeva: *“Io penso di passare lo stretto il 15 del venturo mese, piuttosto prima. Avrei bisogno ancora di 10.000 fucili con baionetta. Saluto la M.V. con affetto. G. Garibaldi.”* E, come se non bastasse, su quel foglio, di pugno del Re si legge: *“Caro Farini, vedete di fare il possibile per queste cose richieste dal Generale.”* La nota segreta di Vittorio Emanuele è quindi autentica: Saverio Cilibrizzi giustamente osserva: come avrebbe potuto Garibaldi chiedere armi al Re in seguito alla sola lettera “ufficiale” con la richiesta di non passare lo stretto ⁽¹⁷⁾. Ma la corrispondenza tra il Re e il Generale non si limitò a questi soli scritti; cito anche, per il suo singolare interesse, un biglietto di Vittorio Emanuele, trasmesso per mano del Conte Michele Amari, nel quale il Re ammonisce l'amico generale a *“...non fidarsi che di me e di nessun altro.”* Come a dire: a fare i cospiratori ci siamo solamente noi due. Va da sé che a restar fuori dai giochi doveva essere il conte di Cavour. Non può sorprendere quindi che 40 giorni più tardi, l'11 settembre, Garibaldi si sia rivolto al Re per chiedergli addirittura la testa di Cavour: *“...Io tacqui sino a questo momento tutte le turpi contrarietà da me sofferte da Cavour, Farini, ecc. oggi però che ci avviciniamo allo sviluppo del gran dramma italiano, io*

devo implorare dalla M.V., per il bene della Santa Causa ch'io servo, lo allontanamento di quelli individui. " (18).

A quel punto il conte di Cavour intuì che la partita doveva giocarsi d'azzardo. Cinque giorni dopo Milazzo Cavour telegrafava a Persano: "....non vedo come si potrebbe impedire al generale Garibaldi di passare sul continente. Sarebbe stato meglio che i napoletani iniziassero e compissero l'opera rigeneratrice. Ma poichè non vogliono o non possono muoversi, si lasci fare a Garibaldi. L'impresa non può rimanere a metà" (19). Una virata di bordo di 180 gradi. Se Garibaldi si faceva sempre più pericoloso e non lo si poteva più fermare, il pericolo di un intervento straniero era sempre più possibile, specialmente da parte della Francia. Era infatti di quei giorni la notizia – riferita sempre dall'ambasciatore Nigra – che la Francia avesse rinnovato a Francesco II l'offerta di aiuto e che fosse pronta una bozza di accordo con l'Inghilterra per spedire una flotta congiunta a Palermo e a Napoli per impedire a Garibaldi di attraversare lo stretto di Messina. Cavour corse ai ripari e, tramite l'ambasciatore Hudson, fece conoscere al governo britannico che una eventuale azione concordata delle due potenze, vista la piega che stavano prendendo gli eventi, avrebbe rischiato di trasformarsi in un intervento straniero in una faccenda interna dell'Italia. La mossa diplomatica sortì l'effetto voluto: il governo di Londra fece sapere a quello di Parigi che l'Inghilterra, riaffermando il principio del non intervento "in domestic affairs", si dissociava dall'iniziativa francese e Lord Russell comunicava a Napoleone che "Se la flotta, l'esercito, la popolazione di Napoli sono devoti al Re, allora Garibaldi sarà sconfitto; se per il contrario essi fossero disposti ad abbracciare la causa di Garibaldi, la nostra azione sarebbe un intervento negli affari interni del Regno Napoletano" L'Imperatore non se la sentì di intervenire da solo, né altri paesi erano decisi a impegnarsi per un governo che non aveva mai avuto una politica estera e Francesco II venne così abbandonato al suo destino (20).

Garibaldi attraversò lo stretto nella notte tra il 19 e il 20 agosto e cominciò la sua marcia verso Napoli quasi senza combattere perché fin dal giorno 16 la Lucania era insorta e le truppe regie di stanza in Calabria, prese alle spalle, si sbandavano o si arrendevano. Nel Golfo di Napoli erano all'ancora nuove navi dell'Ammiraglio Persano cariche di armi ma anche di soldati. Le aveva mandate Cavour con i suoi agenti segreti che tentavano disperatamente di far insorgere i napoletani affinché scoppiasse un moto popolare che precedesse l'arrivo di Garibaldi. Fin dal 9 agosto l'Ammiraglio aveva ricevuto da Cavour ordini precisi: "Faccia quanto più (può) per far scoppiare il moto in Napoli prima dell'arrivo del Generale. (...) Ove poi giungesse prima, prenda senza esitazione il comando di tutte le forze navali (borboniche), tanto del continente quanto della Sicilia, andando d'accordo con il Generale: ma anche senza il suo consenso se necessario. Ma poi, il 30 agosto Persano riceveva questo sorprendente messaggio: "Al punto in cui son giunte le cose non occorre più rischiare una rivoluzione in Napoli per far partire il re. Se ne andrà con l'avvicinarsi di Garibaldi col quale bisogna

andare pienamente e francamente d'accordo. S'impadronirsi però sempre dei forti e della flotta, appena potrà farlo, senza aspettare il suo arrivo. Servirà ad agevolargli la strada e ad impedire che la flotta non venga mai data all'Austria". Ecco spiegato il grande interessamento di Cavour alla flotta napoletana. Secondo voci raccolte a Napoli dalle sue spie, si temeva che il governo borbonico avesse concluso, o stesse per concludere, un accordo con l'Austria per cederle la flotta napoletana. Questa avrebbe preso il largo e poi, simulando un pronunciamento, si sarebbe consegnata a qualche nave austriaca con la quale avrebbe avuto un "appuntamento" in mare. Se gli equipaggi napoletani valevano poco, non così la squadra navale, considerata per numero e tonnellaggio la terza flotta del mondo, che contava anche alcune navi moderne a propulsione ad elica. Qualora la flotta Borbonica fosse pervenuta all'Austria l'equilibrio navale del Mediterraneo sarebbe stato nettamente sfavorevole all'Italia. E Cavour sapeva che a Napoli v'era chi poteva spingere il re a tale passo: era la regina, Maria Sofia di Wittelsbach, austro-bavarese di nascita, che esercitava un forte influsso sul marito. L'Austria non era in grado di aiutare il pericolante regno del sud con l'invio di truppe o altro, ma ricevere in "dono" una flotta, questo era possibile, né il Regno di Sardegna avrebbe potuto opporvisi, intercettando la flotta napoletana in mare aperto, senza provocare un gravissimo incidente internazionale. Per tale motivo Cavour, fin dal 1° aprile, così come aveva già fatto con il comandante del "*Governolo*", marchese D'Aste, autorizzava Persano ad "*assicurare gradi e condizioni vantaggiose a coloro che promuovessero un pronunciamento della squadra borbonica in favore della causa italiana*" (21). L'ammiraglio Persano svolse con molto tatto la missione affidatagli e Cavour poteva riprendere fiato: il 3 settembre infatti, l'Ammiraglio lo rassicurava: "*.... L'ufficialità l'abbiamo quasi tutta, pochissime eccezioni, e queste, riluttanti di passare all'Austria*" (22).

Ma è tempo di dare uno sguardo a quanto avveniva nel frattempo a Napoli in particolare nella Reggia e nei palazzi del Governo. Ho accennato al fatto che Francesco II fosse rimasto isolato dalle potenze straniere tradizionalmente amiche dei Borbone, ma la verità più amara è che egli fu tradito dai suoi generali, dalla sua marina, da taluni ministri e anche da alcuni esponenti della sua stessa famiglia.

Un passo indietro. Il conte di Cavour, come già detto, dopo la presa di Palermo, nella prima metà di luglio, cominciò a inviare a Napoli suoi emissari, tra i quali l'avvocato Nicola Nisco con l'incarico di fomentare quel sempre auspicato moto popolare favorevole ai Savoia, da far scoppiare prima dell'arrivo di Garibaldi. (23). Ma il Conte non aveva le idee chiare sulla situazione a Napoli e fece troppo affidamento sulle opinioni dell'avvocato Nisco che si era guadagnata pienamente la sua fiducia. Sul "*Diario*" del Persano, alla data del 30 luglio, viene riportata una lettera di Cavour all'ammiraglio ove leggiamo: "*.... Ella dovrà prendere contatto con il Generale Nunziante e con il Ministro dell'Interno Liborio Romano (....) Ella sarà messo in relazione con questi due personaggi dal Nisco (....) credo che possiamo fare*

affidamento su di loro" e definiva il ministro Romano "vecchio liberale unitario ed onesto", mentre in altro scritto lo considerava: "la miglior testa del regno". Il Conte ignorava del tutto che colui che il Nisco gli aveva dipinto come *uomo onesto* era in realtà, come il medesimo Liborio Romano ci fa leggere nelle sue "Memorie politiche", fortemente colluso con un'associazione di galantuomini chiamata Camorra, di cui a Torino nulla si sapeva. La Camorra, a differenza della Mafia, che ancora non aveva quel nome, esisteva già con strutture e organizzazione ai margini della legge assai vicine a quelle che avrà, meglio sviluppate, 20 anni più tardi.

Intanto l'opera di persuasione svolta dagli emissari di Cavour, affinché militari e funzionari dello stato aderissero al costituendo Regno d'Italia sotto l'egida dei Savoia, cominciava a dare i suoi frutti. La prima defezione di spicco avvenne il 7 agosto con le dimissioni del Generale Alessandro Nunziante, il più valido ed influente militare del regno, in quanto aiutante di campo del Re il quale, prima di disertare e riparare in Svizzera, lanciò un proclama alle truppe invitandole a non combattere contro i garibaldini.

Ma oltre agli agitatori ed emissari di professione v'era anche un altro curioso personaggio che si dava da fare. Non era un uomo politico, non un militare e tanto meno un membro dei servizi segreti, ma un romanziere francese assai noto: Alexandre Dumas. Questi, aggregatosi alla spedizione dei Mille per spirito di avventura, ci fa sapere che già il 24 aprile Liborio Romano si era intrattenuto con l'autore de "I tre Moschettieri" per pregarlo di informare il generale Garibaldi che, allorché il condottiero fosse giunto a Napoli, il ministro Romano ed altri suoi colleghi, si sarebbero messi a sua disposizione, lo avrebbero riconosciuto come Dittatore e si sarebbero adoperati per far dichiarare decaduta la dinastia dei Borbone. E' evidente quindi che per il ministro dell'Interno borbonico l'idea di cambiar bandiera non era frutto d'improvvisazione ma un passo da tempo meditato⁽²⁴⁾.

L'ammiraglio Persano, da uomo prudente, aspettò il 17 agosto per incontrarsi con Liborio Romano ad un'ora discreta, a casa sua. Leggiamo nel suo "Diario" che "Egli giustamente mi fa osservare come ei debba andar guardingo per non esser preso in sospetto. (...) per ultimo conveniamo: che ci saremmo veduti il meno possibile, per non dar nell'occhio e che quando egli avrebbe avuto un alcun ché da farmi dire, si sarebbe servito del Nisco".

Poi, dopo il colloquio con il ministro napoletano, si recò con altrettanta discrezione nella residenza di Leopoldo, conte di Siracusa, zio di Francesco II, "per parlargli della lettera che dovrebbe scrivere al Re, suo nipoté" - così si esprime il Persano senza fornirci altri dettagli sulla genesi dell'iniziativa.

Due giorni dopo invece leggiamo sul suo "Diario" che ha ricevuto con sgomento dal ministro Cavour "una non lieve somma di denaro" affinché se ne serva a "promuovere il pronunciamento che doveva far partire il re". Diamo ai fatti il loro vero nome: si tratta di somme che dovevano servire a corrompere qualcuno, ma quei

denari bruciano all'ammiraglio: una cosa è cospirare per una causa che si ritiene giusta, un'altra è corrompere che, in ultima analisi, significa: assoldare un traditore. Egli quindi, scrisse subito a Cavour per protestare e far presente che non era disposto a ricevere e spendere denari per i quali non avrebbe potuto fornire, a sua giustificazione, nessuna regolare ricevuta e concludeva amaramente il 19 agosto: "*Bei tempi questi davvero, da maneggiar denaro non nostro! Mentre non si tiene conto dell'onestà più specchiata.* Darà quei soldi al barone Nisco che non si farà scrupolo di distribuirli a...non sapremo mai a chi, dato che ricevute non ve ne saranno ⁽²⁵⁾. Intanto Liborio Romano tessava la sua trama e il 20 agosto rimetteva nelle mani di Francesco II un suo *Memorandum*, che contemporaneamente -pratica assolutamente scorretta- faceva circolare per Napoli negli ambienti interessati. Il ministro dell'Interno napoletano, esaminata la gravissima situazione del Regno, affermava: "*Per un concorso di cause deplorabili su cui noi preferiamo tirare un velo, la Dinastia gloriosa del magnanimo Carlo III, oggi la vediamo condotta a tal punto che ormai rende non solo difficile, ma impossibile ogni ritorno, ogni scambio di fiducia tra popolo e principe.*" Dunque la situazione è irreversibile, poi continua: "*Noi stimiamo dover nostro di proporre e consigliare a V.M. che V.M. si allontani per qualche tempo dalla terra e dal palazzo dei suoi avi.* È un chiaro invito ad abdicare e quindi, dopo aver suggerito l'istituzione di una Reggenza da affidarsi però - si badi bene- non ad un membro della famiglia reale, bensì ad un ministro "*che ispiri tutta la fiducia*" (leggasi senza modestia: Liborio Romano), indica quelle che ritiene le cause profonde della tragica situazione: "*Noi ci troviamo a fronte dell'Italia che si è gettata nella via della rivoluzione con lo stendardo di Savoia in pugno (...). Le due grandi potenze occidentali, cioè Francia e Inghilterra, stendono la mano, benché con vario scopo, protettrice sul Piemonte. Garibaldi non è evidentemente che lo strumento di questa politica oggi potentissima.* Dichiarò quindi che non si può contare sulla fedeltà della Marina e dell'Esercito e che "*La lotta, è certo, farebbe scorrere a fiumi il sangue.*" Agitato dunque lo spettro della lotta civile e dopo aver insistito sulla necessità dell'allontanamento da Napoli, vergate ancora alcune frasi banali ad effetto, si professa fiducioso che il Re "*non isdegni consigli rispettosi e sinceri tendenti a guarentire l'onore e la dignità, in pari tempo, e l'ordine pubblico pericolante.*" E dopo questa piroetta tra il cinico e l'ipocrita, aggiunge, quasi minaccioso: "*Che se per isventura, V.M. nella sua alta saggezza non istimasse di dover accoglierli, a noi non rimarrebbe altro partito a prendere, che di rassegnare le funzioni elevate, di cui ci onora V.M., riconoscendo che noi non godiamo della sovrana fiducia.*"

Il giovane e infelice re (aveva 24 anni), seppure troppo tardi per la dinastia, cominciava a maturare, non ritenne di seguire i consigli del suo ministro e non abdicò e questi, che aveva minacciato dimettersi, si guardò bene dal farlo, naturalmente. Lo stesso Persano non poté fare a meno di annotare nel "*Diario*" che "*questo re, ridotto a tale estremo, mi fa compassione.*"

Ma ormai siamo alla svolta finale, il tradimento è nella Reggia. La lettera che il conte di Siracusa deve mandare a Sua Maestà è pronta e il Persano annota: *"Mi dà a leggere la minuta della lettera da scrivere al Re, suo nipote, e si compiace per domandarmi se va bene. Affermo di sì e lo ringrazio a nome della nazione, del Re Vittorio Emanuele e del suo primo ministro Conte di Cavour. Mi ripetete che il cuore gli sanguina per re, suo nipote, ma che indietreggiare non si può più...."*

La lettera del Conte-Zio, che porta la data del 24 agosto, ricalca assai il Memorandum del Romano: la matrice era ovviamente la stessa. Cito solo alcune frasi del documento: *"Le mutate condizioni d'Italia ed il sentimento di unità nazionale, fatto gigante nei pochi mesi che seguirono la caduta di Palermo, tolsero al governo di V.M. quella forza onde si reggono gli stati. (...) Noi fummo abbandonati alla sorte delle armi soli, privati di alleanze (...) ed intanto la guerra civile, che già invade le provincie del continente, travolgerà sèco la dinastia in quella suprema rovina che le inique mani di consiglieri perversi hanno da lunga mano preparata alla discendenza di Carlo III Borbone. Sire (...) seguite il nobile esempio della nostra regale congiunta di Parma che, all'insorgere della guerra civile, sciolse i sudditi dalla obbedienza e li fece arbitri dei propri destini. L'Europa e i vostri popoli vi terranno conto del sublime sacrificio (...) e voi benedirete il giorno in cui generosamente vi sacrificaste alla grandezza d'Italia. Affezionatissimo Zio ecc."*⁽¹⁶⁾

Questa volta Francesco II accettò l'irreparabile; per evitare a Napoli gli orrori di una lotta fratricida, come era avvenuto a Palermo, il 6 settembre si ritirò nella fortezza di Gaeta, ma non abdicò. Fece ripiegare le truppe dietro il Volturno per affidarsi all'ultima sorte delle armi. Sebbene la Marina fosse ormai perduta, anche l'ammiraglio Vacca infatti aveva aderito ai Savoia, l'esercito, nonostante le molte defezioni, manteneva ancora una certa compattezza. E' difficile dire quanti credessero veramente che la situazione potesse essere ribaltata ma l'onore, almeno quello, poteva essere salvato sulla la linea del Volturno. Se gli ufficiali, specialmente quelli di grado superiore, stavano disertando e pensavano già di fare carriera nel futuro esercito italiano, sottufficiali e soldati si sentivano ancora legati al giuramento fatto al loro re.

Il 7 settembre Garibaldi, accompagnato solo dal suo stato maggiore, fece il suo ingresso trionfale in Napoli, ricevuto con gran pompa da Liborio Romano. Il pronunciamento voluto da Cavour non c'era stato. I suoi denari servirono solo per corrompere alcuni capi camorra assoldati dal Romano, non più ministro ormai, ma capo della Polizia. Il popolo non aveva bisogno di essere comprato: tranquillo e fatalista, attese gli eventi e fece festa al Dittatore. Dieci giorni dopo arrivava a Napoli anche Mazzini, si incontrò con Garibaldi: i due convennero che, per il momento, non era il caso di parlare di repubblica. Del resto Mazzini fin dal 3 marzo aveva scritto ai palermitani: *"Osate perdirlo... non si tratta più di monarchia o di repubblica, si tratta di unità nazionale, di essere o non essere"*. Cavour, all'annuncio di quell'incontro, dovette dominare l'ansia che lo agitava, Garibaldi e Mazzini a Napoli erano per lui

quanto di peggio potesse capitare. Ma trovò nuove energie per affrontare il frangente. Prevedendo il peggio, fin dal 28 agosto aveva fatto votare dal consiglio dei ministri l'intervento dell'esercito nelle Marche per raggiungere a marce forzate le truppe garibaldine che risalivano lentamente da Sud. Aveva convinto tutti con la celebre frase: *"Se noi non arriviamo al Volturno prima che Garibaldi arrivi a La Cattolica, la Monarchia è perduta e l'Italia sarà in balia della rivoluzione."* Ancora una volta seppe accordarsi con Napoleone III e lo convinse che mandare l'esercito sardo al sud era l'unico mezzo per scongiurare la rivoluzione, la repubblica, l'anarchia. Giurò che a malincuore era costretto a invadere parte dello stato pontificio, ma Roma e il Lazio resterebbero intangibile dominio del Papa. A Parigi Costantino Nigra, persuadeva Napoleone che la spedizione nelle Marche si faceva anche nell'interesse della Francia, perché l'Inghilterra aveva fatto sapere a Torino che essa non avrebbe tollerato, né che la Francia intervenisse in Italia, né che chiedesse altri compensi territoriali quali la Sardegna, come si temeva a Londra ove si dava per certo che tale pegno era stato sollecitato da alcuni membri del gabinetto francese ⁽²⁷⁾. Alla notizia dell'entrata a Napoli di Garibaldi, nelle Marche e in Umbria, abilmente preparati da agenti di Cavour, scoppiarono tumulti e disordini: era l'atteso pretesto affinché il 10 settembre le truppe piemontesi potessero entrare nello Stato Pontificio "per ristabilire l'ordine". Il Papa protestò e alla sua protesta si associarono Austria, Prussia, Russia e Spagna, mentre la Francia richiamò il proprio ambasciatore da Torino. Ma erano solo formali mosse diplomatiche. Il 18 settembre a Castelfidardo il generale Cialdini sconfiggeva facilmente le truppe papaline e proseguiva la marcia verso Napoli. Garibaldi allora forzava i tempi e si apprestava ad attaccare la linea del Volturno, ma il 21 settembre a Caiazzo subiva, più che una vera sconfitta, un insuccesso: le sue truppe venivano sloggiate da alcune posizioni chiave. I generali borbonici non seppero approfittarne e il 1° e il 2° ottobre tra Maddaloni e Capua, sulle rive del fiume Volturno si svolse la battaglia decisiva della spedizione, combattuta con valore da ambo le parti tra circa 50.000 borbonici e garibaldini in prima linea, senza contare le riserve. Lo stesso Garibaldi, sorpreso da una pattuglia napoletana a Sant'Angelo mentre si recava a ispezionare una zona del fronte, fu sul punto di perdere la vita, mentre restò sul terreno una parte della sua scorta. L'esito della battaglia fu incerto fino alla sera del 2, quando l'ultima carica alla baionetta dei garibaldini rovesciò e mise decisamente in fuga le stanche truppe borboniche.

Il 21 ottobre, dopo diverse schermaglie politiche, si svolse finalmente il plebiscito nel Mezzogiorno. La formula era diversa da quella usata nei plebisciti per le altre province settentrionali, non alludeva ad alcuna annessione, ma decisamente all'unità d'Italia e il testo recitava come segue: *"Il Popolo vuole l'Italia una e indivisibile con Vittorio Emanuele Re costituzionale per sé e i suoi legittimi discendenti."*

Con l'incontro di Teano il 26 ottobre ⁽²⁸⁾, il Nord, il Centro e il Sud dell'Italia si saldarono in un unico territorio senza soluzione di continuità. E siamo all'ultimo atto:

è un trionfo per Garibaldi ma è anche il suo amaro calice da bere. Diverse sono le versioni dell'incontro e le parole che il Re e il Generale si scambiarono. Garibaldi chiese a Vittorio Emanuele l'onore di far combattere i suoi volontari al fianco delle truppe regie, ma il re avrebbe detto: "No generale, voi avete fatto già abbastanza, ora tocca a noi." I due si salutarono e si separarono. Il giorno dopo il conquistatore del Regno delle due Sicilie confidava amaramente all'amica Jessie Mario "Ci hanno messo alla coda" (29). Questa, l'umiliante sconfitta di Garibaldi nella sua più fulgida vittoria. Non può sorprenderci questo suo triste commento nelle "Memorie": "Per sistemare la condizione dei miei prodi, io chiesi il riconoscimento dell'esercito meridionale siccome parte dell'esercito nazionale e fu un'ingiustizia non concederlo. Si voleva godere il frutto della conquista, ma cacciare i conquistatori." In una lettera a Vittorio Emanuele del 29 ottobre, insisteva: "Io imploro dalla Maestà Vostra che accogliate nel vostro Esercito i miei commilitoni che hanno ben meritato della Patria e di Voi". La lettera non ebbe risposta, l'amico cospiratore che lo aveva invitato a "fidarsi di lui solo e di nessun altro" s'era smarrito, travolto anche lui dagli intrighi di corte, plagiato dai vari Fanti e Cialdini che invidiavano quel soldato rivoluzionario che non era sortito da nessuna Accademia Militare, ma che aveva dato dei punti a tutti. Il Re, invitato a passare in rivista le truppe garibaldine schierate davanti alla reggia di Caserta per rendergli gli onori, pur avendo accettato in un primo momento, consigliato poi dai suoi generali, rosi dall'invidia, disertò l'appuntamento senza neppure avvertire e scusarsi. Pare che qualcuno, notando il rammarico del Re propose a Garibaldi di far schierare solo gli ufficiali, ma la truppa, la bassa forza composta da straccioni in camicia rossa o abiti borghesi no, quelli no. Garibaldi allora rifiutò sdegnato e lui, da solo, passò in rivista i suoi compagni d'armi. In quel momento, sicuramente con infinita tristezza, pensò di aver fallito la sua missione: Roma e Venezia non erano ancora italiane. Aveva conquistato un regno, ma in cuor suo si sentiva sopraffatto. Decise di partire per il suo romitorio di Caprera, ma il giorno prima della partenza volle rendere visita all'ammiraglio Persano, del quale forse non aveva una grandissima stima come marinaio, ma al quale riconosceva una grande lealtà e l'onestà personale. Alla fine di un cordiale colloquio l'Ammiraglio annotava nel suo "Diario" le ultime parole del Generale: "Ecco Persano, mi dice, degli uomini si fa come degli aranci, spremutone il sugo fino all'ultima goccia, se ne getta la buccia là in un canto, e mi addita un angolo della camera. Prontamente gli rispondo: è tal buccia quella a cui alludete, Generale, che non muffisce sebbene buttata in un canto, e che di sugo non resterà mai priva." Calava il sipario sulla spedizione dei Mille, ma l'Ammiraglio fu profeta: negli anni a venire i garibaldini avrebbero fatto vedere ancora all'Italia e al mondo quanto sugo quelle bucce gettate in un canto avevano ancora a dare.

Sono passati 150 anni e quei fatti sembrano lontani e ad alcuni addirittura poco attuali. Uno dei luogotenenti di Garibaldi, l'ungherese Gustav Frigyesi, ci ha lasciato nel suo libro: "L'Italia nel 1867", edito un anno dopo la tragedia di Mentana, una

interessante definizione del garibaldinismo: "...Il garibaldinismo è (...) la nostra rivoluzione politica disposta al governo; è la nazione liberale che tende al compimento de' suoi destini; è l'idea irrequieta che contraddistingue tutta la fase del nostro politico rinnovamento. Finché il programma nazionale non sia compiuto, vi sarà garibaldinismo, vi sarà agitazione in potenza ed in atto (...) il garibaldinismo non è solamente azione, è ben anche pensiero; ed è il pensiero che sopravvive ad ogni movimento; è lo spirito che informa le leggi secondo i nuovi tempi; è la tradizione costante della rivoluzione che trapassa in retaggio ai nipoti a meglio cementare e perfezionare il grand' edificio della unità e indipendenza nazionale sollevato colle mani dalla presente generazione".

E' una definizione che può essere valida ancora oggi perché 83 anni dopo l'impresa dei Mille, quando l'Italia usciva sconfitta e umiliata dalla II guerra mondiale, invasa e oppressa dalle truppe naziste, cercò il suo riscatto morale nella guerra partigiana. Il 90 % di quelle brigate di volontari, che come i garibaldini vestivano panni borghesi, vollero chiamarsi *Brigate Garibaldi*; e quei giovani cantavano una vecchia canzone aggiornata il cui ritornello dice " con Garibaldi corsi ad arruolarmi...."

Il garibaldinismo non era tramontato, perché come scrisse Frigyesi: "... è il pensiero che sopravvive ad ogni movimento.... è la tradizione costante della rivoluzione che trapassa in retaggio ai nipoti.... e per questo, non conoscerà tramonto .

NOTE

- 1 Carlo Persano, "Diario".
- 2 George Macaulay Trevelyan, "Garibaldi e i Mille", Bologna, 1910.
- 3 Karl Blind, "Dark Blue", Londra, 1872; "The Contemporary Review", Londra, 1888 e altri articoli dello stesso, nonché Denis Mack Smith "Mazzini", Rizzoli, 1993.
- 4 Francesco Crispi, "I Mille" 1874.
- 5 Nel convento francescano di Santa Maria degli Angeli, detto della Gancia, si erano radunati, sotto la guida di Francesco Riso, gli insorti siciliani per dare il segnale della rivolta che doveva iniziare a Palermo. Sorpresi dalle truppe borboniche, si difesero accanitamente ma vennero sopraffatti. Rapidamente processati, 14 di loro vennero fucilati.
- 6 Sull'episodio confronta Giuseppe Guerzoni "Garibaldi", Firenze, 1882, che ritiene valida la prima ipotesi. Candido Augusto Vecchi e il generale garibaldino Stefano Turri propendono per la seconda ipotesi che è privilegiata anche dallo storico Saverio Cilibizzi "Storia politica, parlamentare e diplomatica d'Italia, 1923.
- 7 La lettera è stata pubblicata per la prima volta da Giuseppe Guerzoni, op.cit..
- 8 La lettera è depositata presso il Museo del Risorgimento di Milano.
- 9 Cavour si adoperò per far sequestrare le armi, una consistente dotazione di carabine Einfield, moderne ed efficienti. Sul numero di queste armi vi sono molte incertezze: Garibaldi, nella sua opera "I Mille" indica 15.000 fucili, gli storici più accreditati riducono il numero a 2000 circa. Certo è che i garibaldini s'imbarcarono armati dei soliti catenacci e senza munizioni.
- 10 Nella lista ufficiale non figurano i 64 sbarcati a Talamone, né altri 9 individui che si fecero sbarcare, forse perché pentiti. Il totale dei partenti sarebbe quindi 1162. V'è infine da rilevare che nella lista vi sono una decina di nominativi sui quali il Ministero espresse dei dubbi sulla vera presenza a bordo. Alcuni studiosi, dal canto loro, danno cifre diverse. Per quanto riguarda l'estrazione sociale e le

professioni faccio presente che la lista, finita di compilare nel 1877 contiene anche dati personali aggiornati alla data della stesura; essa riporta non solo la morte in combattimento dei garibaldini, ma anche quella sopravvenuta in seguito, nell'arco dei 18 anni che intercorrono dall'imbarco alla pubblicazione della lista. In quest'ottica, che non è storica, ma amministrativa (è probabile che il Ministero della Guerra si sia avvalso di dati forniti dalle Questure) anche la professione non è quella esercitata dal volontario al momento dell'imbarco, bensì quella svolta 10 o 15 anni dopo. Infatti nell'elenco leggiamo il nome di un ragazzo, nato nel 1844, quindi sedicenne, che risulta essere avvocato, cosa impensabile, e non è un caso unico. Garibaldi nella sua storia romanizzata *"I Mille"* ci dice che sulle navi v'erano numerosi studenti. Nella lista non ne figura neppure uno; da un esame effettuato ho scoperto oltre una cinquantina di giovani, al di sotto dei venti anni, ai quali sono attribuite, come per il sedicenne di cui sopra, professioni che richiedono l'aver seguito studi universitari, come nel caso di avvocati, medici e ingegneri; costoro erano quindi all'epoca gli studenti citati da Garibaldi. Concludo questa nota con due curiosità: il garibaldino più giovane aveva 14 anni e il più anziano circa 70. V'era poi una donna, che vestiva da uomo come George Sand: era la moglie di Francesco Crispi.

- 11 Vedi l'interessante biografia di Giuliano Oliva: *"Quel Maledetto Zambianchi"*.
- 12 Camillo Cavour, *"Epistolario"* a cura di Susanna Rocca, Olschki. Da alcuni autori detto impropriamente "Carteggio".
- 13 Veloci feluche barbaresche effettuavano ancora, quasi come ai tempi nei quali i pirati della mezzaluna dominavano nel Mediterraneo con la connivenza dell'allora temibile Impero Ottomano, atti di pirateria per impossessarsi di beni o di persone facoltose per la cui libertà si poteva pretendere un cospicuo riscatto. I negoziati intercorsi con il Bey di Tripoli, ove trovavano rifugio i predatori, fallirono perché il Bey, in termini che oggi noi definiremmo mafiosi, promise al re di Napoli di non disturbare le navi napoletane in cambio del pagamento di una tangente adeguata, stimata sul mancato guadagno dei corsari. Giuseppe Coniglio, *"I Borboni di Napoli"*, Casa Editrice Corbaccio, 1992.
- 14 Saverio Cilibrizzi, op. cit.
- 15 Per l'esattezza chiarisco che il testo riportato è quello giacente presso l'Archivio di Stato di Torino. Altri autori riportano testi che differiscono sia pure per particolari puramente formali. Vedi comunque oltre al Guerrini e al Guerzoni op. cit., l'*"Epistolario"* di Camillo Cavour. Anche per la risposta di Garibaldi esistono diversi testi con varianti formali.
- 16 Giacomo Emilio Curatolo, *"Garibaldi, Vittorio Emanuele, Cavour, nei fasti della patria"*.
- 17 Saverio Cilibrizzi, op. cit.
- 18 Per quest'opera di cospirazione, da vero "carbonaro" Vittorio Emanuele oltre del Liita e dell'Amari si servi di altri suoi fidi, tra i quali Brambilla, Trecchi, e i più noti Conte Vimercati e il generale Turr.
- 19 Conte di Cavour, op. cit. e Carlo Persano, op. cit.
- 20 Nicomede Bianchi, *"Storia documentata della diplomazia europea in Italia dal 1814 al 1867"*, edito in otto volumi tra il 1865 e il 1872, opera pregevole per l'accurata documentazione archivistica.
- 21 Carlo Persano, op. cit.
- 22 Per quanto riguarda i contatti avuti dall'ammiraglio della Marina Sarda con i colleghi borbonici rimando il lettore interessato al tema al mio scritto *"La spedizione dei Mille nell'opinione dei revisionisti"* pubblicato su questa stessa rivista nel n° 22 del 2007.
- 23 Silvio Spaventa, *"Dal 1848 al 1867"* e Roberto De Cesare, *"La fine di un Regno"*.
- 24 Alexandre Dumas, *"Les garibaldiniens"*.
- 25 Sull'opera di corruzione, reale e presunta, che i messi di Cavour svolsero nel Napoletano rimando ancora una volta al mio articolo già citato.
- 26 Carlo Persano, op. cit. e Michele Rosi, *"L'Italia Odierna"*, vol II, UTET 1932.
- 27 Saverio Cilibrizzi, Op. cit.
- 28 Alcuni studiosi pignoli vogliono che lo storico incontro sia avvenuto a Vairano, ad un tiro di schioppo dal tradizionale sito, il che non cambia in nulla il significato dell'incontro.
- 29 George Macaulay Trevelyan, Op.Cit

EL 150 ANIVERSARIO DE LOS MIL

Giampaolo Colella

El 7 de mayo de 1860 Cavour telegrafiaba al capitán Alessandro D'Aste, comandante de la fragata sarda "Governolo" fondeada en el puerto de Palermo para informarle que: "...Antes de ayer a la noche partieron ilegalmente de Génova los dos piróscafos "Piemonte" y "Lombardo" de la Sociedad Rubastino e C., teniendo a bordo al Gral. Garibaldi y un número de individuos con intención, en cuanto se cree, de dirigirse a Sicilia (...) Ud. deberá permanecer ajeno a todo cuanto pueda referirse al propósito de su desembarco, ni tomar en ello la mínima injerencia".

Empezaba así aquella que ha pasado a la historia como "la expedición de los Mil" de la cual este año se celebra el 150 aniversario.

En esta circunstancia, el autor del artículo Giampaolo Colella expresa que examinará con renovado interés crítico algunos momentos dramáticos vividos por el artífice de la empresa, Giuseppe Garibaldi, atormentado por sentimientos opuestos, envuelto por intrigas tejidas por personajes ambiciosos y desprejuiciados, prontos a aprovechar en su favor, sea su victoria, sea su derrota. Victoria y derrota que, al final de su empresa encontraremos igualmente presentes, como presentes son siempre las exaltaciones y las ofensas porque éste es el destino de los grandes.

El general revolucionario tenía enfrente un Conde de Cavour del cual todo lo separaba: linaje, cultura, carácter, ideales políticos. Con el rey Vittorio Emanuele, no obstante cuna y fe política los separasen, se entendían mejor por la simplicidad de los gustos y por cierta vocación a la conspiración. Con Mazzini tenía en común el ideal republicano, pero distintos eran el carácter, la cultura y la visión práctica de las cosas. Al lado de estos grandes protagonistas del Resurgimiento se movieron otros personajes que la Historia define como menores, pero que a veces fueron muy incisivos y por tanto merecen mayor atención en algunos casos, por lo menos mayor respeto: en particular Francesco II de Borbón, el rey traicionado por todos.

Una atmósfera dramáticamente surrealista envuelve entonces la expedición de los Mil; sublimes pasiones y una fe exaltada a veces, se entrelazaban con envidias, intrigas, mezquindad y mentiras que hacen apasionante, pero frecuentemente difícil, seguir e interpretar los acontecimientos.

También la génesis de la expedición es objeto de controversias. Se sabe con certeza que los organizadores más directos fueron los sicilianos Francesco Crispi, Rosolino Pilo y Antonio Corrao. Pero algunos autores entienden que la primera idea la tuvo Giuseppe Mazzini. Efectivamente en 1854 Mazzini se encontró con Garibaldi en Londres y le propuso guiar un movimiento insurreccional en Sicilia, pero la

propuesta fue rechazada. Pero en los últimos meses de 1859 la situación había cambiado: la II Guerra de Independencia finalizada con el armisticio de Villafranca que había permitido la anexión de la Lombardía pero no la del Veneto. La Toscana, Parma y Módena se habían sublevado y habían expulsado a los duques, y la Romagna se había liberado del Estado de la Iglesia. Por estos motivos Sicilia estaba en fermento y ahora un movimiento insurreccional podía tener alguna posibilidad de éxito. En setiembre de 1859 los prófugos sicilianos suplicaron a Garibaldi que guiara la revuelta en el Sur, pero la respuesta fue nuevamente negativa: los tiempos no le parecían todavía maduros. Luego, el 24 de febrero de 1860, Rosolino Pilo anunció a Garibaldi su intención de partir para Sicilia para fomentar la revuelta. Esta vez la respuesta tuvo otro tono: Garibaldi entendía aún poco propicio el momento elegido, no obstante daba instrucciones para procurar las armas y estar prontos, e indicaba claramente a Rosolino Pilo la dirección política a dar a la iniciativa: *"En caso de acción, recuerden que el programa es: Italia y Vittorio Emanuele"*. El 4 de abril estallaba en Palermo la revuelta y se propagaba en más puntos en las provincias. Ante el anuncio, Garibaldi se dirigió a Genova para pasar enseguida a Quarto y se instaló en Villa Spinola, una propiedad de su amigo Augusto Vecchi, para dirigir los preparativos de la expedición. Luego de recibir versiones contradictorias sobre la revuelta, la expedición zarpa al alba del 6 de mayo desde Quarto. Antes de partir, Garibaldi escribió cartas a algunos amigos y una al rey Vittorio Emanuele. Esta de fecha 2 de mayo decía: "Yo no he aconsejado el movimiento insurreccional de mis hermanos de Sicilia; pero desde el momento que se han sublevado en nombre de la Unidad de Italia, de la cual Vuestra Majestad es la personificación (...) no he dudado en ponerme a la cabeza de la expedición". "Nuestro grito de guerra será siempre: ¡ Viva la Unidad de Italia! ¡ Viva Vittorio Emanuele su primer y bravo soldado! Si lo logramos, estaré orgulloso de ornar la corona de Vuestra Majestad con esta nueva y brillantísima joya. No he participado mi proyecto a Vuestra Majestad temiendo, en efecto, que por la reverencia que le profeso lograrse persuadirme de abandonarlo. Garibaldi cuando afirma no haber informado al rey se refiere solo a la fecha de la partida, pero al mismo tiempo le importa aclarar dos cosas. Destino: Sicilia y no el Estado de la Iglesia. El programa político: la Unidad de Italia bajo el estandarte de los Savoia.

Otro punto en controversia es el número y la composición de los voluntarios. El 11 de mayo habrían desembarcado en Marsala 1086 hombres. En cuanto a la procedencia la mayoría (cerca de los tres cuartos) eran septentrionales con prevalencia de lombardos mientras los sicilianos eran alrededor de cincuenta. Una mitad eran profesionales (abogados, escribanos, médicos, farmacéuticos, ingenieros, etc) la otra mitad estaba compuesta por comerciantes y artesanos. Los obreros se contaban con los dedos de la mano y lo mismo vale para los campesinos. El 14 de mayo, desde Salemi Garibaldi declaraba asumir la "Dictadura en nombre

de Vittorio Emanuele, Rey de Italia "La "dictadura" de Garibaldi era la de la antigua Roma, cuando, en los momentos de peligro, todo el poder militar y civil se concentraba en las manos de una sola persona, poderes que se devolvían luego al Senado una vez que el peligro hubiera cesado. Pero reafirmaba también en tierra siciliana el programa unitario en nombre de los Savoia.

15 de mayo, Calatafimi: primera batalla con las tropas borbónicas del General Landi. Desde este momento se multiplicarán los ejércitos de jóvenes y voluntarios que se unían a los Mil para combatir contra los Borbones. Los Mil serán ya 10.000 sicilianos más otros 6000 voluntarios provenientes de otras regiones del continente.

Entre el 27 y el 30 de mayo: Garibaldi ataca y ocupa Palermo. Aquí comienzan los verdaderos problemas para Garibaldi. Cavour procuraba tener bajo control la situación. Envía a Giuseppe La Farina con el encargo de hacer proclamar inmediatamente la anexión de Sicilia al Piemonte. La Farina expedía despachos a Cavour insinuando la sospecha que en Palermo se estuviese tramando proclamar la república. Simultáneamente insistía ante Garibaldi para que, sin promover ningún plebiscito, valiéndose de sus prerrogativas de Dictador, decretase inmediatamente la anexión al Piemonte. Garibaldi fue inamovible: el primer objetivo debía ser la completa liberación del reino de las Dos Sicilias de los Borbones, después se podía pensar en el referéndum para la unión del Sur al nuevo Reino de Italia. Garibaldi razonaba como militar: la guerra es la guerra, tiene sus prioridades y las cuestiones político-administrativas se resuelven seguidamente. La Farina suplicó, amenazó, intrigó. El 7 de julio el Dictador lo expulsó de Sicilia. Cavour toma el hecho como una afrenta personal.

20 de julio: sangrienta e importantísima victoria de Garibaldi en Milazzo. Acá se inicia un "juego de las roles", entre el Rey, el Ministro y el General, hecho de pasiones, de engaños, de astucias.

20 de agosto: Garibaldi atravesó el estrecho y comenzó su marcha hacia Nápoles. Cavour había mandado a Nápoles sus emisarios para fomentar un movimiento popular favorable a los Savoia, para hacer estallar antes de la llegada de Garibaldi. Francesco II en tanto había quedado aislado por las potencias extranjeras tradicionalmente amigas de los Borbones, pero la verdad más amarga es que fue traicionado por sus generales, por su marina, algunos ministros y también por algunos exponentes de su propia familia.

7 de setiembre: Garibaldi, acompañado solo por su estado mayor, hizo su ingreso triunfal en Nápoles, recibido con gran pompa por Liborio Romano.

17 de setiembre: Llegó a Nápoles Mazzini y convinieron con Garibaldi que, por el momento no era adecuado hablar de república.

18 de setiembre Garibaldi se aprestaba a atacar la línea del Volturno pero el 21 de setiembre, en Caiazzo, sufría, más que una derrota, un insuceso: sus tropas fueron desalojadas de algunas posiciones claves.

1 y 2 de octubre, entre Maddaloni y Capua, sobre las riberas del río Volturno se desarrolló la batalla decisiva de la expedición, combatida con valor por ambas partes entre cerca de 50.000 borbónicos y garibaldinos en primera línea, sin contar las reservas. El mismo Garibaldi, sorprendido por una patrulla napolitana en Sant'Angelo, mientras se dirigía a inspeccionar una zona del frente, estuvo a punto de perder la vida, mientras quedó sobre el terreno una parte de su escolta. En la tarde del 2 de octubre la última carga de bayoneta de los garibaldinos puso decididamente en fuga a las cansadas tropas borbónicas.

El 21 de octubre, después de diversas escaramuzas políticas, se desarrolló finalmente el plebiscito en el Sur. La fórmula era distinta a la usada en los plebiscitos para las provincias del norte, no aludía a ninguna anexión, sino decididamente a la unidad de Italia y el texto decía: "El Pueblo desea la Italia una e indivisible con Vittorio Emanuele Rey constitucional por sí y sus legítimos descendientes".

Con el encuentro de Teano el 26 de octubre, el Norte, el Centro y el Sur de Italia se unieron en un solo territorio. Es un triunfo para Garibaldi pero es también su amargo cáliz para beber. Diversas son las versiones del encuentro y de las palabras que el Rey y el General intercambiaron. Garibaldi pidió a Vittorio Emanuele el honor de hacer combatir a sus voluntarios al lado de las tropas del rey, pero el rey habría dicho: "No General, ustedes han hecho ya bastante, ahora nos toca a nosotros."

El día siguiente el conquistador del Reino de las dos Sicilias confiaba amargamente a su amiga Jessie Mario "Nos han puesto a la cola". Esta, la humillante derrota de Garibaldi en su más fúlgida victoria. No puede sorprendernos su triste comentario en las "Memorias": "Para arreglar la condición de mis valientes, pedí el reconocimiento del ejército meridional como parte del ejército nacional y fue una injusticia no concederlo. Se quería gozar el fruto de la conquista, pero expulsar a los conquistadores". En una carta a Vittorio Emanuele del 29 de octubre, insistía "Imploro de Vuestra Majestad que acoja en vuestro Ejército a mis compañeros de armas que han bien merecido de la Patria y de Vos". La carta no tuvo respuesta.

Garibaldi indignado, pasó revista él solo a sus compañeros de armas. En aquel momento, seguramente con infinita tristeza, pensó que había fallado en su misión: Roma y Venecia no eran todavía italianas. Decidió partir para su refugio de Caprera.

Han pasado 150 años y aquellos hechos parecen lejanos y algunos poco actuales. Uno de los lugartenientes de Garibaldi, el húngaro Gustav Frigyes nos ha dejado en su libro "Italia en 1867", editado un año después de la tragedia de Mentana, una interesante definición del garibaldinismo: *"El garibaldinismo es (...) nuestra revolución política unida al gobierno, es la nación liberal que tiende al cumplimiento de sus destinos; es la idea inquieta que distingue toda la fase de nuestra renovación política. Hasta que el programa nacional no se cumpla, habrá garibaldinismo, habrá agitación en potencia y en actos (...) el garibaldinismo no es solamente acción, es también pensamiento y es el pensamiento que sobrevive a todo movimiento; es el espíritu que*

conforma las leyes según los nuevos tiempos; es la tradición constante de la revolución que transmite en herencia a los nietos para mejor cimentar y perfeccionar el gran edificio de la unidad y la independencia nacional sostenido con las manos por la presente generación."

Es una definición que puede ser válida todavía hoy porque 83 años después de la empresa de los Mil, cuando Italia salía vencida y humillada de la II Guerra Mundial, invadida y oprimida por las tropas nazis, buscó su liberación moral en la guerra "partigiana". El 90% de aquellas brigadas de voluntarios, quisieron llamarse Brigadas Garibaldi; y aquellos jóvenes cantaban una vieja canción actualizada cuyo estribillo dice "...con Garibaldi corrí a enrolarme..."



Aduana - Montevideo Custom house

A. Earle - 1838A

Archivo de la ciudad de Montevideo

DIAVOLO O MESSIA? GARIBALDI E IL CLERO SICILIANO^(*)

Luciana Caminiti

Tutta l'epopea garibaldina, nonostante la forte laicità dell'eroe dei due mondi, è intrisa da una profonda religiosità che si manifesta sia nei simboli che nel linguaggio. Le radici di tale religiosità sono intrinseche al modo in cui si erano sviluppati i moti nazionali; liberare i popoli oppressi, unificare le nazioni divise, erano imprese presentate come rispondenti pienamente al volere di Dio e che solo con il suo appoggio potevano essere realizzate. L'idea nazione in Italia, per opera di Mazzini, forse più che in altre parti del mondo, si era identificata con la fratellanza e la democrazia: la lotta dei patrioti era la lotta dei giusti che si battevano per una società migliore.¹ Tale "religiosità laica" sembrò inizialmente non fermarsi alle parole ma concretizzarsi in una convergenza effettiva tra moto nazionale e religione grazie alla partecipazione del mondo cattolico che, sposando gli ideali democratici e predicando fratellanza e uguaglianza, sembrava voler dare risposte concrete ai fermenti di rinnovamento presenti anche all'interno della chiesa. D'altronde il clero restava il migliore, se non l'unico, canale per diffondere le nuove idee, per infiammare gli animi dei popolani e reclutare volontari per la lotta. Sino alla rivoluzione del 1848 l'interazione tra movimento nazionale, chiesa e clero produsse i suoi frutti connotando in chiave religiosa il progetto della costruzione del nuovo stato.²

Quale dovesse essere il ruolo del papato, della chiesa, del clero o della religione nel nuovo stato non era per tutti egualmente ben chiaro, ai progetti decisamente neoguelfi si affiancavano quelli che, in modo diversificato, richiedevano al Papa di partecipare al rinnovamento esercitando tutto il suo potere morale, ma gli negavano spazi istituzionali. La confusione che regnava sull'argomento e gli equivoci che si erano creati sul possibile ruolo del Papa fu alimentata anche da discussioni che riprendevano dal passato elementi di stampo fortemente giurisdizionalista.

Durante il 1849, dopo la ventata di rinnovamento dell'anno precedente, Pio IX, di fronte ai problemi sorti con le dinastie cattoliche, aveva raffreddato gli animi e chiuso con il progetto neoguelfo. Il Papa, infatti, si era espresso in favore del mantenimento della situazione esistente dichiarandosi contro la guerra e padre di tutti i popoli di religione cattolica. La chiesa aveva preso atto che il nuovo stato che si voleva far

nascere non rappresentava un abituale avvicendamento dinastico da assecondare come da tradizione, ma tendeva a stravolgere le fondamenta stesse del rapporto tra stato e chiesa.³ Tale consapevolezza aveva posto fine al breve idillio tra patrioti e chiesa romana che, attaccata nelle sue prerogative temporali dal movimento rivoluzionario, si era attestata su posizioni difensive. Era così svanita l'illusione che l'unità nazionale potesse realizzarsi in accordo e con la benedizione della chiesa romana: il Papa e la chiesa diventavano i nemici primi del moto nazionale.⁴

Nel 1860 la possibilità di convergenze tra patrioti e chiesa per l'attuazione di uno stato nazionale si era ormai consumata, appare pertanto inaspettata ai Mille sbarcati a Marsala la festante accoglienza ricevuta da parte di molti religiosi. Cesare Abba nel suo diario sulla spedizione in Sicilia, lucidamente annota la stranezza di un clero non ostile, che sembra essere rimasto immune dall'evolversi degli eventi: "... fu veduto giungere in Salemi un giovane monaco, raggianti di quell'allegrezza che ognuno ricorda di aver letto in viso ai sacerdoti del '48. Chi non aveva udito benedire la patria da qualche pulpito, in quell'anno che pareva ancora tanto vicino? E poi appresso dall'oggi al domani, le chiese erano divenute mute. Pio IX s'era disdetto e la coscienza delle moltitudini tra patria e religione s'era confusa. Pure a non lungo andare, le moltitudini avevano poi ripreso lume da sé, e poiché la patria doveva ad ogni modo rifarsi, o s'erano messe ad aiutar la grand'opera, o se non altro avevano lasciato che si andasse svolgendo, spettatrici non ostili né indifferenti. Ma laggiù nell'isola, dove il clero aveva ancora delle passioni civili del popolo, i sacerdoti in generale erano caldi patrioti."⁵

Certo apparirebbe per molti versi strano il fervore con cui in Sicilia molti religiosi e parte della chiesa istituzionale si prodigò a sostegno della marcia dei Mille incitando la popolazione ad arruolarsi tra i volontari, qualora non si tenesse conto della peculiarità della situazione siciliana.

Nell'isola l'ingente numero di ecclesiastici, l'umile estrazione sociale del basso clero, il più coinvolto nei moti rivoluzionari, l'emarginazione in cui viveva buona parte dei religiosi, la volontà d'incidere in modo più significativo nella realtà in mutamento, avevano creato un humus su cui le idee risorgimentali di una rinascita anzitutto spirituale e di un assetto sociale fondato sulla solidarietà e l'uguaglianza, come prometteva la realizzazione della nazione italiana, si erano ampiamente e profondamente radicate.⁶ A conferma dell'adesione diffusa del clero siciliano alle idee risorgimentali, sia nei moti del Venti e poi del Quarantotto si erano visti i religiosi siciliani scendere in lotta, dai vescovi, ai frati, ai sacerdoti. Tra i protagonisti vi erano stati monsignor Salomone a Mazara, monsignor Stromitto a Caltanissetta, e il cardinale Villadecani a Messina insieme a Francesco Impala, Giovanni Crimi, Carmine Allegra, Simone Gerardi. Qualche alto prelato, come l'Ugduleña, aveva seduto nel Parlamento rivoluzionario.⁷ Sino a quel momento del resto la situazione si presentava in piena sintonia con il quadro nazionale che aveva visto la chiesa, coinvolta nei progetti neoguelfi, favorire la mobilitazione sociale contro i governi stranieri.⁸

Nel 1849 la chiesa siciliana aveva risentito in modo minore la frattura dettata dall'atteggiamento papale. La rabbia per la repressione della rivoluzione avviata era prevalsa e i conventi avevano continuato ad essere rifugio privilegiato di profughi politici, sede di riunioni segrete e di diffusione di idee democratiche; a favore di ciò aveva operato l'orgoglio isolano di fruire di istituti autonomi per il permanere della "Legazia Apostolica",⁹ che avevano garantito tradizionalmente una certa indipendenza dalla curia romana, situazione che si voleva mantenere. In particolare a difendere gelosamente le proprie prerogative erano i vertici ecclesiastici che speravano di trattare spazi di autonomia con il nuovo stato, consapevoli comunque che la situazione esistente nel Regno delle Due Sicilie, improntata al giurisdizionalismo, non sarebbe stata riproponibile nei termini e modi conosciuti.¹⁰

Nonostante i fermenti esistenti i vescovi siciliani dopo la restaurazione non erano stati in grado di guidare un movimento di rinnovamento della chiesa locale dall'interno. Dopo molte incertezze, nel 1850, di fronte alle pressioni dei molti religiosi che chiedevano una coraggiosa politica per una società "più giusta", il cardinale Antonelli aveva convocato la Congregazione dei vescovi siciliani, con l'intento, di fatto, di rinsaldare i legami con il papato. In quella sede emersero le profonde spaccature esistenti all'interno delle alte gerarchie, non tutte convinte di dover procedere sulla strada del rinnovamento. Nella confusa situazione politica l'unica risoluzione presa fu quella di garantire la moralità della società attraverso l'ampliamento del già numeroso clero, curandone peraltro in modo più attento la preparazione teorica e culturale per poter meglio reagire alle sollecitazioni anticlericali del momento.¹¹ L'implicita chiusura era stata deludente e aveva lasciato insoddisfatti i più, rendendoli pronti ad avventure epiche, come si presentava quella garibaldina, nella convinzione che i mutamenti istituzionali fossero condizione imprescindibile e preliminare per avviare il rinnovamento morale anche all'interno della chiesa.

Altresì nella spedizione dei Mille il simbolismo religioso del linguaggio raggiungeva il suo apice, la tensione emotiva e la fiducia di essere nel giusto portavano i protagonisti ad affrontare con generosità un'impresa che si prospettava, senza alcun dubbio, un sicuro fallimento. I Mille erano fratelli che soccorrevano fratelli in rivolta contro l'oppressore straniero con slancio senza tener conto delle probabilità di riuscita dell'impresa, sulla carta decisamente a loro sfavorevoli. Lo stesso Garibaldi, che accetterà di partire, anche per le pressioni e sotto la suggestione dei volontari riuniti a Quarto, pensava che sarebbe stata l'ultima sua impresa e nonostante ciò accettava il sacrificio che lo aspettava. Facendosi interprete del sentire dei volontari egli celebrava la solennità del momento incarnando l'eroe consapevole che, nonostante ciò, si dichiarava pronto ad andare incontro al destino per soddisfare quello che lui stesso definiva ormai l'ultimo suo desiderio "Morire per l'Italia".¹²

E' frequente tra i Mille un'autorappresentazione di sé come missionari che si prodigavano per affermare la legge divina in terra e chiamavano Dio a testimone e supporto delle loro gesta e del loro soffrire in nome suo.

“... ma la virtù sta nei sacrifici, onde alzavo il volto al cielo superbo del compito che mi ero assunto, chiedendo a Dio la forza di poter reggere alla vita disastrosa che imprendevo e perseverare nel santo proposito.”¹³

Sbarcato Garibaldi a Marsala, nell'isola si costituirono diversi comitati rivoluzionari in cui accorsero numerosi religiosi, inoltre opera proficua fu svolta dai conventi che rappresentarono un importante supporto logistico per l'avanzata dei garibaldini accogliendo e curando i feriti, fornendo cibo e coperte. Frati e preti in Sicilia inoltre interpretarono in modo capillare il tradizionale ruolo di mediatori tra nuovo e popolo, facendosi carico d'infiammare gli animi e reclutare volontari pronti a combattere per la libertà. Tra tali entusiastiche adesioni il caso più noto resta quello di fra Giovanni Pantaleo che così arringava le folle: “Su in nome di Dio; su dal monte e dal piano sorgete, o siciliani, e piombate sugli oppressori come le lave dei vostri vulcani. Uditte le squille del Vespro; Giovanni da Procida è risorto. L' ora della vendetta è suonata. Pugnate per la Patria, pugnate per la Fede, sterminate le orde ingorde dei mercenari, dei tiranni. Dio lo vuole, Dio lo vuole!!!”¹⁴

Il primo impatto dei Mille con i religiosi dell'isola non fu felice, Garibaldi li deluse tenendo a Salemi un discorso in cui lodava sì il clero locale, ma attaccava il “prete romano”. In alcuni paesi, come a Giuliana, i garibaldini presero ad arrestare proprietari e preti insieme definendoli reazionari e considerandoli nemici. Il profondo disorientamento provocato tra la popolazione da tali comportamenti spinse Garibaldi a curare maggiormente l'atteggiamento suo e dei suoi uomini verso la chiesa locale: qualche tempo dopo il generale fece stampare un proclama indirizzandolo “Ai buoni preti”, in cui evitava accuratamente di fare ulteriori riferimenti alla posizione del Papa. Tale approccio più cauto si accompagnò ad un mutamento anche nel linguaggio, nei suoi discorsi adottò riferimenti sempre più espliciti a testi biblici, cosa che l'avvicinò maggiormente al sentire comune dei siciliani poiché da diversi anni si era avuta un'intensificazione della pubblicazione di testi sacri, la Bibbia, l'antico testamento, l'Apocalisse, in funzione di una spinta al rinnovamento. Il cattolico popolo siciliano allora riconobbe in Garibaldi il suo messia e come tale lo acclamò.¹⁵

“E Garibaldi qual è? Domandava la folla. Passava Turr. E' questo? No. Passava Carini. Dunque sarà questo? No. Ognuno dei più belli e prestanti tra i grandi della spedizione, per essa, doveva essere Garibaldi. Chi sa quale se lo immaginavano! Ma quando lo videro, quei siciliani quasi quasi si inginocchiarono. Oh che viso, che testa, che santo! Cominciava così a formarsi intorno a lui la leggenda che pigliò poi tante forme; da quella che un angelo gli parasse le schioppettate, a quell'altra che fosse parente di Santa Rosalia e fin suo fratello”.¹⁶ E ancora la gente al suo passaggio gridava “Viva Santa Rosalia, Garibaldi e l'Italia”.¹⁷

L'avanzata garibaldina nell'isola, peraltro appare costellata di episodi di entusiastica accoglienza da parte di religiosi.

“... il Padre Guardiano, avendo indovinato chi fossimo, ci ricevette con contrassegni

di stima e speciale deferenza, accompagnandoci a vedere il giardino ... Seduti di poi sotto un cespuglio, egli ci richiese delle nostre terre natali, si riconsolò al racconto delle imprese passate, gioì allo intendere quali fossero i disegni ultimi che ci facevano muovere verso Palermo. Le mie parole lo avevano commosso poiché una tacita lagrima gli bagnò la guancia e, rivolto lo sguardo al cielo, sembrò pregare che si compissero i destini da me preconizzati. ... Il buon Padre allora compose un mazzo di fiori e ce lo diede imprimendoci un bacio con le labbra richiamando la benedizione di Dio sul nostro capo".¹⁸

A Palermo, tra i cittadini prodigatisi per scacciare i Borboni, si potevano distinguere molti preti tra cui spiccava "... Quello alto, maestoso, con la gran testa già grigia, era l'abate Ugdulema, e quell'altro smilzo, pallido, vibrante, il prete Di Stefano ...".¹⁹

Anche le monache prendevano parte all'evento "... Si dava da mangiare anche nei refettori e nei parlatori dei monasteri. Folle di monachelle bianche si premevano a guardare dalle porte e parevano stormi alati d'angeli discesi come nella Poesia a contemplar i figli degli uomini. Qualcuna osava correre quasi ad occhi chiusi, ed al primo cui le capitava di stendere le braccia, metteva al collo una reliquia, subito fuggendo beata come se avesse rapita un'anima al Purgatorio. Colui per quella non pericolava più. Invece delle vecchie suore si mettevano a discorrere in mezzo agli ospiti armati e laceri e sporchi di polvere, e l'interrogavano curiose, e domandavano se Garibaldi era cristiano, giovane, bello, e li pregavano di vincere e di tornare poi a dar loro notizie ...".²⁰

La religiosità che ammantava la missione, la convinzione di operare sotto la guida e con la benevolenza divina, fece sì che in Sicilia si costituisse persino una unità armata composta da frati e preti pronti a prendere le armi perché convinti di combattere per una società più giusta. Non era certo la prima volta che avveniva, anche nei moti precedenti vi erano stati dei tentativi in tal senso, ma non erano giunti mai a compimento, come invece avvenne nel 1860. "... Furon visti affluire in Palermo dei Frati di tutte le religioni, rifiuto e vilipendio dei Conventi, a vestir la divisa del soldato in detto convento di S. Nicolò: e questa consisteva in una tunica di panno grossolano bleu, con mostre verdi scure; lunga sino al ginocchio, cinturino di cuoio nero e fibbia Kasco a modo di berretto etc. Doveano esser tutti ecclesiastici idea chiarissimamente preconizzata e studiata dalla Setta. E cen'erano di frati, Domenicani, Paolotti, Carmelitani, Riformati, Osservanti, Cappuccini, Conventuali, etc., etc. Cen'erano di Sacerdoti, Diaconi, Suddiaconi e Chierici. Cen'erano di Sacerdoti del Clero secolare ma per la maggior parte di questo clero erano Chierici".²¹

I sacerdoti e i frati che si riunivano nel Convento di S. Francesco nei convulsi giorni succeduti allo sbarco di Garibaldi in Sicilia si apprestavano a formare il cosiddetto "Battaglione Ecclesiastico" una unità di volontari pronti a combattere a fianco dei garibaldini per l'affermazione "dell'Unità d'Italia e contro l'oscurantismo borbonico". L'iniziativa era stata presa dal sacerdote Paolo Sardo²² che aveva ottenuto il consenso

di Garibaldi e l'assenso tacito del Giudice del Tribunale di Monarchia, monsignor Cirino Rinaldi. Nessuna risposta gli era pervenuta da Monsignor Naselli, vescovo di Palermo, allorché aveva inoltrato la richiesta per il clero palermitano della dispensa necessaria per imbracciare le armi. Il Naselli aveva preferito non prendere posizioni troppo palesi, consapevole che ciò sarebbe equivalso ad un aperto pronunciamento contro la chiesa di Roma o ad una rottura del dialogo con Garibaldi. Sull'argomento l'alto prelato, si era attestato su posizioni di cauta attesa; nelle more del suo silenzio ogni atteggiamento del clero avrebbe potuto essere stigmatizzato come iniziativa personale ed eventualmente disconosciuto e condannato. Successivamente, di fronte agli appelli alla lotta lanciati al clero dal Sardo con ripetuti volantini fatti affiggere nei centri urbani e il successo dell'iniziativa, il vescovo era intervenuto presso Garibaldi attraverso il segretario di Stato, Errante, per far cessare definitivamente l'arruolamento.²³ Avendo il Naselli ottenuto da un comprensivo e politico Garibaldi, pieno appoggio nella repressione dei capi, il Sardo fu subito sospeso a *divinis*, l'afflusso di religiosi allora andò scemando e il generale a fine agosto fece imbarcare per Napoli quel che restava del battaglione, aggregandolo alle proprie truppe, ma con compiti limitati ufficialmente al sostegno morale dei combattenti.²⁴

E' indubbio che il Sardo e i religiosi che gli si erano stretti intorno non intendessero abbandonare il loro ministero ma operare dall'interno della chiesa stessa. Significativa resta in tal senso la scelta dei religiosi di non aderire all'esercito garibaldino in modo sparso e, in particolare, di non indossarne la divisa.

Il simbolismo dell'abbigliamento garibaldino era molto forte, esso rompeva con le divise dalle giacche gallone che rinviano con immediatezza ad un sistema di ordine gerarchico, per adottare un vestiario informale, comodo, semplice e, al tempo stesso, pieno di simboli. L'abbigliamento garibaldino mutuava nella sua composizione e cromatura tutti i valori che si erano consolidati e trasmessi nei movimenti rivoluzionari che sino a quel momento avevano avuto come obiettivo l'affermazione degli stati "democratici". La camicia rossa, colore del potere e al tempo stesso della libertà, rinvia all'idea repubblicana, alla rivoluzione francese, alla fratellanza internazionale; l'abbigliamento esotico, costruito su modello di quello adottato dalle truppe volontarie in Uruguay; rendeva visibile la forza morale di chi combatteva contro i tiranni, richiamando nell'immaginario collettivo tutta l'epopea degli eroi italiani generosamente sacrificatisi per la libertà altrui.²⁵ A sottolineare la fratellanza tra gli italiani che sentivano di appartenere ad un'unica nazione, anche se portati in giro per il mondo dalle necessità della vita, stava la bandiera dei Mille. Riccamente ricamata in oro e argento, su un lato portava raffigurate catene infrante e armi su cui poneva il piede una bellissima donna dalla corona turrata che rappresentava l'Italia, sull'altro lato vi era impressa una dedica "A Giuseppe Garibaldi, gli italiani residenti a Valparaiso, 1855", nei tre nastri azzurri che pendevano lungo l'asta, rilucenti perché scritte con piccole bolle dorate, si potevano leggere le parole che allora facevano battere il cuore di tutti i democratici: *Indipendenza, Unità, Libertà*. Garibaldi si riconfermava

l'eroe dei due mondi, il Messia a cui tutti gli italiani oppressi, ovunque si trovassero, si rivolgevano per ottenere unità e libertà, due elementi essenziali per conquistare la dignità di popolo. Alla divisa-non-divisa dei garibaldini, alla loro bandiera, piene di simboli, era affidato il compito di comunicare con immediatezza al cuore dei patrioti creando una base visibile e concreta di comune sentire.

Il Battaglione ecclesiastico rifiutò di indossare l'abito garibaldino elaborando una propria divisa che accoglieva alcuni dei principi innovatori, respingendone altri. L'abito era semplice ed evocava nella sua uniformità, essendo privo di alcun segno di distinzione, la fratellanza, l'esotismo del casco richiamava gli eserciti dei volontari. Altresì, il fatto che si fosse rifiutato il colore rosso e che questi militi improvvisati portassero ben in evidenza sul petto il crocefisso, fa trasparire entro quali orizzonti si muovessero i preti popolari: loro principale obiettivo restava quello di far coincidere quanto più possibile i valori della società in formazione con i valori evangelici. Il clero liberale credeva fermamente nel ruolo pubblico del prete che doveva operare, anche abbracciando le armi, al servizio del progresso e della libertà. Nonostante tutto in quel frangente storico anche per loro Garibaldi con la sua iniziativa impersonava il novello Messia.²⁶

Ma se nella campagna siciliana il filtro del clero si era riaffermato essenziale per la comunicazione delle idee democratiche alle masse, parimenti il simbolismo di derivazione religiosa, fu utilizzato con altrettanta sistematicità dai conservatori e dagli antigaribaldini, laici ed ecclesiastici, che poterono anche contare su una certa diffusione di religiosità superstiziosa. Chi guardava con sospetto all'affermarsi del nuovo stato additava il rispetto formale della religione e dei luoghi di culto come cartina di tornasole della credibilità e affidabilità dei rivoluzionari e delle loro idee.

Dopo la battaglia di Calatafimi il battaglione dei Mille in cui militava il volontario Capizzi, era stato fatto convergere su Partitico sia per far rifocillare gli uomini che per permettere la cura dei feriti. Bixio aveva chiesto alle autorità locali un luogo ove far riposare i volontari, momentaneamente accampatisi sotto la frescura degli alberi della piazza centrale. Dopo molteplici consultazioni, le autorità cittadine avevano offerto ai soldati l'uso di una stalla poco distante dal centro abitato. Lì giunti i militari avevano constatato che le condizioni igieniche erano pessime per la quantità di escrementi sparsi sul pavimento e per la presenza di animali. I garibaldini erano tornati nel centro del paese e, di fronte alla probabilità che si dovesse restare all'addiaccio tutta la notte, Bixio aveva richiesto le chiavi della chiesa prospiciente la piazza. Di fronte alle resistenze dimostrate dai paesani, aveva minacciato di forzarne le porte. Sotto le pressioni, erano state rintracciate le chiavi e i soldati avevano trascorso la notte sdraiati sul pavimento della chiesa. L'indomani avevano trovato in paese un clima ad essi ostile che li aveva costretti ad allontanarsi: "Alla dimane si udirono nei caffè ed ai pubblici convegni dei lamenti sul nostro contegno: fummo giudicati anzi poco religiosi avendo passato la notte in chiesa. Sembrava che la nostra presenza avesse contaminato la casa di Dio e qualche torcicollo dava a credere che per questo fossimo scomunicati

e le nostre anime perdute. Vecchi e ridicoli pregiudizi religiosi regnavano tuttavia in Sicilia colpa l'ignoranza in cui venne tenuto finora il popolo da un governo che per abusare lo lasciò privo di ogni bene. Il contatto con le altre parti della penisola e leggi sagge che promulghino la pubblica istruzione faranno sparire le tracce di tali errori. Ciò sarà in breve poiché l'Italia unita è una realtà."²⁷

Contemporaneamente all'avanzata garibaldina una stagione di "fenomeni eccezionali" colpì tutta l'isola, trovando nei conventi, nelle chiese e in luoghi di culto, perlopiù abitati da personaggi venerati come particolarmente pii, la loro sede privilegiata. Gli eventi che tendevano a mettere a nudo apprensioni collettive condivise, trovavano subito una larga disponibilità tra i notabili dei centri abitati pronti ad assecondarne le valenze più catastrofiche.

Fu il caso del Cristo di Caltavuturo posto nella chiesa annessa al Collegio di Maria, visto copiosamente sudare. Dal verbale si legge che la collegina Maria Muscarella, devotamente genuflessa in preghiera dinanzi alla statua in cartapesta raffigurante Cristo in croce, aveva notato che gocce di sudore stillavano dalla guancia destra dell'immagine. Riavutasi aveva dato l'allarme nel convento, la superiora a sua volta, constatato con le consorelle il prodigio, aveva chiamato a raccolta tutte le autorità civili e religiose del paese: il padre spirituale del convento, l'arciprete, il vicario foraneo, il maestro notaio della corte spirituale, il vicario visitatore, il cappellano e tutti i restanti sacerdoti, oltre al presidente del municipio, al giudice, al comandante della guardia nazionale e a numerosi altri maggiorenti. Era stato stilato un verbale dell'accaduto in cui si affermava che la statua era la sola a presentare tale fenomeno, nonostante nel medesimo luogo ve ne fossero altre; che la sudorazione avveniva solo sulle parti rappresentanti la carne viva e non su quelle delle vesti; che il lino con cui erano state asciugate le gocce si mostrava umido, così come la carta in cui era stato religiosamente avvolto il panno. Leggendo tra le righe si nota come l'episodio fosse ricondotto dai testimoni prontamente nell'alveo del tradizionale dialogo tra Dio ed il suo popolo, all'accorata solidarietà dimostrata dal Padre celeste ai suoi figli in terra nei momenti difficili e di maggior pericolo: "Maddalena Muscarella... attonita a tal portento, altre fiato ripetuto, e massime in tempi di pubblica calamità..."²⁸

In tale resoconto Garibaldi era la rappresentazione del diavolo, pronto a far perdere con le sue tentazioni i creduloni, una calamità pubblica che bisognava a tutti i costi contrastare. Palese la strumentalizzazione fattane dai maggiorenti, religiosi e no, compatti nell'addebitare agli empi eserciti garibaldini portatori di profondi stravolgimenti dei valori cristiani la causa della sudorazione. L'intensificarsi di tali episodi, la compattezza dei maggiorenti dei paesi nell'avvalorare l'evento, confermano, anche se indirettamente, la tesi più volta emersa negli studi sulla Sicilia del 1860 che proprio tra i ceti della nascente borghesia che aveva preso le redini dei comuni e ricopriva ruoli istituzionali si manifestarono le sacche del conservatorismo più tenace all'avanzata garibaldina.²⁹

Il crocifisso, simbolo perfetto di sofferenza e preludio della resurrezione resta centrale nel dialogo tra clero e popolazione in entrambe gli schieramenti, nell'un campo in lacrime, nell'altro agitato sopra i combattenti dall'energica mano di fra' Pantaleo o sulle tonache-divisa degli arruolati nel battaglione ecclesiastico. Una volta per scongiurare i pericoli del diavolo Garibaldi, l'altra per ribadire l'unicità d'intenti tra la lotta per la nazione e i dettati del Vangelo, tra il messia Garibaldi e l'ordine divino.

Dopo una breve stagione di scambievoli cortesie e di prudenti attese tra curia palermitana e governo provvisorio (Garibaldi aveva visitato i conventi di Palermo, fatto pellegrinaggio alla grotta di S. Rosalia e presenziato in Cattedrale alle solenni celebrazioni per la padrona, e i Vescovi di Monreale e Palermo avevano ricambiato la cortesia assistendo all'avvio della demolizione del forte di Castellammare, invisito ai palermitani per l'uso che ne era stato fatto nelle repressioni della città), si manifesterà tra le due parti una crescente contrapposizione.³⁰

La delusione più profonda restava tra il basso clero, situazione che, ancora una volta, troviamo ben tratteggiata in un episodio del diario di Abba. Un garibaldino che si prodigava ad incoraggiare un monaco ad imbracciare le armi per la libertà si era sentito rispondere che, pur ammirando Garibaldi, era convinto che la guerra da lui combattuta non fosse quella di cui aveva bisogno la Sicilia: ".... L'Unità d'Italia e la libertà pel vero popolo siciliano erano quasi nulla. Che potevano farsene quelle plebi ancora oppresse da tutte le ingiustizie, altrove, in Piemonte, in Lombardia, levate da un secolo? Non avevano visto essi venuti da fuori, per quel poco che avevano già corso dell'isola, quanta era la miseria e quanta era l'abiezione delle plebi? La libertà non era pane per lo stomaco e nemmeno per lo spirito; anzi sarebbe poi per i già prepotenti un mezzo per opprimere di più. In Sicilia era necessaria una guerra che trasformasse la società e la vita, facendo guadagnare al popolo il tempo che per forza gli era stato fatto perdere. Non vedeva Garibaldi che la Sicilia era ancora quasi come doveva essere stata ai tempi delle guerre servili di venti secoli avanti? Insomma quel monaco voleva la guerra non soltanto contro i Borbone, ma contro tutti gli oppressori grandi e piccoli, che si trovavano laggiù dappertutto.

Il garibaldino cui non pareva di capire quasi come un monaco parlasse a quel modo, gli diceva che allora quella guerra che egli voleva avrebbe dovuto essere fatta anche contro i frati ricchissimi e molti. E il monaco ardente rispondeva che sì, che anche contro i frati si doveva farla, contro di essi prima che contro d'ogni altro, ma col vangelo in mano e con la Croce..."³¹

Il clero siciliano, persa ogni speranza di mantenimento in vita dell'istituto della Regia Monarchia, allontanati i religiosi più accesamente democratici, alcuni come il Sardo ed il Pantaleo abbandonarono la tonaca, messi ai margini dalla crescente ostilità e dall'anticlericalismo dimostrato dallo stato italiano, tenderà a compattare le proprie diverse posizioni, riavvicinandosi, almeno ufficialmente, alla chiesa romana.

Note

- * Articolo pubblicato sul N° 8-anno 2009-di "Studi Garibaldini", rivista del Centro Internazionale Studi Risorgimentali Garibaldini di Marsala.
 - 1 Lucy Riall, *Garibaldi. L'invenzione di un eroe*, Roma-Bari, Laterza, 2007. La Riall si sofferma a lungo sul ruolo svolto dalla cultura romantica nel sostanziare e diffondere l'immagine di una nazione capace d'incarnare le aspirazioni più democratiche per una società giusta e sulla capacità del Mazzini di trasporre l'idea a livello politico.
 - 2 Le motivazioni e le modalità della mobilitazione della chiesa e del clero sono chiaramente ed ampiamente descritte in Enrico Francia, *"Il nuovo Cesare è la Patria". Clero e religione nel lungo Quarantotto italiano*, in Alberto Maria Banti, Paul Ginsborg (a cura di), *Il Risorgimento. Storia d'Italia Einaudi, Annale 22*, Torino, Einaudi, 2007, pp. 423-450.
 - 3 Ibidem.
 - 4 Più in generale sui rapporti tra stato e chiesa si veda l'articolo G. Chittolini, G. Miccoli (a cura di), *La chiesa e il potere politico dal Medioevo all'età contemporanea. Storia d'Italia, Annale 9*, Torino, Einaudi, 1986; G. Verrucci, *Cattolicesimo e laicismo nell'Italia contemporanea*, Milano, Angeli, 2001; e il classico A. C. Jemolo, *Chiesa e stato in Italia negli ultimi cento anni*, Torino, 1963. Sul processo di maturazione all'interno dell'area cattolica dopo il '48 di due schieramenti uno "transigente" e l'altro "intransigente", Vittorio Poma, *I cattolici italiani fra astensionismo e partecipazione*, in *Il Risorgimento*, n. 1, 1992, in particolare pp. 121-127.
 - 5 Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturmo. Noterelle di uno dei Mille*, Bologna, Zanichelli, 1891.
 - 6 A tal proposito si veda in particolare Angelo Sindoni, *Dal riformismo assolutistico al cattolicesimo sociale. Il tramonto dell'antico regime in un'area centrale della Sicilia*, Roma, Studium, 1984. L'autore, dopo aver esaminato consistenza e composizione del clero nisseno afferma: "In conclusione nel nisseno, come in tutta l'isola si ha un clero pleterico sì (anche se non nelle proporzioni astronomiche ipotizzate dagli illuministi), ma perché appesantito da una miriade di ecclesiastici che mai sarebbero diventati sacerdoti veri e propri; e più che altro distribuito in modo non razionale, con forti squilibri territoriali, e tra città e campagna. Un clero, in definitiva, da Ancien Régime." (p. 148). Di uguale opinione Renato Composto, *Fermenti sociali nel clero minore siciliano prima dell'unificazione*, *Studi Storici*, n. 2, 1964, p. 263-280; e Giovanna Fiume, *La crisi sociale del 1848 in Sicilia*, Messina, Edas, 1982.
 - 7 Un profilo di Gregorio Ugdulena in G. De Stefani, *Gregorio Ugdulena nel Risorgimento italiano (1815-1872)*, Prefazione di Massimo Ganci, Palermo, Società Siciliana per la Storia Patria, 1980; M. Antonella Cocchiara, *Vito La Mantia e gli studi storico-giuridici nella Sicilia dell'Ottocento*, Milano, Giuffrè, 1999, pp. 99-100.
 - 8 Vincenzo Cardillo, *Il Clero siciliano dopo la restaurazione borbonica 1849-1860*, in *Archivio Storico Messinese* vol. III, 1956-1957; N. Checco, E. Consolo, *Messina nei moti del 1847-1848*, in *Il Risorgimento*, n. 1, 1999. L'alto numero di religiosi che esprimeva nella Sicilia borbonica necessità di rinnovamento non può essere semplicisticamente ascritto ad un unico fronte progressista; appaiono in tal senso interessanti le riflessioni proposte da Salvatore Costanza, *Liberale e religiosi nelle Diocesi di Trapani e Mazara*, in *Studi Garibaldini*, n. 6, novembre 2006, pp. 120-126.
 - 9 Sull'istituto si veda F. M. Stabile, *Il clero palermitano nel primo decennio dell'Unità d'Italia, (1860-1870)*, Palermo, 1978, in particolare pp. 12-31; G. Catalano, *Studi sulla Legatia Apostolica in Sicilia*, Reggio Calabria, 1973; Salvatore Fodale, *L'Apostolica Legatia ed altri studi su Stato e Chiesa*, Messina, 1991.
- Parte integrante della Legatia Apostolica era il Tribunale di Regia Monarchia in cui un corpo di giudici composto da laici e religiosi garantiva sentenze più vicine agli umori e agli equilibri dell'isola. Per l'importanza del Tribunale di Monarchia Salvatore Fodale, *Stato e Chiesa: la prima controversia liparitana*, in U. Spigo, A. Raffa, M. Saija, (a cura di), *Dal "Constitutum" alle "Controversie liparitane"*, in *Quaderni del museo archeologico liparitano*, Messina, 1998.

- 10 Numerose sono le ricostruzioni dell'impegno dei religiosi nelle attività cospiratorie, tra gli altri si veda, oltre i già citati F. M. Stabile, *Il clero palermitano nel primo decennio...* op. cit.; Vincenzo Cardillo, *Il Clero siciliano dopo la restaurazione borbonica 1849-1860*, op. cit.; N. Checco, E. Consolo, *Messina nei moti del 1847-1848*, op. cit.; A. Maurici, *Una pagina del Risorgimento nazionale. Il clero siciliano nella rivoluzione del 1860*, in *Nuova Antologia*, n. 1, marzo 1911; A. Di Giovanni, *Sacerdoti e francescani in Sicilia nell'epopea garibaldina del 1860*, Palermo, Corselli, 1932; F. Brancato, *La partecipazione del clero alla rivoluzione siciliana del 1860*, in AA. VV., *La Sicilia verso l'Unità d'Italia*, Palermo, Manfredi, 1960; F. Luigi Oddo, *Clero liberale nella provincia di Trapani tra il 1848 e il 1860*, in *Atti del Convegno siciliano di Storia del Risorgimento*, Trapani, 1961; Salvatore Alfredo Sciortino, *Contributo ad una storia del movimento cattolico in Sicilia (1860-1870)*, in *La Sicilia e l'Unità d'Italia, Atti del XXXIX Congresso di Storia del Risorgimento in Italia*, Salerno, 1961.
- 11 F. M. Stabile, *Il clero palermitano nel primo decennio...* op. cit.
- 12 Quanto abbiano pesato le pressioni dei volontari radunati a Quarto sulla controversa decisione di Garibaldi di partire nonostante le tenui prospettive di vittoria, in Lucy Riall, *Garibaldi. L'invenzione di un eroe*, op. cit., in particolare le pp. 218 e 219. Si veda anche Mario Jessie W., *Garibaldi e il suo tempo*, Milano, Treves, 1884.
- 13 Giuseppe Capizzi, *La spedizione di Garibaldi in Sicilia. Memorie di un volontario*, Torino, 1860, p. 235.
- 14 La frase citata è riportata in quasi tutti i testi che riproducono l'epopea garibaldina in Sicilia, spesso attribuita anche ad altri religiosi. Al di là dell'autenticità, è importante rilevare come venga sottolineato dai vari cronisti il richiamo ai Vespri. Ciò rispondeva alla costruzione in atto dell'identità del popolo siciliano che nella rivolta dei Vespri, si affermava, aveva recuperato coscienza e aveva saputo per la prima volta combattere contro lo straniero e per la libertà.
Frà Giovanni Pantaleo rappresenta bene il difficile rapporto tra preti democratici e chiesa. Spesso citato per la foga con cui aveva appoggiato l'avanzata garibaldina in Sicilia, poco si conosce della sua opera in favore del rinnovamento della chiesa. Nato a Castelvetro nel 1832 da umile famiglia, Pantaleo a 16 anni era entrato nell'ordine dei francescani, accolto prima nel convento di Giuliana poi in quello di Salemi, si era laureato in teologia a Trapani e in filosofia a Palermo. Incaricato di filosofia morale nel seminario arcivescovile palermitano, ne era stato allontanato perché i suoi insegnamenti apparivano contrari alla dottrina ufficiale della chiesa. Dimorò a Naro ed Agrigento insegnando per i francescani. Nel 1859 aderì ai moti organizzati da padre Lanza a Palermo contro i Borbone. Dopo aver partecipato alla sommossa dell'aprile del 1860, fuggì dal convento insieme al suo discepolo frà Luigi Gervasi per unirsi a Garibaldi sbarcato a Marsala. Avuto dal generale l'incarico di arruolare volontari, predicò a Castelvetro, dove mise insieme un gruppo di cento uomini. Partecipò attivamente alla presa di Palermo montando numerose barricate. In seguito si prodigò nell'illustrare ai siciliani il valore della leva, divenuta obbligatoria per i giovani tra i 17 ed i 30 anni. Recatosi a Napoli preparò l'accoglienza a Garibaldi. Si trasferì con la madre e la sorella nel palazzo del principe d'Antimo che divenne un centro per la raccolta di fondi per la causa nazionale. Per gratitudine fu nominato dal generale abate della SS Trinità di Castiglione e di S. Filippo il Grande. Continuò a peregrinare in Italia e in Svizzera dove venne in contatto con i membri dell'Associazione del Sacerdozio cristiano e dell'Istituto delle Figlie della patria, critici verso le posizioni assunte dal Papa, con essi fondò la Falange Redenta. Ebbe conferita dal re, cui si appellò perché fosse completata l'Unità, la croce dei Santi Maurizio e Lazzaro per i suoi meriti verso la patria. Nel 1862 fondò a Napoli l'Associazione emancipatrice del sacerdozio italiano di cui diresse il giornale. Tornato in Sicilia su mandato di Garibaldi per reclutare volontari, fu imprigionato dopo che l'esercito garibaldino era stato fermato in Aspromonte. Nel 1864, citato per vilipendio alla religione a mezzo stampa, decise di abbandonare l'abito religioso. Nel 1866 partecipò alla guerra contro l'Austria combattendo in Tirolo; a Bezzecca, per meriti acquisiti sul campo di battaglia, fu nominato sottotenente. Seguì Garibaldi nella campagna

- del 1867 rivestendo importanti incarichi. Nel 1870 accorse in Francia in difesa della repubblica, affiancò Garibaldi e partecipò alla battaglia di Dijon. Nel 1872 sposò a Lione Camilla Vahé che condusse a Napoli dove vissero sino al 1876 ed ebbero due figli. Un terzo figlio nacque a Roma dove il Pantaleo si era spostato in cerca di un lavoro che lo facesse vivere dignitosamente. Morì a Roma in miseria il 3 agosto del 1879. Emanuele Manieri, *Fra Giovanni Pantaleo: ricordi e note*, Roma, 1883; Giovanni Asaro, *Fatterelli di cronaca su fra Giovanni Pantaleo da Castelvetro*, Palermo, 1963; Giuseppe Bandi, *I Mille da Genova a Capua (1886)*, Milano, Garzanti, 1977. Una articolata biografia su fra Giovanni Pantaleo è stata realizzata dall'Istituto Statale d'istruzione Superiore di Castelvetro ed è consultabile al sito <http://www.liceomagistralecastelvetro.it/>
- 15 La peculiarità del rapporto mediato dal linguaggio religioso-apocalittico che si instaura tra siciliani e garibaldini viene intuita in G. Oddo, *I Mille a Marsala. Scene rivoluzionarie*, Milano, 1863, e ripresa da F. M. Stabile, *Il clero palermitano nel primo decennio...* Op. cit.; pp. 45-47. Garibaldi tentò di distinguere clero democratico da clero reazionario, limitando gli interventi di repressione solo verso quegli ordini che riteneva operassero a supporto dello stato borbonico. Fu il caso dei Gesuiti e dei Liguorini espulsi con decreto 17 giugno, nonostante avessero partecipato alla rivoluzione del 1848, Giuseppe Cultrera, *Garibaldi e i Gesuiti in Sicilia nel 1860*, in *La Sicilia e l'Unità d'Italia, Atti del XXXIX Congresso di Storia del Risorgimento in Italia*, op. cit.
 - 16 Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturno. Note delle di uno dei Mille*, op. cit.
 - 17 Ibidem. Testimonianze sull'accoglienza dei siciliani a Garibaldi anche in P. C. Boggio, *Vita di Giuseppe Garibaldi*, Torino, 1860; Giuseppe Capizzi, *La spedizione di Garibaldi in Sicilia. Memorie di un volontario*, op. cit.; Giacomo Oddo, *I Mille di Marsala*, op. cit.; Giuseppe Bandi, *I Mille da Genova a Capua (1886)*, op. cit.
 - 18 Giuseppe Capizzi, *La spedizione di Garibaldi in Sicilia*, op. cit. p. 255.
 - 19 Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturno. Note delle di uno dei Mille*, op. cit.; l'Ugdulema fu nominato da Garibaldi Ministro dell'istruzione e del culto, come sottolinea Angelo Sindoni, *La chiesa di Sicilia e Garibaldi*, in *Studi Garibaldini*, n. 6, novembre 2006, pp. 85-94.
 - 20 Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturno. Note delle di uno dei Mille*, op. cit.
 - 21 Monsignor G. Bellavia, *Osservazioni critiche canoniche teologiche all'opuscolo "Incontrastabili dottrine..."*, Roma, 1869. Per la ricostruzione del dibattito interno alla chiesa sul battaglione ecclesiastico, si veda Francesco Michele Stabile, *Il clero palermitano nel primo...* op. cit., pp. 56 e seg.
 - 22 Paolo Sardo proveniva da Polizzi Generosa, centro delle Madonie, dove era nato l'1 ottobre del 1831. Aveva studiato prima a Bronte e successivamente nel seminario di Cefalù. Ordinato sacerdote nel 1859 si era spostato a Palermo coordinando il movimento armato del battaglione ecclesiastico. Era poi partito al seguito di Garibaldi aggregandosi all'esercito Meridionale. Licenziato con il grado di maggiore, aveva definitivamente svestito l'abito religioso e aveva fatto ritorno a Polizzi dove esercitò la professione medica sino alla morte avvenuta nel 1898. Le notizie sono tratte da F. M. Stabile, *Il clero palermitano nel primo decennio...* op. cit.
 - 23 I volontari erano un appello rivolto *"Al clero secolare regolare di Sicilia"*, si vuole comunque che sebbene il Sardo si fosse fatto promotore e principale animatore del Battaglione ecclesiastico, l'idea originariamente fosse da attribuire al barnabita padre Gavazzi. Salvatore Alfredo Sciortino, *Contributo ad una storia del movimento cattolico in Sicilia*, op. cit.
 - 24 F. Brancato, *La Legione ecclesiastica*, in *I cento anni della provincia di Palermo*, Palermo, 1961.
 - 25 Per quanto riguarda i significati racchiusi nell'abbigliamento dei garibaldini cfr. Lucy Riall, *Eroi maschili, virilità e forme della guerra*, in *Il Risorgimento*, op. cit. pp. 253-288.
 - 26 Francesco Michele Stabile, *Il clero palermitano e la dittatura garibaldina*, in *Studi Garibaldini*, n.6, novembre 2006, in particolare pp. 108-109; Francesco Renda, *Garibaldi e la questione contadina in Sicilia*, in G. Cingari (a cura di), *Garibaldi e il socialismo*, Roma-Bari, Laterza, 1984.

- 27 Giuseppe Capizzi, *La spedizione di Garibaldi in Sicilia. Memorie di un volontario*, op. cit. p. 282.
- 28 "Verbale sul quale trovasi espresso quanto accadde prodigiosamente nella Veneranda immagine del S. S. Redentore Caduto Gesù. Che si venera nel coro di questo divoto Collegio di Maria, mandando visibilmente dalla sua fronte del sudore", *Caltavuturo*, 28 settembre 1860, in Archivio Curia Vescovile di Cefalù, Fondo Scritture, Settore territorio, b. 800, f. 26. Per un inquadramento dell'evento nella più vasta situazione siciliana, Luciana Caminiti, *Educare per amor di Dio, I Collegi di Maria tra Chiesa e Stato*, Soveria Mannelli, Rubbettino, 2005, pp. 50 e succ.
- 29 Il conservatorismo non si manifestò solo in aperta opposizione al nuovo governo ma anche in forme di trasformismo che videro il governo di intere aree e paesi restare saldamente nelle mani delle famiglie che lo avevano già gestito sotto i Borbone, Lucy Riall, *La Sicilia e l'unificazione italiana*, Torino, Einaudi, 2004, si veda in particolare il cap. III; per i diversi comportamenti delle amministrazioni comunali durante l'avanzata garibaldina, Francesco Brancato, *L'amministrazione garibaldina e il plebiscito in Sicilia*, in *La Sicilia e l'Unità d'Italia*, op. cit.
- 30 Orazio Cancila, *Palermo*, Roma-Bari, Laterza, 1988, pp. 68-69.
- 31 Giuseppe Cesare Abba, *Da Quarto al Volturno. Note di uno dei Mille*, op. cit.

¿DIABLO O MESIAS? GARIBALDI Y EL CLERO SICILIANO

Luciana Caminiti

Toda la epopeya garibaldina, no obstante la fuerte laicidad del héroe de los dos mundos, está permeada de una profunda religiosidad que se manifiesta tanto en los símbolos como en el lenguaje. Las raíces de tal religiosidad son intrínsecas al modo en que se habían desarrollado los movimientos nacionales. Liberar a los pueblos oprimidos, unificar las naciones divididas, eran empresas presentadas como conformes plenamente a la voluntad de Dios y que sólo con su apoyo podían ser realizadas. La idea de nación en Italia, por obra de Mazzini, quizá más que en otras partes del mundo, se había identificado con la fraternidad y la democracia: la lucha de los patriotas era la lucha de los justos que luchaban por una sociedad mejor. Tal "religiosidad laica" pareció, inicialmente, no detenerse en las palabras sino concretarse en una convergencia efectiva entre movimiento nacional y religión, gracias a la participación del mundo católico que, uniendo los ideales democráticos y predicando fraternidad e igualdad, parecía querer dar respuestas concretas a los fermentos de renovación presentes también en el interior de la iglesia. Por otra parte el clero era como el mejor canal, si no el único, para difundir las nuevas ideas, para inflamar los ánimos de los hombres de pueblo y reclutar voluntarios para la lucha. Hasta la revolución de 1848 la interacción entre movimiento nacional, iglesia y clero produjo sus frutos caracterizando en clave religiosa el proyecto de la construcción del nuevo estado.

Pero durante 1849, el Papa Pío IX puso fin al breve idilio entre patriotas e iglesia romana, expresándose a favor del mantenimiento de la situación existente, declarándose contra la guerra y padre de todos los pueblos de religión católica, entendiendo que el nuevo estado que se quería hacer nacer tendía a alterar los fundamentos mismos del vínculo entre estado e iglesia. Así, el Papa y la iglesia se transforman en los enemigos principales del movimiento nacional.

En 1860 la posibilidad de convergencia entre patriotas e iglesia para la realización de un estado nacional se había ya desgastado. Aparece por tanto inesperada para los Mil, desembarcados en Marsala la alegre acogida recibida de parte de muchos religiosos.

En caso que no se tuviese en cuenta la peculiaridad de la situación siciliana, aparecerá por muchas maneras extraño el fervor con el que, en la isla, muchos religiosos y parte de la iglesia institucional se prodigaron en el apoyo a la marcha de los Mil, incitando a la población a enrolarse entre los voluntarios. En 1849 la iglesia siciliana había sufrido en menor forma la fractura impuesta por la actitud papal. La rabia por la represión de la revolución iniciada había prevalecido y los conventos habían seguido siendo refugio privilegiado de prófugos políticos, sede de reuniones secretas y de difusión de ideas democráticas. A favor de ello había operado el orgullo isleño de gozar de institutos autónomos que habían garantido tradicionalmente una cierta independencia de la curia romana, situación que se quería mantener. No obstante, en 1850, el Cardenal Antonelli había convocado a la Congregación de los obispos sicilianos con el intento de robustecer los lazos con el papado. Esto había dejado insatisfechos a la mayoría dejándolos prontos para aventuras épicas, como se presentaba la garibaldina, en el convencimiento que los cambios institucionales eran condición imprescindible y preliminar para encaminar la renovación moral también en el interior de la iglesia.

Asimismo en la expedición de los Mil el simbolismo religioso del lenguaje alcanzaba su cima, la tensión emotiva y la confianza de estar en lo justo, llevaban a los protagonistas a afrontar con generosidad una empresa que se presentaba, sin ninguna duda, como un seguro fracaso.

El mismo Garibaldi, que aceptará partir, también por las presiones y bajo la sugestión de los voluntarios reunidos en Quarto, pensaba que sería su última empresa y no obstante ello aceptaba el sacrificio que le esperaba y se declaraba pronto a ir al encuentro del destino para satisfacer aquello que él mismo definía a ese punto como su último deseo: "Morir por Italia".

Desembarcado Garibaldi en Marsala, en la isla se constituyeron diversos comités revolucionarios en los que confluyeron numerosos religiosos, además obra proficua fue desarrollada por los conventos que representaron un importante soporte logístico para la avanzada de los garibaldinos, acogiendo y curando los heridos, proveiendo comida y frazadas.

El primer impacto de los Mil con los religiosos de la isla no fue feliz, Garibaldi los desilusionó pronunciando en Salemi un discurso en el que elogiaba sí al clero local, pero atacaba al "cura romano". En algunos pueblos, como en Giuliana, los garibaldinos arrestaron a propietarios y sacerdotes juntos definiéndolos reaccionarios y considerándolos enemigos. La profunda desorientación provocada entre la población por tales comportamientos llevó a Garibaldi a cuidar más su actitud y la de sus hombres hacia la iglesia local. Una proclama dirigida "A los buenos sacerdotes", un cambio también en el lenguaje, referencias en sus discursos cada vez más explícitas a textos bíblicos hicieron que el católico pueblo siciliano reconociera entonces en Garibaldi a su Mesías y como tal lo aclamara.

Giuseppe Cesare Abba en *Da Quarto al Volturno- Noterelle di uno dei Mille expresa* "...Pero cuando lo vieron, aquellos sicilianos casi, casi se arrodillaron. Oh, qué cara, qué cabeza, qué santo! Comenzaba así a formarse alrededor de él la leyenda que tomó después tantas formas; desde aquélla que un ángel le parase los escopetazos a aquella otra que fuese pariente de Santa Rosalía y hasta su hermano." A su paso la gente gritaba "Viva Santa Rosalía, Garibaldi e Italia"

El simbolismo de la vestimenta garibaldina era muy fuerte. La camisa roja, color del poder y al mismo tiempo de la libertad, remitía a la idea republicana, a la revolución francesa, a la fraternidad internacional, la vestimenta exótica, construida sobre el modelo de aquel adoptado por las tropas voluntarias en Uruguay hacía visible la fuerza moral de quien combatía contra los tiranos. Para subrayar la fraternidad entre los italianos que sentían que pertenecían a una única nación, aunque llevados por el mundo por las necesidades de la vida, estaba la bandera de los Mil, plena de símbolos también.

Pero si en la campaña siciliana el filtro del clero se había consolidado como esencial para la comunicación de las ideas democráticas a las masas, igualmente el simbolismo de derivación religiosa fue utilizado en igual forma sistemática por los conservadores y por los antigaribaldinos, laicos y eclesiásticos, que pudieron contar con una cierta difusión de religiosidad supersticiosa. Quien miraba con sospecha la afirmación del nuevo estado señalaba el respeto formal de la religión y de los lugares de culto como papel de tornasol de la credibilidad y confiabilidad de los revolucionarios y de sus ideas.

Contemporáneamente a la avanzada garibaldina una serie de "fenómenos excepcionales" golpeó toda la isla, encontrando en los conventos, en las iglesias y en los lugares de culto, en su mayoría habitados por personajes venerados como particularmente "piadosos", su sede privilegiada. Los eventos, que tendían a poner al desnudo aprensiones colectivas compartidas, encontraban rápidamente una amplia disponibilidad entre los notables de los centros poblados prontos a dar a los mismos los significados más catastróficos.

La tesis que más emerge en los estudios sobre la Sicilia de 1860 expresa que

justamente entre los sectores de la naciente burguesía que habían tomado los gobiernos comunales y cubrían roles institucionales se manifestaron las bolsas del conservadurismo más duro ante la avanzada garibaldina.

El crucifijo, símbolo perfecto de sufrimiento y preludio de la resurrección es central en el diálogo entre clero y población, en un caso para alejar los peligros del diablo Garibaldi, en otro para reforzar la unidad de intenciones entre el Mesías Garibaldi y el orden divino.

Después de un breve período de intercambio de cortesías entre la curia palermitana y el Gobierno provisorio, se manifestará entre las dos partes una creciente oposición.

El clero siciliano tenderá a unir sus propias diversas posiciones, acercándose nuevamente, al menos oficialmente, a la iglesia romana.

LA TOSCANA IN CAMICIA ROSSA

Sergio Goretti

La terra di Toscana fu feconda per la costruzione e la diffusione del *mito* di Giuseppe Garibaldi che tanta strada ha percorso, dal primo al secondo Risorgimento, dall'Ottocento ai giorni nostri. E' una regione che ha avuto un forte legame con la tradizione garibaldina: per rendersene conto basta scorrere il libro che Francesco Asso ha pubblicato nel 2003 (*Itinerari garibaldini in Toscana*, Firenze, Regione Toscana) nel quale ha descritto minuziosamente le oltre 250 tra lapidi, monumenti e iscrizioni che ricordano la presenza, la sosta o la figura di Garibaldi.

Quali furono gli aspetti che nel corso del tempo hanno contribuito ad esaltare il personaggio tanto da fargli assumere un valore emblematico, simbolico, eccezionale, a farlo diventare cioè un mito? Un recente saggio di Claudio De Boni sul mito popolare di Garibaldi (in *Carlo Bini. Un livornese europeo*, Livorno, 2008) è fondamentale per comprendere questo fenomeno storico, entro il quale assume un rilievo particolare, ma poco studiato, l'opera svolta dalle società dei reduci garibaldini e dai loro organi di stampa.

La presenza nel territorio

Un primo fattore di notorietà è dato dalla presenza di Garibaldi in Toscana e dalla mobilitazione che seppa suscitare nei contemporanei.

Rientrato dall'esilio in Sudamerica nella primavera del 1848 e dopo aver partecipato alla prima guerra d'indipendenza contro l'Austria, Garibaldi in ottobre arrivò a Livorno accolto da una folla plaudente. Stessa accoglienza a Firenze che lasciò il 9 novembre per continuare l'opera in direzione di Roma. Le imprese in America latina l'avevano già reso famoso anche attraverso le vicende narrate da Giambattista Cuneo e pubblicate dal "Corriere livornese". La figura del marinaio avventuriero, accorso volontario a liberare i popoli sudamericani oppressi, era segnata anche dal particolare abbigliamento: il poncho e camicia rossa che resteranno simboli di un personaggio controcorrente, amato dai giovani anche per questo suo non convenzionale modo di essere.

In Toscana Garibaldi ritornò nel luglio 1849 in fuga dopo la caduta della Repubblica Romana, braccato da vari eserciti, seguito da Anita e qualche migliaio di volontari: mentre in alcune città fu accolto con freddezza, come ad Arezzo che gli chiuse le porte, a Cetona venne salutato col grido di "Viva Garibaldi, re d'Italia". Dopo la

morte di Anita la fuga riprese dalla Romagna attraverso la Toscana per raggiungere il mar Tirreno e poi il Regno di Sardegna. La vicenda della trafila romagnolo-toscana rafforzò nei contemporanei la popolarità di Garibaldi, l'idea della sua invincibilità, la personificazione di un'ideale che non si arrende, che non cede di fronte alle avversità e alle difficoltà.

Al termine della seconda guerra d'indipendenza, nel 1859, Garibaldi venne accolto in Palazzo Vecchio a Firenze, acclamato dal popolo come vice comandante della Lega dell'Italia centrale.

Ripassò in Toscana l'anno dopo, questa volta da assoluto protagonista, quando si fermò a Talamone – il 7 maggio 1860, proprio 150 anni fa – per rifornirsi di viveri e munizioni, con le due navi che portavano i Mille in Sicilia per l'impresa che avrebbe condotto all'unità d'Italia. Fu questa l'epoca della mobilitazione più imponente dei volontari. Le recenti ricerche storiografiche sul Risorgimento hanno superato il tradizionale concetto di movimento elitario, borghese per valutare a pieno la partecipazione popolare che è stata in certi momenti considerevole per i tempi. Anche studi locali hanno messo in risalto la matrice popolare, dei ceti urbani e piccola borghesia in particolare, del movimento garibaldino. I Mille, in realtà, arrivarono a contare circa 50.000 volontari alla conclusione della spedizione, come dimostrano i documenti conservati presso l'Archivio di Stato di Torino.

La Toscana in questo ebbe una parte di assoluto rilievo. L'azione di Giuseppe Dolfi nel reclutamento di volontari toscani per l'impresa di Sicilia nel 1860 ebbe talmente successo che il fornaio fiorentino scrisse a Garibaldi di aver bisogno di due o tre vapori per imbarcarli tutti. Lo stesso accadeva a Livorno grazie all'opera di proselitismo di Vincenzo Malenchini, nonché quella di sostegno logistico dei fratelli Sgarallino e finanziario di Adriano Lemmi. A ulteriore dimostrazione di ciò, basti pensare che tra i 1089 che salparono da Quarto il 5 maggio 1860 la Toscana risultava al 4° posto con 79 partecipanti di cui ben 36 provenivano da Livorno e tra questi vi era Giuseppe Bandi, biografo del Generale. Bandi insieme agli altri memorialisti toscani – Eugenio Checchi, Guelfo Guelfi, Ettore Socci – molto contribuì alla diffusione del mito tra le classi popolari.

La rete organizzativa per gli aiuti si profilò in Toscana ben strutturata con i "Comitati di soccorso a Garibaldi", sempre con punti di riferimento a Firenze e Livorno, trasformati dopo la fine della spedizione in Sicilia, in "Comitati di provvedimento per Roma e Venezia" sui quali si appoggiò l'azione per mobilitare le masse nei tentativi di raggiungere la completa unità durante la permanenza di Garibaldi a Firenze e dintorni nel corso del 1867.

Garibaldi tornò nuovamente in Toscana nel 1862 dopo Aspromonte e la prigionia al Forte del Varignano quando, a Pisa, il patriota e medico garibaldino Ferdinando Zannetti gli estrasse la pallottola dal piede destro. Ancora nell'anno della terza guerra d'indipendenza, il 1866, la Toscana vide un suo rapido passaggio, reduce dal Trentino,

con una sosta prima a Firenze, divenuta da poco capitale d'Italia, e poi a Livorno, porto d'imbarco per l'amata Caprera.

Nel 1867 la presenza del Nizzardo si protrasse per diversi mesi in molte località della regione, intervallata dal viaggio a Ginevra per il Congresso della Pace. Nei ripetuti tentativi di completare l'unità liberando Roma dal dominio pontificio, vi furono il primo arresto a Sinalunga, la campagna dell'Agro Romano conclusasi a Mentana e il secondo arresto a Figline Valdarno. Alla vigilia di Mentana, nell'ottobre, Garibaldi a Firenze arringava la folla da un balcone di Piazza Santa Maria Novella e la invitava a sostenere la campagna per la liberazione di Roma. Nonostante l'esito infausto, sia Aspromonte che Mentana contribuirono ad alimentare il mito nel ricordo di sconfitte ingiuste, nell'esaltazione del valore dell'uomo, della sua umanità che lo faceva amare dalla gente.

Il richiamo del volontariato

Ad alimentare il mito di Garibaldi fu oltre alla figura del combattente e del condottiero, dotato di abilità strategica, il fatto di essersi posto alla testa di un esercito davvero particolare, quello dei volontari, per lo più di giovani che combattevano per una causa superiore e non per tornaconto personale o perché costretti.

Un volontariato che ebbe il carattere della internazionalità perché accanto agli italiani accorsero ungheresi e polacchi, russi e greci, provenienti cioè da paesi oppressi da altri stati oppure governati da poteri autoritari, carattere che resterà proprio del volontariato di tutta la tradizione garibaldina e che ritroviamo nelle spedizioni: a Creta nel 1866, in Spagna nel 1873, in Bosnia Erzegovina nel 1875, in Grecia nel 1897 e nel 1912, in Serbia e in Francia nel 1914 e in Spagna nel 1936-38.

Un volontariato che continuerà dunque a propagare lo spirito patriottico nel corso del tempo, attraverso i figli e nipoti quale tradizione familiare, nelle imprese che si richiameranno al suo nome, nella prima e nella seconda guerra mondiale, nell'eredità contesa tra fascisti e antifascisti, con i primi che cercarono di accreditare una improbabile linea di continuità tra Risorgimento e fascismo, fra camicie rosse e camicie nere, ed i secondi che videro in Garibaldi il simbolo della democrazia e della libertà.

Le società dei reduci

Veicoli di diffusione della tradizione risorgimentale, patriottica, unitaria e libertaria, e strumenti per la perpetuazione del mito di Garibaldi furono, altresì, le società dei veterani e dei reduci. Esse si proposero di fungere da camere di compensazione delle contrapposizioni ideologiche e organizzative e di unificare sui valori del patriottismo a prescindere dall'estrazione sociale dei componenti.

In realtà il disegno di unificare le varie componenti del movimento risorgimentale non fu del tutto realizzato perché nel giro di pochi anni riaffiorarono le divisioni che avevano caratterizzato la fase costitutiva dello stato unitario. Il reducismo di matrice

mazziniana e garibaldina avviò presto un percorso autonomo da quello inquadrato nell'ambito monarchico-istituzionale. Tuttavia anche le società più connotate in senso democratico e repubblicano non ebbero quasi mai atteggiamenti contrari alle istituzioni.

Non vi sono studi specifici ed organici su questo fenomeno associativo, almeno per quanto riguarda l'Ottocento. Per il secondo Novecento si è cimentato in una accurata e approfondita ricerca Agostino Bistarelli col volume dal titolo *"La storia del ritorno. I reduci italiani del secondo dopoguerra"* (Bollati Boringhieri, 2007). Eppure si tratta secondo Gianni Isola del primo grande fenomeno organizzativo popolare su base nazionale.

Per il periodo precedente disponiamo di uno studio di Fulvio Conti sull'associazionismo in Toscana dall'Unità alla I guerra mondiale (*Per una geografia dell'associazionismo laico in Toscana dall'unità alla Grande Guerra: le società di veterani e reduci*, in "Bollettino del Museo del Risorgimento di Bologna, 1994), che costituisce una fonte di informazioni utilissima per la ricostruzione di quello garibaldino che a noi sta a cuore. Le informazioni che seguono sono tratte da questo studio.

Nascita delle società dei reduci

Ricorda Conti che le società dei reduci sorgono in Italia dopo il 1860 con lo scopo sostanziale di legittimare le imprese risorgimentali per l'unità della patria e quindi il nuovo stato nazionale. Di fatto svolsero un ruolo:

- nella diffusione degli ideali di patria e di nazione come frutto congiunto dell'azione del volontariato garibaldino e dell'iniziativa dinastica
- nella costruzione di un legame tra esercito e paese
- nel sostenere la rivendicazione della completa unità e nel difendere quella raggiunta.

Sin dal 1862 per iniziativa di Stefano Canzio, generale garibaldino nonché genero di Garibaldi per averne sposata la figlia Teresita, venne costituita la "Società dei Mille", trasformata, nel 1871, in "Società di Mutuo Soccorso fra garibaldini" e nel 1898 nella "Società dei Reduci dalle Patrie Battaglie" che rimase in vita fino all'avvento del fascismo per poi rinascere, dopo il secondo conflitto mondiale, come Associazione Nazionale Reduci Garibaldini.

Anche in Toscana le prime associazioni di reduci nacquero nella seconda metà degli anni Sessanta dell'Ottocento. La prima risulterebbe fondata nel 1865 a Rocca S. Casciano, nella cosiddetta Romagna toscana. Tre anni più tardi si costituiscono analoghe associazioni a Lucca e a Pisa. In quest'ultima città si caratterizzò la società dalla coloritura in senso democratico e vi accolse esponenti del movimento repubblicano e garibaldino che successivamente si orientarono verso la I Internazionale. Lo stesso accadde a Livorno, città con forte radicamento democratico e repubblicano, e a Prato qualche anno più tardi (nel 1872) che adottò una bandiera definita dal giornale "L'eco del Bisenzio" "senza macchia e tutta rossa come il di della riscossa".

La prima società di veterani nacque a Livorno nel 1871 che divenne comitato locale di una struttura di coordinamento nazionale denominata "Comizio dei veterani delle guerre del 1848-49 per l'indipendenza e l'unità d'Italia".

A Firenze la prima società dei veterani appare nel 1875. In quell'anno in Toscana vi erano otto società di reduci, due di veterani e tre fratellanze militari. Sul piano del colore politico le società dei reduci erano vicine alle associazioni democratiche e repubblicane, mentre quelle dei veterani si connotavano per l'ispirazione monarchica.

Questo fiorire dell'associazionismo dei reduci in Toscana si spiega con la presenza di precedenti forme aggregative e con la diffusione del fenomeno del volontariato soprattutto di matrice garibaldina (Comitati di soccorso a Garibaldi e Comitati di provvedimento per Roma e Venezia) che fu consistente, come già detto, nella spedizione dei Mille, ad Aspromonte, Mentana e Digione.

L'associazionismo reducistico vide una fase di grande sviluppo nel decennio 1876-1885. Ben 96 società si costituirono in Toscana nell'arco di tempo che va dall'Unità alla Grande Guerra; di queste più della metà risalgono al decennio in questione. Si può pertanto affermare che sul finire degli anni Ottanta in alcune zone della Regione ogni Comune contava una o più società di reduci o veterani.

Il movimento ebbe i suoi punti di forza nelle province di Firenze (con 34 società), Pisa (17 società) e Siena (16 società). Anche Livorno, città con solide tradizioni democratiche e con un radicato tessuto associativo, registrò la presenza di diversi sodalizi reducistici. Le zone di maggior radicamento furono il Valdarno inferiore e le terre fra Val d'Elsa e Val di Pesa, quindi anche in zone allora di campagna, che significava la diffusione del messaggio unitario di ispirazione democratica nei borghi e piccoli centri rurali tra chi era rimasto meno sensibile al richiamo degli ideali di indipendenza e unità del paese. Quasi completamente assenti invece nella provincia di Massa Carrara e nella Maremma grossetana.

Riguardo a Lucca (12 società), come si è detto, la prima società di reduci nacque nel 1868, il cui presidente fu Tito Strocchi. A questa si affiancarono nel 1877 una società dei superstiti delle patrie battaglie, un comitato dei veterani e una fratellanza militare. Oltre a quella di Pietrasanta, associazioni di reduci furono costituite a Barga, Coreglia, Viareggio.

In termini numerici di iscritti le associazioni reducistiche in Toscana contavano 3.635 iscritti nel 1885 e 6.452 iscritti nel 1895. Nel periodo di massima espansione, cioè all'inizio degli anni Novanta, il movimento interessava all'incirca 8.000 persone. I membri non superavano generalmente i 200, la media stava tra i 50 e 150. Fece eccezione la Società dei reduci di Firenze che arrivò a 626 soci e la Fratellanza militare Vittorio Emanuele II che raggiunse 745 iscritti.

Col venir meno, nel corso degli anni, dei vincoli ideali che avevano accompagnato la loro nascita, i legami tra gli associati cambiarono natura e si trasformarono in scopi mutualistici, di assistenza, di solidarietà e le società si aprirono all'adesione, in aggiunta

ai combattenti, dei congedati dall'esercito che non avevano partecipato alle battaglie risorgimentali anche per garantire la sopravvivenza di queste forme associative.

Un quadro complessivo del numero di reduci presenti in Italia agli inizi del Novecento si ha attraverso la commissione reale istituita nel 1907 per distribuire un milione di lire stanziato dal Parlamento a favore dei reduci garibaldini in occasione del centenario della nascita di Garibaldi. Fu fissato in 50 lire il sussidio e delle 28.555 domande ne furono accolte 20.000. La Toscana con 2.680 sussidiati si collocò al terzo posto fra le regioni dietro la Lombardia e l'Emilia Romagna. Dopo la Toscana vi era la Sicilia. Questi dati confermano la provenienza geografica del volontariato garibaldino.

La lettura degli statuti di queste associazioni dà il senso della loro esistenza, da una parte la mutua assistenza e il rafforzamento dei vincoli di cameratismo, dall'altra la rappresentazione di simboli viventi dei valori di coraggio, onestà, patriottismo. La proiezione verso l'esterno prevedeva interventi in campo educativo e ricreativo: scuole serali o domenicali, biblioteche circolanti e popolari, letture. Esse costituirono uno strumento di educazione alla politica, di conoscenza della storia patria, di diffusione dell'idea di patria, dell'identità nazionale e di fedeltà alle istituzioni, anche attraverso la nuova ritualità civile fatta di commemorazioni, anniversari (nascita e morte di Garibaldi, 3 novembre, 20 settembre) sfilate, onoranze funebri. Si creò una sorta di liturgia patriottica con al centro il culto della bandiera, il tricolore, con forte valenza pedagogica.

La diffusione del mito garibaldino ebbe quindi, attraverso le iniziative delle società dei reduci, un ulteriore veicolo. Ne sono prova le innumerevoli statue collocate nelle piazze, lapidi ed epigrafi, la toponomastica, la diffusione dei musei del risorgimento.

Sempre dalla lettura degli statuti – quelli che ho avuto modo di leggere appartengono alle società dei reduci di Firenze – si nota che sul piano politico in un primo tempo questi sodalizi cercarono di mantenersi estranei al coinvolgimento diretto, più tardi l'impegno ad intervenire in politica divenne più concreto, soprattutto in concomitanza con le elezioni.

Nello statuto della società fiorentina del 1885 non vi era alcun riferimento a finalità politiche; quattro anni più tardi, nel 1889, in coincidenza con le elezioni amministrative che avrebbero portato al Comune di Firenze una giunta democratico-progressista, venne adottato un nuovo statuto che riprendeva in pieno il programma dei democratici (suffragio universale, libertà di coscienza, istruzione laica e gratuita, diritto di riunione e associazione, nazione armata, libertà di sciopero). Tre anni dopo un nuovo statuto prevedeva la partecipazione alle elezioni politiche e amministrative.

Con l'affermarsi dei partiti di massa (cattolici – socialisti) estranei alla tradizione risorgimentale il ruolo di coesione e di omogeneità portato avanti dalle società dei reduci cominciò a venir meno. E poi con la graduale scomparsa della generazione che aveva combattuto per l'unità e l'indipendenza anche il tessuto associativo nato dopo

il 1860 andava indebolendosi travolto dai nuovi eventi (nazionalismo, prima guerra mondiale) e le finalità gradualmente snaturandosi.

La forte presenza di associazioni dei reduci nella Toscana fra Ottocento e primo Novecento ritroverà dopo il fascismo nuovo vigore nella ricostituzione dell'associazionismo democratico.

La rinascita dopo il fascismo – L'ANVRG

Caduto il fascismo, anche i reduci garibaldini si domandarono quale strada intraprendere e tra coloro che non avevano aderito alla "Federazione Italiana Volontari Garibaldini" né alla "Legione" di Ezio Garibaldi, o che comunque sebbene tardivamente avevano preso le distanze dalle associazioni del regime, si fece avanti l'idea di ricostituire, su basi e finalità democratiche, l'antico sodalizio depositario della autentica tradizione del volontariato risorgimentale, della prima guerra mondiale, della guerra di Spagna.

Fu così che un gruppo di dieci di questi "autentici reduci delle campagne garibaldine" (come essi stessi si definirono), si riunirono il 15 luglio 1944 a Roma in piazza dell'Esedra per riprendere l'attività e "mantenere integra la tradizione garibaldina traviata con altre formazioni costituitesi nella passata denominazione fascista e con le quali essi non hanno nulla in comune", dando vita all'Associazione nazionale reduci garibaldini "Giuseppe Garibaldi". Il proposito era quello di riunirvi quanti avevano combattuto in formazioni garibaldine volontarie prima del fascismo e nella guerra di Spagna (Battaglione "Garibaldi").

L'articolato statutorio apriva la strada all'inserimento nel sodalizio degli ex combattenti della divisione italiana partigiana "Garibaldi" di Jugoslavia per aver volontariamente scelto all'8 settembre '43 di continuare a lottare in Montenegro, Bosnia, Erzegovina, Serbia, Kosovo per la libertà dei popoli oppressi dal nazifascismo.

Tra la fine del '45 e i primi del '46 vi era stato il tentativo di alcuni reduci della "Garibaldi" riuniti a Firenze di costituire una loro associazione. Questi, venuti a conoscenza del parere nel frattempo espresso dal Ministero della Guerra in favore dell'inserimento dei reduci della divisione "Garibaldi" in seno all'ANRG, si convinsero che in luogo di creare un nuovo sodalizio sarebbe stato preferibile confluire in massa nella vecchia e storica associazione che assunse la denominazione – tuttora in essere – di Associazione Nazionale Veterani e Reduci Garibaldini "G. Garibaldi".

"Camicia Rossa"

Nulla prevedeva lo statuto sociale a proposito di un organo di stampa della rinata Associazione dei reduci garibaldini ma, nondimeno, nel maggio 1946 venne data alle stampe una pubblicazione dal nome *Camicia Rossa*, diretta da Libero Concetto. Un nome che richiamava l'analogo periodico delle associazioni dei reduci dalle patrie battaglie tra fine '800 e primi del '900 e la rivista diretta da Ezio Garibaldi negli anni del fascismo.

L'aveva promossa e realizzata la Federazione toscana, l'articolazione territoriale più consistente di reduci provenienti dalla Divisione "Garibaldi", presieduta dal repubblicano Mario Menesini. La caratteristica di questo "numero unico" datato 19 maggio '46, che peraltro riannoderà il filo rosso del periodico ufficiale dell'Associazione nel corso degli anni (e direi sino ad oggi), era di mantenersi nel solco della tradizione garibaldina, dal Risorgimento alle vicende della Divisione "Garibaldi" con articoli sul Generale, sui suoi volontari più o meno noti, su fatti e personaggi che sulle "aspre, aride ed ostili montagne del Montenegro" avevano restituito l'onore perduto all'esercito italiano e la libertà alla stessa patria.

Il secondo numero della rivista, di respiro 'nazionale', appare il 5 luglio '46 con un nuovo nome, *La voce garibaldina*, sempre edita a Firenze e diretta dal 1949 da Lando Mannucci. *La voce garibaldina* ebbe vita solida almeno sino al 1951, dopodiché le pubblicazioni si interrompono.

Riprende nel 1960 la vita carsica della rivista, d'allora in avanti rinominata senza ripensamenti *Camicia rossa* per celebrare il primo centenario dei Mille. Diretta da Giuliano Arati, fissò la sede in Porta S. Pancrazio a Roma, lo storico edificio che ospita tuttora il museo garibaldino e la sede nazionale dell'ANVRG.

La rivista con sottotitolo ambizioso di "periodico politico storico letterario" vive con discontinuità fino al 1975. Maggiore continuità viene assicurata a partire dal 1976 con la serie fiorentina diretta da Lando Mannucci, per lunghi anni presidente dell'associazione, che si conclude tre anni più tardi, nel 1979 con tredici numeri all'attivo, di elevato livello culturale grazie alla penna del suo direttore.

Dal 1981 data la serie tuttora in corso con tre direzioni susseguites senza interruzioni: quella genovese di Stefano Gestro, storico della Divisione "Garibaldi" (1981-1983), quella aretina di Franco Vezzosi (1984-1988) e dell'attuale scrivente direttore, in carica dal 1989, che ha riportato la redazione nella storica Torre della Castagna di piazza S. Martino.

Sul piano della comunicazione oggi l'Associazione dispone del sito internet www.garibaldini.it dove si può leggere la sua storia dall'Ottocento ad oggi, si possono consultare i numeri di "Camicia Rossa" ed essere aggiornati sulle iniziative culturali che vengono promosse. Perché – come ha detto nei giorni scorsi il Presidente della Repubblica Giorgio Napolitano nell'aprire le celebrazioni del 150° della Spedizione dei Mille – ricordare la nostra storia non è tempo perso né denaro sprecato.



ÍNDICE

-Editorial	7
-Garibaldi y los Mil	
Carlos Novello	
Presidente de la Asociación Cultural Garibaldina de Montevideo	11
-La notte di Caprera - Segmento del poema de Gabriel	
D'Annunzio incluido en su obra "Electra"	39
-Il seduttore e il cappellano	
Prof. Marco Meriggi de la Universidad de Nápoles "Federico II"	43
-L'Italiano	
Periódico mazziniano dirigido por Giambattista Cúneo, editado en Montevideo en 1841/42. Tapa y la introducción y artículo sobre la religión, escritos por el propio Cúneo	60
-El corso internacional	
Lic. Cristina Montalbán - Asesora de Dirección de Centro de Estudios Históricos Navales y Marítimos del Museo Naval de Montevideo	73
-“Le verità si sentono, non si dimostrano”: l'Italia “disunita” davanti a Garibaldi	
Prof. Stefania Magliani - Universidad de Perugia	93
-I Mille nel 150° anniversario	
Prof. Giampaolo Colella	117
-Diavolo o messia? - Garibaldi e il clero siciliano	
Prof. Luciana Caminiti - Universidad de Messina	141
-La Toscana in Camicia Rossa	
Dr. Sergio Goretti - Director responsable de "Camicia Rossa", órgano oficial de la Associazione Veterani e Reduci Garibaldini-Italia	157

